

# **EL INTRUSO**

JANET DAILEY

La cadena oriental de montañas desérticas arrojaba largas sombras matinales sobre el suelo del valle. Sus laderas se veían oscurecidas por espesas matas de enebro y pinos.

Del sur, la brisa traía el olor del agua de riego que las acequias distribuían a través de los campos de Nevada cuya salvia y gramilla de pastoreo formaba una alfombra verde.

Pequeñas parvas de heno, como doradas hogazas de pan surgían junto a las dependencias de resguardo para el ganado y la caballada.

El lugar era abundante en cobertizos, establos, corrales y galpones de herramientas, todo lo cual se centralizaba en una modesta edificación situada sobre una lomada que facilitaba la visión de las operaciones acostumbradas en el lugar. La preciada agua no se malgastaba en el mantenimiento del césped, casi no crecía nada verde en el terreno que rodeaba las edificaciones.

Un trío de potrillos árabes retozaban en uno de los corrales. Dos personas los observaban desde la barrera. Una de ellas era joven y la otra, vieja; ambas apoyaban sus brazos sobre la valla, el hombre canoso era curtido y recio como un tiento bien sobado. Entrecerraba los ojos trémulos por los largos años de permanente enfrentar el sol y el viento. La experiencia se le había grabado en el rostro curtido por el sol y también una cierta acritud proveniente de los sueños desvanecidos.

Lo más cerca que Rube Spencer llegó a estar del éxito fue la vez que dio en el blanco en una sala de juegos de Ely y con ello ganó el equivalente de la paga de un mes. Lo más parecido a un hogar fue la dependencia del rancho con casa y comida, gracias a la amabilidad de su patrón. Y lo más próximo a lograr una familia era la muchacha adolescente, enhorquetada sobre la valla junto, a él, la hija del patrón. No había ninguna huella tan profunda en su vida que no pudiera ser borrada por el viento de Nevada.

Diana Somers tenía toda la vida por delante. El mundo estaba de rodillas a sus pies; siempre había sido así desde el día de su nacimiento. Gozar de esa situación durante un año entero casi hizo que Diana comenzara a darse cuenta de los privilegios que tenía por ser la hija del patrón, privilegios que antes había aceptado como algo que le correspondía por derecho propio.

Ahora este descubrimiento le confería sentido de autoridad y gran sensación de poder, cosa que evidenciaba por su aire levemente majestuoso con la cabeza en alto y la barbilla voluntariosa. Solo ante un hombre inclinaba la cabeza y ese hombre era su padre. Él era la fuerza propulsora de su vida. Solo junto a él, un destello de vulnerabilidad se vislumbraba en esos ojos tan vívidamente azules como el límpido cielo de Nevada.

Su madre era un recuerdo borroso, una presencia velada que aparecía en su pasado. Había muerto cuando Diana tenía cuatro años, a raíz de las complicaciones de una neumonía. Su existencia en un álbum de fotografías confirmaba que alguna vez había vivido, pero Diana no tenía ningún sentimiento de pérdida hacia alguien que casi no recordaba.

El rancho de los Somers consistía en mil acres de tierras propias, más otros miles, de terrenos fiscales en arriendo, para pasturas. Diana era la princesa en este pequeño imperio donde su padre era el rey. Nunca se le había pasado por la cabeza que tuviera que haber una reina. Ella solo necesitaba a su padre, y su padre solo la necesitaba a ella. Este era el mejor de los mundos posibles.

Los barquinazos de una camioneta que venía -por el desvío del camino principal hacia el predio del rancho atrajeron su atención. Mirando por encima del hombro, Diana frunció el ceño ante la aparición del vehículo desconocido. El surco de su frente se profundizó al ver la patente de Arizona.

Volviéndose hacia Rube Spencer preguntó: —¿Qué puede querer ese extraño?

Rube miró, echando un largo salivazo de jugo de tabaco que retenía en la boca.

-Que me ahorquen si lo sé --y se encogió de hombros. Podría ser el tipo nuevo que tomó el Mayor.

-¿Cuál tipo nuevo? El Mayor nunca me comentó que hubiera empleado a nadie.

Todo el mundo, incluyendo a Diana, se refería a su padre como el Mayor.

John Somers había renunciado a su comisión en el ejército pocos meses antes que naciera Diana. Había abandonado una prometedora carrera militar por volver al ran-

cho de la familia, cuando su hermano mayor resultó muerto en un accidente automovilístico. Había traído consigo la disciplina militar y la capacidad de mando, y el título de Mayor le quedó para siempre.

-Da lo mismo, lo empleó igual. - ¿Dónde estaba yo?

--Debe de haber sido cuando emparvábamos y usted conducía el tractor. Sí; ése tiene que haber sido el día. Yo estaba curando a la tordilla.-Rube despreciaba el trabajo de la chacra y trataba de esquivarlo siempre que era posible. El Mayor finalmente había dejado de discutir con él al respecto y le asignó la responsabilidad de los caballos- Cuando salí del establo vi al Mayor hablando con el tipo ese y paseándolo por ahí.

Rube continuó refiriéndose a ese día, pero una vez que Diana obtuvo la información necesaria dejó de escucharlo. Nadie le prestaba oído durante mucho tiempo; ya se sabía

que era capaz de seguir hablando interminablemente. Una vez el Mayor había dicho que Rube podía llegar a matar a alguien con su charla.

La destartalada camioneta se detuvo ante la casa principal. El estrépito de un portazo puso fin al cuento de Rube, quien de pronto recordó el trabajo que tenía por delante ya que un sexto sentido le advirtió que la presencia del Mayor era inminente.

Diana no prestó ninguna atención al repentino interés de Rube por el trabajo; con un saltito se bajó del cercado de madera sobre el que se había sentado y se dispuso a averiguar quién era el hombre, acerca de cuya presencia el Mayor no le había comentado. Esta idea la predispuso mal. Durante años él siempre había confiado en ella, enseñándole explicándole todos los detalles de las tareas de la granja hasta que Diana llegó a conocerlas casi tan bien como el Mayor. Esta relación estrecha era algo que ella siempre había querido mucho, y descubrir ahora una brecha la inquietaba.

Delgada, vestida como muchacho, Diana atravesó el patio del rancho a grandes pasos, copiados de la forma de andar de su padre. Con un gesto nervioso y femenino se alisó el pelo renegrado y cortado a lo varón.

El Mayor bajó los escalones del porche y se dirigió a la camioneta; tenía los hombros cuadrados y caminaba muy erguido. No pesaba un kilo más que cuando estaba

en el ejército. Sus pantalones vaqueros de color oscuro y tela resistente tenían la raya militarmente marcada. La camisa estampada llevaba el cuello perfectamente

almidonado, y sus botas se veían resplandecientemente lustradas. El pelo negro, corto, en ningún momento llegaba a rozar el cuello. Grandes patillas con algunas canas, completaban la apariencia de un hombre vital, vigoroso, nacido para mandar.

Por ser buen mozo, distinguido, el lugar que le correspondía en la sociedad lo convertía en el blanco decidido de las muchachas solteras. En cierta oportunidad Diana había sentido celos por la atención que fijaban en él las mujeres durante los servicios de la iglesia, pero la indiferencia de él la reconfortó ya que no mostraba interés alguno por casarse de nuevo. Toda su vida había frecuentado los ambientes masculinos, desde su infancia en la granja hasta su carrera militar y luego la vuelta a las tareas del campo. La soltería le sentaba bien. Cuando buscaba la compañía femenina lo hacía con discreción. A Diana no la inquietaban sus escapadas nocturnas y observaba con menosprecio a cualquier mujer que intentara una relación más permanente con su padre. Reía para sus adentros de aquéllas que le decían al Mayor que ella necesitaba una madre.

Ella lo necesitaba a él, y estaba decidida a que él solo la necesitara a ella. Con voz seca pero cordial saludó al hombre que bajaba de la camioneta para venir a su encuentro. Los dos se dieron la mano cuando Diana llegó al lado del Mayor.

Su postura era tan erguida como la de él, su actitud igualmente autoritaria. El la miró con afecto pero sin demostraciones de ningún orden, como hubiera sido, por ejemplo, ponerle la mano sobre los hombros. Esto no defraudó a Diana.

Su comité de recepción está completo, Holt, pues aquí está mi muchacha preferida -dijo el Mayor dirigiéndole al hombre-. Esta es mi hija Diana. Este es nuestro nuevo ayudante, Holt Malory.

Ella abiertamente lo recorrió con la mirada, como si se requiriera su aprobación antes que Holt Mallory realmente comenzara a desempeñar sus tareas. Alto, más o menos un metro ochenta, delgado como un junco, éste cortésmente se quitó el sombrero de paja para saludar. Su espeso pelo castaño mostraba reflejos más claros producidos por el sol. Sus facciones curtidas eran de líneas implacablemente severas. La mirada dura, con tonalidades de gris metálico. Parecía mayor, es decir mayor de su edad. No podía tener sin embargo más de veintiséis años.

-¿Cómo está usted, señorita Somers? -Su voz de bajo tenía un acento frío y envolvente.

..Bien, gracias. -La sensación de disgusto le recorrió la piel, y se acentuó cuando Diana miró a su padre.

-¿Ese es su hijo? -El Mayor miraba al niño, detrás del recién llegado y Diana siguió la dirección de su mirada. -Guy, ven aquí y saluda al Mayor. -Pese a la tranquila entonación de su voz se trataba evidentemente de una orden.

Un niño de unos ocho o nueve años estaba parado junto al camión. Era delgado y pálido y parecía perdido y asustado. Se veía que habían intentado peinarlo aplastándole los rebeldes cabellos color arena pero el esfuerzo había sido infructuoso. Reticente y desganadamente se aproximó para darle la mano blanda al Mayor.

\_Mucho gusto, señor -murmuró.

El Mayor se enderezó y sonrió diciendo: -Es un hermoso muchacho, Holt.

Diana volvió a mirar al chico, tratando de descubrir qué era lo que su padre había hallado tan "hermoso" en él, pero no le vio nada. Parecía un pequeño desharrapado

hipersensible y miedoso de su propia sombra. Diana sintió una oleada de desprecio por la falta de fortaleza del niño, pero ésta fue atemperada por un inexplicable deseo de proteger.

Ven, te mostraré donde está tu vivienda, Holt -invitó el Mayor, y luego se volvió hacia Diana-. Tú toma al niño, ello les dará oportunidad de conocerse mejor.

Diana no tenía ningún interés en conocer mejor al niño. Pero si ése era el deseo de su padre... ocultó un suspiro y tomó la mano del niño. Este la retiró para esconderla

detrás de él y Diana se encogió de hombros en señal de desinterés.

-Vamos, Guy -le dijo adelantándose para ir a la par de su padre y del otro hombre.

Cuando el pequeño corrió para, no quedarse atrás, ella demoró el paso para caminar con él. Nunca se había entendido muy bien con los niños, excepto con sus propios compañeros en la escuela. Al observar que aquél bajaba la vista trató de pensar en algún tema que estimulara la conversación.

-¿Eres de Arizona?

Tras su pregunta se produjo un momento de silencio. Diana creyó que no iba a obtener respuesta alguna. Luego, el par de redondos ojos azules se elevaron hacia ella.

-No. Mi papá vivía en Arizona, pero mi mamá y yo vivíamos en Denver.

- ¿Dónde está tu mamá?

Tras una pausa y un temblor de sus labios, dijo: -Está muerta.

-La mía, también -informó Diana con solidaridad Murió cuando yo tenía cuatro años.

-Miró al hombre que iba. delante de ellos al lado del Mayor.

--¿Y cómo sucedió que tú vivieras en Denver y tu padre en Arizona? ¿Tus padres estaban divorciados?

El muchacho asintió con un movimiento de cabeza. Diana no culpó a la madre. A ella tampoco le gustaba el hombre, pero se sorprendió cuando aquél expresó una opinión similar.

Cuando murió mi mamá el mes pasado, él se apareció y dijo que era mi padre y que yo iría a vivir con él -había una carga de resentimiento en la entonación del muchacho.

¿Quieres decir que nunca lo habías visto antes? -dijo Diana frunciendo el entrecejo. Abuelo y abuela dijeron que era mi papá; entonces, supongo que lo será -admitió-. Mi mamá me dijo que cuando nació mi papá se fue y la dejó porque no nos quería a ninguno de los dos.

Al recordar esos duros ojos grises, Diana no tenía iayuna dificultad en creerlo.

¿Si sentía de esa manera por qué anda dando vueltas ven conmigo ahora? -dijo pensando en voz alta.

El pequeño Guy Mallory titubeó ante la pregunta. , El dice que siempre me quiso -replicó con escepticismo -, pero que mamá nunca le permitió que me viera. Pero ella se lo hubiera permitido. Sé muy bien que se lo hubiera permitido.

Esa explosión de defensa en favor de su madre hizo que Diana lo mirara escrutándolo. El chico podía ser hipersensible, pero no era totalmente dominable.

Estoy segura de que tu madre se lo hubiera permitido si él realmente se lo hubiera propuesto -aceptó ella. Pobre chiquillo, pensó Diana, y se condolió por un momento del niño cuyo padre no lo quería. No era de admirar que tuviera ese aspecto tan desvalido y atemorizado.

Estaban pasando ante las caballerizas donde el Mayor guardaba los padrillos árabes que eran su orgullo. La cría y exhibición de los caballos árabes de pura sangre era una de las facetas de las actividades del establecimiento. Además de las treinta yeguas de cría y sus potrillos, había otros po- trillos de uno y dos años; unos estaban reservados y otros listos para la venta. Además, el rancho tenía una remuda de caballos de laboreo. Los studs de los caballos árabes se encontraban a

cierta distancia de los demás. El magnífico bayo Shetan se apresuró a llegar al cercado para relincharle a su amo. No había nada de extraño en ello, pero Diana notó que el niño lo observaba con los ojos bien abiertos. -¿Puedes montar? -le preguntó.

-Nunca había visto un caballo de veras, salvo en televisión o desde el camión mientras veníamos hacia aquí -fue la respuesta.

-De ahora en adelante verás muchísimos -le dijo-, incluso podrás aprender a montar mientras estés aquí. Es muy fácil.

-¿Sí? -la ansiedad en su voz daba la impresión de que ella le acabara de ofrecer el mundo entero.

-Por cierto -respondió Diana encogiéndose de hombros-. Yo te enseñaré -e inmediatamente lamentó el impulso que la había llevado a hacer ese ofrecimiento. No

quería pasarse el verano haciendo de institutriz del pequeño.

—¡Bien! -el muchachito estaba exultante de alegría, se le animaron las facciones antes duras-. ¡Es sensacional! La exuberancia de su voz llamó la atención a los dos hombres que se detuvieron al pie de la escalinata de la unidad mayor del complejo, que había estado deshabitada durante más de un mes. Una sonrisa suavizó los ásperos contornos de Holt Mallory al mirar con curiosidad a su hijo que estaba prácticamente saltando de alegría.

-¿Por qué tanta algarabía, Guy?

-¡Ella me prometió enseñarme a montar un caballo! Por un momento a Holt Mallory se le puso adusto el ceño, pero dijo con forzada soltura:

-Nunca me dijiste que quisieras aprender a montar. -Era obvio que Guy había sido más confidente durante breves minutos con Diana que durante horas con su padre.

\_ ¡Pero quiero! -declaró Guy-, ¡y ella me va a enseñar!

-Es muy generoso de parte de la señorita Somers, pero no es necesario que se moleste. Si quieres aprender yo te enseñaré, Guy, es decir, si al Mayor no le molesta prestarnos un caballo.

-No tengo objeción alguna, Holt, pero ya que Diana se ha ofrecido a enseñarle creo que sería buena idea permitirselo.-insistió el Mayor-. Habrá mucho trabajo aquí durante los próximos dos meses. Diana tendrá más tiempo libre que tú. Y además será una buena compañía para el chico, eso lo ayudará a adaptarse a su nuevo medio.



Holt Mallory no pareció deleitarse con la lógica del Mayor, pero dirigiéndole una mirada de acero a Diana admitió:

-Es verdad. Si a usted le parece bien, a mí también. Por supuesto -mintió ella. Magnifico -exclamó Guy-. Yo prefiero que ella me enseñe. -Guy no advirtió la tensión de los músculos en las mandíbulas de su padre, pero Diana lo notó. También lo noto el Mayor.- ¿Cuándo podemos comenzar? -preguntó Guy , ¿hoy? No -sonrió el Mayor-, hoy no. Tu padre va a necesitar que lo ayudes a desempacar y a instalarse en su nueva casa. Aquí está la llave, Holt -y se la entregó-, Diana y yo los dejamos para que echen una ojeada ustedes solos. Si llegaran a necesitar algo, o a tener cualquier problema, me encontrarán en casa durante la mayor parte del día.

Gracias, Mayor.

Diana se preguntó si estaba agradeciéndole al Mayor por haber suavizado el momento difícil o por el trabajo. En realidad no importaba a qué se refería. Se volvió hacia su padre y ambos se encaminaron a la casa principal.

Habían llegado cerca del porche cuando ella le observó.

No me dijiste que hubieras tomado un hombre nuevo?

¿No? -respondió él ausente, pensando en otra cosa. Deb de haberme olvidado.

El no quiere al niño.

El Mayor se detuvo a mirarla, prestándole ahora total atención.

¿Qué te ha sugerido semejante idea? Guy me lo dijo.

Parece que conversaron mucho en tan corto trecho.

Lo suficiente como para saber que el hombre es virtualmente un extraño para él. Guy nunca lo había visto

hasta que murió su madre. El los abandonó cuando Guy era un bebé.

-No es tan así, Diana. Los padres de Guy apenas tenían dieciséis años cuando se casaron. Fue uno de esos casamientos que "tienen" que hacerse. Simplemente eran demasiado jóvenes, y como sucede con una cantidad de parejas de jovencitos, no lograron que el matrimonio funcionara: Después de la separación, su esposa se fue de Arizona con la criatura. Holt no volvió a saber de ella hasta que los padres lo notificaron de su muerte. No fue un caso de no querer ver al niño. Holt no sabía dónde estaba su 'hijo. Parecía verosímil, pero Diana prefería la versión de Guy.

-El no me gusta nada -afirmó ella. El Mayor la miró con reserva.

-No es propio de ti hacer afirmaciones apresuradas. -Es que no me gusta - repitió ella.

-Cambiarás de idea. Tiene un conocimiento excelente sobre caballos, conoce de ganado, y lo que es más importante aun, tiene capacidad organizativa.

-¿Capacidad organizativa? ¿Y por qué habría de ser eso tan importante?

-Ya no soy tan joven. En unos pocos años voy a necesitar alguien que pueda dirigir el establecimiento y me quite un poco de la carga de los hombros. Holt precisará algunos años de entrenamiento. Si mis intuiciones no me fallan, llegará el momento en que será un buen directivo.

Diana no hizo ningún comentario. Sabía que de haber sido varón, el Mayor estaría pensando pasarle la responsabilidad a ella en lugar de emplear a un extraño. Eso le dolió. El verano que tenían por delante no se presentaba tan agradable como había sido todo, antes de la llegada de Holt Mallory.

Entró siguiéndolo en el otro extremo casa era austeramente en la casa algunos pasos detrás de su padre, a través de la sala de estar hasta el comedor del mismo ambiente. El arreglo de la masculino, ordenado. Todo era confortable, pero práctico. La mesa estaba puesta para el desayuno de rutina en la casa de los Somers.

Mientras el Mayor arrimaba una silla a la cabecera de la mesa, el ama de llaves venía de la cocina trayendo una cafetera con el café recién preparado y algunos bollitos aún tibios. Sophie Miller era una mujer delgada, agradable. Aunque apenas se acercaba a la cincuentena, su pelo castaño estaba matizado de gris y severamente ordenado en un rodete alto, trenzado. Viuda desde hacía muchos años no tenía hijos y habitaba el rancho desde hacía seis años como ama de llaves del Mayor. Era una persona opaca, que hacía su trabajo sin llamar nunca la atención sobre sí misma.

Diana se sentó en su lugar a la derecha de su padre. Desde que tenía memoria, siempre se había sentado junto a su padre para desayunar. Padre e hija compartían siempre prácticamente todo. Esta no era una de esas oportunidades en que ella se sentaba cómodamente a disfrutar del desayuno. Aún se hallaba perturbada por el hecho de que el Mayor hubiera dejado de informarla acerca del hombre recién empleado. También le molestaba que hubiera minimizado su rechazo del tal Holt Mallory.

El café humeaba en la taza del Mayor cuando Sophie llenó la de Diana. El Mayor desenrolló la servilleta y se la colocó sobre la falda, echó una mirada a los bollitos y le sonrió a Diana.

-De chocolate, tus favoritos, Diana -le comentó, recibiendo un desinteresado asentimiento con la cabeza-. tiophie los preparó especialmente para ti.

La observación pausada de su padre sacó a Diana de la silenciosa actitud contemplativa.

-Gracias, Sophie -dijo desaprensivamente por encima del hombro, y la mujer esbozó una breve sonrisa como respuesta, pues ya había aprendido a no esperar más de Diana.

Para Diana, Sophie era tan solo una de las tantas amas de llaves que habían pasado por ahí. Sophie simplemente había durado más que el resto. A la mayoría les desagradaba el aislamiento del rancho porque ello les dificultaba el contacto con los parientes y amigos. Sophie no tenía familia y, aparentemente, pocos amigos, de modo que el empleo le venia bien.

A Diana no le interesaban las amas de llaves. Su vida giraba en torno al Mayor. Las amas de llaves eran criaturas sin alma que trabajaban para él. Nunca había sentido afecto por ninguna de ellas. Solo existía su padre. Lo que le interesaba a él le interesaba a ella. En este momento, él había demostrado un interés desusado en lograr alguien que le diera una mano en el establecimiento. Eso disgustaba a Diaria.

Durante las semanas que siguieron, su prinrcra impresión de Holt Mallory no varió. El era amable con ella. La trataba con el respeto debido a la hija del patrón, pero no con el indulgente afecto que le manifestaba el resta del personal. Para los demás ella podía ser la mimada, la mascota del lugar, pero no lo era para él.

En lo que respecta a Guy, se había convertido prácticamente en su sombra, ya fuera que esto le gustara o no a Diana. Durante la mayor parte del tiempo la disgustaba,

aunque por momentos, su adhesión sin límites alimentaba su ego.

Este no era precisamente uno de esos buenos momentos. Mientras iba caminando con paso rápido hacia la caballeriza con Guy a la cola, deseaba fervientemente perderlo, para siempre.

-¿No puedo ir a caballo contigo, por favor? -repetía a cada momento para modificar lo que ella le había negado un momento antes-. Tú dijiste que lo estoy haciendo bien. Lo dijiste.

- ¡No! Voy a entrenar los padrillos -lo cual hacía regularmente en la arena, a prudente distancia de las yeguas con cría, o de las yeguas en celo, para evitar complicaciones posibles--. Te he dicho una y otra vez que no puedes cabalgar conmigo cuando estoy en uno de los studs.

-- ¿Por qué no puedo?

-¿Tu padre no te ha dicho nada -preguntó Diana con irritación- acerca de las aves y de las abejas?

Guy enrojeció y se quedó en silencio, pero no se apartó de su lado. Cuando llegaron al lugar Diana trepo a la valla y entró al tinglado con arneses sobre los hombros. El padrillo bayo vino a su encuentro, pues ya Sabía lo que acontecería y estaba ansioso por salir a estirar las piernas.

-Si quieres servir para algo. Guy. -Había un leve acento ácido en su voz mientras le deslizaba el freno en la boca al caballo- ve a buscar la montura al galpón mientras yo le acomodo las riendas a Shetan.

-Bueno -dijo Guy lanzándose feliz a cumplir su orden.

Cuando retornó, venía sin la montura y no estaba solo. Diana se dio vuelta y descubrió que Holt Mallory venía caminando detrás del niño que había empalidecido. Pasó por alto a Holt y se dirigió a Guy.

-Creí haberte indicado que me trajeras la montura. -Yo...

-¿Qué está por hacer, señorita Somers?

Había algo en la manera tranquila de hacer la pregunta que a ella le puso los pelos de punta. Detuvo al bayo que hacía rueda en torno de ella y se volvió a Holt. No cabía la menor duda de que se trataba de la hija del patrón enfrentando a un peón.

-No creo que sea asunto suyo.

-Guy me dijo que piensa montar ese padrillo. -Así es.

- ¿Lo sabe el Mayor?

-Por supuesto -replicó Diana indignadamente.

-Debe de estar fuera de sus cabales para permitir que una muchacha como usted...

-Nunca pudo terminar la frase porque Diana lo interrumpió con enojo:

-Soy mejor jinete que cualquiera en este rancho, y quizá en el estado.

-Bueno, no es mucho decir. -Abrió la tranquera del corral y entró, volviendo a cerrarla con el pasador.- Deme una punta de la rienda.

-¿Para qué? -respondió mirándolo con desconfianza. -Digamos que haremos una prueba. -Diana intuyó que se trataba de un desafío al que no podía negarse. Se la entregó y retrocedió. Pocos pasos los separaban.- Sosténgala. No deje que se la quite de la mano.

Envolviéndose el tiento en la mano él pegó un fuerte tirón. Diana clavó sus talones en el suelo y resistió. De pronto, otro súbito tirón la mandó contra el pecho de él.

Entonces sus manos la aferraron de los hombros para no dejar que se golpeará. La fuerza superior de él fue como un puntazo.

-Fue una mala jugada -lo acusó-. Con ello no se prueba nada.

-No me diga. -Su boca se torció en una mueca de sonrisa agria.- Si el bayo pudiera darse cuenta también le quitaría, con un respingo, las riendas de las manos, tal como acabo de hacerlo yo.

-Shetan es un caballo bien educado -se defendió Diana-. Además nunca lo llevo cerca de las yeguas, lo mantengo en la pista, y solo después de trabajar un rato con él en el

lugar, lo monto. Soy perfectamente capaz de controlarlo. -Incluso el mejor entrenado de los caballos puede rebelarse, aunque no sea más que unos instantes. Con alguien como usted encima no necesita más tiempo.

-Hace años que vengo montando estos padrillos - Lo cual era estirar bastante la verdad.

-No me importa lo que usted haya venido haciendo. Mientras yo ande por aquí no lo hará -le informó Holt. -Usted no es más que un empleado -Le declaró Diana con altivez despreciativa-. Usted no es quién para decirme lo que debo hacer.

-Pues acabo de hacerlo.

-Holt no está diciendo ninguna tontería. -Al oír una tercera voz que intervenía en la acalorada conversación, Diana se volvió sobre sus pies para enfrentarse con el Mayor

que estaba de pie ante el portillo del corral.- Creo que lo más conveniente sería que tú no entrenaras más los padrillos, Diana. He tenido mis temores desde el comienzo. Hay veces en que el caballo mejor adiestrado~ necesita una mano masculina. Y tú no podrías hacerlo.

Cada filamento nervioso de su cuerpo se rebelaba, pero no dijo una sola palabra. Le entregó las riendas a Holt y se fue con paso muy altivo del lugar. No le saltaba las lágrimas pero tenía un nudo en la garganta que amenaza ahogarla.

Diana se iba ennegrecida, sin importarle hacía dónde, pero buscaba el espacio-abierto, más allá de los corrales. Pasaron varios minutos antes que escuchara a alguien que iba a su encuentro. Diana se dio vuelta y vio que se trataba de Guy.

-Si aún quieres cabalgar... -comenzó dubitativamente cuando ella finalmente se dio por enterada de que él estaba ahí.

Todo su fastidio reprimido estalló finalmente.

- ¡'Todo por culpa tuya, pedazo de idiota! -lo acusó-. ¿Por qué tuviste que ir a abrir la boca y decirle al estúpido de tu padre lo que yo estaba haciendo?

Su pequeño rostro palideció:

-Realmente, no fue mi intención hacerlo; te lo digo de verdad.

-No fue mi intención hacerlo -repitió Diana con mímica sarcástica-. Creí que no querías a tu padre, de modo que ¿por qué tenías que ir a hablarle de mí?

-No lo quiero -insistió Guy-. Pero me preguntó qué estaba haciendo con tu -montura y no tuve más remedio...

-Que decírselo -completó ella- Dijiste que querías ser mi amigo, pero no te comportas como mi amigo. Vete y déjame en paz. ¡No quiero verte! ¡No eres más que una peste!

-Lo siento; no fue mi intención -y se le llenaron los ojos de lágrimas mientras bajaba la mirada al suelo y su barbilla temblaba. Comenzó a resoplar, aparentemente incapaz de moverse.

Diana todavía lo fulminaba con la mirada de desprecio cuando las lágrimas saltaron de los ojos del niño y le corrieron por las mejillas. Su pequeña mano no podía contenerlas. De pronto, ella se sintió mal. No podía recordar cuando fue la última vez que había visto llorar a alguien. Diana no sabía cómo manejar la situación.

-Déjate de ser un llorón -murmuró, pero ello solo parecía contribuir a aumentar el caudal de sus lágrimas, pese al valiente esfuerzo de Guy por obedecerle-. Vamos, déjate de llorar. -La impaciencia y el malestar se le dibujaron en el rostro. Diana a medias le volvió la espalda pues no quería verlo llorando.- Bueno, olvídate de lo que te he dicho. No fue culpa tuya, sino que tu padre quería hacer lío y congraciarse de ese modo con el Mayor aparentando preocuparse porque yo pudiera herirme. A él no le importamos un rábano ni tú ni yo.

- ¿Entonces no estás enojada conmigo? -le preguntó Guy más reconfortado.

-No, estoy fastidiada en general. -Lo miró de costado ofreciéndole gruñonamente la paza.-Me voy hasta el tanque para darme un chapuzón. ¿quieres venir conmigo?.

El dudó.

-No tengo los pantalones del baño conmigo.

¿Y que importa?.- Diana alzó los hombros con gesto indiferente,.Yo tampoco tengo nada. ¿Quieres venir conmigo o no?.

El aceptó con ansiedad, secándose con el dorso de la mano los últimos rastros de lagrimas.De vez en cuando resoplaba hacia adentro mientras se encaminaba con ella al estanque.

Para Diana el verano fue pasando de mal en peor. Cada vez recibía más prohibiciones. En veranos anteriores todos los minutos del día estaban colmados de actividades, ahora debía luchar contra el aburrimiento.

Mientras pateaba un guijarro, Diana se metía las manos en los bolsillos traseros de su

Levis y miraba con impaciencia el gran patio del rancho.No cabía duda de que había algo que hacer. Dio un suspiro de disgusto. Siempre quedaba Guy.

Diana cambio de dirección y fue a las casas de los empleados. La puerta de la última estaba abierta. Sin molestarse en golpear a la puerta entró y se detuvo de súbito .ante la visión de Holt Mallory de pie ante la pileta de la cocina, sin camisa, justo en el momento que estaba por secarse la cara con la tolla.

-Es costumbre llamar a la puerta antes de entrar a la casa de alguien – y concluyó de secarse las manos y la cara.

- Ando en busca de Guy.¿Dónde está?.- El resentimiento se traslucía oscuramente en sus ojos azules.

-Por afuera, en algún lado.

Cuando se dio vuelta para colgar la toalla, los ojos de Diana se dilataron con curiosidad,Tenía la espalda surcada por una red de cicatrices.

¿Como se hizo todas esas marcas en la espalda? -le preguntó.

Hubo un instante de dubitación antes que Holt tomara la camisa y respondiera.

-No lo recuerdo.

-Alguien lo golpeó. Algo semejante no es como para olvidar -acusó Diana.

El se quedó mirándola durante un largo momento difícil.

-Se puede olvidar cualquier cosa si uno se lo propone. -Su atención quedó fijada en la acción de abotonarse la camisa.- Usted dijo que estaba buscando a Guy; él está afuera.

Diana lo miró inquisitivamente pero sabía que no lograría sacarle nada más. Finalmente se dio vuelta y fue en busca de Guy. Pero no olvidó el asunto, sino que volvió a retomar el tema durante el almuerzo con el Mayor.

-¿Sabías que Holt Mallory tiene la espalda surcada de cicatrices? Pareciera que alguien lo hubiera castigado con frecuencia. -dijo como quien no quiere la cosa, cuidándose por no aparentar interés en el asunto.

El Mayor la miró a fondo.

-¿Verdaderamente? -Su respuesta fue deliberadamente desvaída.- Pásame la sal.

-¿Cómo logró todo eso? -Diana puso la sal y la pimienta cerca de su plato.

- ¿No se lo preguntaste a Holt? sí.

-¿Y qué te respondió?

-Dijo que no podía recordarlo. Por supuesto es una mentira. -Descartó la respuesta con un leve encogimiento de hombros.- ¿Cómo fue eso? ¿Acaso estuvo en la cárcel antes de venir aquí?

-No creo que en la cárcel azoten ya a la gente, Diana --replicó de manera indulgente pero con tono seco.

-Quizá ya no la azoten, ¿pero cómo se explica eso? -Realmente no lo sé, Diana - dijo el Mayor como si no lo supiera. Sin embargo, Diana sospechaba que lo sabía pero que simplemente no estaba dispuesto a decírselo a ella. Siempre le había dicho todo. Nunca había habido secretos entre ellos. Era doloroso pero no por ello iba a dejar de fantasear acerca de cómo Holt había adquirido esas cicatrices, aun cuando no volviera a sacar el tema.

Con el fin del verano llegó el otoño aposentándose en todas partes. Era una de las estaciones favoritas de Diana.

Cabalgaba durante largas horas alejándose de la casa principal; dormía a la intemperie junto a fogatas que la resguardaban en la noche. Salir así era excitante. Había tanto para ver: venados que pastaban, de vez en cuando un gran ciervo, o una bandada de cebras en la cima de una montaña, o caballos salvajes recortados contra el cielo.

A la luz dorada del amanecer, Diana volvía a ajustar la cincha de su montura y recogía su bolsa de dormir. Por todas partes había movimiento y preparación para



los ciclos anuales. Todas las caras le eran familiares. Durante todo el año la cabaña usualmente empleaba a unos dieciocho hombres, pero luego hacían falta supernumerarios para levantar la cosecha o para los rodeos. Los contratados eran generalmente lugareños. Era muy raro que el Mayor tomara gente extraña para complementar las labores.

Desde su ubicación Diana veía a Holt Mallory que se aproximaba con aire de estar al frente del operativo. Lo que había comenzado como rechazo instantáneo a su llegada, se había profundizado durante los meses siguientes, y se traslucía en la forma en que Diana lo miraba. Hubo una vacilación en el paso firme del hombre cuando sus ojos fríos la divisaron. Su vista iba de la montura de ella al rollo de la bolsa de dormir, luego desvió pensativamente la mirada.

Cuando Diana vio que se detenía a hablar con el Mayor, sus labios se apretaron en una fina línea. Su pulso se aceleró en una premonición aciaga cuando vio que los dos miraban en su dirección. No le gustaba nada la forma en que el Mayor la estaba contemplando, ni tampoco el breve asentimiento con la cabeza que le hizo a Holt tras una conversación relativamente larga. Cuando el Mayor encaminó sus pasos hacia ella, Diana aparentó no notarlo, echando las riendas por encima del cuello del caballo y preparándose para montar.

-¡Diana! -Su voz cortante exigía que ella le prestara atención.

-¡Maldición! -soltó el. improperio para sus adentros, pero se afirmó para enfrentarlo adoptando una expresión desaprensiva, mientras un sentido interno le anticipaba cuáles serían las próximas palabras.

-Este año permanecerás en casa, Diana -dijo su padre sin andarse con vueltas.

-Hé"hecho mis recorridas otoñales desde que cumplí ocho años. Por otro lado, tú necesitas toda la ayuaa que sea posible. Y sabes bien que puedo cabalgar y ' usar el lazo como el mejor de todos ellos.

-El trabajo es demasiado duro para una jovencita como tú.

-Nunca me he quejado -le recordó Diana--. No me importa la tierra, el calor ni los raspones.

-Ya sé que no te quejas. -El Mayor Somers siempre hablaba con ella como si fuera un ser adulto. Su actitud había sido siempre muy franca y honesta. Esta vez no había diferencia alguna.- Estás haciéndote grande y no corresponde, Diana. Ya no está bien que duermas varias noches a la intemperie en la compañía de hombres.

Diana respondió con el mismo candor:

-No estarás sugiriendo que alguno de los muchachos podría tratar de molestarme, ¿no es verdad? Todos son amigos míos. Excepto Holt Mallory. Es ridículo. Además, tú andarás por aquí.

-Esta vez no. Estoy poniéndome demasiado viejo para dormir en el suelo -le informó-. Pero no se trata de eso, sino que no quiero que crezcas convirtiéndote en un mari

macho. Quiero que seas una dama y no un muchacho. ¿Comprendes?

-Sí, Mayor -respondió sometiéndose a sus deseos. --Bien -finalmente parecía satisfecho del resultado de la conversación-. Yo daré una vuelta todos los días en el jeep -continuó el Mayor- de modo que estarás en relativa calma. ¿Por qué no arreglas para que Sophie te lleve de compras y elijas algunos vestidos nuevos... algo más femenino que esos Levis?

-Está bien -asintió Diana,

Si lo que quería su padre era tener una dama, estaba dispuesta a complacerlo. Desde esa mañana, Diana comenzó a realizar su transformación. Fue a las tiendas y compró vestidos nuevos, expresamente diseñados para acentuar su femineidad sin extremar la nota con exceso de volados y de moños. Comenzó a interesarse por todo lo que ella con sideraba propio de su sexo, como aprender a coser y a cocinar. Sin embargo no se fue al otro extremo. Continuó saliendo a caballo y realizando tareas menos duras dentro de la granja.

Por lo general, solo los solteros usaban las dependencias de la granja para vivir. Él pequeño porcentaje de hombres casados vivía fuera de las dependencias de la granja, con frecuencia, en sus pequeñas propiedades. Era muy raro que Diana alguna vez llegara a estar en contacto con las esposas de aquéllos que las tenían. Sin embargo, ese invierno, su vecino más cercano, Alan Thornton, que poseía un rancho a dieciséis kilómetros de distancia, se había casado. Era, pues, natural que Diana se hiciera amiga de Peggy, su joven esposa, maestra de escuela. Esta era en verdad su primera vinculación adulta con otra mujer. Fue Peggy la que convenció a Diana de que dejara crecer su sedoso manto de pelo negro sobre los hombros, y también le hizo sugerencias sobre el tipo y la cantidad de maquillaje que debía usar.

Diana escuchaba las ensoñaciones de Peggy, tratando de comprender la imaginación romántica de una mujer mayor que ella. La granja de los Thornton era considerablemente más pequeña y, en consecuencia, más pobre que las

posiciones del Mayor. Cuando Peggy hablaba de sus planes para remodelar su pequeña casa, Diana trataba de parecer entusiasta, pero sabía que Peggy nunca tendría el dinero suficiente para hacer siquiera la tercera parte de lo que se proponía. Para ella, sin embargo, resultaba imposible entender la satisfacción fabulante de la otra.

Del mismo modo, resultaba difícil para Diana comprender a sus compañeras de colegio: el interés por los actores populares, y por los muchachitos granujientos; o su chismorreo que le parecía tonto. Como de costumbre, Diana sobresalía en la clase y era favorita de sus maestros. La combinación del pelo negro, brillante, los luminosos ojos azules y una figura estilizada, la hacían aun más popular entre los muchachos. Diana se sentía mejor con ellos ya que se había criado en un ambiente casi exclusivamente masculino, pero siempre le parecían demasiado jóvenes. Su actitud hacia Holt Mallory permanecía invariable.

Continuaba considerándolo su enemigo, y toda vez que podía le declaraba abiertamente la guerra, tratando de minar su influencia cada vez más grande sobre el Mayor. Aprovechaba cuanta oportunidad se le presentaba para impartirle órdenes, apuntalándose en su posición de hija del patrón. Trataba de recordarle constantemente a Holt que él era solo un empleado, que se le pagaba para que hiciera lo que el Mayor le mandaba y también lo que ella quería. Siempre que él anduviera por la caballeriza, Diana no le ponía la montura a su caballo, sino que lo llamaba a él para que lo hiciera. Utilizaba todos los recursos posibles para sacarlo de quicio, con la secreta esperanza de que se cansara y se fuera.

Guy era aún su mimado, el que la seguía a donde quiera que ella fuera. No parecía importar de qué manera ella lo trataba. El se mostraba agradecido por cualquier migaja de atención que ella le dispensara. Y Diana le dedicaba justo la atención suficiente como para asegurarse que la brecha que se había producido entre Guy y Holt no desaparecería. Si él la quería a ella no era posible que quisiera también al hombre que era su padre.

A comienzos del verano en que ella cumpliría diecisiete años, Diana tuvo su primer anuncio de lo que era sentir el golpe de atracción hacia alguien. Había sido

contratado un hombre nuevo, especializado en entrenar y presentar caballos. Venía para entrenar a los mejores caballos árabes del Mayor. Se llamaba Curly Lathrop.

Era alto y musculoso con el pelo enrulado y brillantes ojos oscuros, tenía un encanto fácil y la sonrisa espontánea. Para Diana era la encarnación de un dios griego. La hija del patrón nunca pasaba inadvertida, pero Diana se propuso que Curly Lathrop la mirara como mucho más que la hija del patrón. Ella flirteaba con él y él le respondía, pero siempre con aire indulgente, como si la considerara una simple chiquilina. Ella se sentía frustrada al ver que él no la consideraba como la mujer que ella creía ser.

Su cumpleaños. fue un caluroso día de julio. No era muy diferente de otros que ella había celebrado. Sophie había hecho su torta preferida y la había decorado para la cena. Guy se había tomado el arduo trabajo de hacerle un llavero de cuero con sus iniciales grabadas.

Peggy había venido por la tarde a traerle un pañuelo de seda natural para el cuello y a darle la noticia de que esperaba un niño, el primero. Y Diana escuchó todos los planes que ella tenía para prepararle el dormitorio. El dinero que había ahorrado durante dos años para remodelar la cocina había sido destinado ahora para hacer compras destinadas al bebé, pagar las cuentas del médico, y los costos de la internación en la maternidad cuando llegara el momento. Diana pronunció las consiguientes exclamaciones de felicitación, pero se preguntaba por qué Alan y Peggy no habían esperado unos pocos años más antes de disponerse a asumir una familia que quién sabe si económicamente estaban en condiciones de afrontar.

Esa noche durante la cena el Mayor le hizo los acostumbrados regalos espléndidos. Diana llevaba puesto su más nuevo vestido de fiesta y agradecía los regalos con las correspondientes exclamaciones de felicidad. El hecho de que estuvieran los dos- solos en la mesa, exceptuando Sophie a quien Diana no tenía en cuenta, pues para ella, solo ocupaba una silla, no la ponía en disposición festiva. Más tarde, fue hasta el porche de entrada y reclinada contra la baranda se puso a mirar las estrellas en lo alto, cuidando de que las astillas de la madera no le engancharan el lazo blanco de su vestido. Diana se recorría los botones de la pechera y deseando que Curly estuviera ahí con ella.

Echó una mirada furtiva en dirección a sus dependencias. No se veía luz alguna en la unidad que él ocupaba, pero su camión estaba estacionado afuera.

Luego Diana divisó una luz en el galpón de los establos. De pronto se le ocurrió una idea que le hizo contener la respiración.

Antes que la sensatez o el orgullo la dispersaran, se apresuró a entrar a la casa. Su padre se hallaba en el estudio con sus papeles, y Sophie se había recluso ya en la privacidad de su pequeño cuarto al fondo de la casa. Diana fue hasta la cocina, cortó un trozo de la torta de cumpleaños, la envolvió en una servilleta y se fue llevándola al establo. Diana pretendió sorprenderse cuando al entrar en el galpón de las herramientas encontró a Curly limpiando su equipo.

-Ah, es usted. Vi la luz y creí que Holt estaba aquí -exclamó tratando de dar una explicación.

-¿Ah, sí? -respondió él mirándola con sonrisa escéptica.

-Sí, es verdad -afirmó devolviéndole una mirada provocativa y desafiante.

- ¿Qué trae en la mano? -Curly miraba la servilleta. -Un trozo de mi torta de cumpleaños. Como dije, vi la luz y creí que era Holt, entonces traje un pedazo de torta para que le llevara a Guy. -Diana siguió avanzando dentro del galpón, encogiéndose de hombros.- Pero, ya que él no está aquí y usted sí, puede comérsela.

Su sonrisa aún indicaba que no creía en la historia de Diana.

-No me gustaría privar a Guy de su festín.

-No lo hará -y le alcanzaba la servilleta con el trozo de torta-, Mañana le daré otro trozo a Guy. Sophie preparó una torta grande. Se pondrá vieja antes que el Mayor y yo podamos comerla toda.

-Me gustan las cosas dulces -aceptó Curly con un destello en la mirada que aceleró el pulso de Diana. Un leve temblor la recorrió cuando él le tocó los dedos al tomar la torta.- ¿De modo que hoy es su cumpleaños?

-Ajá. -Ella lo observaba desenvolver el trozo y morder un bocado.

-¿Cuántos años tiene? -preguntó él entre bocado y bocado.

Diana hubiera querido mentir, pero probablemente él ya sabría cuántos años tenía.

-Diecisiete -respondió.

Pasados unos minutos él concluyó de comer la torta. -Estaba muy rica -se limpió las migajas que le quedaban en la mano-. Me hubiera gustado haber sabido que era su cumpleaños.

-¿Por qué? -preguntó ella con voz algo trémula. -Hubiera comprado un regalo.

-No tenía por qué hacer eso. -" ¿Pero no hubiera sido estupendo que lo hiciera?", pensó Diana..

-¿Qué le regaló su novio? -No tengo novio.

-Vamos, una chica tan bonita como usted... todos los chicos en el colegio deben de estar enloquecidos.

El corazón se le aceleró cuando él dijo que era bonita, especialmente cuando su actitud expresaba esa misma opinión.

--Todos me parecen tan inznaduros... -Diana trataba de parecer adulta al decir eso y se quedó algo frustrada cuando él chasqueó la lengua como si lo que ella decía le pareciera gracioso.

-Su vestido es muy bonito -comentó él- supongo que el Mayor debe de luaber hecho una gran fiesta.

-No. Comimos nosotros solos -su tono indiferente indicaba que ella no había esperado que fuera de otro modo.

-Los cumpleaños tendrían que celebrarse con algo más que solo una comida, una torta y algunos regalos -dijo Curly reconviniéndola.

-¿Sí? -ella hizo caer su mirada-. Y usted ¿cómo celebra los suyos?

-Con algunas copas y un poco de baile, y, de ser posible, una compañía adecuada. - El le sostuvo la mirada.-- Para que sea un cumpleaños hay que tener esas tres cosas.

-Entonces el mío no ha sido un verdadero cumpleaños -suspiró Diana-, porque no he tenido nada de todo eso.

-Y puesto que no le he comprado ningún regalo veamos si puedo proporcionarle alguno de los demás ingredientes -parpadeó Curly y fue hasta unos armarios que había en el fondo, poniéndose un dedo sobre la boca en señal de secreto. Ahí había guardadas algunas botellas y trajo una de whisky-. La guardo aquí con propósitos estrictamente medicinales... para templarme en las noches de frío -explicó, sabiendo que el Mayor tenía terminantemente prohibido tomar mientras se trabajaba-. Esta noche le daremos un uso apropiado. -Tomó dos vasitos de papel de un estante dentro de otro armario y llenó uno. Dudó antes de servir en el otro, pero consulto a Diana con la vista.¿Usted toma esta bebida? No quisiera que me acusaran de corrupción de menores.

-Ya he tomado alguna vez. -Una en toda su vida, pero ¡o iba a decírselo precisamente a él. Quizá si pensaba que era un poco más mundana comenzaría a tratarla como a una Ynujé y no como a una niña.

Sirvió el segundo vaso y se lo alcanzó a ella, levantando el suyo en señal de brindis y diciendo al mismo tiempo: -A una joven y bonita señorita. Feliz cumpleaños, Diana.

Cuando él vació el contenido ella hizo lo mismo. La garganta le quemaba, quitándole el aliento. Diana trató de no toser y logró dominar su reacción.

-Lo templa a uno, ¿eh? -rió ella con la voz un tanto ronca.

-Realmente -concordó Curly y volvió a llenarle el vaso- y también ayuda a distenderse.

Tras un par de sorbos Diana se dio cuenta de que él tenía razón también acerca de esto. Aún quemaba al tragar pero no tanto como la primera vez, y la hizo sentir agradablemente floja, viendo todo a su alrededor con un tinte rosado. Conversaron sobre trivialidades. Él volvió a llenarle el vaso. Ella comenzaba a sentirse deleitada cuando Curly la tomó de la mano.

-Le prometí que bailaríamos un poco, ¿no? Bueno, veamos. -La tomó de la mano y la llevó fuera del galpón. En el amplio corredor que atravesaba los establos, Curly prendió la radio que el Mayor había instalado ahí para apaciguar a los caballos con la música. Se escuchó una balada ensoñadora a través de los altoparlantes. Solo la luz del cuarto de las herramientas proveía iluminación al lugar. Veloz y seductor se volvió hacia ella:

-Puede bailar conmigo -la invitó, como si estuvieran en una discoteca en lugar de hallarse en el establo.

-Sí -a Diana le parecía flotar en sus brazos.

El era fuerte. Ella podía sentir su musculatura mientras la tenía contra él. Se balanceaban al compás de la música. Diana no había bailado nunca de esa manera. Podía sentir la presión de sus muslos contra su cadera y la mano apretada contra su cintura.

-¿Qué tal esta celebración del cumpleaños? --Su hermoso rostro parecía muy cercano-. Beber... bailar...

-Y la compañía adecuada --dijo Diana aportando el último de los ingredientes que faltaba, mientras la mirada de él la envolvía.

-Y la compañía adecuada -corroboró Curly-. Es una lástima que yo no haya estado aquí el año pasado para su

cumpleaños. Los dulces dieciséis años. Supongo que no irabrá llegado a los diecisiete sin haber sido besada, ¿no? -Me besaron unas cuantas veces -dijo haciéndolo sonar como un comentario para sí misma. Le observaba los oscuros rizos del pelo negro, sintiendo ganas de tocárselos, de pasarle la mano por ellos.

- ¿Hoy? -preguntó él.

--Ningún cumpleaños es completo sin un beso adecuado --dijo él.

La habían besado antes, pero cuando la boca de él se introdujo en la de ella, su beso no se parecía a ninguno de las que había recibido anteriormente. El apelaba a sus labios con desenvoltura., y, en ella, el efecto del alcohol permitía (.pe dejara actuar al instinto.

-No está mal para una amateur -comentó él cuando finalizó.

-Mis maestros no han sido estrictamente profesionales. --Ella trataba de parecer calma, tanto como él, pero su beso irabía sido tan magnífico como lo había supuesto su imaginación romántica.

-Permíteme que te dé algunas lecciones gratis. -Bien.

Toda intención de bailar fue dejada de lado. Sus brazos rodearon el cuello de él, sus manos se deslizaban en la espesura de su cabello en la parte de atrás de la cabeza. Ella olía el whisky de su aliento y supo que el de ella tenía el mismo olor. La creciente presión de la boca de él le hacía echar la cabeza hacia atrás.

Diana no sabía a ciencia cierta si lo que estaba experimentando se debía a su deseo de él o al alcohol que drogaba el beso haciéndola sentir tan etérea. Decidió que se debía a las dos cosas. En ese momento comenzó a mordisquearle el cuello y a producirle una serie de sensaciones nuevas. Gimió y se aferró más a él apretándose a su cuerpo. El volvió a besarla de manera devastadoramente experta.

-Vamos. -El se apartó arrastrándola de la mano por el corredor y llevándola sin que supiera adónde ni para qué. Le daba vueltas la cabeza. Había un montón de paja contra la pared.

-Bien, ponte más cómoda aquí. -El se arrodilló) ante ella y la atrajo hacia sí.

=Mi vestido... -atinó a decir Diana en un leve intento de protesta.

-No te aflijas por él, chiquita. -Estaban acostados sobre la paja; nuevamente la boca de él, sobre la de ella.

Algo le decía a Diana que no estaba conduciéndose bien, pero...



-Dijiste que yo era la compañía adecuada -le recordó Curly pasándole acariciador la mano a lo largo del brazo. -Sí -aceptó ella en un murmullo mirando la boca tan cercana a la suya y diciéndole--: por favor Curly, bésame otra vez.

Y él la estimuló a que deseara más y más besos, cada uno más apasionado que el anterior. Su lengua le apartaba los labios y le recorría los dientes. Ella resistía a la penetra

ción, con un confuso temor a través de todo su cuerpo. -Vamos, chiquita, ¿nadie te enseñó a besar a la francesa?

-N... no.

--Es fácil. -Le besó la comisura -de los labios produciéndole una sensación extraña.- Yo te enseñaré. -Ella no parecía dueña de su voluntad como no fuera para aprender lo que él estaba dispuesto a enseñarle.- Abre la boca. Diana la abrió, lentamente, y los labios de él se posaron húmedos sobre los de ella deslizando la lengua dentro de su boca. Por un segundo ella solo se sometió. Luego, gradualmente, sobrevino el deseo de corresponder. Tentativamente, dejó que su lengua fuera al encuentro de la de él, correspondiendo finalmente a la erótica intimidad del beso. Su respiración se había vuelto agitada.

--Oh, Dios, nena, realmente eres sensacional -y sus labios le recorrían la curva del cuello. Luego subió hasta su oreja. Diana temblaba de placer. Las sensaciones se reprodu

cían sobre su piel. La mano de él ahora se deslizaba por su cadera atrayéndola más junto a él, luego subía hasta las profundidades de sus senos. Diana trató de retirarle la mano, pero no parecía poseer fuerza. Sus caricias se estaban volviendo demasiado íntimas. Su mente le dio orden de dete

nerlas pero sus músculos no podían coordinar más que para ofrecer una parodia de resistencia.

Curly> comenzaba a besarla de nuevo y su mano había de ;ado de acariciarle los senos y se deslizaba por la espalda. Todo parecía estar bien otra vez hasta que Diana se dio cuenta de que le estaba desabotonando el vestido. Se retorció esquivándolo.

- ¡No! -Gimió con enojada protesta y volvió a juntar las dos partes de su vestido. El le tomó las manos y se las apartó sin que ella pudiera inrponerse.

-No me opongas resistencia, nena.

Su aliento era caliente y húmedo sobre su mejilla, sus labios trataban de encontrar los de ella que se evadían. Le daba vueltas la cabeza. Le gustaba que la besara, pero las caricias iban más allá de lo que había previsto. Lo apartó poniéndole las manos contra la cintura, pero no pudo evitar que las de él se deslizaran dentro de su corpiño y dejaran sus senos al desnudo, sin importársele cuánto la fastidiaba la presión de la tela fuera de su lugar.

-Tienes unas tetitas hermosas, nena -murmuró-. Fíjate cómo me miran, tan jóvenes y firmes.

Antes de que Diana pudiera advertir su intención, inclinó su cabeza para besarle los senos, lamiéndole y morciéndole los pezones. Desesperadamente, ella trataba de apartarlo. El temor comenzaba a disiparle los vapores del alcohol. Pero una parte de ella sentía una suerte de estímulo sensual que le fijaba la atención erótica. La amenaza de la furia surgió en su murmullo de pánico.

-Curly, no quiero que sigas haciendo esto.

-Por cierto, nena. Por cierto -pero seguía en lo suyo sin prestar atención a sus protestas.

Diana sintió que su mano le tocaba las rodillas y que se deslizaba por debajo de su falda. Todo el placer inconsciente que había recibido de ese tacto se desvaneció ante este nuevo y peligroso avance. Trató nuevamente de esquivarlo, golpeándole la cabeza y los hombros con los puños, dando puntapiés a medida que él le levantaba la falda. - ¡Basta! ¡Déjame ir!

-Maldito incordio -gruñó él mientras se deslizaba encima de ella para apresarla con el peso de su cuerpo.

Ella abrió la boca para gritar pero él se la tapó con la mano apagándole el sonido. Con la otra mano la tomó de los cabellos para mantenerla quieta. Sonidos animales de

temor salían de su garganta, solo para ser sofocados por los besos brutales de él. Tenía la falda levantada hasta la cintura y él forzaba sus piernas entre las de ella sin inmutarse por los golpes que recibía. La furia, la rabia porque él se atreviera a violarla reemplazaba rápidamente a su temor. Los dedos de él estaban tirando de su braga; la presión de su virilidad erecta se hacía sentir sobre el muslo desnudo de Diana.

En un instante estuvo encima de ella, y en un instante, rodó fuera de su cuerpo. Diana creyó que se debía a algo que ella había hecho pues Curly se puso inmediatamente de pie.

- ¡Vete de aquí, Holt! -exclamó-. Esto nada tiene que ver contigo, a menos que también te guste a ti.

De pronto, Diana vio la segunda figura que aparecía enfrente de Curly. De todos los que podían venir en su ayuda, Holt Mallory era el último que ella hubiera elegido.

-Basta, Curly -fue su mortal y tranquila respuesta. En la semioscuridad Diana vio que Curly le daba una trompada a Holt, pero éste esquivó la cabeza y se atajó con el brazo izquierdo. En el mismo instante en que Holt paraba el golpe le daba, a su vez, un derechazo en el estómago... Curly se dobló y cayó sobre sus rodillas, con la boca abierta y los ojos nublados y brillantes por el dolor. Diana aguardaba salvajemente el próximo golpe pero no hubo tal. Holt había retrocedido y bajado los brazos.

Ella se puso de pie, determinada a vengarse. Había una horquilla de apilar el heno apoyada contra la pared, la tomó y corrió con ella hacia la figura de rodillas, jadeando por el deseo de venganza.

- ¡Canalla! -le gritó ahogadamente-, te voy a... Estaba tan encarnizada que no advirtió que Holt se interpondría hasta que él aferró con fuerza el mango de madera de la horquilla para arrancársela de las manos. Ella luchó por reconquistarla, pero Holt la arrojó contra la parva de heno, como si hubiera sido una espada. Ella hubiera corrido a tomarla de no mediar una mano de acero

que la asió fuertemente y la apretó contra su pecho. -Déjeme -se debatía Diana tratando de soltarse; ¡Trató de violarme! ¡Merece que lo mate!

-Cállese la boca. -Holt le cubrió la boca con la mano petrificándola con la mirada de acero de sus ojos grises cuando ella trató de morderlo. Detrás de ella, Diana podía oír que Curly, tambaleante, se ponía de pie. Holt fijó sus ojos en él.

-Quedas despedido, Lathrop. Envuelve tus cosas y te vas. Tienes una hora de tiempo para desaparecer.

-No puedes despedirme por culpa de ella. --Curly hablaba aún entrecortadamente por el dolor-. Qué diablos. Ella se lo buscó. Me ha estado persiguiendo desde que llegué, andándome detrás con la blusa desabrochada y usando esos pantalones apretados. Tú lo has visto. Era como una perra en celo.

Diana estaba horrorizada por lo que oía. Era desagradablemente cierto. Pero no cambiaba el hecho de que él la había querido tomar en contra de sus deseos. La ira provocada por la humillación servía para estimular la furia que sentía en contra de Curly.

-Oficialmente, estás despedido por beber en horas de trabajo. -Holt no hizo ningún otro comentario sobre las palabras acusadoras de Curly.- La prueba es que la botella

de whisky está en el cuarto de las herramientas. Ni una palabra más, Curly. ¡Sal de aquí!

Su mano continuaba apagando los gritos de protesta de Diana. Ella se debatía contra ese puño de hierro mientras los botones de la camisa de él se le incrustaban en el pecho. Holt

no la soltó hasta que no se hubo cerrado la puerta de las caballerizas. Entonces ella se abotonó el vestido apresuradamente. -¿Cómo lo dejó que se fuera tan fresco? -Sus ojos tenían destellos asesinos cuando se volvieron hacia Holt.- ¿Después de lo que trató de hacerme? El Mayor lo hubiera desollado vivo.

-¿Por qué? -la desafió él-. ¿Por haber aceptado una de sus muchas invitaciones? Todo el mundo ha visto la forma en que usted le andaba detrás. Curly tenía razón. Usted se lo estaba buscando. Si no hubiera sido por el Mayor yo no me hubiera interpuesto.

Le quemaba la vergüenza de sus palabras.

-Pues no la va a sacar tan barato -dijo con voz implacable mientras se volvía para salir-. El Mayor se encargará de que sea castigado.

Unos dedos como garfios la hicieron girar sobre sus pies.

-No va a decirle una sola palabra acerca de esto al Mayor -le ordenó Holt.

-Por cierto que sí -replicó ella-. El dará parte a la policía y hará que encarcelen a Curly. Y también le hablaré de la cobardía con que usted manejó todo esto. ¡En poco tiempo usted también tendrá que irse de aquí!

-Usted, putita consentida -le dijo con todo el desprecio posible-. Por usted, acabamos de perder al hombre que más sabe de caballos aquí, y todo lo que se le ocurre es la

venganza. Usted quiere que el Mayor defienda públicamente su honor, sabiendo muy bien que anduvo detrás de Curly como una ramera barata. No le importa que el

Mayor se ponga en ridículo ante todos sus amigos, para que usted se salga con la suya. El es un hombre demasiado excelente para merecer una hija así.

El ataque exigía alguna forma de respuesta y no había palabras que sirvieran para responder a lo que decía, de modo que Diana abrió la palma de su mano y se la estampó en la cara. La mirada de él fue como el acero derretido. Le . tomó la mano, se la retorció detrás de la espalda y la arrastró hasta el banco que había ante el tinglado. La puso sobre las rodillas, le levantó la pollera y se inclinó.

- ¡Nooo! -gritó Diana dándose cuenta de su intención.

Pero ya era demasiado tarde, pues le había bajado la braga y ya le estaba dando la primera y fuerte palmada. Un grito estrangulado salió de su garganta. Por más que se

debatía, no podía, liberarse. Se mordió los labios al ver que la azataína había terminado permitiéndose solo algunos gemidos. Diana no quería que nadie la oyera llorar ni que la encontrara en una situación tan humillante. Holt no había intentado en lo más mínimo golpearla con suavidad.

La azotaína parecía haber durado una eternidad antes que él volviera a ponerla sobre sus pies. Roja, con los ojos

llenos de lágrimas que no quería derramar, Diana le envió tirza mirada llena de orgullo herido. Le temblaban las rodillas, pero se mantenía derecha.

- ¿Está satisfecho? -lo desafió con la voz quebrada. Los inflexibles surcos de su entrecejo permanecían incólumes.

-Alguien debería haber hecho eso hace mucho tiempo. -Para su información -Diana hizo un desgraciado esfuerzo por parecer sarcástica-, yo efectivamente vine aquí, hoy, para ver a Curly. Quería que él se fijara. en mí; quería que me besara, pero no quería... Me ofreció un poco de whisky y lo bebí para que no creyera que era una chiquilina. Luego, cuando él... no me parecía que... -estaba teniendo dificultad para elegir las palabras adecuadas-. Nunca .quise que hiciera lo que estaba por hacer cuando...

Y ¿qué importaba ahora? Diana se volvió de espaldas, frustrada. Holt muy probablemente no la creyera, y, de todos modos, a ella no le importaba que lo hiciera o no. Pero, ¿por qué tenía que ser él quien había venido y la había encontrado con Curly? ¿Por qué no podía haber sido otra persona? Oh, Dios, qué ganas tenía de llorar, pero no delante de él.

El se levantó y fue hasta su lado. Como Diana no quería mirarlo le tomó la barbilla y la forzó a enfrentar su mirada.

--Suponiendo que lo que usted dice sea verdad, la próxima vez que le ocurra algo por el estilo, y con la gente como usted siempre hay una próxima vez -acotó con voz fría e insensible-, hay dos cosas que puede hacer: una, aprovechar sus uñitas pintadas para arañarle los ojos, y dos, un buen rodillazo en los testículos. Esto, si es que usted realmente no quiere que le hagan el amor.

-Gracias por el consejo -respondió Diana con acritud. Si sus piernas no hubieran temblado tanto le habría aplicado a él mismo el segundo de los consejos.

El apretó los ojos para ordenarle:

-Y ni una palabra de todo esto al Mayor ni a nadie, ni siquiera una alusión al asunto. El Mayor ya sabe que una vez reconvine a Curly por la bebida. No es probable que

peche nada a menos que usted se lo sugiera. ¿Estarnos?

-Sí. He comprendido.

-No voy a permitir que usted hiera o haga pasar vergüenza al Mayor -le advirtió.

-Su sentido de la lealtad es enternecedor. -Lo último que Diana quería hacer en ese momento era hablar con alguien acerca de lo que había sucedido esa noche. Solo esperaba poder olvidarlo ella misma, pero tenía la sensación de que la presencia de Holt Mallory se lo haría recordar siempre. Liberó la barbilla de la mano de él y dio media vuelta.

- ¿Adónde va?

-A casa -respondió.

-No en ese estado -se apresuró a observar Holt-. Quédese quieta -y comenzó a sacudirle el heno del vestido y a quitarle los trozos de paja del pelo. Cuando terminó le ofreció su pañuelo-. Límpiense la nariz.

-No necesito limpiármela -rechazó Diana con la última lágrima a punto de caérsele de los ojos.

-Recuerde lo que le he dicho -subrayó Holt mientras ella se dirigía a la puerta.

-No creo que pueda olvidarme. --Su afirmación era verdadera. Le dolía tanto el trasero que sabía que tendría que dormir boca abajo esa noche.

Diana no hizo comentario alguno acerca de lo sucedido. Aparentó sorprenderse cuando su padre se lamentó al día siguiente porque Curly había sido despedido. Los que

advirtieron la forma en que ella vagaba por los lugares durante las siguientes dos semanas lo atribuyeron al hecho de que Curly se hubiera ido, sin imaginar que su ida se vinculaba con ella. Ahora Diana odiaba a Holt.

Diana se graduó con medalla de honor de la High School y pronunció su discurso dirigiéndose al orgulloso rostro del Mayor.

Después, por sugerencia de su padre, ingresó en la universidad de Reno. Al comienzo Diana trató de discutir la idea pues no quería ir a la universidad. Consideraba que su educación ya estaba completada.

-¿Para qué tengo que ir a la universidad? Ya sé todo lo que me hace falta saber - insistía Diana un atardecer de

verano-. No hay nada acerca del establecimiento que me lo pueda enseñar un profesor y no tú. Sé cómo llevar los libros y cómo anotar las entradas y las salidas.

-No voy a dejar que desperdicies tu inteligencia. Además la universidad no es solamente las clases y los profesores -sonrió con indulgencia el Mayor-. Hay clubes femeninos, actividades, fiestas. Necesitas conocer más cosas de la vida antes que puedas saber realmente lo que quieres hacer con tu vida.

Pero Diana era escéptica y pensaba que nada la haría modificar su idea.

-Quizá nada te haga cambiar de parecer -concedió él-. Pero al menos habrás experimentado algo más que lo que ya conocías.

Un golpe a la puerta había interrumpido su conversación. Cuando el Mayor abrió la puerta rebatible para dar paso a Holt, el resentimiento volvió a acentuarse en

Diana. El lo advirtió en su expresión y dijo dirigiéndose al Mayor:

-Lamento, no fue mi intención interrumpir. -Su disculpa era suave y dicha con respeto. Diana podría haberle contestado que su presencia había significado una intru

sión en la vida de ella desde el primer día que se presentó en el rancho, pero que cada vez que ella había tratado de rechazarlo el Mayor había salido en su defensa. De modo que el asunto se convirtió en una causa perdida.

-No interrumpes en absoluto -señaló el Mayor Diana y yo estábamos tratando planes de estudio. -Esto también podría haber sido corregido por ella puesto que éstos eran los planes de él, no los de ella.- ;Qué sucede? -Hay un par de compradores aquí que están interesados en sus caballos árabes. Específicamente quisieran ver los potrillos de un año -explicó Holt-. Rube fue a buscar el jeep para

llevarlos al campo. Pensé que quizá usted quisiera venir; los compradores parecen gente de muy buen ojo para la caballada de raza.

-Tú puedes manejarte sin mí. -Esto había sido un directo pronunciamiento de confianza en la capacidad de Holt.

Diana se quedó mirando a su padre por lo que implicaba lo que terminaba de decir. En otras oportunidades el Mayor había delegado la responsabilidad en otros pero no a este punto y menos cuando estaban en juego los árabes preferidos de él. Holt se había afirmado por completo y ella no podía ignorarlo. El descubrimiento la ensordeció para el resto de la conversación entre ellos. El golpe de la puerta rebatible la sacó de su ensimismamiento.

-Tus cuatro años en la universidad pasarán antes que te des cuenta. -El Mayor retomaba así la conversación en el punto en que la habían dejado.

Con cierta ansiedad y disgusto ella se puso de pie para irse. El Mayor la siguió y le puso la mano sobre el hombro. No le había servido de consuelo esa escasa muestra de afecto. El Mayor había sido siempre muy parco y controlado emocionalmente. Rara vez expresaba sus sentimientos lo cual era parte de la rígida disciplina adquirida en el ejército, sumada a una cierta reticencia masculina natural.

-Siempre he proyectado enviarte a la universidad, Diana -le dijo apaciblemente-. Todos los padres sueñan que sus hijos se gradúen y yo no soy una excepción.

Diana no tenía qué replicar ante eso. Toda su vida había hecho lo que quería su padre. Era demasiado tarde para romper con esa costumbre. Y no hubiera querido sentir

su desilusión si ella se rehusaba. Además, después de su conversación con Holt, parecía que no se justificaba que permaneciera en el rancho.

Aún había intentado una leve protesta.

-Es que Reno queda tan lejos, en el otro extremo del estado.

-No tan lejos como para que no puedas venir a casa en los fines de semana largos y en las vacaciones -la había consolado él.

En consecuencia Diana cedió, consolándose con la idea de que estaba cumpliendo con los deseos de su padre, y se dedicó a la vida universitaria. Su programa no le dejó libres muchos fines de semana durante el primer año y sus visitas se restringieron a las vacaciones que eran demasiado cortas y demasiado espaciadas. Para lograr que el tiempo pasara más rápido, Diana se sumaba a las actividades estudiantiles y a las fiestas del campus. Hizo más amistades superficiales, pero sus



horarios nutridos no le permitían minutos libres para cultivar relaciones más profundas ya fueran masculinas o femeninas.

El verano pasó en un abrir y cerrar de ojos. Parecía que recién había llegado al rancho cuando ya tenía que partir de nuevo para el término de otoño.

No hubo acontecimientos importantes en su segundo año en la universidad. En octubre la llamaron a la oficina del decano, donde le informaron que su padre había sufrido

un leve ataque cardíaco y que se hallaba internado. Diana tornó el primer avión a Ely.

Mientras estaba junto a él en el hospital, lo notó pálido, pero nada más. El Mayor había parecido siempre tan invencible que constituía un verdadero shock ver que no lo

era. Aún brillaba en sus ojos una luz vital que no se amortiguaba pero que no era eterna.

-No estés tan preocupada, Diana -le señaló al ver la expresión-. Tengo muchos años de vida por delante. Simplemente debo aminorar la marcha... tomármelo todo con más calma.

-Controlaré que así sea.

- ¿Qué quieres decir? -demandó el Mayor.

-Me quedaré en casa contigo hasta que te mejores. -Mira, una cosa es que -hayas tomado un avión para venir a cerciorarte de que en realidad estoy bien, pero es completamente innecesario que te quedes a tomarme de la mano -le dijo con severidad-. Holt y Sophie están para cuidarme.

Diana quería decirle que como su única hija tenía el derecho de cuidarlo y que ése no era el privilegio de gente pagada, pero el Mayor no le dio oportunidad de hacerlo.

-Estoy pasándole toda la administración del rancho a Holt. El está más capacitado ahora para tomar las riendas del establecimiento en sus manos. Tengo suerte de contar

con él. -El respeto y la admiración con que lo decía eran innegables.

-Quiero quedarme en casa contigo.

-Usted, señorita, me hará el más feliz de los hombres si vuelve a la universidad y se recibe. Después, espero que encuentre un hombre inteligente y ambicioso con quien casarse, y hasta llegar a tener unos cuantos hijos. Las posibilidades de realizar cualquiera de estas cosas aislándose en el rancho son directamente nulas.

alejada-Sí, Mayor -pero Diana se preguntaba si él la habría do del establecimiento de haber sido varón.

Diana permaneció en un motel en Ely hasta que su padre fue dado de alta en el hospital. Afirmaba que se quedaba ahí porque no quería hacer un viaje de una hora todos

los días para verlo. Sin embargo, la verdad era que no quería permanecer en el rancho sabiendo que estaba a cargo de Holt Mallory.

En febrero, Diana asistió a una conferencia especial en su clase de ciencias políticas. El conferenciante invitado era un profesional de Nevada que representaba los intereses

mineros. Su nombre era Rand Cummings. Alto, extremadamente buen mozo, con el cabello negro, ondulado y ojos azules, encantador, elocuente e inteligente. Diana sintió una inmediata atracción hacia él, pero su experiencia con Curly la había vuelto cautelosa.

Esa tarde al finalizar la conferencia, Diana permaneció con otras alumnas para hacerle algunas preguntas. Solo un ciego hubiera dejado de advertir la presencia de Diana, y Rand Cummings no era ciego. Sucedió que fueron caminando juntos hasta el estacionamiento. El la invitó a salir y Diana aceptó.

No se trataba de un cortejo avasallador, puesto que Diana no estaba dispuesta a dejarse llevar por sus emociones. Rand concordaba con la mayoría de sus aspiraciones:

maduro, próximo a los treinta años, bien afirmado en la profesión que había elegido, y ambicioso. Estaba tan condicionado como Curly para despertarle interés temperamental, pero sin embargo no la presionó para que tuvieran relaciones íntimas. Durante los más apasionados abrazos, Diana advertía que sus reacciones estaban controladas, incluso cuando ella estaba al borde de descontrolarse. Esa disciplina hizo que aumentara en ella el respeto por él.

El fin de semana antes de las vacaciones de verano, Rand había llegado de Carson City para estar con ella. El domingo por la noche debían separarse. Cuando la traía de vuelta al campus, estacionó su auto ante el edificio de los dormitorios. Diana se echó en sus brazos abandonándose a sus besos posesivos de modo tal que ponía a prueba su capacidad de control. Antes que el deseo pudiera disminuirlo, Rand le retiró los brazos de su cuello, pero no la apartó de él, en cambio la atrajo y la sentó

sobre sus rodillas y se satisfizo con una prolija exploración de su cuello y su garganta.

-Nunca me siento totalmente seguro de ti, Diana murmuró.

Había experiencia en la forma sensual con que le mordisqueaba el lóbulo de la oreja y le transmitía placer a su piel. Los dedos de ella se introducían entre las ondas de su pelo y se deslizaban por su espesura.

-¿Nunca? -murmuró Diana.

Pero Rand no parecía considerar que fuera esencial estar seguro de ella.

-Eres una hermosa mujer y harás una espléndida esposa para un funcionario. En efecto eres lo ideal.

Diana se apartó levemente para mirarlo a través de la espesura de sus pestañas y dijo bromeando:

-Eso suena mucho a una propuesta de matrimonio. -Es una propuesta. Quiero que te cases conmigo, Diana.

Por un instante ella no respondió. Trató de verlo tal como lo vería el Mayor, preguntándose si él le encontraría los mismos atributos positivos que ella.

-¿Puedes arreglar tus cosas de manera que vengas a casa conmigo el próximo fin de semana? -preguntó ella Me gustaría que conocieras a1\_ Mayor.

-Tal era mi intención -dijo Rand sonriendo-. De ese modo podré pedirle formalmente la mano de su hija para casarnos.

-No lo hagas de entrada -dijo rápidamente Diana. Y se apresuró a explicarle-. Me gustaría que primero te conociera y que le dieras la oportunidad de intimar contigo aunque fuera brevemente, y luego le pidieras su consentimiento. A veces los padres suelen tornarse muy críticos si la cosa se les da súbitamente.

-Como tú digas -aceptó él-. Cuando tengamos su consentimiento elegiremos juntos el anillo de bodas.

Entre besos y caricias siguieron proyectando el futuro. Diana no admitió ni siquiera para sí misma que había evitado aceptar la proposición de casamiento hasta que tuviera

la opinión del Mayor al respecto. Le gustaba Rand y su piel no le resultaba desagradable. El parecía ser todas las cosas que ella siempre había deseado para un marido. Pero quería estar segura de que el Mayor aprobaba su elección.

Al día siguiente cuando llamó a su casa para hacerle saber a su padre que había invitado a Rand a pasar el fin de semana con ellos, él no le hizo ninguna pregunta.

La última

semana de estudios le pareció interminable, pero el vuelo a Ely resultó corto de tan esperado.

El Mayor daba la impresión de encontrarse totalmente recuperado de su ataque al corazón, aunque al retornar, Diana notó que se agitaba con más facilidad y que su cabello

era más gris. Le proporcionó todos los datos para que dedujera que Rand era alguien especial sin decirle hasta qué punto, y le dio tiempo para que se formara su propia opinión.

La noche anterior a que Rand viajara de vuelta, Diana se unió a su padre en el estudio antes de la cena. Hablaron durante algunos minutos de generalidades hasta que ella le preguntó:

-¿Qué te parece Rand?

-Muy inteligente y simpático. ¿Es serio lo que hay entre ustedes? Presumo que sí, puesto que lo trajiste a casa. -Me ha pedido que me case con él.

-Y quieres mi consentimiento -concluyó el Mayor. -Sí.

-¿Y qué pasa con tu carrera?

-Rand y yo hemos hablado acerca del asunto -admitió Diana-, voy a continuar, pero con menos horas que ahora. Ello significará que demoraré unos años más en tener una familia, pero nos dará tiempo para estar juntos.

-Entonces no veo que tenga objeción alguna que hacer. Me gusta, y si tú lo quieres no hay nada más que decir, ¿no? -Sonrió.

-No -aceptó ella- Rand está aguardando en el porche para hablar contigo. Quiere tu consentimiento para casarse conmigo.

-No lo tengas esperando, dile que entre -ordenó el Mayor con falsa severidad.

El casamiento se fijó para una fecha de agosto, de manera de darles tiempo a los recién casados para que disfrutaran de una luna de miel antes que Diana retornara a la

Universidad para el término de otoño. Faltaba poco que preparar pues durante todo el verano lo pasó en preparativos. Iba a ser una gran boda con recepción posterior en el rancho.

Aun en los peores momentos Diana se sentía aliviada por el sentido de que tenía algo que hacer. Desde la enfermedad del Mayor se habían producido algunos cambios,

pequeños, pero molestos de todos modos. Holt y Guy ahora comían en la casa principal, por una doble razón. El Mayor insistió en que era absurdo que Sophie cocinara para uno. Además, la hora del almuerzo le permitía a Holt hablar con el Mayor y obtener su opinión y consejo sobre los problemas que hubieran surgido.

Holt había sugerido que la práctica fuera interrumpida hasta que Diana retornara a la universidad, pero el Mayor lo rechazó de plano considerándolo innecesario. Diana no hizo comentario alguno, pero se las arregló para estar ausente durante los almuerzos. Aún sentía el mismo rechazo por Holt que había sentido siempre, pero ya no trataba de oponerse a su presencia en el establecimiento, y se propuso hacer toda lo necesario para ignorarlo...

La semana anterior a la boda, Rand voló a Ely para catar con ella. Diana se encontraba en el aeropuerto para esperarlo. No malgastaron palabras de saludo; Rand inme

diatamente la tomó entre sus brazos y se besaron largamente. Cuando finalmente él se apartó permanecieron tomados de la mano.

-¿Me echaste de menos? -preguntó Rand-, me parece que hiciera un mes que no te veo y no solo quince días. Con todos los preparativos de su casamiento el tiempo había volado para Diana pero le agradó que él dijera eso. -No he tenido tiempo de extrañarte, ¡si me has llamado todos los días! -bromeó Diana.

El volvió a besarla con fuerza y mirándola con ardor cuando se separaban sus rostros.

-Tenía que llamarte todos los días o enloquecerme sin saber qué estabas haciendo y quién estaba contigo. Ese atisbo de celos era excitante.

-¿No confías en mí, Rand? El aparentó levedad al decir:

-¿Cómo puedo saber qué estás haciendo cuando te encuentras tan lejos de mí? Podrías estar con algún novio anterior, y no quiero ni pensar en todos esos vaqueros fornidos del establecimiento de tu padre.

Diana echó su cabeza hacia atrás y se puso a reír. -No los has visto de cerca -le dijo aún riéndose Fuera del Mayor hay un solo hombre en mi vida y eres tú. El aflojó su mano y le acarició la mejilla.

-Eres tan hermosa, Diana. No sé si alguna vez voy a confiar cuando no estés cerca de mí.

La ardiente intensidad de su mirada la puso algo incómoda. Sus celos eran innecesarios. Cuando ella depositaba su amor en un hombre ese amor era total. Rand iba a ser su marido. A ella la habían criado con un sentido tan estricto de la moral que no iba a tomarse los juramentos del matrimonio con trivialidad. Vagamente perturbada por su actitud, Diana desvió la atención a otra cosa.

- ¿Qué estuviste haciendo durante estas dos semanas? -comenzó con tono de falso interrogatorio-. ¿Encontraste un par de chicas en Reno que te ayudaran a pasar tus noches

solitarias? Yo estoy aquí en el rancho con el Mayor que me vigila, pero nadie te cuida a ti, de modo que bien podrías estar echando unas canitas al aire.

-Pero hay una diferencia, mi amor -Rand le besó la punta de la nariz-, la forma en que yo esté pasando mis últimos días de soltero no tiene nada que ver contigo. - Chauvinista -lo acusó Diana riendo.

-Ya sabes la verdad sobre mi persona -murmuró él y le pasó un brazo en torno a los hombros para salir fuera del aeropuerto-. Sin embargo, hablando en serio, vi ayer que hay un gran apartamento que se alquila en el edificio donde estoy viviendo. Le dije al encargado que podríamos estar interesados en él. El mío es más bien pequeño, y no quiero que nos apresuremos a comprar o a edificar una casa en Carson City.

Diana asintió.

-Me gustaría tener tiempo para verlo la semana que viene.

-No te aflijas -respondió Rand-. El encargado prorretió reservárnoslo hasta que volvarros de nuestra luna de miel. Me debe algunos favores, de modo que lo hace con gusto.

Una vez que retiraron el equipaje, Diana lo llevó al estacionamiento, le entregó las llaves del automóvil y él acomodó las maletas en el cajón trasero.

-Peggy Thornton, nuestra vecina, me hizo una despedida de soltera la semana pasada -le informó Diana-. Ya verás la cantidad de regalos que he recibido. Te los mostraré en cuanto lleguemos.

-Me temo que tendré que esperar un poco, querida -dijo él cerrando el cajón y ubicándose ante el volante-Primero tengo que hacer algunas .llamadas de negocios.

- ¡Pero creí que venías a pasar el fin de semana conmigo! -protestó ella.

-Así es. Por eso quiero sacarme de encima esas llamadas. -Rand abrió la puerta del auto y dejó pasar a Diana. -¿No puedes olvidarte de tus asuntos este fin de semana? -preguntó ella con leve irritación mientras él se sentaba al volante.

-No, quiero que este viaje sirva de deducción de impuestos -sonrió y puso en marcha el motor-. Todo lo que tengo que hacer para ello es llamar por teléfono a un par

de funcionarios de las minas de cobre y llevarlos a almorzar. Quiero que tú vengas conmigo para que vayas teniendo idea de lo que es ser la esposa de un funcionario.

-¿Estás seguro de que quieres que te acompañe? No entiendo mucho sobre minería -admitió Diana.

-Querida, no es necesario que entiendas -le dijo con un parpadeo de malicia-, todo lo que tienes que hacer es estar hermosa, sonreír y ser agradable con los hombres, flir

tear un poco con ellos. Ya ves que no va a ser difícil estar casada conmigo -sonrió Rand-; podrías hacerlo con un brazo atado a la espalda.

-Bien. -Diana estaba dispuesta a hacer lo que Rand quisiera del mismo modo que había estado dispuesta a hacerlo que quiso su padre en el pasado.-- El Mayor nos está esperando para el almuerzo -le recordó ella.

-En la oficina hay teléfono -señaló Rand--, de modo que puedes llamarlo y decirle que no llegaremos al rancho hasta la tarde.

El ingreso de Diana al mundo de Rand fue agradable. No se sintió para nada incómoda con la conversación de los hombres puesto que siempre había estado entre ellos. Por

un momento los comentarios acerca de las minas tomaban un giro demasiado técnico para que ella pudiera seguirlos, pero ello no duraba mucho. Alguno de los oradores notaba su silencio y adecuaba la conversación de modo tal que ella quedaba incluida. Y Diana recordaba el consejo de Rand; se comportó, pues, cordialmente, sonrió mucho y flirteó un poquito.

Cuando finalmente Rand condujo el auto hacia el rancho, Diana miró la hora.

-Tu cálculo no sirvió. El Mayor nos esperaba un poco después de las dos y son casi las cuatro, quizá tendría que haberlo llamado para avisarle que nos retrasaríamos.

-Sabe que estás conmigo. Dudo que esté preocupado. Diana estaba ubicada muy junto a él con la cabeza apoyada en el respaldo y se volvió levemente para estudiarle el perfil y las suaves y hermosas facciones.

-¿Cómo me comporté? -le preguntó ella suavemente. -Magníficamente, un éxito rotundo -le respondió con una leve sonrisa arrogante.

El cumplido reconfortó a Diana que a su vez le sonrió. -¿Creías que podía no estar bien?

-No, de ningún modo. Pero no pases de ahí -aconsejó Rand.

-¿En algún momento pasé? -La incertidumbre se le reflejó en la mirada.

Había ante ellos un largo trecho por recorrer. Rand le puso el brazo en torno al cuello, la arrimó bien junto a él y le besó el cabello.

-No -le respondió-. Supongo que es mejor que me acostumbre a mirar a los demás hombres y ver cómo codician a mi esposa.

-Una semana más y seré tu esposa -murmuró Diana y dejó la cabeza apoyada en su hombro.

Diana estaba tan nerviosa como cualquier novia en la mañana del día de su boda. No era necesario. La ceremonia fue impecable. El gran patio del rancho estaba lleno de in

vitados. Ni siquiera el calor del verano podía amainar la atmósfera festiva y la alegría que reinaba en el lugar. Rand era bien conocido, y una cantidad de sus clientes importantes había asistido al acto y a la recepción. El y Diana estaban rodeados en ese momento por algunos de ellos y aceptando los brindis que se ofrecían por la felicidad de la pareja.

El Mayor estaba con ellos. Diana se daba cuenta por la expresión de su rostro que estaba contento de que ella se hubiera casado tan bien. Eso la hacía sentir orgullosa al mirar a Rand.

Cuando se levantaron las copas en otros brindis, uno de los hombres expresó:

-¿Saben que aún no he besado a la novia? -Yo tampoco -agregó otro.

Y se les fueron sumando otros que querían tener el mismo privilegio. Diana se daba cuenta del juego pero no dijo nada. Ninguno de ellos tenía intención ofensiva ni intentaba nada más que darle un beso amistoso y amablemente se sometió al pedido. Mientras el último se retiraba ella echó su cabeza hacia atrás y la mirada se le congeló: ante ella estaba Holt Mallory.



-Llegas justo a tiempo, Holt -dijo el Mayor-. Diana está dejando que todos los que no pudieron besarla en la iglesia lo hagan ahora.

La boca tensa se torció en una sonrisa burlona. Holt no le dio ninguna respuesta al Mayor, sino que pronunció un cortés:

-Buena suerte, señora Cummings. -Inclinó súbitamente la cabeza y puso su boca insulsamente fría sobre la de ella. Luego se volvió a Rand:- Felicitaciones -y estrechó las manos del nuevo esposo.

Los labios de ella quedaron helados por el leve contacto con los de él. Fue suficiente como para pincharle la burbuja de felicidad de que estaba disfrutando. Lo odió por haberle arruinado el día, por haberle hecho notar su presencia sabiendo hasta qué punto ella lo despreciaba. No importaba que el Mayor hubiera advertido que Holt no venía a saludar. Ella simplemente sabía que ya no podría recuperar el sentimiento especial que tenía antes que él apareciera.

El resentimiento le parpadeaba en la mirada mientras lo veía alejarse. Breves segundos después Diana advertía que alguien más se encontraba ante ella. Era un muchacho alto y desgarrado que inclinaba la cabeza y le daba un beso en la mejilla.

-Espero que seas feliz, Diana -murmuró Guy, y se fue tímidamente y sonrojándose.

-Gracias, Guy, lo seré. -Ella trató de sonar sincera, pero había gran amargura en su tono, la amargura proveniente del encuentro con el padre del muchacho.

-Hola, bueno... -dijo con una sonrisa forzada dirigiéndose ahora a Rand-. Felicitaciones -pero no había ninguna cordialidad en la mirada de Guy a Rand. Con gesto torpe, Guy estrechó la mano del marido de Diana y se apartó, perdiéndose entre la gente, tal como un poco antes lo había hecho Holt. Diana lo siguió con la vista un momento. Después el brazo de Rand le rodeó la cintura y le murmuró al oído:

- ¿Crees que puedo darle un beso a la novia?

Ella hizo un esfuerzo por sonreír, levantó la cabeza hacia él y respondió:

-Por cierto.

Diana miró por la ventanilla del avión. En la distancia, abajo, podía distinguir la masa nubosa del humo de la fundición del norte de Ely. Pronto aterrizarían y ella estaría de vuelta en casa, esta vez para siempre.

Traía las manos juntas sobre la falda; con el pulgar se tocaba el anillo donde había usado el anillo de casamiento. Llevaba la sentencia de divorcio en la cartera, con lo cual se disolvía el matrimonio que había durado casi cuatro años. El aviso de NO FUMAR apareció indicando que se aproximaban al aeropuerto, y Diana se reclinó en el asiento, cerrando los ojos y preguntándose por milésima vez en qué había fallado.

Todo había andado tan bien al comienzo, pleno de la pasión de los nuevos amantes que se descubren mutuamente. Todo se agotó demasiado rápidamente. Los inconvenientes comenzaron a surgir bajo la apacible apariencia de felicidad en menos de un año. Al comienzo, Diana había aceptado los amargos cuestionamientos como algo que toda nueva pareja puede experimentar, y había ignorado las acusaciones que él le hacía como algo que pasaría una vez que ¿i prendieran a confiar el uno en el otro.

Cuando se dio cuenta de que se trataba de señales de alarma, ya era demasiado tarde. Luchó hasta el final para intentar salvar el matrimonio, rehusándose a aceptar las

demandas de divorcio que le hacía Rand y soportando durante más de un año los dormitorios separados. Finalmente, él le había sacado las cosas de las manos y todo se convirtió en algo espantoso e intrincado.

El tren de aterrizaje se posó sobre la pista y el avión deslizó suavemente. Diana abrió los ojos y se enderezó en el asiento. En un tiempo la combinación de cabello en oscuro y ojos azules la habían hecho notablemente atractiva, La madurez, ahora, le agregaba belleza. Miró hacia afuera una vez que el avión se detuvo ante la pequeña estación terminal.

Se unió a otros pasajeros que también descendían. Era una soleada y tibia mañana de abril. Ella bajaba por la rampa.

Cuando entró al edificio, Diana miró a su alrededor, no reconoció a nadie en la terminal en miniatura. ¿Sería que el Mayor estaba tan fastidiado que no había enviado a nadie a buscarla? Levantó un poco la barbilla como gesto evidenciador de una actitud defensiva contra lo doloroso de tal pensamiento. Hacía más de dos años

que no venía a casa, dos años de querer hacerlo pero de constantes postergaciones aguardando que las cosas entre ella y Rand mejoraran.

.- Diana

Se quedó mirando al muchacho que parecía conocerla. Era alto, espigado y musculoso, tenía el cabello del color de arena del desierto y claros ojos azules. Avanzó hacia ella vistiendo un Levis nuevo y una limpia camisa blanca. -Bienvenida a casa la saludó con voz baja y entrecortada por la emoción.

Sus ojos recorrían esa boca sensitiva y el cabello ligeramente despeinado con mechones que le caían por el peso y el largo. No podía creerlo.

\_ ¿Guy? -lo identificó dubitativa y rió con naturalidad por primera vez en meses, cuando se dio cuenta de que estaba en lo cierto-. ¡Guy! no puedo creer que seas realmente tú. Has cambiado tanto.

-Tú, en cambio, no. -Le mantenía la mano fuertemente apretada; se lo veía tan adorable como antes.

El comentario del muchacho la volvió a la moderación.

-He cambiado, Guy -lo corrigió Diana apacible. -¿Cómo estás? -Su mirada ansiosa le recorría la cara, notando la tensión que ocultaba esa máscara de compuesta sobriedad.

-Estoy muy bien -mintió Diana. Se sentía deshecha, con su mundo destrozado como las piezas de un rompecabezas. No creía que cuando lograra armarlo el cuadro fuera nuevamente el mismo-. Nunca pensé que el Mayor te mandaría a ti a buscarme -dijo ella cambiando de tema. -¿Y a quién si no?. ¿Acaso no fui siempre tu esclavo? -bromeó Guy, pero había algo muy serio en sus ojos. Ella se dio cuenta de que aún le retenía la mano, y la retiró suavemente de su firme apretón.

-Bueno, supongo que así es -y sonrió y pretendió estar bromeando también ella-. ¿Dónde has estacionado? -Ahí afuera, no más. Podemos retirar tu equipaje al salir.

-Debería estar ya, ahí. -Ella miró a su alrededor pero no vio a ninguno de los pasajeros que venían en el avión con ella. Fuera del agente de viajes y del guardia de seguridad, las únicas personas en el recinto de la terminal parecían estar aguardando para tomar otro vuelo.

-Sí, es verdad -asintió Guy cuando también él se dio cuenta de que eran los últimos que quedaban. Afuera, solo estaban sus dos maletas colocadas bajo un toldo--. ¿Esto es todo?

-Sí, el resto de mis cosas llegará por carga en un par de días.

Mientras él le llevaba las maletas al auto, Diana estudiaba sus facciones. Excepto porque era rubio, nada había en él que se pareciera a aquel niño delgado y pálido que llegara al rancho diez años atrás. "Diez años atrás", pensó ella. Es decir que Guy tenía diecinueve años. Ella no lo había visto la última vez que había estado en el establecimiento. Había venido solo por un fin de semana y él estaba fuera controlando las alambradas de algún lugar.

La última vez que se encontraron él acababa de cumplir dieciséis años. Era delgado y desmañado, entonces. Ahora era musculoso y buen mozo. No un hombre hermoso, como le había parecido Rand. Había algo muy fresco y limpio en Guy y Diana se sintió extrañamente agradada, por contraste.

- ¿Qué sucede? -Guy frunció el entrecejo y Diana se dio cuenta de que había notado la forma en que ella lo miraba.

-Estaba pensando en el desastre que he hecho de mi vida -había un dejo de amargura en su voz mientras trepaba al interior de la camioneta.

Guy cerró la puerta y permaneció quieto un momento, para decir:

-Todos cometemos errores, Diana.

Era más que un error. Ella había fracasado total y miserablemente, pero le agradecía el intento de consolarla. -Unos, más grandes que otros. -Una sonrisa tensa le curvó los labios.- ¿Verdad?

-Así parece. -Guy le devolvió la sonrisa, y dio la vuelta hasta el lugar del conductor. Dejando atrás el aeropuerto, se volvió por la carretera hacia el sur.- ¿Quieres detenerte en el pueblo para tomar un café o comer algo?

-No. -Diana sacudió la cabeza.- Solo deseo llegar pronto al rancho.

-Me gusta que hayas vuelto a casa.

-A mí también. -Nunca debería haberse ido, pero no se ganaba nada con lamentarse.- ¿Qué tal andan las cosas? -Muy bien.

Diana lo miró de costado. Su perfil fuerte le recordaba al de su padre.

-¿Qué tal se llevan tú y Holt? -le preguntó recordando el distanciamiento entre ellos, estimulado muchas veces por ella.

-Nos llevamos mejor. -Había una mueca burlona en su sonrisa.- Podríamos decir que hemos aprendido a tolerarnos mutuamente. Holt es un tipo difícil de conocer.

Nunca he podido llegar a saber qué pasa dentro de él o por qué cargó conmigo. Culpabilidad, supongo.

A Diana le resultaba difícil imaginarse a Holt Mallory sintiendo culpa por nada. De pronto, no quiso seguir hablando de él.

-¿Cómo está el Mayor? -Mejorando.

--¿Mejorando? ¿Qué quieres decir? --señaló extrañada. -¿No lo sabías? -la interrogó con expresión sorprendida-. El Mayor tuvo otro infarto hace un par de meses. Le corrió frío por la columna vertebral. Quedó sin aliento mirando la cinta de camino por recorrer.

-No, no lo sabía. No me sugirió siquiera que no se sintiera bien. No me lo decía en sus cartas ni cuando hablé por teléfono con él. ¿Por qué no me lo dijo alguien? Le correspondía hacerlo a Holt. ¿Por qué no me lo mandó decir? -Quizá creyera que tú lo sabías. -Guy no intentaba defender a su padre, simplemente se le ocurría esa posibilidad.

-Hace dos meses. Justamente cuando le dije al Mayor que Rand y yo teníamos problemas -recordó Diana en voz alta.

-Esto no tuvo nada que ver. -Guy parecía seguir el hilo de sus pensamientos.- El Mayor estuvo abusando. Tuvimos una gran ola de frío en la época de parir las vacas y todos trabajamos duro para compensar las pérdidas. Diana se dejó convencer de que Guy tenía razón. -¿Cómo lo tomó cuando supo lo de Rand y yo?

-Con bastante filosofía. Naturalmente estaba preocupado por ti, pero... -Guy vaciló.- ¿Por qué te casaste con él, Diana?

-No lo sé. -Se encogió de hombros y miró por la ventanilla.- Debo haber creído que lo amaba. Rand era buen mozo e inteligente y exitoso. Quiso casarse conmigo, y al Mayor le gustaba. No sé por qué me casé con él - repitió-. Quizá simplemente quería que alguien me amara. Después de eso continuaron en silencio durante una cantidad de kilómetros. La carretera serpenteaba entre las montañas, atravesaba una selva desierta de pinos hasta llegar a un valle de verdes pastos. Cuando volvieron a hablar se refirieron a cosas sin importancias ambos estaban evitando cuidadosamente los temas dolorosos.

Al final de una hora de viaje, Guy entró al predio que rodeaba el rancho y se detuvo frente a la casa principal. Diana contemplaba el lugar donde había pasado su infancia. Casi esperaba ver al Mayor saliendo al porche para recibirla, pero éste permaneció vacío.

- ¿Diana?

Guy mantenía la puerta del automóvil abierta para que ella bajara y así lo hizo, pasándose nerviosamente una mano por la falda del traje sastre, para alisarla.

-Entra -la urgíó-. Yo te seguiré con las maletas. El venía solo unos pocos pasos detrás, cuando ellá entró a la casa. Todo estaba exactamente igual que cuando vivía ahí. Ni siquiera el mobiliario había sido renovado o cambiado de lugar. Sintió un nudo en la garganta al mirar a su alrededor. El ama de llaves apareció en el corredor que conducía a la cocina.

-Hola, Sophie. -La mujer no parecía tener un año más que antes para Diana.

-¿Qué tal, señorita? El Mayor está en su habitación descansando.

-¿Cómo está?

-Muy bien, pero el doctor insiste en que debe pasar un par de horas todas las mañanas y las tardes descansando en la cama -le explicó la mujer-. Vaya a su habitación.

-Sophie echó una mirada a Guy que estaba justo a la entrada con las maletas en la mano.- Le indicaré a Guy dónde poner su equipaje.

Ahora que había llegado el momento, Diana se daba cuenta de que tenía temor de enfrentar al Mayor. Se sentía como la hija pródiga que retornaba sin saber cómo sería

recibida. Desvió la vista hacia Guy, quien con su manera de ser tranquila había significado un verdadero apoyo durante esa última hora.

-Ve --le sonrió él-. Te veré a la hora del almuerzo. -Gracias por venir a buscarme al aeropuerto. -Luego se apresuró a subir a la habitación de su padre antes de perder el coraje.

La puerta estaba cerrada y ella golpeó una vez, y aguardó hasta que una voz ronca se hizo oír dándole permiso para entrar. El Mayor estaba acostado sobre el cubrecama, totalmente vestido.

-Diana -le sonrió-. Me pareció que había oído el auto y me dije que quizá fueras tú. - El no hizo ningún esfuerzo por levantarse cuando ella se aproximó.

-Diablos, Mayor. -Impulsivamente Diana se inclinó para besarle la mejilla.- ¿Cómo estás?

-Muy bien. -Le palmeó la mano que ella tenía apoyada en su brazo. Pero Diana podía ver que la enfermedad había producido sus estragos en ese hombre, una vez vigoroso. Había perdido peso, aunque estaba aún físicamente en buenas condiciones. Y su color no era tan bueno. Su cabello que una vez había sido oscuro

estaba casi completamente gris. Los músculos de su garganta se contrajeron.- Lamento no haber ido a buscarte al aeropuerto -se excusó con un gesto-. Me han dicho que debo descansar. No es fácil aceptar órdenes cuando se está acostumbrado a impartirlas. -Sus ojos eran tan penetrantes como de costumbre y la estudiaban de cerca.- Pero lo que quiero es saber cómo te sientes.

-Bien -mintió Diana nuevamente y se levantó alejándose de la cama con los brazos cruzados. Tenía los ojos brillantes por las lágrimas que los inundaban.- No he venido en tu ayuda, ¿verdad?

-Diana -le reprochó él-, no digas esas tonterías. -No son tonterías. Tengo un título universitario que no me interesa usar. Mi matrimonio está concluido. Ni siquiera te he traído un nieto a casa. -Diana enumeraba sus faltas como si necesitara confesar una culpa.

-Un título nunca es algo inútil, y muchos matrimonios fallan. En cuanto al nieto, agradezco que tú y Randon no hayan tenido hijos dada la forma en que evolucionó el matrimonio. Es difícil para uno solo de los padres criar un niño. Yo lo sé muy bien -le recordó el Mayor-. No voy a hacer que te conduelas de ti misma. Has tratado. Un hombre no puede pedir más de su hija. A su tiempo, tendrás otra oportunidad y las cosas andarán mejor para ti.

-No quiero tener otra oportunidad. -Diana aprovechó para hacer desaparecer sus lágrimas.- He venido a casa para yuedarme aquí, Mayor. Aquí es adonde pertenezco. Esta

vez no me puedes enviar lejos. -Mirándolo ahí tirado en la cama, convertido en una sombra de lo que había sido, Diana sintió que realmente él la necesitaba.

-Nunca te he enviado lejos.

-De todos modos -dijo sin discutir el punto-, estoy de vuelta. -Levantó los hombros en señal de restarle importancia.- Aquí estás con una hija de veinticuatro años entre tus manos... te guste o no.

-Bueno, al parecer no es mucho lo que puedo hacer, ¿verdad? -interrogó el Mayor con mirada indulgente. -De ahora en adelante me ocuparé personalmente de ti. -Su brillante sonrisa y la intensidad de sus ojos azules constituían una profunda súplica para que él no se opusiera. -¿Te he dicho últimamente que eres la mejor hija que un hombre pueda desear tener? -Su voz se dulcificaba con el afecto.

-No, últimamente no me lo has dicho -admitió Diana-. Pero me lo puedes decir más tarde, cuando te levantes de tu descanso. Ahora voy a guardar mi ropa. Luego pensé en ir a dar una vuelta para reconocer mis viejos lugares.

-Te veré en el almuerzo.

En cuanto cerró la puerta de la habitación su sonrisa se desvaneció. Se encaminó despacio a su antiguo dormitorio, donde se hallaban sus maletas. Las viejas paredes le daban un sentido inigualable de seguridad, comodidad y protección. Aquí, nada podía amenazarla. En esta casa, en este rancho estaba a salvo de cualquier daño. Había sido un error haberse ido de ahí alguna vez. El complicado y amargante divorcio en el cual estaba comprometida parecía algo distante, lejano en el tiempo. Se hallaba en casa y todo estaba bien otra vez. Se apresuró a desempacar y se puso el único par de jeans que le quedaban, ansiosa por salir a explorar el rancho y retomar los hilos de su vida pasada. Sus botas viejas estaban en el armario y se las calzó.

Se dirigió a las caballerizas con la felicidad en el rostro cuando divisó el morro grisáceo del padrillo bayo que vino a su encuentro para saludarla. A lo lejos podía adivinar unas formas oscuras pastando en las ricas praderas del pie de la montaña. Eran caballos nuevos, Diana lo sabía, tenían entre un año y dos años.

Volvió su atención al viejo padrillo árabe cuyos ancestros eran una raza del desierto, lo mismo que él. La edad no le impedía mantener su belleza clásica. La cabeza delicadamente proporcionada, con sus grandes ojos luminosos, y la impecable conformación de su cuerpo que llevaba las señales del pura sangre.

Palmeándole una vez más el cuello Diana decidió por fin seguir andando hacia los establos que se veían blanquísimos, recién pintados. La puerta estaba abierta y entró.

Sus ojos al principio necesitaron adecuarse porque venían de la claridad excesiva y no veían nada.

Un caballo relinchó en la relativa oscuridad, oía el ruidar de los cascos en el piso y sentía el olor familiar de heno de los caballos, del cuero y las monturas, todo lo cual le devolvió la sonrisa.

Unos pasos se aproximaban a la puerta del establo acompañados del ruido de las riendas y los estribos. Diana se dio vuelta para saludar al peón que entraría, descontando que sería Rube Spencer u otro de los hombres que desde hacía largo tiempo trabajaban para el Mayor,



Era Holt Mallory. Su mirada la alcanzó, la identificó y la ignoró al pasar junto a ella para ir al cuarto de herramientas. En esos breves instantes, Diana tuvo de nuevo la sensación de que sus ojos grises tenían cien años. Que no había nada que no hubieran experimentado o visto. Era la misma sensación que había tenido la primera vez que lo vio. Y lo mismo que la primera vez, una sensación de desagrado se le reveló en la piel.

irritada por la forma en que él la había ignorado, Diana lo siguió y se detuvo en el vano de la puerta del galpón. Desde ahí lo observó tomar la montura que traía sobre los hombros y acomodarla sobre un caballete de madera. Tenía los hombros anchos; la cintura y las caderas, finas. Alto y sin un gramo de más en el cuerpo. Ella tenía la sensación de que la hoja de un cuchillo no hubiera podido penetrar esos músculos de acero,

--Ya veo que no ha cambiado usted, señora Cummings dijo sin dejar de darle la espalda, con voz fría y desafiante indiferencia-. Aún anda vareándose con pantalones ajustados y la blusa a medias desabotonada. ¿A quién busca esta vez? Sú mano se apresuró defensivamente a abotonarse la blusa que se le había abierto en la parte superior, Sintió que el calor le subía a las mejillas mientras el resentimiento le relumbraba en los ojos.

-A nadie -le replicó ella-, y mi nombre es Somers. Legalmente he vuelto a mi nombre de soltera. Ya veo que usted tampoco ha cambiado, Holt. Es el mismo frío, arrogante hijo de mala madre que siempre fue.

El se volvió para enfrentarla. Los años le habían esculpido las facciones reciamente masculinas. En su cabello había reflejos dorados que asomaban por debajo de su sombrero Stetson. Diana lo observó: su aparente disposición indolente encubría una atención alerta y agazapada. Era tan fascinante y mortífero como una cobra que se balanceara antes de dar el golpe. .

- ¿Por qué ha vuelto?

Diana consideró que su pregunta podía enfurecerla. - ¡Qué pregunta ridícula! ¡Esta es mi casa!

- ¿Cuánto tiempo piensa quedarse? -Holt no dejó que su fastidio apenas controlado lo impresionara.

-Esta es mi casa -repitió ella- y no pienso dejarla. - ¿No cree que ya ha hecho bastante daño?

- ¿Daños?

-Ya le advertí antes acerca de causarle preocupaciones al Mayor ---le informó fríamente-. Posiblemente esté enfermo pero no está ciego. Si usted intenta continuar sus nume

rosos amoríos no va a poder ocultárselo. Y cuando eso suceda ya verá lo que pasará.

- ¡Mis amoríos! -Su asombro era innegable.-- ¿Qué sabe usted de...?

-¿Cree usted realmente que los sórdidos chismes sobre su vida conyugal no han llegado a esta parte del mundo? -Se le endurecieron los músculos de la mandíbula.-  
¿Acaso no fue su infidelidad la que le sirvió a su ex marido para entablar demanda de divorcio?

-¿Cómo... quien...? -La cabeza le daba vueltas. Ella nunca hubiera creído que las horribles habladurías hubieran iajado hasta ahí.

-Esta es una ciudad minera -le recordó él-. Las historias probablemente hayan recorrido todo el circuito de las compañías puesto que su ex marido tiene que ver con ellas.

los chismes proliferaron cuando los rutnores acerca de la hija del Mayor llegaron aquí.

--Oh, Dios -exclamó Diana dándose vuelta-. Eran mentiras. Nunca tuve nada que ver con nadie. Rand creyó...El... -Ella volvió a mirar a Holt reteniendo el aliento.- ¿Y el Mayor también se enteró?

los ojos de Holt se estrecharon acusadores y grises. --Me imagino que sí. Nunca se lo pregunté.

-Me sorprende que usted no se haya encargado de hacérselo saber -dijo manteniendo la cabeza en alto con gran esfuerzo.

--Trato de hacerle las cosas más llevaderas al Mayor, no peores.

-- ¡Oh! ¿Por eso no se tomó la molestia de informarme cuando el Mayor sufrió su último ataque? -lo desafió Diana.

--Yo no sabía que usted no estaba enterada -replicó Holt sin alterarse-. Pero de haberlo sabido, tampoco la hubiera enterado.

-Es mi padre, tenía derecho a saberlo, ¿no?

-- ¿Para refregarle los sucios asuntos de su divorcio en la cara? Realmente eso lo hubiera hecho sentirse mejor dijo con frío desprecio.

¿Qué clase de hija sería yo si no quisiera estar a su lado cuando él me necesita? -le demandó Diana.

Sé la clase de hija que es: caprichosa, mimada y egoísta.

Diana le dio una bofetada. Le quedó el dolor en la palma de la mano al encontrarse con la dureza de su mejilla, pero se sentía satisfacción en él. Solo pudo disfrutar de ello un instante pues inmediatamente algo explotó contra su propia mejilla, con tal fuerza que le llevó la cabeza a un costado y las lágrimas le saltaron de los ojos. Azorada, se cubrió con la mano el área dolorida de la cara mirando al hombre que la había abofeteado.

Ahora sé qué clase de hombre es usted. Le deleita pegar, ¿no es cierto? --le dijo ella fríamente--. Eso lo hace sentir fuerte y poderoso.

¿Qué pensaba usted que iba a hacer? Hace mucho que dejé de poner la otra mejilla. -La reacción de Holt fue rápida, dura y peligrosa. Toda capacidad de amabilidad que pudiera tener estaba bien enterrada y blindada.

Holt no le dijo una palabra más. Pasó junto a ella y salió, alto, formidable, dejándola sola. Nunca, nada ni nadie la habían hecho sentir tan pequeña e insignificante.

Ella se dio vuelta, pero ya los grandes pasos de él lo habían llevado más allá del galpón y del establo.

- ¡Maldito sea! -dijo ahogando un sollozo.

Diana estaba ayudando a Sophie a poner la mesa para el almuerzo cuando Holt y Guy entraron en la casa grande. Holt hizo una inclinación de cabeza leve en dirección a las mujeres antes de dirigirse hacia donde estaba sentado el Mayor, Diana hervía de fastidio sabiendo que el saludo era , general y de forma.

¿Necesitas ayuda? -le preguntó Guy.

Por la mirada sorprendida de Sophie, Diana se dio cuenta de que él no hubiera hecho el ofrecimiento si ella no hubiera estado.

Ya está casi listo. Gracias Guy de todos modos. Puso el último vaso sobre la mesa.- Solo falta poner la comida en la fuente y traerla.

Ella siguió a Sophie hasta la cocina y volvió con un humeante recipiente de salsa. La puerta rebatible golpeó, al tiempo que Rube Spencer entró a la enorme sala de estar y comedor. Advirtió la presencia del Mayor y se quitó el sombrero polvoriento y manchado de transpiración, manteniéndolo ante él con las dos manos. Cabellos

negros, encanecidos y como cables surgieron en todas direcciones, como si hiciera semanas que no vieran el peine.

Era a Holt a quien se dirigía Rube.

Miré por todos lados pero no hay huellas de la yegua zaina. Le dije que no estaba ahí, pero usted no quiso escu

charme. Me he tenido que pasar toda la mañana "buscando" un animal que sé que no está ahí, como si no tuviera otra cosa que hacer.

-¿De qué yegua están hablando? -preguntó Diana. -Nashira -dijo Guy cuando Holt no respondió-. ¿Te acuerdas de ella?, tenía una estrella en la cabeza y las cuatro patas blancas. Sus crías siempre resultaron idénticas a ella, --Recuerdo -asintió ella-. Fue preñada la primavera después que ustedes vinieron aquí.

-Pero este año se volvió yerma y no quiso aparearse con ninguno de los demás padrillos. Holt la largó junto con los potrillos -explicó Guy.

¿Descubrió dónde puede haberse metido? . -preguntó Holt a Rube.

-Hallé un lugar donde el alambre de arriba estaba roto y del otro lado había pisadas -admitió-, pensé que podrían ser de ella y las seguí hasta que se mezclaron con otras huellas de salvajes.

Holt levantó una ceja en actitud pensativa. —¿Se juntó con alguna manada?

-No hay indios por aquí... qué sé yo -protestó Rube. Todo lo que puedo decir es que el terreno era bastante rocoso y no podía distinguir las huellas de unos cascos de las

de otros. Por lo que pude ver, había solo unos cuatro caballos, quizá menos. No es probable que fuera un garañón salvaje y su harén. Es más probable que se trate de algún potrillo que se apartó de una manada, diría yo. Nunca he sabido de ninguna manada que ande tan cerca del rancho. Esos animales salvajes, por lo general ponen más distancia entre ellos y los seres humanos, a menos que sea un año de sequía y no es el caso, puesto que hemos tenido buenas lluvias hasta ahora. No como hace unos años cuando.,.

-Recordamos lo seco que estuvo, Rube -interrumpió el Mayor.

-Sí, señor, sé que lo recuerda -asintió Rube con respeto-. Supongo que ahora me mandará a que vaya a buscar la yegua otra vez. Si se ha alzado, sabe Dios por dónde puede andar. Bueno, podría...

-No, no será necesario que vayas -dijo Holt--, segura

mente volverá en un par de días aunque más no sea en busca de agua.

-Acaso no -argumentó Rube-. Ya le dije que ha ha~ hid.o bastante lluvia y que no necesitará agua. Podrá encontrarla por ahí, especialmente si se juntó con algunos salvajes.

-Esta es su casa. No es fácil que se quede por ahí. Nunca mostró inclinación a largarse a vagar -señaló Holt. -Eso no quiere decir nada. --Rube comenzó a escupir jugo de tabaco con disgusto y recordó la época en que él estaba en la casa del Mayor.- No hay nada que pueda volverse más salvaje que un caballo manso una vez que le ha sentido el gustito a la libertad. No existían los caballos salvajes, todos salieron del mismo grupo de mansos, cuando los españoles trajeron sus caballos de montar. Algunos se perdieron y...

-La comida está lista. --El anuncio de Sophie llegó justo a tiempo para ahorrarles la lección de historia sobre la introducción de los caballos en Norteamérica.

--Bueno, si no creen que debo ir a buscarla me voy de vuelta a mi trabajo. No les haré demorar la comida dijo Rube oliendo el aire con aprecio-. Evidentemente huele bien. Ya no recuerdo la última vez\_ que comí algo que no viniera en lata.

Diana pescó la sugerencia y dijo:

- ¿Por qué no se queda a comer con nosotros, Rube? Alcanza para todos.

--No, no quiero obligarlos. -Pero ya se estaba acomodando en la mesa.-- Sin embargo, si están seguros que alcanza para todos, será un festín para mí.

Por cierto que alcanzará -le aseguró Diana ocultándole la mirada contrariada aunque chispeante del Mayor.Siéntese donde quiera, ya voy a poner otro lugar.

Cuando todos estuvieron sentados, Diana se ubicó en el extremo opuesto al de su padre en la mesa rectangular, con Guy a su derecha y Rube a su izquierda. Una vez que el Mayor pronunció la oración de gracias todo el mundo estuvo ocupado pasándose las fuentes. Permanecieron concentrados en la comida hasta que Guy recordó:

-¿Usted solía atrapar caballos salvajes cuando era joven, verdad Rube?

--Por cierto que sí -respondió entre bocado y bocado . Pero tú aún no habías nacido. M... -Una rápida mirada al Mayor le hizo cambiar la palabra.- Diablos, yo era un chiquilín entonces, más pequeño que tú. Esos eran los tiempos en que uno salía en pelo tras una manada de caballos salvajes, sabiendo que si el animal de uno pisaba mal los dos nos romperíamos el cuello -le brillaban los ojos mientras hablaba-. Por

cierto -dijo con un suspiro--, eso fue antes de que promulgaran la ley que los protege.

--Pero si no hubiera sido por la ley no quedaría ningún potro n,esterio -señaló Guy.

Y sí, pero ahora han proliferado demasiado -insistió Rube -. Un caballo salvaje ya no tiene enemigos naturales, como no sea al hombre. Oh, hay un raro león montañés por ahí, y de vez en cuando un coyote baja algún caballo viejo o inutilizado. Pero el resto de los mestefios... -se encogió de hombros para indicar que no había depredadores que los amenazaran.

-No hay nada más lindo que ver un caballo salvaje corriendo en libertad -Diana ignoró su observación-. Una vez iba yo por la orilla de un arroyo subiendo una cuesta serpenteante y de pronto, ¡zas!, ahí me di con un mestefio. Nunca me voy a olvidar la forma en que levantó la cabeza, relinchó dando la alarma y luego se lanzó a la espesura.

-Es claro que no hay nada más lindo -asintió Rube-, también es estupendo encontrarse con una cierva y su cervatillo, pero si no fuera por los cazadores que evitan que crezca el número de ellos serían la plaga de los granjeros y rancheros del país. No quiero decir que haya que librarse de todos los mestefios. Yo soy de la misma opinión que el Mayor -dijo señalándolo con el tenedor- y que la mayoría de los rancl:eros. A mí no me importa compartir el campo con caballos salvajes. Pero el rancharo sabe que es lo mismo que cuando viene un año malo. Un caballo, lo mismo que cualquier otro animal debe tener una determinada parcela de forraje a su disposición. Si esa parcela está superpoblada y sobreviene una época de sequía lo que uno ve no tiene nada de lindo, entonces: maleza, bolsas de huesos -Rube tembló-. Yo lo he visto. Y prefiero ver un caballo muerto antes que en esas condiciones.

-Diezma las manadas -terció Holt-. Los débiles mueren y los fuertes sobreviven.

-Quizá -concedió Rube.

-¿En los años malos el gobierno no podría alimentarlos? -sugirió Diana.

-Pronto dejarían de ser caballos salvajes si el gobierno hiciera eso. Estarían como los osos, aguardando a la orilla del camino y pidiendo un bocado. Y esas criaturas orgullosas que ustedes describen no existirían más. No -Rube sacudió la cabeza.- Si han de ser salvajes hay que dejarlos que lo sean, pero si uno quiere que sean mansos hay que encerrarlos.

-No me gustaría que sucediera eso -Diana sacudió la cabeza.

-A mí tampoco -se sumó Guy-. ¿Recuerdan esa época en que se secaron las represas de Alan? -preguntó. refiriéndose al propietario de un establecimiento vecino-. ¿Y el ministerio rodeó la manada de caballos salvajes? El Mayor nos llevó a verlos porque yo nunca había visto un caballo salvaje. No eran nada extraordinario ahí en el corral, con sus cabezas inclinadas.

-Sí, y tú me pediste que les abriera la tranquera y los dejara sueltos -recordó el Mayor--. Me tomó un buen rato poder convencerlos a ustedes que haber atrapado a esos caballos era un acto humanitario.

-Me acuerdo -dijo Guy con una sonrisa.

-Un caballo salvaje no tiene ninguna gracia cuando está encerrado --subrayó Rube.

-No todos los caballos que yo he visto encerrados eran desagradables. -Diana le pasó la fuente de carne a Rube y éste se sirvió por segunda vez.- Algunos tenían una buena conformación y buena estructura musculosa.

-Esos provienen de un establecimiento y se han extraviado, con lo cual se introduce sangre nueva en una manada que ha estado reproduciéndose entre sí durante años.

-Además, creo que el ejército largó algunos padrillos cuando desbandaron la caballería -terció el Mayor agregándose al comentario de Rube-. Eso sucedía hace algunos años por cierto.

-No importa cómo sea su aspecto exterior, siempre es excitante verlos. -Diana levantó la vista de su plato al terminar de hablar e incidentalmente miró en dirección a Holt. Vio la expresión cínica de sus ojos.- Usted no ha participado mucho de esta conversación, Holt. ¿Cuál es su posición con respecto a este asunto de los caballos salvajes?

-Tal como están las cosas, usted y Guy -dijo recorriéndolos a todos con su mirada fría-, están de parte de los mestefios, Rube de parte de los rancheros. El Mayor ha decidido diplomáticamente permanecer en la posición intermedia. Ello arroja un total de dos por los caballos, uno por el rancho y una abstención. -Holt pasaba por alto al ama de llaves y su opinión, pero Sophie pareció dar por supuesto que así lo haría.- Yo voto con Rube. Estoy en contra de la ley que protege a los mestefios. - Miró irónicamente a Diana.- Ahora espero que usted y Guy me acusen de estar en favor de darles caza a los bambi.

-¿No lo está? -preguntó Diana erizada ante su mirada desafiante.

-Sí -respondió él sin más comentario. -Me lo suponía --replicó ella.

-¿Ustedes dos están de acuerdo en algo alguna vez? -sonrió el Mayor.

-Nunca. -Diana clavó el tenedor en el último trozo de carne que tenía en el plato.

-¿Traigo ya el postre, Mayor? -preguntó Sophie. -Sí, por favor -asintió él.

-La ayudaré. -Diana apartó su silla y se levantó, con necesidad de escapar, aunque fuera momentáneamente de la presencia de Holt.

Al tercer día de su llegada, Diana decidió que ya había llegado el momento de ir a visitar a Peggy Thornton. La información que le proporcionó Holt acerca de que las sórdidas mentiras sobre su divorcio se habían conocido en el lugar, inicialmente la impulsó a aislarse en el rancho, pero se dio cuenta de que era imposible, que ello solo contribuiría a dar credibilidad a los rumores.

Hasta ahora el Mayor no le había preguntado por las causas de su separación. Mientras Diana no estuviera segura de que le habían llegado los rumores no iba a hablarle del

tenta. Evitar el tópico la ponía tensa, y contribuyó a la decisión de pasar unas horas fuera del establecimiento.

Después del almuerzo, tomó una de las camionetas y recorrió unos cuantos kilómetros hasta la casa de Peggy. Diana no había visitado el rancho de los Thornton desde

el verano en que ella y Rard se habían casado. En el intervalo, el lugar no había prosperado.

Los postes rotos del cerco estaban enderezados pero no reemplazados por otros. La pintura blanca de la casa se había saltado y descascarado, dándole la apariencia de estar

infectada por las polillas. Los juguetes, desparramados en el porche de entrada. El auto estacionado bajo un árbol era el mismo que Alan tenía cuando él y Peggy se habían casado.

Con un sentimiento de depresión, Diana bajó de la camioneta y se dirigió a la entrada. Una cacofonía la recibió en la puerta abatible: sonaba la radio, los chicos hablaban en voz alta, todo confundido con un entrecuchar de ollas y el llanto de un niño. Diana golpeó fuertemente pensando que no podía oírla desde adentro.

Una figura apareció detrás de la puerta de alambre. --¿Sí? -la pregunta fue seguida instantáneamente por una alegre exclamación de reconocimiento-. ¡Diana! ¡Ven, entra!



-Hola, Peggy. -Pero la sonrisa que le ofreció su amiga no le llegó a los ojos. Esta parecía delgada y fatigada, sin duda a causa de la criatura que llevaba cargada sobre las caderas a la manera de las indias. Su cabello negro había perdido el brillo, aunque sus ojos oscuros eran tan brillantes y luminosos como siempre.

--Me dijeron que estabas de vuelta -dijo Peggy y se detuvo a reprender a la criatura de tres años que estaba sentada en el piso de la cocina entre una cantidad de ollas y cacerolas- Te he dicho que no te metas en los armarios, Sara. Vete afuera y juega con tus juguetes. --El labio inferior intentó un puchero antes que la criatura de cabello de zanahoria obedeciera.- ¡Chicos! -Peggy sacudió la cabeza en una parodia de desesperación.- Uno gasta todo el dinero en juguetes y después resulta que prefieren jugar con las cacerolas de aluminio.

He llegado en un momento inoportuno, ¿verdad?

-murmuró Diana a manera de disculpa. El niño trepado a la cintura de Peggy aún estaba lloriqueando y tratando de meterse el puñito en la boca--. Tendría que haberte llamado por teléfono.

-Créase o no, es un buen momento -rió Peggy yendo hacia la vieja. cocina donde un biberón hervía dentro de un recipiente-. Esto es un caos a cualquier hora del día. En este momento tienes suerte porque uno está durmiendo. -Probó la temperatura de la leche en la parte interna de su muñeca, y conrponiéndoselas para no dejar caer a la criatura le puso el biberón en la boca.- Y el pequeño Brian estará pronto contento. Sara debería estar durmiendo la siesta. Eso es realmente el ideal, ponerlos a dormir a los tres al mismo tiempo.

-¿Tienes tres niños? -Diana le había perdido la pista a través de los años.

-Sara tiene tres años, Amy tendrá dos en julio, y Brian tiene cuatro meses y es el preferido de su papá. Y todos usan pañales -suspiró Peggy-. Tengo que incluirla a Sara porque aún los usa cuando la acuesto, Pero Alan, por fin, tiene su varoncito. Ha estado trabajando tanto este último tiempo que apenas tiene tiempo para disfrutar de él. Brian casi siempre está durmiendo cuando llega a casa. A las niñas también las quiere, pero siente inclinación por él. -Sí, ya conozco eso -murmuró Diana.

-Oh, disculpa, con todo este trajín no te he ofrecido una silla y algo para beber. Siéntate. -Tenía las manos ocupadas alimentando a la criatura de modo que le indicó

con la cabeza las sillas en torno de la mesa de la cocina. Aún queda café en la cafetera, puedo calentarlo, ¿a prefieres algo fresco?

-Nada, Peggy, gracias, -Se sentó en una de las sillas y Peggy en otra.

-Me alegro tanto de que hayas venido. Cuando oí que estabas de vuelta hubiera querido ir a darte la bienvenida, pero no tenga a nadie que se encargue de los chicos y como tu padre está enfermo no quise caer par ahí con ellos. Alan ha estado trabajando hasta tan tarde que cuando terminamos de comer y de lavar los platos es hora de irse a dormir. -Comprendo.

-Dime, ¿cómo anda la feliz divorciada? -Al ver que la terminología había hecho palidecer a Diana, Peggy cambió el tono.- Lo siento. Fue una mala elección, ¿verdad?

Sé que el divorcia debe haberte dado problemas. No quise poner el dedo en la llaga.

--Te llegaron los rumores, ¿no? -dijo con voz calina y pareja.

Peggy no intentó aparentar que no sabía de qué estaba hablando Diana.

-Esas chismes sobre tus actividades extramaritales,.. --hizo ademán de no darles importancia- A mí me sonaron COMO estupideces, a menos que tú hubieras cambiado drásticamente, lo que no me parecía probable.

-Ninguna de esas historias era verdadera. Rand me acusó a mí de tener asuntos...

-¿Par qué? Es decir, seguramente... -Peggy dudó, tratando de abordar la cuestión con tacto.

-Fue una de esas cosas que se arman. Rand conocía nna serie de gente importante, ejecutivos de varias firmas y empresas mineras y funcionarios oficiales. Después que nos casamos, siempre insistía en que yo debía serles agradable. Si me invitaban a jugar al tenis o al golf o a bailar, yo debía aceptar. Siempre tenía que sonreír y ser amable, especialmente con los hombres. Ello era importante para su trabajo -explicó Diana contenta de tener alguien a quien poder decirle la verdad-. De moda que yo hacía toda esa por él, Luego Rand comenzó a considerar que me pasaba del Justo punto. Empezó a sentir celos y dejó totalmente de aceptar invitaciones. Ello no fue suficiente. Me acusaba de tener encuentros furtivos a sus espaldas. Una palabra trae la otra, comenzamos a decirnos cosas difíciles de olvidar y de perdonar.

-Debe haber sido feo -se condolió Peggy-, pero a la larga estoy segura de que las cosas serán para mejor. ¿Aún lo amas?

--No sé lo que siento -confundida, se pasó la mano por su negro cabello sedoso-.  
Traté de estar tan segura de que hacía una buena elección antes que nos  
casáramos. Y

que después todo saliera así... -Su voz se apagó en el sentimiento de fracaso.

-Para decirte la verdad, a mí no me sorprendió cuando oí que se divorciaban. Tuve  
la intuición de que ibas a tener problemas cuando te casaste con él, pero deseaba  
estar equivocada.

-¿Qué te hizo pensar que era una mala elección? -Dos cosas, creo. -Se detuvo para  
poner el biberón vacío sobre la mesa y levantó el niño para que eructara. Tú y Rand  
tenían formas tan distintas de ver la vida. Tú fuiste criada a la sombra de tu padre, y  
no creo que haya un hombre de más altos principios morales que tu padre. No  
quiero decir que sea un santo ni que se propusiera que tú lo fueras, pero él tiene  
ciertos valores que tú has adquirido, simplemente, por estar en contacto con él.  
Rand vive fundamentalmente en el mundo de la política, donde el fin justifica los  
medios. No me sorprendería que las acusaciones en contra de ti fueran las mismas  
que él hubiera hecho de estar en tu lugar. ¿Me entiendes lo que quiero decir?

-Sí, creo que sí -suspiró Diana-. Es una lástima que no me hubieras comentado esto  
en su momento.

-No creo que te hubiera servido de nada. -Peggy le frotó la espalda a la criatura y  
miró apesadumbrada a su amiga más joven.- Parecías estar más interesada en que  
tu padre aceptara tu elección que en conocer la opinión de los demás sobre Rand.  
Siempre pareces estar pendiente de su reacción acerca de lo que haces... o dejas  
de hacer. Es natural, supongo, puesto que se convirtió en la figura central de tu vida.  
Tu madre murió cuando eras tan chica. Pero creo que a veces le das demasiada  
importancia a su opinión. Espero no haberte ofendido por decir esto.

-No, para nada, y probablemente tengas razón además. -Era muy probable que su  
casamiento con Rand estuviera concluido hacía ya un año, pero ella se había  
rehusado a admitirlo porque no quería enfrentar al Mayor con ese fracaso. Quizá si  
no hubiera sido tan obstinada, el divorcio un año atrás no hubiera estado rodeado  
de tantas cosas amargas.

-Ahí viene Alan -dijo Peggy mirando más allá de Diana-. ¿Qué le habrá pasado? -  
Miró la cabeza del niño que estaba dormido sobre su hombro.- ¿Te das cuenta?  
Brian está dormido de nuevo. Alan creerá que nunca está despierto.

-Hola, querida. -Cuando se abrió la puerta abatible Peggy sonrió en respuesta al saludo,- ¿Qué tal? -La sonrisa de él era cansada. Venía con la niña pelirroja, que saltaba a su lado.- Hola, Diana. Bienvenida a casa -la saludó-. Vi la camioneta afuera y me pregunté quién habría venido de casa del Mayor.

-Hola, Alan. ¿Cómo estás? -respondió ella.

-Muy bien. -Miró a Peggy.- ¿Habrá un poco de cerveza en la heladera?

-Tendría que haber -respondió Peggy; luego se levantó para darle una cuando él se sentó a la mesa-. Me alegra verte pero me pareció que dijiste que ibas a trabajar toda la tarde.

Alan se echó el sombrero de vaquero hacia la espalda y suspiró.

-El alternador del tractor se quemó.

Diana podía ver en su rostro las marcas del cansancio, provenientes de las muchas responsabilidades y las pocas ganancias.

- ¡Ay! No me digas -exclamó Peggy con conmiseración y alcanzándole la lata de cerveza.

-Sí, ¿qué se va a hacer? -dijo con un gesto de desagrado mientras quitaba la tapa y tomaba un trago directamente de la lata-. Esto no está muy frío que digamos.

--Nada está bien frío. Creo que pasa algo con el termostato, o alguna otra cosa con la heladera -respondió Peggy.

-Es lo que nos faltaba -rezongó él. La pequeña Sara se le trepó sobre las rodillas y trataba de tomar un sorbo de cerveza-. ¿No se supone que deberías estar durmiendo la siesta, Sara? ¿Por qué no está en la cama? -preguntó a Peggy. -Iba a acostarla en cuanto terminara de darle el biberón a Brian -explicó ella con tono de disculpa, lo cual irritó a Diana-. Vamos Sara, tú y Brian van a la cama ahora.

La pequeña comenzó a lloriquear y fue llevada casi a rastras fuera de la cocina. Diana aguardó hasta que Peggy volvió y luego, se excusó por irse. La desaprensiva actitud de Alan hacia su esposa había puesto cierta tensión en la conversación.

-Puedes quedarte un poco más -dijo Peggy tratando de convencerla para que no se fuera.

--No, realmente no puedo. Me escapé unos minutos mientras el Mayor está durmiendo -insistió Diana-. Ya volveré.

-Quizá la próxima vez podamos estar más tranquilas. Las dos fueron caminando juntas hasta el porche y Diana le hizo adiós con la mano mientras atravesaba el terreno que rodeaba la casa. Durante todo el trayecto a su casa Diana trató de

comprender cómo Peggy podía estar tan alegre. No poseía una linda casa, ni hermosos vestidos, ni grandes perspectivas para el futuro. Tenía tres criaturas que la dejaban extenuada. Y además, Alan no parecía reconocer sus méritos.

Pero Diana la apreciaba en su verdadero valor. Esos momentos de privacidad le habían quitado mucha culpabilidad de encima de los hombros acerca del fracaso de su matrimonio.

Diana se había habituado a ayudar a Sophie con las comidas, especialmente a preparar el almuerzo. Ello le brindaba una excusa para no entrar en las conversaciones previas o posteriores a la comida entre el Mayor y Holt. Ella estaba poniendo la mesa cuando Guy entró. --Bueno, Holt no vendrá a almorzar de modo que no hay que poner un lugar para él -le informó él.

- ¿No vendrá a almorzar? -repitió Diana-. ¿Dónde esta?

--Nashira, la yegua, aún no ha vuelto. El y Rube salieron a dar un rodeo para ver si la encuentran. Dijo que si para las once y media no estaban de vuelta, no lo esperaríamos. -Bueno, la comida ya está lista.

--- ¡Qué bien! Tengo hambre, tanto como para comer, su parte -Guy pasó por alto el tono de mal humor con que ella le había respondido. Estaba acostumbrado a su ,actitud hacia Holt.

Guy no había hablado por hablar cuando declaró que tenía hambre. No se recostó hacia atrás en la silla hasta que se hubo servido por tercera vez y vaciado el plato.

-¿Qué has estado haciendo para tener semejante hambre? -dijo el Mayor intrigado y divertido.

-Trabajando -fue la respuesta sonriente. Guy le echó una mirada chispeante a Diana antes de proseguir-. Tenía

que concluir todo lo que me había encargado Holt antes del mediodía. Puesto que no está no va a poder darme más trabajo, pensé, entonces le podría preguntar a Diana si no quería que saliéramos a caballo por la tarde.

-Me parece que esa conversación la he oído antes -señaló el Mayor-, cuando los dos eran más chicos. Tú siempre le estabas pidiendo a Diana que te llevara con ella.

-Persiguiéndome para que lo llevara a cabalgar conmigo -corrigió ella en tono de broma.

-Era porque Holt no me dejó salir solo hasta los doce años -se defendió Guy con simpleza-. Si el Mayor está dispuesto a no darse cuenta que me tomo la tarde libre, ¿saldrías a cabalgar conmigo, Diana?

-No quiero crearte dificultades con Holt. -Semejante consideración no se le hubiera ocurrido nunca en el pasado. -No veo por qué habría de tener problemas. Si Guy es capaz de hacer su trabajo en menos de un día, no veo qué le puede reprochar Holt.

-Bueno, esto liquida la cuestión. Con el Mayor de tu lado, Holt no se atrevería a decirte una palabra. ¿A qué hora salimos?

-Alrededor de las tres.

-Haré que ensillen los caballos y te esperaré en el establo -prometió ella.

Diana había salido a cabalgar casi todas las mañanas desde su regreso, pero estaba ansiosa por ir con Guy. El había hecho tanto por levantarle la moral con sus pequeñas atenciones y su trato amistoso.

Pocos minutos después de las tres, él se apareció en el establo, recién vestido y fresco. Cuando le dio las riendas, Diana percibió el perfume de la colonia para después de

afeitarse. Era un descubrimiento agradable saber que se había tomado un tiempo extra para cuidar de su apariencia. -No parece que hubieras estado trabajando fuerte -observó Diana.

-Gracias a la ducha y a la ropa limpia -dijo él admitiendo lo que ella ya había observado. Con agilidad acomodó su físico alto y delgado sobre el caballo-. Es la primera

vez que salimos juntos en cuatro años, Pensé que la ocasión exigía un esfuerzo extra.

-Se te ve bien -y se lo decía en serio-. ¿Adónde irremos?

-Adonde quieras. Tú diriges.

Era como en los viejos tiempos cuando Diana animaba a caballo y Guy la seguía evitando los campos sembrados, :oravesaron el terreno de salvia del desierto y dejaron muy atrás los predios del establecimiento. Los únicos sonidos yuc escuchaban eran los que ellos mismos producían: el chirrido del cuero de la

montura y el resoplar de los caballos w los cascos, contra el suelo arenoso. Cuando Diana aminoi a, la marcha y anduvo al paso, Guy se le puso a la par.

Sin la brisa que generaba el galope, el sol se hacía sentir pesado sobre su piel transpirada.

-Hace más calor de lo que había supuesto. -Ya viene el verano.

-¿Qué vas a hacer Guy? -Ella cambió de tema, curiosa de pronto acerca de él.

-¿Cuándo? -sonrió él hallando que su pregunta era demasiado ambigua para ser respondida.

-Ya hace un año que terminaste la escuela. ¿Tienes algún plan? ¿Intentas ir a la universidad? ¿O al ejército? -Holt quería que fuera a la universidad, pero... -se encogió de hombros-, no sé, estoy cansado del colegio y del estudio. Naturalmente, el Mayor sugirió que podía intentar alguna de las carreras del ejército.

-¿Hay algo que te gustaría hacer?

-Lo que estoy haciendo. No, otra cosa no, en serio insistió él cuando Diana se sonrió-. Me gusta trabajar aquí. Me gusta trabajar con los caballos. Holt dice que sé hacerlo.

-Siempre supiste, desde que dejaste de tenerles miedo. -No les tenía miedo - protestó, luego concedió: bueno, quizá un poco, al comienzo. De todos modos trabajar con los caballos es lo que quiero hacer. Siempre he pensado que quizá un día Holt pudiera ahorrar dinero suficiente para comprar un establecimiento propio.

-¿Crees que lo hará? -Diana a menudo había imaginado que él se iba del rancho, pero nunca lo había imaginado mniendo uno propio.

--No lo sé. Solo tiene treinta y cinco años; es lo bastante joven como para poder hacerlo. Pero no creo que deje al Mayor, especialmente ahora que ha estado enfermo.

- ¿Cómo? -se dijo Diana con sabor amargo en la boca. ¿De modo que Holt se quedaba por lealtad? ¿O acaso esperaba que cuando el Mayor muriera lo incluyera en su testamento por sus fieles servicios prestados?

-¿Y tú qué piensas hacer? -preguntó Guy a su vez. -Quedarme aquí. Cuidar al Mayor. Más allá de eso no tengo planes. -La respuesta fue abrupta, cortándole todo ulterior comentario.

-El te hirió, ¿no es cierto? -dijo pausadamente. Puesto que tenía los pensamientos puestos en Holt, demoró en darse cuenta de que Guy se refería a su ex marido.

-Solo aquéllos que te importan pueden herirte. Rand y yo dejamos de querernos hace mucho tiempo. Si algo me sucede es que estoy un tanto desilusionada con el supuesto

estado ideal del matrimonio. Cambiemos de tema, ¿quieres? Guy la complació llevando la conversación a temas más generales. Diana advirtió cuánto más seguro de sí mismo se había vuelto, como su padre, solo que Guy era amable y Holt, áspero. Guy era serio y sensible, pero con sentido del humor y, decididamente, ya no, el pesado que había sido una vez.

Mientras hablaban y reían, sobre todo del pasado, sus caballos andaban al paso sin ofrecer resistencia alguna. Tomaron el camino de vuelta al rancho antes que ninguno de los dos lo hubiera advertido. La represa de agua para el riego surgió a su derecha; el verde de los juncos sobresalía por encima de los muros de contención.

Diana detuvo su caballo.

- ¡Guy, vayamos a darnos un chapuzón y a nadar un poco!

El dudó, algo pasó por su expresión, luego asintió. Llevaron los caballos al lado opuesto de la represa y los dejaron donde pudieran pastar, cerca del agua. Diana se quitó las botas con algo de tierra, las medias y se puso de pie para quitarse la ropa. No lo pensó dos veces antes de hacerlo. Toda su vida se había bañado desnuda, sola o con Guy. Dobló su ropa y la acomodó en una pila prolija junto a sus botas, sabiendo que a su lado, Guy estaba haciendo lo mismo. Nunca se le hubiera ocurrido mirarlo. No tenía curiosidad ni interés. La anatomía de un hombre no era algo que le interesara ni nuevo, sobretodo la de Guy.

Yendo en puntas de pie sobre la tierra áspera, Diana le estaba para nada consciente de la desnudez de su cuerpo. entibiada por el sol, el agua estaba agradablemente fresca cuando se metió. Una vez que le llegó más arriba de las rodillas se lanzó a nadar sin oír el chapuzón a su lado. Haciendo pie cerca del centro de la represa se volvió para gritar:

-El agua está magnífica, Guy. ¡Ven! -Las últimas palabras se le ahogaron en la boca pues de pronto un par de manos la tiraron de los tobillos.

Una vez liberada, Diana salió nuevamente a la superficie jadeando y escupiendo agua y encontrando que Guy se reía a solo pocos metros de distancia. Con la mano le arrojó una lluvia de agua a la cara mientras se alejaba nadando. Pero ya no era la



que nadaba mejor; él la alcanzó con facilidad y estiró la mano para hundirle la cabeza.

Tras un cuarto de hora de jugueteo Diana pidió una tregua pues no podía dominarlo como lo había hecho en otro tiempo. Nadaron más placenteramente dejándose estar a flote, disfrutando del agua que les quitaba el calor acumulado en la piel por el sol.

Diana fue saliendo del agua y luego buscó un lugar con arena donde se detuvo para que se le escurriera el agua del cabello. Una sonrisa de alegría se dibujó en su rostro cuando vio que Guy caminaba con torpeza y se reunía con ella.

-¿Quieres secarte con mi camisa? -le ofreció él. -No. -Se hundió en la arena, sentándose con las piernas extendidas y los brazos debajo de la cabeza, de cara al sol.

-El sol me secará enseguida.

-Sí, es cierto. -El se sentó junto a ella, al estilo de los indios, inclinándose hacia adelante para apoyar sus brazos sobre los muslos.

-Fue estupendo -suspiró Diana-. Solíamos hacer esto todo el tiempo, ¿lo recuerdas? En el verano, cuando hacía tanto calor yo creía que me derretiría antes de llegar aquí. -Lo recuerdo -asintió Guy y se pasó los dedos entreabiertos por el cabello para alisarlo y ponerlo en orden. -¿Recuerdas aquella vez que Holt nos encontró? -preguntó ella riéndose-. Ni siquiera sabía que podías nadar.

-Sí, y me dio una buena paliza cuando llegué a casa. -Tomó una piedra y la arrojó al agua.

La risa se borró de la expresión de Diana cuando de pronto lo miró. Su cabello rubio, mojado, estaba oscurecido por el agua lo que le daba un matiz de oro viejo. Los músculos alargados se abultaban en sus hombros y sus brazos. El ya no era un muchachito.

Pero lo que había dicho rescataba recuerdos del niño que había sido y de la vez en que Holt los había ido a buscar con fría furia. A los dieciséis años Diana no tenía miedo. Ya había sucedido que ella sintiera la palma de la mano de Holt castigándola en la noche de su cumpleaños. El le había ordenado a Guy que saliera del agua, pero Diana se había quedado, nadando sola después que Guy se vistió y se alejó con su padre.

Diana no supo lo sucedido hasta la siguiente vez que ella y Guy se fueron a nadar, y él quedó con el slip puesto para entrar a la represa. Cuando ella supo que Holt le

había prohibido que se bañara desnudo le había hecho bromas crueles. ¿Cuántas veces había ido ella por debajo del agua y había intentado quitarle la ropa interior? Ya no podía recordarlo, pero fueron muchas. En alguna ocasión había logrado quitársela y dos veces se la había mandado al fondo con una piedra adentro. Diana se preguntaba cómo habría explicado Guy su falta.

Entonces era solo una broma y ahora se le ocurría que había sido una broma cruel. Se dio cuenta de que nunca había sido muy -buena con él, pues lo había considerado una peste, una molestia, y le hacía bromas pesadas por todo, desde sus remolinos en el cabello hasta por su dificultad en llegar a los estribos de la montura. Ahora le disgustaba profundamente la forma en que se había comportado.

¡Qué pensarías de mí! -dijo Diana con la mirada azul nublada por el arrepentimiento. Guy volvió su cabeza y su mirada la buscó con intensidad, posándose sobre sus cabellos mojados donde se detenía la luz del sol con reflejos negro-azulados y luego le recorrió el rostro.

--Creo que eres la mujer más hermosa del mundo, Diana --respondió con voz profunda y emocionada-. Siempre me pareció así.

Casi un sollozo se le ahogó a ella en la garganta. Que después de todo lo que ella le había hecho él pudiera pensar así, le destrozaba el alma. Se quedó mirándolo y buscando algo que responderle.

-Guy -dijo Diana pronunciando su nombre en un suspiro de implorante perdón.

Con un gemido, Guy se volvió hacia ella, poniéndose de rodillas y tomándole suavemente los brazos para atraerla hacia él. Ella advirtió que los años no habían cambiado la forma en que él la adoraba desde niño; simplemente, habían Agregado otro elemento.

El inclinó la cabeza tratando de besarla. Diana sabía que podía rechazarlo, pero lo había hecho tantas veces en el pasado. No podía hacerlo una vez más. Cuando ella no se opuso al beso éste se intensificó posesivamente. Diana le correspondió, escuchando las palpitations de su corazón. Podía sentirlo temblar de pasión virginal. Sus manos temblaban en las caricias, que evitaban la zona íntima de sus senos, lo que hubiera podido hacer que concluyera el abrazo; pero el fervor de adoración con que la besaba compensaba su falta de experiencia.

Guy comenzó a darle más y más besos en el rostro, murrnurando su nombre una y otra vez. Diana se veía subyugada por su cariño y su vulnerabilidad. Su ruego

implícito de que la caricia le fuera respondida era similar al silencioso niego del pasado. Antes, ella siempre lo había ignorado.

Esta vez, no pudo.

-Sí, Guy, sí -murmuraba Diana contra su suave mejilla.

Sus manos se deslizaron por el cuello de él, entrelazando los dedos en la nuca para recostarlo junto a ella sobre la arena. Un gemido de deseo surgió de los labios de Guy y se interrumpió por el beso apasionado con que le sellaba la boca. La necesidad de compensarlo por todo lo mal que lo había tratado le bloqueaba todas las demás consideraciones. Abriendo sus piernas para dejar que él se deslizara entre ellas, Diana lo guiaba y le dirigía los movimientos, iniciándolo en el arte de hacer el amor.

La experiencia fue muy breve, y concluyó cuando él tembló con la consumación del acto. Su peso permaneció varios segundos más sobre ella hasta que rodó laxo a su lado con expresión de exhausta satisfacción en su rostro juvenil. Ninguno de los dos habló de inmediato: Guy, perdido en la maravilla de lo que había sucedido, y Diana, cuestionándose la sensatez de su acto de bondad. Pero la felicidad apacible que había en el rostro de él cuando se volvió para mirarla parecía ser por el momento la única respuesta posible.

El estiró su mano para tomar la de ella, como si necesitara tocarla para estar seguro de que era realidad, de que no estaba soñando. Corriéndose para apoyarse sobre un codo, se quedó mirándole la mano y llevándosela luego casi reverencialmente a los labios.

-¿Lo lamentas? -preguntó Guy con expresión vulnerable mientras elevaba la mirada hacia el rostro de Diana. No importaban las dudas que ella podía haber experimentado. Cómo podía decirle otra cosa que no fuera: -No, no lo lamento. -Diana le tocó las mejillas con las yemas de los dedos para darle confianza y apaciguarlo. Se sentía tanto mayor que Guy, casi como su madre. -Me alegro. -Su voz temblaba de emoción.- Fue más maravilloso de lo que podría haber soñado.

Diana le presionó los labios con los dedos en un esfuerzo por silenciarlo; no quería que Guy dijera algo que ambos pudieran lamentar, pero no era fácil. El le besó los dedos y se los retiró.

-Siempre quise que tú fueras la primera. Los muchachos a menudo han querido llevarme a donde ellos iban... -un leve rubor le coloreó las mejillas al dejar la frase incon

clusa-. Pero yo esperaba; algo me decía que tú ibas a volver.

-Oh, Guy -murmuró ella, imposibilitada de evitar que él volcara el sentir de su alma.

-Te amo, Diana -declaró-. Siempre te he amado. No puedo recordar un momento en que no te amara. -No digas eso -protestó Diana.

-¿Por qué no? Es la verdad. Te amo. Sé que eres mayor que yo -admitió Guy, creyendo que ésa era la razón de su protesta-, pero ahora los dos somos maduros y cinco años no significan nada.

-Por favor... -Ella quería llorar de frustración. -Sé que te importo -continuó.

-Por cierto que me importas -le aseguró Diana tratando de explicarse-. Es que..., justamente... -¿Qué podía decir que no lo hiriera?

-¿Estás pensando en tu divorcio? -interrogó él mientras se aclaraba su expresión-. ¿No es verdad? -Ella tomó la sugerencia.

-Es demasiado pronto, Guy. No estoy en condiciones de disponer de mis sentimientos todavía.

-Lo comprendo, y puedo esperar hasta que estés en condiciones de amarme tanto como yo te amo. Todo lo que quiero es poder cuidarte. Yo nunca te haré daño, Diana, lo juro.

-Sé que dices la verdad, Guy. -Cuando se acercó a besarla, Diana lo eludió poniéndose de pie.- Es tarde. Es iiiiejor que regresemos -dijo, como ofreciéndole una excusa

por el rechazo-. El Mayor va a creer que nos hemos perdido.

Yendo hasta el montón que formaban sus ropas, tomó los jeans. Sintió que Guy también se había puesto de pie y que venía detrás de ella. Le puso una mano sobre su hombro.

-Quisiera que nos hubiéramos perdido, que esta tarde no terminara nunca.

Diana quería arrojarse a. sus brazos, que la retuviera contra su pecho y la confortara, para apaciguar la zozobra que sentía por dentro, pero eso hubiera sido una ventaja desleal hacia un amor que ella no retribuía y dudaba que nunca llegara a retribuir. Bajó la cabeza y comenzó a vestirse.

-Pero tienes razón -suspiró Guy dejando caer sus manos-, tenemos que volver.

-Sí -aceptó ella mientras continuaba vistiéndose. Se dijeron muy poco durante el camino de vuelta al rancho. Ambos se mantenían en silencio por razones distintas. La presencia de otros en el establo mientras desensillaban sus caballos hizo que

todo pareciera natural. Diana huyó a la casa grande sin tener que escuchar más ardientes declaraciones de Guy.

Después de compartir una comida tranquila con el Mayor, Diana se sentó sola en la sala de estar. Su padre había subido a su dormitorio con intención de leer un rato y luego, acostarse temprano. Ella se sentía agitada e inquieta, a medias esperando que Guy se presentara y pensando en lo que le diría.

Oyó pasos sobre el pedregullo de la entrada que conducía al porche del frente. Diana corrió a la puerta tratando de descubrir a Guy afuera, y de mantenerlo donde su voz o su conversación no fuera escuchada por el Mayor.

A través de la tela metálica de la puerta rebatible, Diana vio la alta figura que emergía de la oscuridad de la noche. El físico de carnes magras semejante al de Guy; solo que no era Guy, sino Holt. Ella se puso tensa mientras él se aproximaba.

La luz que brillaba dentro de la casa no alcanzaba a iluminarle el rostro.

-El Mayor se fue a dormir -dijo ella antes que él hablara-. Tendrá que esperar hasta mañana para verlo.

Si bien la luz no alcanzaba a iluminarle el rostro había una amenaza mortal en su voz cuando dijo:

-No vengo a ver al Mayor, sino a usted. Sintió que le latía el pulso en la garganta.

-Hablares aquí afuera. -Diana abrió la puerta y salió al porche.- No quiero que el Mayor se perturbe. -Está bien -asintió Holt.

Diana pasó junto a él, caminó hacia el extremo del porche y se apoyó contra la baranda consciente de que él la seguía y que su mirada no la abandonaba. Una luna dorada se levantaba en el este iluminando los irregulares picos de las montañas. La temperatura comenzaba a descender, y una leve brisa se hacía sentir fresca contra su piel. -¿Qué desea? -detrás de la impaciencia de su voz, Diana estaba en guardia.

-Manténgase alejada de mi hijo.

La orden pronunciada en forma cortante la hizo enrojecer, pero la oleada de confusión quedó disimulada por la oscuridad. Consiguió reír con falsa incredulidad.

- ¡Qué pedido tan ridículo! -declaró, ignorando del hecho de que no se trataba de un pedido-. Guy y yo nos conocemos y somos amigos desde hace años.

--Cuando usted volvió tuve la intuición de que no pasaría mucho antes que volviera a las andadas, pero nunca se me ocurrió que el objetivo pudiera. ser mi hijo.

-No sé de qué está hablando. -Diana comenzó de una vumera que no podía volverse atrás. Tenía que insistir jugándolo todo a que Guy no había hecho ningún comentario acerca de lo que sentía por ella ni de que posiblemente ella respondiera a sus sentimientos.

Pero esa esperanza fue brutalmente desbaratada por la respuesta de Holt:

-Me refiero a su número de seducción de esta tarde. Ante los ojos de ella desmesuradamente abiertos por la alanna, su boca dura se curvó en una sonrisa afilada.- Sí. Dio la casualidad de que yo pasaba por la represa en mi camino de vuelta al establecimiento. Los vi a usted y Guy. `;,pero que no trataré de convencerme de que casi se ahoga y que él le estaba haciendo respiración boca a boca.

Diana, primero se inflamó de vergüenza, luego palideció.

-¿Qué sucede, está celoso porque consideré a su hijo más hombre que usted?

-Difícil -consideró con desprecio su sugerencia-. Cuando quiero sexo, tomo una mujer, no una perra caliente y egoísta.

-Entonces, ¿cuál es su problema? -lo provocó ella trat:mdo de no desmorarse por sus insultos-. O, ¿está preocupado porque le robé la virginidad de su hijo? ¿Está jugando ¡ti padre injuriado?

-No me importa su virginidad perdida. Eso le hubiera sucedido antes o después. Estoy aquí para asegurarme que la prostituta que se la tomó se mantendrá lejos de él en el futuro.

Aquí, ella se descontroló y le estampó una fuerte bofetada en la cara. La última vez que lo había hecho Holt se la había devuelto y ahora estaba preparada para esquivarlo.

Pero el objetivo de sus manos esta vez no fue el rostro de ella, sino que la tomó de los hombros y la apretó contra su pecho tan fuerte que la dejó sin aire en los pulmones. Un brazo de acero le rodeó la cintura, mientras sus dedos burdos la tomaron de los cabellos y le echaron la cabeza hacia atrás.

Antes que Diana pudiera pronunciar un sonido, sus labios se dieron contra sus dientes por la fuerza de los labios de él. La presión y la forma en que la besaba eran las mismas con que un hombre se desahoga con una prostituta. A ella le zumbaban los oídos. La humillación le corría por las venas. Solo la ruda mano detrás de su cabeza impedía que se le quebrara el cuello por la fuerza con que la besaba.

Sus manos se esforzaban por afirmarse contra su pecho pero en el intento por lograr aliento sus caderas quedaban más pegadas a él y se moldeaban a su cuerpo. El le sorbía la fuerza y el corazón de ella martillaba sin orden.

Con la misma celeridad con que le había tomado los labios, la soltó. Sus manos fueron a su cintura, manteniéndola firmemente, como si esperara que ella fuera a rebotar. Diana levantó la cara para mirarlo con furia. En sus ojos de plata se reflejaba su propia expresión de resentimiento y nada más. Diana se tapó la boca que le temblaba con el dorso de la mano tratando de borrar los trazos de ese beso insultante.

-¿Qué le sucede? -Su boca se dobló con una sonrisa insultante.- ¿No le gustó? ¿No quería que yo la besara? - ¡No! -replicó ella mirándolo con odio.

- ¡Mentirosa! -Todo rastro de diversión o menosprecio se borró de su cara. Su mano se cerró en torno a la muñeca de ella, capaz de pegar a la menor provocación. Holt se la levantó hasta ponérsela ante la cara.

-Si no hubiera querido, podría haber usado sus zarpas. Diana se enfureció ante el recuerdo de las instrucciones que él le había dado para desbaratar cualquier abuso. Trató de retorcerse para liberarse de la prisión y accidentalmente, rozó su cadera contra el cuerpo masculino. El quemante contacto con la erecta forma viril de él la hizo concluir la lucha.

Apretándose contra él, Diana lo provocó: - ¿Y usted me deseaba, no es verdad?

Holt la empujó apartándola, rechazando su sugerencia de la misma forma que rechazaba su cuerpo.

-Le estoy advirtiéndole que se mantenga alejada de Gu y. No quiero que se mezcle con las de su clase.

-No es usted quien debe decidir -le replicó ella determinada a desafiarlo hasta su último suspiro.

-No tiene nada que ver con usted. No voy a permitirle que se esté divirtiendo con mi hijo. Manténgase alejada de él.

Dio media vuelta y desapareció del porche, perdiéndose en la noche. El odio se le atragantaba en la garganta produciéndole un gusto amargo y vil. Diana quedó en silencio; la última palabra había sido de él.

Voces que gritaban afuera se filtraban en su dormitorio. Diana gimoteó y miró la hora en el reloj de la cómoda. Eran apenas las seis de la mañana.

Volvió a darse vuelta intentando neutralizar los ruidos de actividad.

--¿No se han enterado que hoy es domingo? -gruñó. Era medianoche ya cuando ella y el Mayor regresaron a la casa la noche anterior. Unos amigos de su padre habían dado una fiesta para celebrar sus bodas de plata. Diana no había querido ir, pero el Mayor insistió. Dijo que ella se estaba aislando y que era preciso que saliera. Cuando amenazó con ir a la fiesta solo, Diana aceptó, consciente de que él podía cometer algún exceso si ella no estaba ahí para controlarlo.

Finalmente se divirtieron y ello le facilitó una excusa para no salir con Guy cuando él le pidió que fueran juntos a la ciudad. No era que ella estuviera obedeciendo la orden que le había dado Holt tres noches atrás; simplemente no quería comprometerse en un asunto sentimental con el muchacho y tampoco quería herirlo. La tarea era muy difícil. Hasta ese momento se las había arreglado, pero Diana tenía conciencia de que su éxito se debía fundamentalmente a la sutil intervención de Holt y a la enorme cantidad de trabajo que le había dado a Guy para mantenerlo ocupado desde la mañana hasta la noche, lo cual le dejaba poco tiempo libre para perseguirla.

Parecía haber un sentido de urgencia en las voces que llegaban desde afuera. Finalmente la curiosidad superó a la irritación de Diana, quien después de apartar las mantas, se cepilló el negro cabello enmarañado y fue hasta la ventana. La actividad parecía centrarse en algún lugar de los esmhlos más allá de la vista. Vio que el Mayor iba a grandes pasos en esa dirección. Daba la impresión de un hombre que reaccionara alarmado ante algo.

¿Qué había pasado? Con un gesto de disgusto, Diana se puso una bata, un par de zapatos y salió abotonándose, a Medias corriendo y caminando en la misma dirección.

Por todo el establo había movimiento de gente pero la rmmoción parecía centralizarse en las caballerizas. Diana se apresuró en ir hacia allí con los nervios cada vez más agudizados. ¿Estaría enfermo uno de los padrillos? ¿Alguien habría sido herido?

Entre los sólidos tablones del corral, Diana vio al Mayor de pie dentro, con Holt y dos más. El portillo estaba .abierto y ella entró.



¿Qué había sucedido? De pronto, Diana vio la respuesta: el padrillo bayo yacía en el suelo, inerte, muerto.

- ¡Mi Dios! ¡Shetan! -Dio instintivamente un paso hacia el cuerpo.

El movimiento siguiente le permitió ver las entrañas que le asomaban del pecho y el cuello. El suelo, en torno al caballo, estaba rojo de sangre. La vena yugular rota. Sintió náuseas y apartó la vista. Diana se refugió en el Mayor y sintió un brazo reconfortante que le rodeaba los hombros. Ella hundió la cara en su pecho tratando de no ver la imagen mental del maltrecho padrillo.

Uno de los hombres gritó:

-El veterinario ya viene, Holt -Diana se preguntó para que, si el padrillo ya estaba muerto.

-Es increíble -dijo el Mayor con el pecho agitado en un suspiro-. ¿Fath está muy malherido?

El nombre le despertó recuerdos. Fath era el zaino que al Mayor había comprado hacía algunos años para un eventual reemplazo del padrillo bayo.

-No se puede decir -respondió Holt-. Ha perdido una cantidad de sangre.

- ¿Cómo demonios sucedió? -se preguntó el Mayor en voz alta,

Diana levantó la cabeza de su hombro, dándose cuenta de que los dos padrillos de algún modo se habían juntado. Ella había oído historias de peleas entre padrillos, pero nunca había presenciado el resultado de esa proeza destructiva.

-Juro que anoche cerré las puertas con pestillo. -Guy se veía terriblemente pálido cuando respondía a la pregunta del Mayor en actitud defensiva.

-No estaba sugiriendo que no lo hubieras hecho -respondió el Mayor.

-Las dos puertas estaban con cerrojo esta mañana -terció Holt.

Diana echó una mirada al corral, evitando el lugar donde yacía el padrillo muerto. La tierra estaba revuelta evidenciando los movimientos de los cascos. Un sector del cerco tenía saltado el tablón de arriba que colgaba de un lado.

-Me parece -dijo Rube- que el zaino ha estado dando vueltas hasta que encontró un tablón flojo. Hay marcas de cascos en las tablas que hizo saltar y además anduvo tanteando si cedían otras. Cuando encontró la más floja embistió y luego, para entrar aquí, hizo lo mismo. Me parece que ésa es la única forma en que puede haber sucedido.

-Lo que no se entiende, Rube -dijo Holt cortantees ¿por qué Fath volvió a salir de nuevo del corral después de haber matado a Shetan\_ y se metió en el suyo? ¡Tanto más con esa terrible herida en la pata derecha! No puedo creer que haya saltado fuera del corral después de la pelea. -Es desconcertante. -Rube sacudió la cabeza y escupió jugo de tabaco.

-¿Nadie oyó la pelea? -preguntó Diana-. ¿No podían haberlos separado?

-Sucedió anoche -dijo Holt, como si ello fuera una explicación-. Evidentemente antes de la medianoche, pues parece que ésa fue la hora en que todos comenzaron a regresar al rancho.

El Mayor frunció el ceño.

-Tenía entendido que Guy se quedaba anoche para estar alerta sobré cualquier cosa que pudiera pasar mientras al resto de ustedes iba al pueblo.

Holt no respondió pero le echó una mirada fulminante a Guy, quien se desplazó para decir entre dientes:

-Me emborraché, señor. Supongo que debe haber pasnció entre las nueve y las diez. Lo lamento, señor.

-Me has defraudado, Gu'y.

Diana sabía del efecto terrible de esas tres palabras de reprimenda provenientes del Mayor. Ella se sintió en cierto modo responsable, también, por lo que había sucedido. Supuso que la borrachera de Guy estaba en alguna medida vinculada con ella y con el hecho de haber rehusado la invitación de él la noche anterior.

--Está hecho y no hay remedio -señaló Holt-. ¿Dónde pusiste la yegua? -Guy lo miró azorado.

-¿Qué yegua?

-Cassie, la yegua de cuatro años que estaba aquí para ser servida por Shetan para su primera parición --respondió con impaciencia.

--No estaba aquí cuando los encontré. Olvidé que debía estar aquí. Ni siquiera la busqué -admitió Guy con expresión consternada.

Lanzando una maldición apagada, Holt dio media vuelta y fue a la sección del corral que tenía la valla rota. Diana lo siguió con la mirada, buscando con la vista en las desiertas parcelas que se extendían más allá de los corrales. Todo lo que dividió fueron los rojizos lomos del ganado Hereford. La yegua premiada del Mayor no estaba a la vista.

-Fíjense -exclamó Holt por encima de su hombro. Diana junto con Guy y Rube fueron hasta el cerco donde estaba Holt. Tenía en la mano unas hebras de crines blancas.- Las encontré prendidas en las tablas -dijo.

-Pelos de caballa -identificó Rube-. Probablemente quedaron prendidos cuando el padrillo saltó el cerco. -Sí, ¿pero pelos blancos? -cuestionó Holt-. Uno de los padrillos era bayo, y también la yegua, y el otro padrillo era zaino. Entonces, ¿de dónde salen los pelos blancos? -El zaino tiene manchas blancas -señaló el Mayor.

-O quizá, uno de los cabezas blancas vino y se refregó contra la valla -sugirió Rube.

-Sí -acordó Holt, pero con un tono que indicaba que sus explicaciones eran insatisfactorias-. Guy, ve y mira las huellas del otro lado del cerco -le ordenó-. Mira si puedes distinguir las de la yegua. Estaba herrada.

Guy saltó el cerco, ansioso por compensar la falla de la noche anterior. Holt no aguardó para ver el éxito de su hijo. En cambio fue hasta donde estaba el padrillo muerto, se arrodilló junto a él, con una compostura que irritó a Diana. Ella tuvo que desviar la mirada mientras él inspeccionaba el rígido cuerpo muerto.

Varios minutos después, Holt se enderezó y volvió al grupo. Su expresión era de disgusto al encontrar la mirada del Mayor.

-Más pelos -anunció.

- ¿Dónde? -preguntó el Mayor.

-Había unos pocos pegados a las patas delanteras y en torno al morro.

-¿Adónde quiere llegar? -preguntó Rube-. No querrá decir...

En ese momento Guy venía corriendo hacia el corral. -¡Encontré las huellas de la yegua! -gritó jadeante pera con algo de triunfo en la mirada--. Van hacia la montaña, pero hay otras huellas junto con las de ella. Tengo la impresión de que ha sido llevada.

-Ah, vamos, Holt. ¿No estarás pensando lo que yo creo que estás pensando, no? -declaró Rube.

- ¿No cree que haya sido robada, verdad? -Diana se quedó mirando a Holt. El ignoró la pregunta y se dirigió a Guy.

-En el otro par de huellas, ¿el caballo tenía herraduras?

-No, y tiene un paso muy particular.

-Para responder a su pregunta. -Holt se volvió a Diana-, creo que la yegua ha sido robada pero no por nadie que viniera a caballo.

-Quieres decir que algún garañón salvaje vino a llevarse a la yegua -Rube sacudió la cabeza-. Y hasta estás pensando que el padrillo salvaje es el que peleó con el nuestro. En primer lugar ningún enano salvaje podría hacer el daño que ha hecho éste. Y en segundo lugar no hay ningún maldito garañón blanco por estas praderas. Tú y yo anduvimos cabalgando por todas partes en busca de esa yegua hace un par de años y en ningún momento vimos un caballo blanco que se hubiera destacado como un ojo empavonado.

-Este garañón podría haber pertenecido a algún establecimiento y haberse vuelto salvaje, lo cual explicaría su estatura. Y no tendría necesariamente que ser blanco. Podría ser un pintado con bastante blanco -reflexionó Holt. -Pero si es un potro salvaje ¿para qué habría venido aquí? -comentó Diana frunciendo el ceño-. A los caballos salvajes nunca les interesaron nuestras yeguas...

-Eso no elimina la posibilidad -dijo el Mayor respondiéndole- Este padrillo podría ser demasiado joven o demasiado viejo para poder conquistar yeguas salvajes pertenecientes a las manadas de otros garañones. Todo parece indicar que Holt tiene razón.

-Eso también podría explicar la desaparición de la yegua -agregó Holt. -

-Tendremos que comunicarlo al ministerio -señaló el Mayor.

-¿Para qué complicar al BLM? -interrogó Holt con sonrisa desafiante-. No estamos seguros de que el caballo salvaje tenga nada que ver con las dos yeguas que nos faltan. No hay ninguna razón para que el gobierno se preocupe por nuestras pérdidas.

El Mayor siempre se guiaba por los códigos. Diana se sorprendió cuando no rechazó de plano la sugerencia de Holt en el sentido de no seguir la vía jerárquica correspondiente. Pero se sorprendió más aun al ver un destello de satisfacción en la mirada de su padre ante el hecho de que Ilult soslayara las disposiciones legales sin quebrar la ley.

-Sería un derroche del dinero de los impuestos, ¿verdad?, ya que los responsables de las yeguas somos nosotros concordó.

Los hoyuelos se profundizaron a los lados de la boca ,le Holt por la satisfacción de su sonrisa.

-¿Qué tal se siente, Mayor? Se atrevería a que realizáramos una partida de un par de días para buscarlas? Floyd Hunt es un buen hombre. Puedo dejarlo a cargo mientras Guy, Rube y yo salimos en procura de las yeguas.

-Floy es un buen hombre. Creo que entre los dos podremos impedir que el rancho se venga abajo mientras ustedes estén afuera. Quisiera estar en condiciones de acompañarlos.

El pulso de Diana se aceleró. Detrás de toda esa charla estaba el hecho concreto de que iban a la caza de un caballo salvaje a quien tendrían que arrancarle las yeguas. La idea excitó su imaginación. Era un desafío. Constituía una aventura mayor que nada de lo que pudiera haber vivido hasta ahora.

-Yo también voy -anunció.

La cabeza de Holt dio un respingo, los ojos se le convirtieron en dos ranuras grises.

-No va a ser una cabalgata de placer.

-Ya lo sé. Ello significará ir a través de tierras salvajes. Puedo soportarlo sin quejarme.'Pregúnteselo al Mayor. -A Diana no le importaba si él quería llevarla o no. Ella quería ir.- Además soy una buena cocinera de campaña.

-Esa es una buena razón para que venga -apoyó Guy. Pero había una razón personal para que él quisiera que ella fuese. Le pareció que era una oportunidad para pasar más tiempo a su lado, lo que no había estado en la intención de Diana. Y puesto que Guy la apoyaba, Holt haría todo lo posible para que ella no fuera. Se saldría con la suya a menos que Diana obtuviera más respaldo de influencia.

-Mayor -dijo Diana volviéndose hacia su padre-, yo quiero ir.

Esta era la ocasión en que él había visto más alegría en su rostro desde que había vuelto; estaba brillante y vivaz como había sido antes del desastroso casamiento. La duda que había experimentado para dar su consentimiento desapareció.

Holt lo advirtió tan inmediatamente como Diana. -Estaremos durmiendo a la intemperie, Mayor. Tres hombres y una mujer...

-Soy adulta, tengo más de veinte años, y divorciada. Ya no estoy limitada por ningún sentido de la propiedad. -Ese razonamiento hubiera sido válido hacía varios años atrás, pero Diana estaba determinada a que ya no fuera así. El Mayor estuvo de acuerdo con ella:

-Dadas las circunstancias, no veo por que no puede ir. Ahora le tocaba a Holt salir al paso con otra objeción ó aceptar la decisión del Mayor. Sus facciones se endurecieron con resignada aceptación.

-Si ése es su parecer... -Sus ojos claros eran poco cordiales cuando se posaron sobre ella.- Saldremos dentro de una hora, en cuanto ensillemos y tomemos algunas provisiones.

-Estaré lista cuando usted lo esté -aseguró Diana con aparente sumisión. La mirada de él le recordó que aún estaba con el camisón puesto-. Disculpen. -Diana partió veloz hacia la casa.

Una hora más tarde estaban en camino con Rube a la cabeza. Puesto que debían seguir las huellas iban necesariamente despacio. El sol estaba en su plenitud cuando llegaron al pie de las montañas. Se detuvieron a menudo para que descansaran los caballos pues era un día caluroso e iban cuesta arriba. La comida del mediodía consistió en emparedados que Sophie había preparado para ellos.

Por la tarde perdieron el rastro en un trecho de montaña muy rocosa. Holt ordenó a Guy y a Rube que fueran en direcciones opuestas para hallarlas de nuevo. Diana debió quedarse con él.

Cuando estuvieron solos, Diana lo provocó.

- ¿No se está comportando un poco sobre protectoramente, Holt?

-¿Lo cree? -La miró fríamente.- Guv cree que está enamorado de usted, ¿puede usted decir lo ~ mismo acerca de él?

Ella cuidadosamente esquivó su mirada. -No es asunto suyo.

-Creo que con eso acaba de responderme. -¿Ah, sí? -lo azuzó-. ¿Qué dije?

-A usted, él no le importa nada. Lo está usando tal como hizo cuando era un niño, tirándole unas migajas de su atención cuando le venía bien. Entonces lo hirió y lo confundió, pero ahora no voy a dejar que lo destruya.

Diana no discutió acerca de su conducta anterior. -Guy me importa -dijo.

Desde el brillo plateado de sus ojos la miró burlonamente.

-No va a profundizar su conquista de Guy en esta expedición, de manera que quítese esa idea de la cabeza. -Yo vine a buscar una yegua extraviada. ¿No cree que es hora de que acabe de hablar y se ponga a buccar el rastro? -le preguntó con altivez.

Sus miradas se encontraron en un desafío cerrado, un duelo del que ninguno salió airoso pues un grito de Rube puso fin a la situación. Rube había encontrado el rastro en un lugar donde los dos caballos habían cruzado un arroyo seco. Reaccionaron ante el llamado y se pusieron nuevamente en marcha.

Al finalizar la tarde Diana comenzó a sentir el efecto~ de las largas horas sobre la montura. Los músculos de sus pantorillas se acalabraban y el interior de sus muslos estaba llagado por el contacto con la montura de cuero. Ella fue la última en

desmontar cuando se detuvieron por diez minutos a descansar. La mano de Guy la tomó del codo para ayudarla.

-Gracias -le agradeció ella con expresión cansada y arqueó la espalda para relajar los músculos-. No estoy en condiciones para esta cabalgata, no, como creía que estaba. - ¿Quieres que'te haga un masaje? "

-No me tientes -dijo con gesto pícaro, pero desvió cautelosamente la mirada hacia Holt.

Guy siguió la dirección de esa mirada y su expresión se agrió.

-Supongo que ha estado diciéndote algo -dijo. -¿Sobre qué? -preguntó Diana con falsa ignorancia y estiró la mano en procura de algo de beber.

-Acerca de nosotros.

¿Cómo podía decirle a Guy que no había un "nosotros"?

-¿El dijo que lo había hecho? -repreguntó.

-No. Yo le dije que se mantuviera aparte, que lo que había entre tú y yo no le competía para nada.

-Supongo que no le gustó nada. -Diana llevó la cantimplora a sus labios, tomó un trago de agua tibia, la tapó y la volvió a poner en su montura. El caballo cambió de posición cubriéndolos de la vista de Holt. Guy aprovechó el momento para tomarla de la cintura con sus manos y volverla hacia él, con la frustración del deseo contenido en sus ojos enamorarn enfervorizados.

Diana -murmuró-, me parece que hace tanto tiempo que no te toco.

-Guy, no. -Ella le miraba la camisa abierta en el cuello.

Anoche tenía tanta necesidad de verte... -murmuró. Te expliqué lo que pasaba -le recordó ella.

Sé que tenías que ir a esa fiesta con tu padre, pero yo había estado deseando verte, hablarte y tenerte entre mis brazos Y Holt estuvo todo el tiempo dándome trabajo para que no tuviera tiempo de nada. Finalmente, me quedaba toda la noche para pasarla contigo, y tú te fuiste a esa fiesta. Era lo último que podía sucederme.

No pude evitarlo.

Lo sé. Pero anoche estuve pensando en ti todo el tiempo. He pensado siempre en ti, solo que anoche era peor, porque estaba solo y tú habías salido a divertirte con tus 'amigos. Me tomé una cerveza, luego otra y otra. Pronto empece a pensar si tú...

Guy , basta-Ella comenzó a sentirse sofocada por el asomo de celos reflejado en su voz.

Ya sé que aún no quieres pensar en serio -suspiró-, pero no puedo evitar sentir en la forma en que siento. Hace tanto tiempo que te amo, Diana! Es un alivio no tener que esconderlo más. Lo gritaría desde la montaña más alta si tú me aceptaras. Cuando estoy contigo soy el hombre más feliz del mundo.

No digas esas cosas.

Ya lo sé, ya lo sé -Sus manos se movieron de forma acariciante por su cintura.- Ahora estamos juntos y eso es lo unico que importa, Diana -había de nuevo ansiedad en su voz. ¿Cuando acampemos para pasar la noche, pondrás tu bolsa de dormir cerca de la mía? Sé que no podemos hacer nada con Rube y Holt ahí, pero el solo hecho de saber que estas ahí a mi lado sería... Yo...

Con voz estrangulada se negó a su dulce ruego.

-No, no puedo hacer eso. -Diana se liberó de sus manos, con un nudo de desesperación en la garganta.

-¿Por qué? -El estaba azorado por su agitada respuesta.

-No es conveniente -replicó ella.

Se produjo un instante de silencio. La voz de Guy sonó amarga ante el rechazo:

-¿Qué sucede, qué pasa? ¿No valgo lo suficiente para ti? Tú eres la hija del Mayor y yo soy nada más que un estúpido que trabaja para tu padre.

Diana se quedó mirándolo, luego le dijo acusadoramente :

-Esas palabras no son tuyas. Esas palabras son de Holt, ¿no es así? Eso es lo que él te dijo y tú sé lo creíste. ¿Por eso te emborrachaste anoche, no es cierto?

--No, no le creí -negó Guy sin mirarla bien de frente. -Pero te hizo dudar, te hizo pensar...

-Olvida lo que te dije -interrumpió él-, no lo creo. Demasiado, tarde Diana se dio cuenta de que debería haber permanecido callada. Pero cuando su intuición le dijo que Holt había hecho esos comentarios acerca de ella, su reacción fue automática. En consecuencia, una vez más había permitido que Guy se hiciera ilusiones y creyera que ella lo quería más profundamente de lo que en realidad lo hacía. "Maldición" gritó para sus adentros. El mero pensamiento de Holt era como una bandera roja ante sus ojos. Ella invariablemente reaccionaba sin pensar.

-Bueno, está bien, Guy. Considéralo olvidado -cedió con una sonrisa tensa.

-Diana, yo... -comentó.



-La manta se ha resbalado debajo de tu montura, Guy. -Holt estaba ahí para interrumpir la conversación.- fa mejor que la acomodes o estarás produciéndole una herida en el lomo al caballo.

Guy dudó una fracción de segundo.

-Ya me ocuparé de arreglarla -aceptó antes de ir a hacerlo.

Diana se encontró con la mirada acerada de Holt. El se ocuparía de que ella no pudiera estar hablando con Guy. la determinación se le percibía en el gesto obstinado de la boca. Ella levantó la barbilla desafiante pero Holt pareció ignorarla mientras iba hasta su propio caballo.

Diez minutos más tarde Diana volvía a poner su cuerpo dolorido sobre la montura. Los demás también estaban montados y dispuestos a seguir el rastro. Tres kilómetros más adelante llegaron al tope de una lomada y vieron un valle que se extendía allá abajo. Holt detuvo su caballo en la cima y sacó los binoculares de la alforja de la montura.

Con su ayuda comenzó a inspeccionar lentamente la pendiente del valle: Diana apretaba sus ojos pero no veía nada. El recorrido de Holt casi se había completado cuando se detuvo y comenzó a focalizar un objeto que le había llamado la atención.

---¿Ves algo? -le preguntó Rube.

Holt bajó los binoculares, pero su mirada permaneció fija en un punto distante. Se los alcanzó a Rube, diciéndole: --Mira justo abajo de aquella mata en la montaña: - ¿Es el padrillo? -preguntó Diana, pues su vista no alcanzaba a esa distancia.

Pasaron varios segundos antes que Rube respondiera y a ella le latiera el corazón anticipadamente.

-Por cierto que lo es -dijo, por fin.

--Un maldito garañón blanco. Nunca lo hubiera creído si no lo hubiera visto con mis propios ojos. Y tú tienes razón, Holt, parece grande para un mesteño. Astuto, además. Me está mirando...

--El viento corre hacia él, probablemente ya nos haya oído ---dijo Holt.

-¿Ves las yeguas? -preguntó Guy-. ¿Están con él? Rube dejó que los binoculares se desviaran del mesteño.

-Podría ser que estuvieran pastando en esa hondonada. No sé. ¡Oh, oh! se va. Seguramente no le ha gustado nuestro olor. Mira eso. ¡Mira! -Excitado, le pasó los binoculares a Holt, quien no había acabado de acomodárselos cuando aquél exclamó:- ¿Lo ves?

Diana advirtió el súbito gesto de desagrado en la frente de Holt.

-¿Qué sucede?

- ¡Está marchando! -Holt, al explicar, insertó en su voz un tono de asombro.

- ¡Tú también lo viste! ¡Maldito! -Rube se golpeó el muslo en señal de satisfacción.-

Pensé que los ojos me estaban jugando una mala pasada. -Diana nunca antes\_ había visto al canoso vaquero tan animado.- ¿No es algo extraordinario? Espera a que los demás lo sepan. Quedarán con la boca abierta.

-Se ha ido. -Holt bajó los largavistas y volvió a guardarlos en su estuche de cuero.- Sólo tenía tres yeguas. Dos eran nuestras. Se las llevó al desfiladero, allá en el otro extremo. -Tomando las riendas le echó una mirada de soslayo a Guy.- Creo que eso explica por qué había veces en que, al seguirle las huellas, su andar nos parecía tan particular.

-Realmente ¿es un caballo salvaje que mueve a un tiempo la mano y el pie del mismo lado? -preguntó Cuy con el ceño adusto.

-Sí.

-Pero, ¿cómo puede ser?, ¿por qué? -Guy expresaba los pensamientos desconcertados que pasaban por la mente de Diana.- ¿De dónde salió?

-La cosa es fácil. ¿Ustedes nunca escucharon las historias acerca del Padrillo Blanco?

-No. -Guy le echó una mirada descreída al viejo vaquero.- Esta mañana, antes que saliéramos, jurabas que no había ningún padrillo blanco por esta zona. Ahora estas diciendo que has escuchado historias acerca de él su burló.

- -Pero no me refería a éste -negó rápidamente Rube. No. Estoy hablando del más famoso padrillo salvaje que haya vivido jamás. Sucedió allá por el 1800. Era blanco como la nieve, salvo las orejas, que eran negras como el ébano. Según la tradición tenía una melena de sesenta centímetros de largo y su cola era tan larga que llegaba al suelo. Su rasgo distintivo era un paso particular; le sacaba ventaja al más veloz de los caballos de carrera y seguía andando durante días. Este padrillo debe de ser un doble de aquel-A mí me suena como un gran cuento.

---No es un cuento -se afanó en afirmar Rube-. Por lo menos no lo inventé yo. Mucha gente famosa lo ha visto ,Bueno, incluso el tipo ese que escribió el libro sobre la ballena habla del padrillo blanco del libro. Solo porque tú no hayas oído acerca de él no quiere decir que no existió. -Muy bien, Rube, te creo -concedió Guy.

Tras haber galopado a través del valle, se vieron forzados a disminuir el paso para retomar el rastro del padrillo y de las yeguas. Ya no volvieron a estar lo bastante cerca como para ver el grupo antes que anocheciera y debieron acampar para pasar la noche.

Cuando desmontaban, Guy dijo: -Iré a buscar algo de leña.

-Rube puede hacer eso -dijo Holt yendo hacia el caballo que traía la carga-. Tú desensilla los caballos y cepíllalos. -Luego los distantes ojos grises se posaron en Diana.- ¿Puede cocinar?

-Dije que podía --le recordó ella secamente.

-Bueno creo que podrá aprovechar la oportunidad para ver si es cierto.

Quitó la carga del caballo y la depositó en el suelo. -La comida está adentro. Ahí tiene.

Ocultando su irritación, Diana comenzó a desempacar las provisiones y los elementos que iba a necesitar. Rube juntó bastante leña como para hacer fuego. Una vez que lo encendió volvió a irse para gozar más del fresco anochecer. Con el contenido de una lata de carne Diana puso una cacerola sobre el fuego y preparó un guiso. Estaba haciéndolo cuando Guy y Holt trajeron las monturas dentro del círculo del campamento mientras dejaban los caballos en libertad.

-¿El padrillo realmente marchaba al paso? --preguntó guy aun escéptico.

--Sí'. -Holt comenzó a barrer las hojas del piso. --Me hubiera gustado verlo -señaló Diana. -Seguramente mañana lo verá -respondió Holt con expresion distante---. ¿Cuánto falta para la comida? --Huele muy bien -la estimuló Guy.

Teniendo en cuenta sus primitivas condiciones de trabajo, Diana consideró que la comida estaba deliciosa El acuerdo con su opinión era evidente porque cuando fue a limpiar la olla, ésta se había vaciado, aunque. La única Voz de hialago vino de Guy.

-Estoy lleno --declaró echándose hacia atrás y palmandose el estómago-. Estaba sensacional, Diana. ;No les dije que era una gran idea traerla para que nos cocinara? --se dirigía a Holt-. 'Tú querías que se quedara y que Rube y yo tuviéramos que comer tu cornida.. No eres mumal cocinero, pero seguratnente, no puedes hacer bizcochitos como ella.

Cuando el silencio de Holt se volvió denso, Diana dijo: --Gracias Cuy, es bueno ser reconocido.

-Tu sabes cómo es el dicho: se llega al corazón del hombre a través de su estómago, y tú ya te has ganado un lugar en el mío. -Su voz trémula agregaba un sentido extra a sus palabras.

Holt se inclinó hacia adelante rechinando los dientes e impidiendo que Guy pudiera mirar a Diana:

--¿Hay más café? -preguntó extendiendo el jarro de metal con la mano.

--Seguramente una taza más, --Tomando un pañuelo para evitar quemarse los dedos, Diana levantó la cafetera enlozada, blanca y gris, que estaba cerca del fuego y le sirvió.

--¿Podría poner el resto en mi jarro? -señaló Rube.. El estaba frente a Diana pero separado por el fuego. Ella se puso de pie y fue a servirle lo que quedaba. Guy observó cuán torpemente caminaba.

-¿Aún dolorida? -le sonrió solidario.

--Eso es poco decir, pero no me quejo. --La última frase iba dirigida a Holt.

-Ven, siéntate aquí y te masajearé los hombros -ofreció Guy.

-Esa invitación es demasiado tentadora para decir que no. --Ignoró la mirada fulminante de Holt y fue a sentarse con las piernas entrecruzadas delante de Guy, ofreciéndole la espalda y los hombros para que los masajeara.

Sus manos se cerraron firmemente sobre sus hombros, y comenzaron a albandar los músculos tensos. Una mezcla -le dolor y de goce arrancó un suspiro de sus labios. Agachando la cabeza, cerró los ojos. Una cortina de pelo negro le caía hacia\_ adelante. Los dedos de él obraban maravillas sobre su carne dolorida. Una vez más le llamaba la atención lo inteligente y considerado que él era.

-Mmmm, vas a ser un excelente marido para alguna chica -e inmediatamente lamentó el comentario y lo que Guy interpretaría-. Lo que siento es que sean mis piernas y no mi espalda las que más me duelen.

-Seguiré hacia abajo -murmuró él.

Junto a ellos, Holt se levantó y fue a poner un leño más en—él fuego.

-Guy, necesitaremos más leña -le dijo, cortante. -¿Para qué le dices a él? -preguntó Rube-. No sabe dónde encontré yo el árbol seco. Andará dando vueltas toda la noche para procurársela. No me cuesta nada ir yo; resultará más fácil. Me parece que deberías ser lo bastante inteligente como para darte cuenta de eso, Holt.

Quédate ahí tranquilo, Guy, -Rube desenroscó su cuerpo y se puso de pie.- Iré a traer la leña.

Ese hecho llenó de inquietud a Diana: - ¿Por dónde va, Rube?

-Por este lado -él agitó la mano señalando la derecha-. ¿Por qué?

-Por mucho que me incomode moverme, tengo que cumplir con mis necesidades naturales -dijo poniéndose de rodillas y saliendo del alcance de Guy-. No quería toparme con usted en la oscuridad.

-Bueno, si se topa con algo, no será conmigo -declaró

Poniéndose de pie, Diana dijo sin darle importancia: -No tardaré -y se perdió en la noche en dirección

opuesta a la que había tomado Rube. Si Guy sospechó que tenía alguna razón más urgente para partir, no se traslució en su expresión mientras la miraba alejarse.

Las noches en el desierto eran siempre frías, y a esa altura, la temperatura descendía aun más. Diana no se denuoró mucho en el frío de la noche, sino que se apresuró a volver al lugar tibio en torno al fuego. Cuando se acercaba le llegó con claridad la voz de Guy.

--;Por qué no te callas la boca, Holt? Ya soy lo suficientemente grande para saber lo que estoy haciendo. Además tú no conoces a Diana como yo.

El contexto de la respuesta de Holt no llegó hasta ella pero lo que sí percibió fue el tono de desprecio en la voz. Diana se puso tensa, sabiendo cuál era la opinión que él tenía de ella, y sabiendo que trataba de transmitírsela a Guy. . Dijera lo que hubiera dicho, el hecho fue que Guy se levantó.

-Eso es una mentira.

Holt también se levantó para enfrentar a su hijo. --Quieres creer que es una mentira. Tienes que madurar y abrir los ojos.

Pese a su aire de tranquilidad, Diana sintió que él estaba tenso y alerta. La luz del fuego le dibujaba el perfil recio, de pómulos altos y mejillas hundidas que se abultaban para diseñar su mandíbula fuerte. Miró a Guy y lo vio indignado. El hijo no podía resistir la competencia con el padre. Carecía de reciedumbre, y de la dura experiencia que trasuntaban sus ojos.

---Retira lo dicho --exigió Guy como un chico ofendido-. Retira lo que dijiste sobre ella o... -el resto de la amenaza estaba implícita en sus puños cerrados.

-Ella no es digna de una pelea, Guy -fue la respuesta de Holt volviéndole la espalda.

Guy lo tomó del brazo y lo forzó a darse vuelta: - ¡Te dije que retiraras lo que habías dicho!

Su respuesta fue una mirada fría. Diana sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo. El silencioso rechazo de Holt había arrinconado a Guy como para hacerle sentir la obligación de desafiar a su padre y obligarlo a que lo mirara como a un hombre y no lo minimizara.

Holt esquivó un derechazo de Guy y lo miró por encima del hombro. Retrocedió, pero Diana sabía que no era por cobardía.

-No voy a pelear contigo, Guy.

- ¡Retira lo que has dicho! -Guy estaba enceguecido, solo quería vengar el insulto inferido a Diana, sin querer ver que ella estaba al margen.

Al ver que Holt no reaccionaba en la forma exigida, Guy se le fue encima como un toro al embestir. Diana para lizada, no podía hacer nada, ni pedir ayuda. Holt se defendía con facilidad, siempre retrocediendo. Los golpes que le llegaban parecían hacerle poco daño. Pronto fue evidente, incluso ante el ojo poco avezado de Diana, que no era la primera vez que Holt peleaba. Podía oír las exclamaciones de frustración y cansancio. Un golpe afortunado pasó las defensas de Holt, dándole en plena mandíbula y mandándolo de bruces al suelo.

- ¡Levántate! -le gritaba jadeante, Guy-. ¡Levántate y pelea!

Sosteniéndose sobre un codo, Holt sacudió la cabeza como para dispersar las estrellas. Movié tentativamente la mandíbula y miró a Guy.

-Te dije que no voy a pelear -repitió con calma, poniéndose lentamente de pie.

Inmediatamente Guy volvió al ataque. El sabor del éxito lo había encarnizado;. por dos veces Holt no pudo esquivar sus puños que le vencían la cabeza hacia atrás.

Diana con los ojos desmesuradamente abiertos vio que Holt vacilaba antes de dar un golpe más instintivo que deliberado. Entonces Guy bajó la guardia y cayó.

Diana recuperó el control de sus piernas y corrió hacia el cuerpo que estaba en el suelo.

-Guy -lo llamó sintiendo una oleada de culpabilidad por no haber detenido la pelea antes que él fuera dañado.

Con paso vacilante, Holt se interpuso entre ella y Guy. Le corría un hilo de sangre por la comisura de los labios. Había sido más castigado por Guy de lo que Diana se

había figurado. Sus ojos se habían oscurecido al tono de las nubes que acompañan al rayo.

-Manténgase alejada de mi hijo -había una estridencia áspera en su voz-. ¿No ha hecho bastante ya? Ha conseguido por fin lo que siempre quiso: que Guy y yo nos apartáramos. Ahora manténgase alejada de él.

Su cabeza oscura se agitó en silenciosa negativa, pero no intentó acercarse más. Holt se volvió y se arrodilló junto a la figura inerte, poniendo a Guy de espalda contra el suelo.

La luz del fuego le ponía reflejos dorados en el enmarañado cabello castaño cuando se inclinó sobre su hijo.

Ella sintió que se le contraía el estómago cuando vio la cara hinchada y ensangrentada de Guy. Y todo porque él había defendido su honor. Se sintió mal, y tan indigna como Holt decía que era.

-Está herido.

-Yo me ocuparé de él -replicó Holt.

No podía quedarse sin hacer nada, sobre todo cuando ella era la culpable de que Guy estuviera ahí tirado.

-Traeré un poco de agua -dijo yendo hasta la cantimplora que estaba más a mano.

Cuando Diana volvía con el agua se oyeron los pasos de Rube que retornaba trayendo los brazos cargados con leña. Ante la escena de Holt inclinado sobre su hijo, se detuvo a mirar con sus piernas arqueadas y preguntando:

-¿Qué sucedió? Oí un barullo de discusión pero nunca me imaginé... ¿está herido? - Rube depositó la leña sobre el fuego que se estaba extinguiendo y se apresuró a aproximarse.

Holt tomó la cantimplora de manos de Diana y mojó el pañuelo.

-Se cayó -dijo y su aspecto no le permitió a Diana desmentirlo.

-Dices que se cayó -repetía Rube espiando por encima del hombro de Holt-. Nunca he visto a nadie lastimado de esa manera por una caída. Me parece que alguien lo ha golpeado. Sí, un puñetazo.

-¿Rube, nunca te ha dicho nadie que hablas demasiado? -murmuró Holt enfurecido-. Te dije que se cayó. Dejémoslo así.

-Está bien, está bien; se cayó -aceptó con dignidad ofendida-. Nadie me dice nada. Siempre con secretos.

Al viejo Rube no hay por qué decirle nada. Pero no soy ciego, puedo ver. -Recibió otra mirada silenciadora de parte de Holt.- Pero si tú dices que se cayó, se cayó. ¿Quién soy yo para llamarte mentiroso? -y se alejó mascullando entre dientes.

Guy lanzó un leve quejido mientras se esforzaba por recuperar la conciencia. Abrió los ojos pero aún derivó varios minutos hasta perder la mirada vidriosa. Cuando se fijó en Holt volvió a aparecer la expresión batalladora. Quiso levantarse pero Holt lo empujó hacia abajo.

-Quédate tranquilo. Tuviste una mala caída -acentuó la última palabra para grabar en la cabeza de Guy lo que había inventado.

Ver a Diana fue lo que movió a Guy a ocultar su enojo. -Estoy bien -insistió impaciente y tomó el pañuelo de la mano de Holt, retirando con un respingo la cabeza al presionarlo contra su labio partido.

Holt se enderezó y se fue, sabiendo que Guy rechazaría cualquier expresión de solidaridad. Despacio, Guy se sentó; aún estaba algo mareado. Diana sintió un ímpetu maternal por ir a reconfortarlo, pero se controló. No quería que él interpretara mal su preocupación. No fue hasta su lado, pero le preguntó:

-¿Te sientes bien?

Su mirada amargada y turbia fue de Holt al pañuelo y luego a ella.

-Sí, estoy bien.

Su expresión le recordó a Diana la acusación de que ella había roto la relación entre él y Holt. Se habían peleado por ella, una pelea que implicaba una brecha difícil de zanjar. No había sido su intención que ello sucediera. Años atrás hubiera sido posible, pero entonces era una criatura con los malévolos comportamientos de los chicos.

-Mañana va a ser un día difícil -anunció Holt a todos-. Es hora de que nos disoongamos a dormir -pero ello fue dicho, y los tres lo entendieron así, para concluir la conversación entre Diana y Guy.

-Diana -la voz de Guy fue de pronto un ruego. Ella sacudió la cabeza. No quería mantener ninguna conversación, sobre todo en ese momento en que estaba tan afectada emocionalmente. Diana no sabía lo que él estaba . por pedirle pero no quería oírlo.

-Deberías descansar.



Sin darle oportunidad para que protestara se fue a donde estaba su bolsa de dormir, consciente de que el cuerpo de Holt los separaba. Vio que Guy y Rube se acostaban y que Holt era el último en hacerlo.

El cielo estaba estrellado y se quedó mirándolo largo rato, escuchando el silencio. Luego su vista tropezó con la forma inerte de Holt. Todavía sentía hacia él un gran rechazo, pero los acontecimientos de la noche atemperaron incluso eso. Diana cerró los ojos.

Una mano le tocó los hombros. Se despertó despacio y vio que Holt estaba inclinado sobre ella. Ante la mirada de alarma en sus ojos él le dijo brevemente:

-Prepare el desayuno, en una hora- levantamos el campamento.

Bostezando, Diana se despojó de la bolsa y se levantó. Guy y Rube ya andaban dando vueltas, alimentando a los caballos con su ración de granos y juntando las monturas..

Había poco tiempo para la conversación pues Holt ya había fijado los horarios. El desayuno fue preparado y comido con igual celeridad; los platos, lavados y guardados. En pocos minutos estuvieron a caballo y yendo hacia un cielo color coral. El aire aún estaba fresco y se formaban nubes rosas y bajas.

A media mañana Holt ató las riendas de su caballo y desmontó para dejar que sus ojos pudieran seguir el rastro. -En aquel desfiladero hay una vertiente, ¿no es así, Rube ?

Rube se detuvo y miró en torno.

-Sí, la hay. Ahí debe ser adonde van a beber los caballos salvajes. Es el único lugar que conozco. ¿Qué vamos a hacer? ¿Crees que están ahí ahora?

-No lo sé. Es posible. Daremos un gran rodeo y avanzaremos contra el viento esta vez, de modo que no nos huelan.

Una hora más tarde Diana tuvo el primer atisbo del padrillo blanco. Se habían aproximado a la vertiente del lado norte deteniéndose al borde del desfiladero. Blanco como la leche y tan bien proporcionado como cualquiera de los árabes puros del Mayor. El garañón se mantenía apartado de las demás yeguas que pastaban. Era un centinela orgulloso, noble y libre.

-Es magnífico -murmuró Diana.

-Es fantástico -dijo Guy con igual sensación.

-Es un ladrón -les recordó Holt-. Esas yeguas que están ahí son del Mayor.

Su observación intensificó la tensión que había desde la mañana. Diana trató de ignorarla. Con dificultad, Diana apartó la mirada del caballo para fijarse en las yeguas. La familiar zaina Nashira, con sus patas blancas, estaba ahí, junto con la premiada, Cassie. La tercera yegua era de piel anteada, de buena calidad pero de raza indeterminada.

Busca algún lugar para atar el caballo de carga. -Holt impartió la orden a Rube.- Nosotros vamos a bajar por esa cuesta. Los árboles nos esconderán durante un tiempo. Una vez que estemos en el desfiladero, dispersaremos las yeguas y las mantendremos separadas del garañón. Si lo sacamos del medio podremos manejarlos cómodamente con ellas.

Desmontando, Rube pasó las riendas de su caballo a Diana mientras él llevaba el animal con la carga hasta un árbol cercano con buen pasto debajo. Momentáneamente distraída por los movimientos de Rube, Diana no se dio cuenta de que su caballo estaba hinchando su pecho: Demasiado tarde recordó que el animal castrado que ella montaba era hijo de la zaina que estaba allá abajo. Su caballo había captado el olor familiar y la llamaba con un relincho. Holt automáticamente le tapó la nariz con la mano. Pero el daño ya estaba hecho. El garañón levantó la cabeza en dirección a ellos y olió el aire. Sacudió la cabeza como irritado por no poder captar ningún olor. Los miró perfilados en el borde. Diana sostuvo el aliento, sabiendo que si él corría perderían las yeguas, y a la vez, con la esperanza de que lo hiciera.

Con un poderoso bufido que pareció hacer eco a través del desfiladero, el garañón viró y corrió hacia las yeguas, juntándolas. Cassie, la más novata, resistía su intento de

dominarla, pero él la mordisqueó salvajemente para lograr que obedeciera.

Con un movimiento las mandó corriendo por la boca del desfiladero. El garañón guardaba la retaguardia, evitando así que ninguna pudiera volver atrás. Diana miraba cómo movía perfectamente al unísono las patas delantera y trasera derechas en oposición a su lado izquierdo, con un paso huido, natural, comfortable..

---Está marchando -murmuró ella, como si hubiera necesitado verlo con sus propios ojos para creerlo-. ¿Vamos a seguirlos? -preguntó.

Holt pareció considerar el curso de las posibilidades que se le presentaban antes de responder:

No, el garañón ya se ha ido. No podemos pensar en arrimarnos a él hasta que se aquiete. Estoy de acuerdo con Rube en que volverán aquí. Por lo que sé, la próxima vertiente está a muchos kilómetros. Pero es posible que no vuelvan hasta mañana - señaló Diana.

Nosotros esperaremos aquí hasta que las traiga de vuelta.

¿Cómo puedes estar tan seguro? -preguntó Guy llevando su rebelión a otros niveles.

Los caballos son criaturas de costumbres. No se van de sus territorios. Andan en círculo. El garañón blanco retornara. -Holt llevó su caballo a la orilla del desfiladero.- acamparemos en ese arroyo y esperaremos. Estamos fuera de la vista y mientras el viento continúe soplando del sur no puede olerlos en el aire. Rube -se volvió al hombre que aún no había montado-, tú quédate aquí y espía, pero no te dejes ver, Uno de nosotros te reemplazará en un par de horas.

Muy bien, pero déjenme una cantimplora. Va a hacer calor aquí cuando el sol se corra un poco. Estaré con la lengua afuera si no me dejan algo de beber. ¿Quieren que vaya hasta allá abajo y las llene?

No -se negó Holt-. No quiero que haya ningún olor humano en torno a la vertiente. El agua que tenemos debiera alcanzar hasta mañana.

¿Y qué pasará si mañana no aparece? -preguntó Guy.

Esa es una decisión que puede aguardar hasta mañana. Trae el caballo con la carga. -Holt inició la marcha. Diana le dio su cantimplora a Rube y siguió al caballo que iba adelante. Guy la seguía, llevando el de la carga. Un camino serpenteante bajaba hasta el arroyo, situado más lejos de lo que habían supuesto. En el lugar no corría para nada el aire; ni una brisa los refrescaba del sol ardiente. Los caballos quedaron en un lugar sombreado. En cuanto establecieron un orden en el campamento, los tres buscaron un lugar fresco a la orilla del arroyo. Holt se tiró en la pendiente, usando la montura de almohada y echándose el sombrero sobre los ojos. Diana se sentó abrazándose las rodillas con las manos.

-Ese caballo era magnífico, ¿eh? -Guy estaba junto a ella sobre un costado, apoyándose sobre un codo.- Es un espíritu rebelde.

-Así parecía... -comenzó Diana. Holt la interrumpió:

-No lo idealice. El garañón es un bribón. Le ha vuelto la espalda a su propia clase. -  
No se movió de su posición con el sombrero echado sobre la cara y los brazos  
cruzados sobre el estómago.- Cuando un animal hace eso, causa problemas.

- ¿Qué estás sugiriendo? -preguntó Guy mientras los cortocircuitos subterráneos  
sacaban chispas en el aire ¿Que lo matemos?, ¿que lo destruyamos?

-No -respondió Holt con deliberada mesura-, sugiero que rescatemos nuestras  
yeguas y que la cosa termine ahí.

- ¿Terminará ahí? -preguntó Diana.

-No lo sé. -El cambió de tema:- Ha pasado mucho tiempo desde que desayunamos.  
¿Por qué no comienza a preparar el almuerzo?

-¿Por qué no dejas tranquila a Diana? Permítele que descanse. Si tienes hambre,  
prepárate tú mismo algo.

Guy parecía obligado a discrepar con todo lo que Holt decía. Pero éste con  
encomiable control respondió: -Fue idea de ella venir como cocinera del campamento.

-Yo también tengo hambre -mintió Diana en un intento de interrumpir la batalla.

—Bueno, déjalo que él... -Guy aún estaba preparado para seguir discutiendo.

Prefiero comer mi propia comida -ella insistió poniéndose de pie.

--.Yo ayudaré -ofreció él.

Firme pero amablemente, Diana se lo impidió, insistió en que podía arreglárselas  
sola. El peso de su devoción se hacía más difícil con cada minuto que pasaba. Era  
un alivio escaparse aunque más no fuera con pequeñas distracciones como preparar  
la comida.

Comieron en silencio el picadillo que ella preparó. Cuando terminaron, Diana juntó  
los platos. Holt se levantó para ir a servirse café él mismo de la cafetera.

Sería bueno que mantuviera la cafetera caliente para Rube-le dijo a ella mientras  
consultaba su reloj-. Ve hasta allá y relévalo, Guy.

Ve tú. Yo me voy a quedar aquí con Diana.

La abierta negativa quedó pendiendo en el aire como una espada. Holt se volvió  
lentamente a Guy, y Diana reteniendo el aliento al ver los reflejos acerados de su  
mirada gris.

No estás aquí como compañero de Diana -le dijo con calma mortal-. Estás aquí para trabajar. He despedido hombres que no hacían su trabajo. ¿Es eso lo que estás queriendo, Guy?

En su interior ella gritaba: " ¡No, no le des un ultimatum así! " Ella rió forzosamente:

- ¿Por qué toma tan en serio a Guy? No lo decía de verdad. Era más bien una expresión de deseos. ¿No es verdad, Guy?

La zona en torno de su boca y su mentón estaba hinchada y amoratada. Guy dio vuelta la cara, de modo que Diana no podía verle esa parte del rostro, pero su expresión era sombría cuando asintió con desgano:

Así es -masculló-, iré a reemplazar a Rube ahora. ¿Quedaba mucha agua en la cantimplora que le dejó a Rube? --le preguntó Holt a Diana.

Creo que habría un tercio -respondió ella. Entonces, llévate otra -dijo a Guy.

Las cantimploras que quedaban estaban junto a Diana. Ella la tomó la más llena y se la dio a Guy. El no la tomó inmediatamente sino que con el rostro ensombrecido buscó la mirada de ella.

-¿Por qué te pones siempre de parte de él? -dijo con voz baja y contrariada a la vez que plena de desconcierto. -No seas ridículo, Guy. No me estoy poniendo de parte de él -negó en un murmullo como para que Holt no pudiera oírla.

-Sí te pones. Hace un minuto...

-Hace un minuto te hubiera despedido. ¿Es eso lo que querías? -razonó Diana.

Su expresión se volvió dura, de manera parecida a Holt.

-No -suspiró-, no es eso lo que quería. -Guy se volvió murmurando:- Te veré más tarde.

Diana vio que Guy bajaba por la parte más escarpada del arroyo y desaparecía en dirección al lugar dónde antes habían dejado a Rube. Mientras se volvía a limpiar los platos encontró a Holt estudiándola con expresión de establecer frías valoraciones. Le mantuvo la mirada por un momento antes de volverle la espalda.

Gracias, Diana -dijo y su boca se endureció en forma sarcástica y burlona-, te lo agradezco.

Holt la petrificó con una mirada de hielo:

¿Se supone que debo agradecerte la intervención? dijo, imitando su tuteo.

Si no lo hubiera hecho, Guy se hubiera ido.. ¿Por qué le amenazaste con despedirlo? Fue prácticamente un ultimatum.¿Cómo pensaste que iba a reaccionar? No tenía otra salida.

¿No tenía otra salida? -dijo levantando una ceja con arrogancia.Si Guy no trabajara en el rancho, tampoco viviría aquí. ¿Y por cuánto tiempo ibas a estar interesada en él si no lo tuvieras cerca?

Ella abrió la boca con ira contenida:

;¿Lo pusiste deliberadamente en esa situación? –lo acuso Diana -. Fue estúpido de tu parte.

Quizá debería pedirte que me des unas lecciones acerca de como manejar a mi hijo -sugirió Holt sardónica

mente-. A lo mejor debería envolvermelo y metérmelo en el bolsillo...

- ¡Y acaso pudieras hacerlo!

-¿Cuánto tiempo lo vas a tener bailando en la cuerda floja antes de cortársela, Diana?

-No lo estoy teniendo en ninguna cuerda floja –negó ella.

Holt ignoró su negativa:

-Cuando se la cortas, se va a venir abajo. ¿Qué crees que debo hacer? ¿Esperar para recoger los pedazos cuando estés cansada de tu nuevo juguete y decidas romperlo? Haré todo lo posible para detenerte en primer lugar.

-¿Qué puedo hacer? -respondió Diana-. No fue idea mía que Guy se enamorara de mí.

-¿Enamorarse? Eres su diosa Diana. El te adora. No es simplemente que te ame. Y lo estimulaste para que se enamorara, seduciéndolo.

-No es verdad, no lo hice.

-No vamos a creer que Guy te sedujo a ti. No se hubiera atrevido a tocarte a menos que tú lo incitaras. Podrías haberlo detenido en cualquier momento, con una sola palabra. Guy nunca te hubiera forzado.. ¿Por qué no pronunciaste esa palabra?

-Yo sabía que él me deseaba, pero nunca me di cuenta de que estuviera enamorado de mí. De haber sido así... -Diana dio media vuelta, frustrada, con un nudo en la garganta que le impedía seguir hablando. '

-¿Por qué le hiciste el amor? -le preguntó. -Sentía lástima de él.

Acababa de decir eso cuando un garfio la asió del hombro y la hizo girar sobre sus pies. Diana quedó ante unos ojos borrascosos; las facciones de Holt se endurecieron de ira.

- ¡Tedio pena! ¿Porqué?

Ella sintió que sus nervios se ponían de punta al entrar en contacto con él: La reacción química del contacto entre ellos produjo su predecible resultado. El rechazo que ella sentía hacia él era tan potente como en el peor momento de su adolescencia. Una mirada de llamas verdes se asomaba a sus ojos.

-Sentiría pena por cualquiera que te tuviese de padre. -Las palabras poseían todo el veneno que ella sentía.

Sus dos hombros fueron apresados. Los dedos de él se le hundían salvajemente en la carne. Casi la tenía en vilo atrayéndola hacia él. Diana se asió de sus fuertes músculos para mantenerse distante. La cara de él, magra y recia, primitiva y curtida, viril en su masculinidad, se mantenía junto a la de ella.

-Tú, ramerita vengativa -le decía en voz baja e insultante como un trueno oculto-. Guy cree que eres una diosa y estás hecha de barro... sucio y blando en las manos de cualquier hombre.

Su corazón se aceleró con alarma. Con un súbito tirón, Diana se zafó de sus manos y se desgarró la manga de la blusa. Tomó la tela, abriendo los ojos acusadoramente al volverlos hacia Holt.

-¿Crees que Guy creerá que esta vez fui yo la que se cayó? -lo desafió.

Holt dio un paso amenazador hacia ella y Diana giró ennegrecida. Lo había provocado deliberadamente y ahora lo lamentaba. Había terminado con su costumbre de usar a Guy para vengarse de Holt, pero después de todo lo que había pasado, él nunca le creería.

Diana se lanzó a correr. Solo alcanzó a dar una docena de pasos cuando él la atrapó. Ella trató de zafarse pero sus piernas se trabaron entre las de él. Perdió el equilibrio y cayó al suelo arrastrándolo consigo.

Por un instante quedó aprisionada bajo su peso, pero se las ingenió para empujarlo y patearlo. El la mantenía aún firmemente asida y la traía de vuelta cada vez que ella trataba de escapar. Con la mano tomó un puñado de tierra imposibilitada de nada más que eso. La fuerza superior de Holt la estaba poniendo de espaldas contra el suelo. Entonces, Diana le tiró el puñado de tierra arenosa a los ojos ennegueciéndolo por un momento.

Antes que ella pudiera zafarse de sus dedos de acero, Holt se recuperó. Sus manos a tientas encontraron las muñecas de ella, y le hicieron estirar los brazos por encima de la cabeza, mientras el resto de su cuerpo cubría el de ella.

Vagamente, Diana se daba cuenta de que Holt parpadeaba y sacudía la cabeza para liberarse de la tierra, pero ella no lamentaba la incornodidad que le había causado.

Todavía trataba de librarse, arqueando el cuerpo en un intento de hacerle perder el equilibrio. Su respiración agitada concluyó en pequeños gemidos de futilidad. Holt la mantuvo aferrada hasta que ella no tuvo más energía para pelear. El corazón le latía fuertemente por el esfuerzo realizado. Los músculos de los brazos le temblaban. Por fin se relajó y dejó de intentar la liberación de sus muñecas. Al fin, Diana miró la cara impasible de su captor. Exhausta y aún con la respiración agitada, se pasó la lengua por el labio superior para humedecérselo. Las pupilas de él se oscurecieron hasta ponerse negras como el carbón, ardientes e intensas.

Un leve gemido de protesta le llegó a la garganta. Diana ya no era capaz de hacer otro movimiento, ni siquiera volver la cabeza para evitar la boca de él contra la de ella, caliente, exigente, ejerciendo una presión persuasiva sobre la curva sensitiva de sus labios.

Se despertaron todos sus sentidos. El suelo de pedregullo era duro e incómodo. Sus brazos rasparon contra él cuando Holt le bajó las muñecas a la altura de los hombros. Diana probó las saladas gotas de transpiración que corrían por el labio superior de él y que se mezclaron con el beso. El calor combinado de sus cuerpos pareció fusionarlos, a la vez que la transpiración intensificaba su olor masculino, almizclado y estimulante. El staccato de su corazón parecía concordar con el desigual palpitar del de él.

La sensual posesión de sus labios le recorría el cuerpo, excitando y provocando, pese a los intentos de Diana por negarse al placer, un placer creciente. El casamiento le había hecho conocer el apasionado carácter de su naturaleza. Una pasión que no le había despertado Guy con sus intentos torpes. ¡Y hacía tanto que Diana no sentía el tacto de un hombre conocedor del arte de templar a una mujer! y eso se repetía en este momento en ue un hombre que siempre había sido su enemigo ejercía so~re ella su maestría. Pero si ésta era una derrota, Diana supo que él iba a gloriarse con



ella, y sus labios se ablandaron en una respuesta inicial. El más pequeño movimiento encendía la llama que los consumía a los dos: La lengua de él iba hasta los rincones más recónditos de la boca de ella enviándole oleadas de placer por todo su cuerpo. Consciente de que los dedos de él desabotonaban su blusa, ella hizo lo mismo con la camisa de él. El cuerpo de Diana parecía carente de peso cuando él lo levantó para liberarla de la blusa y del corpiño.

El tacto de su mano sobre sus senos era tan firme y seguro como si siempre los hubiera acariciado. Los pezones se volvían duros y erectos entre sus manos y una sensación exquisita le recorrió el cuerpo cuando Holt pasó su lengua por ellos.

Sus manos no descansaban un momento, acariciándole todo el cuerpo. En pleno éxtasis sexual Diana advirtió que él le quitaba al resto de la ropa: De pronto, recordó que al cabo (le un momento no habría nada entre ellos. Sus manos recorrieron la espalda de él, tocando las cicatrices de su n,yr,ilcl:l y los duros músculos tensos como acero viviente.

En el momento de total posesión, las caderas de ella se levantaron para acentuar la penetración; sus uñas se clavaron en la piel de él como las de un gato en estado de satisfacción

Ella se ahogaba en un mar de deseo. Nunca se había sentido tan viva. Nada existía salvo el acompasado placer que él le daba y el fervor con el cual Diana le respondía. Pero no se trataba de una progresión sin fin. Llegó un pico de delirio y y luego la curva del placer exhausto se desgranó.

Diana yacía en el suelo, con los ojos cerrados, consciente de que los quemantes rayos del sol caían sobre su carne desnuda. Escuchó el respirar del hombre a su lado. Por unos pocos y serenos momentos, no sintió más que el arrobamiento de la satisfacción. Gradualmente el silencio le trajo otros pensamientos.

Volviendo la cabeza ella lo miró con ojos vulnerables velados por arqueadas pestañas. Contempló el perfil recio, los ojos grises cerrados y el cabello revuelto. Le latía el pulso en la garganta ante la vitalidad y la fuerza de esas facciones poderosas. Diana no lo vio como un enemigo ni como un adversario, sino como un hombre. Y como hombre, Holt era inigualable.. Ella quería estirar el brazo, tocarlo y hablarle de la fuerza arrolladora de su abrazo.

Como si hubiera adivinado los pensamientos y sentido esa mirada, Holt se incorporó de súbito para ponerse fuera de su alcance y rechazar cualquier revelación. Ella bajó la vista escondiendo que se sentía herida.

-Al menos Guy no estaba tan equivocado, eres buena. Dentro de la subestima, la frase contenía un piropo. Pero para Diana fue como una bofetada que la hizo sentir barata y promiscua. Algo que había sido hermoso ahora parecía sucio. Se rehizo y se incorporó tomando sus ropas desparramadas por el suelo.

-Esto no cambia nada -le dijo ella rehusándose a mirar en su dirección. Pero ella sabía que todo había cambiado. .

-Nunca pensé que cambiaría nada -le contestó él fríamente.

Le temblaban las manos mientras se ponía los jeans, y sentía gran tensión en la garganta. Diana quería preguntarle por qué le había hecho el amor y si no había sentido él también ese algo especial que la había transportado a ella. Pero de pronto perdió su espontaneidad.

Hubo un ruido de ropas, detrás de ella mientras se abrochaba el corpiño y deslizaba los brazos en las mangas de su blusa. Diana se dio vuelta. Holt estaba metiéndose la camisa dentro del pantalón.

-¿Y ahora, qué? -La pregunta era a medias un desafío y un interrogante.

-No sé qué quieres decir -dijo él con indiferencia. -¿Cómo vas a hacer para sacarle ventaja a esto?, pues eso es lo que has estado haciendo desde que viniste a trabajar aquí. -Diana se abotonó la blusa consciente de que los pasos de él se acercaban, pero sin moverse.

-Tienes que invertir el planteo. Eres tú la que siempre está usando a la gente.

Holt se detuvo a dos pasos de ella. A Diana se le alteró el latido del corazón al enfrentar la mirada metálica y ardiente de él. Las llamas se habían amainado pero no extinguido en ninguno de los dos; quedaban brasas listas para avivarse cuando fueran motivadas.

- ¿Por qué --suspiró ella-, tenías que ser tú?

Holt desvió la mirada con aparente impaciencia e irritación.

-Yo podría hacer la misma pregunta. -Cuando se volvió hacia ella había algo de cínico en su expresión. ¿Diana cazadora, se lanzará tras una pieza nueva? ¿Crees que sería entretenido cazarnos a los dos? ¿Un trofeo doble: padre e hijo?

Diana se retraía interiormente ante el cruel aguijón de las palabras de él. Cualquier intento de discutir, fue desvirtuado, por una pequeña avalancha de pedregullo que caía por la cuesta. Simultáneamente, ambos se volvieron ante el ruido esperando ver aparecer a Rube. En cambio, era Guy. Un ramalazo de temor le tocó el corazón

al verla torturada ira de su joven rostro. Lágrimas ardientes rodaban por sus mejillas y sus ojos estaban colmados de odio al enfrentarlos desafiante, ahí de pie, con las piernas ligeramente abiertas y a prudente distancia.

Los he visto! -dijo con voz trémula por la violencia, ¡Con los binoculares, los he visto! Un involuntario grito de angustia escapó de los labios de Diana Sus ojos fueron hacia Holt que ahora estaba al lado de ella. Años de ejercicio del control le mantenían la expresión calma e impassible; sus ojos grises no revelaban nada de lo que pasaba en su interior.

Guy comenzó con tono impassible.

Pero Guy ya se estaba desplazando. Las monturas y el equipo se encontraban a un paso de él y fue hacia ellos. Por un momento su intención no fue clara. Luego sacó un rifle de su funda y apuntó a Holt.

Vi como la violabas! -lo acusó en un grito sollozante-Te voy a matar.-Guy levanto el cañon – Apartate de ella.

Sin aliento Diana miró a Holt. Un dolor intenso, una pura agonía le dominaban la expresión. No revelaba miedo a la muerte, solo el terrible tormento de que el arma que lo apuntaba estaba empuñada por su hijo. Toda la fuerza de ese sentir pareció transmitirse a Diana. Pero la expresión de dolor desapareció. De nuevo el control enmascaró la reacción de Holt.

dio un paso adelante y a un costado, apartándose de ella. -Me dijiste todas esas mentiras porque la querías para ti -acusó Guy, llevándose el rifle al hombro-. Nunca más la tocarás.

- ¡Guy, no! -Automáticamente Diana se había colocado entre los dos hombres.- ¡Mi Dios, es tu padre! -¿Para qué sirven los padres? -replicó él con amargura.

Holt la estaba sacando del medio, rechazando el escudo de su cuerpo para protegerlo. Con pasos lentos y voluntariosos comenzó a aproximarse a Guy.

-No te acerques más -le advirtió Guy. El caño del rifle temblaba levemente.

Holt se detuvo cuando quedaba apenas un metro y medio entre los dos.

-A esta distancia no te puede fallar la puntería, Guy. De modo que cuando aprietes el gatillo ten la seguridad de que luego no tendrás que arrepentirte.

Diana corrió hasta Guy con las piernas temblorosas y el corazón descontrolado por el terror. Lo tomó del brazo. -Si es cierto que me amas, no lo hagas -le rogó. Los dedos de él temblaban sobre el gatillo, pero no la miraba. Sus ojos desorbitados

hacían blanco en Holt. Era imposible sostener la metálica mirada de él, y Diana no podía comprender cómo Guy la sostenía. En un segundo más ella se iba a tomar del rifle, pero no fue necesario, pues Guy desvió el caño al suelo.

-Si llegas a arrírnarte a ella, la próxima vez te mato -le advirtió Guy.

Había pasado el peligro y Diana se dejó caer suavemente sobre sus rodillas. Holt dio media vuelta y se alejó unos cuantos pasos eliminando la posibilidad de una nueva confrontación. El mango de la lustrosa madera del rifle tocó el piso cerca de ella. Su mano temblorosa levantó una cortina de enmarañado cabello negro y se lo acomodó detrás de las orejas.

Guy se pasó la mano por la frente y luego se limpió las lágrimas de las mejillas con un gesto que decía a las claras que estaba despertando de una pesadilla. Diana cerró los ojos tratando de rechazar el horrible recuerdo de lo pasado.

Sintió que Guy le apoyaba la mano sobre el hombro.

- ¿Te hizo daño?

-No -le respondió con risa histérica-. No, no me hizo daño.

-¿Dónde está Rube? -La voz de Holt cortó el suave intercambio.

-Aún está allá -respondió Guy cortante. -Ve a relevarlo -era una orden.

Guy dudó un momento antes de decir: -Diana vendrá conmigo.

La mirada de Holt parpadeó sobre la pareja.

-¿Para qué me lo dices? Ella no necesita mi permiso. La boca de Guy se apretó al mirar a Diana.

Diana no sabía qué hacer. La mitad de ella quería quedarse con Holt. La otra mitad sabía que debía irse con Guy para no arriesgar una suada explosión. Sus nervios destrozados no podían soportar otra escena semejante. Colocando su mano sobre la de Guy, Diana se puso de pie y se fue con él. Mientras la ayudaba a descender la escarpada cuesta, Diana se esforzaba para no mirar la solitaria figura de Holt que quedaba atrás.

Fue una larga y penosa ascensión hasta llegar al lugar donde Rube aguardaba. A ella le dolían las piernas y estaba sin aliento, pero el dolor físico le hacía bien ya que contribuía a doblar el tremendo dolor mental por un momento. -Ya era tiempo de que volvieras -masculló Rube-. Ya casi me había resignado a quedarme aquí. Supongo que la comida ya se habrá secado y que no quedará un bocado aceptable. ¿Se puede saber por qué te fuiste en esa forma? -le demandaba a Guy-. Saliste

corno un toro picado en malas partes. -Sus ojos escrutadores se volvieron a Diana.-  
¿Y a usted qué le pasó?

Ella se dio cuenta de que aún estaba pálida, que sus ojos no habían perdido la expresión angustiada. Cuando él miró la manga desgarrada su mano trató de cubrirla.

-Me enganché en una rama -mintió Diana.

-Hay que tener mucho cuidado, Si le saca sangre, se infecta y la cosa puede ser bastante complicada.

-Pero no me arañó.

-Tuvo mucha suerte, pero por la forma en que le rasgó podría haberle...

-¿No crees que sería mejor que fueras-hasta el campamento? -lo interrumpió Guy.

-Primero te escapas sin decir agua va, ahora me estás apurando para que me vaya. Pero a buen. entendedor, pocas palabras. Yo sé cuando estoy de más. Mé iré. - Rube partió murmurando algo entre dientes.

En pocos minutos su caricaturesca figura se perdió de vista y Diana se sentó a la sombra de un junípero cerca del borde del desfiladero. No miró a Guy cuando éste se le acercó. Los segundos pasaban en un silencio cada vez más audible. -Lo odio -murmuró Guy en una salvaje explosión de sus sentimientos-. De no haber estado tú ahí lo hubiera matado.

-No hables así -dijo Diana levantándose angustiada, tomándose el estómago con ambas manos-. No quiero escuchar eso.

Luego Guy se puso de pie.

-¿Por qué dejaste que lo hiciera? -había un dolor de desconcierto en su voz.

. -Simplemente sucedió, eso es todo -dijo ella luchando contra el asomo de culpabilidad-. No puedo explicar cómo ni por qué.

Sus brazos rodearon su cintura atrayéndola hacia él. ¡Oh Dios! 'Te amo tanto, Diana -dijo con la boca a contra el cabello de ella-. Todo lo que deseo es quererte y protegerte. Quiero que nunca te sientas insegura mientras yo esté a tu lado. Te lo prometo. -Las manos de ella se habían cerrado contra sus muñecas tratando de evitar el abrazo, pero su curiosa observación la tomó de sorpresa y quedó desconcertada.- Sé lo que es estar solo y necesitar a alguien, a cualquiera, para tener a quien querer. Pero yo te quiero, Diana. Siempre te he querido. Nunca tienes que acudir a nadie que no sea yo.

Su boca la recorrió hasta la nuca, pero los sentidos de ella estaban indiferentes a las caricias de él. No hubo más dudas cuando Diana le separó los brazos de su cintura y se apartó, rechazando su abrazo y su racionalización para justificar la conducta de ella.

-¿Qué pasa? -se extrañó Guy.

-De todo. ¿No lo ves? -inquirió ella con impaciencia-. No puedo salir de los brazos de tu padre directamente a los tuyos. -Ella se volvió irritada, confusa y desgraciada.- Me voy de vuelta al campamento.

- ¡No puedes volver ahí, donde está él! -protestó. - ¡Oh, Dios! -Su risa y suspiro fueron amargos. Después de lo que sucedió entre tú y Holt, no creerás que quiera volver a estar conmigo. Probablemente desee verme muerta. No necesitas alarmarte, Guy: No va a suceder nada. Por otra parte Rube está ahí ahora.

Su descenso hasta el arroyo donde habían acampado fue lento. Ante el sonido de sus pasos sobre las piedras de la orilla, Holt se dio vuelta, con una luz especial en sus ojos. A Diana se le aceleró el corazón ante el involuntario movimiento de él hacia ella, pero Holt se contuvo y se le endurecieron las facciones. Era la reacción que ella había anticipado, pero ello no contribuía a hacerle más fáciles las cosas.

-Creí que se iba a quedar allá arriba, con Guy. -Rube limpió el último vestigio de guiso en su plato. -Si hubiera sabido que volvía la hubiera esperado para venir juntos, pero no dijo una palabra acerca de volver.

-Hacia demasiado calor ahí arriba.

,-Hacia podría habérselo dicho, pero usted no preguntó nada. Nadie me pregunta nada... ni me dice nada, para nada -se quejó él-. No es que me importe. No me importa un rábano.

Si no hubiera sido por Rube, esa noche no hubiera habido ninguna conversación en torno al fuego del campamento. Un detalle que no escapó a su observación.

-La atmósfera por aquí está tan espesa que se puede cortar con un cuchillo -observó-. Como no sea yo nadie pone diez palabras juntas. Por cierto que nunca se les pasa

por la cabeza participarme de lo que está pasando. Para qué le van a decir algo a Rube. Guárdenselo para ustedes. -Diana captó la mirada fulminante que le echó Holt.- Está bien, está bien -aceptó Rube-. Me callo la boca. No tengo nada que ver en el asunto.

Hasta la tarde del día siguiente el garañón no había traído las yeguas al manantial del desfiladero. Ya habían agotado el agua de las cantimploras. Había que tomar la decisión que Holt venía postergando, y Guy se lo recordó. -Nos hemos quedado sin agua. ¿Qué haremos? Nuestros caballos no beben desde esta mañana.

-Esperaremos hasta las cinco. Si el padrillo no ha traído las yeguas hasta ese momento, bajaremos a la vertiente.

Aguardaron. Llegaron las cinco de la tarde y no hubo ninguna señal del padrillo blanco y sus yeguas. Diana intuía la resistencia de Holt para entrar al desfiladero, pero la razón principal era la necesidad de proveerse de agua. --Ensillen -dijo cuando advirtió la señal de Rube informando que no había movimiento alguno en el desfiladero-. Llevaremos hasta ahí los caballos y los dejaremos beber hasta que se sacien.

A caballo, la subida hasta la cima parecía menos pesada. Rube vio a Guy conduciendo su caballo de silla y sonrió.

-Pensé que me iban a dejar aquí parado como una cigüeña. Iba a ir detrás de ustedes si lo hacían ---declaró.Si he de estar sentado que sea sobre uo caballo. Además, seguramente va a estar más fresco alls abajo.

Móntate en tu cabllo, Rube -dijo Holt casi sin disimular su impaciencia.

Murmurando para sus adentros, Rube tomó las riendas , de las manos de Guy y balanceó sus piernas arqueadas hasta acomodarse en la montura. Holt encabezaba la marcha hasta el pie del desfiladero, Diana la cerraba llevando también el caballo de carga.

Las sombras alargadas parecían traer el fresco al lugar. En la vertiente Holt y Guy llenaron las cantimploras poniéndoles, tabletas purificadoras como precaución. Mientras tanto Rube y Diana atendían los caballos. Una vez que tuvieron la provisión de agua para beber soltaron los caballos.

Diana se echó agua en la cara y las manos para refrescarse.

Sería bueno darse un baño -dijo a nadie en particular.

Pero Rube pronto aprovechó la oportunidad para conversar:

-Cuando uno anda cazando caballos salvajes no hay que bañarse. Ni siquiera cambiarse de ropa. Les mezcla el olor. Leí acerca de un tipo que hizo eso, nunca se

bañó ni se cambió de ropa, seguía y seguía la tropilla hasta que ellos se acostumbraron tanto a su olor que ni siquiera disparaban cuando él se les acercaba. Y así los fue conduciendo sin que se dieran cuenta siquiera de que estaban atrapados. No, no hay que bañarse cuando uno está persiguiendo caballos salvajes. -No me cabe la menor duda de que tú estás de acuerdo con eso, Rube -comentó Holt secamente.

-Vamos, ¿qué está insinuando? Me baño tan seguido como cualquiera -fue la réplica indignada-. Nadie puede acusarme de ser sucio.

Desprolijo, quizá, pensó Diana mirándole la barba que le crecía sobre la cara arrugada, pero no sucio. Pero ni ella, ni los otros dos tenían ganas de gastarle bromas como lo hubieran hecho un par de días antes.

Con un suspiro, ella se enderezó y miró hacia la boca del desfiladero. Lo hizo por pura casualidad. Sus músculos se paralizaron al ver una estatua de alabastro unso cien metros más allá.

-Miren -dijo Diana en un murmullo.

Los demás se volvieron y también quedaron helados. El padrillo blanco los vio y levantó la nariz al aire tratando de descubrir el olor de ellos. Avanzó unos pasos con esa peculiar forma de andar que le era propia, con la larga cola y su melena como seda flotante. Sospechando, se detuvo de nuevo, se quedó inmóvil. Parecía una exquisita esultura viviente.

Diana solo era consciente de su presencia con un sentimiento de seducción y de mal augurio. El padrillo se veía salvaje y libre como un águila que remonta, con igual majestuosidad y orgullo. La excitación corría por sus venas.

El viento trajo el olor del padrillo a sus caballos, Esta vez Diana estaba preparada para tapanle la nariz al suyo cuando éste estuviera a punto de relinchar. Per,el movimiento de los animales que se volvieron con curiosidad para mirar al garañón pareció constituir para él la confirmación del peligro.

Su, poderoso relincho indudablemente fue una orden para que las yeguas se retiraran. Girando sobre sus cuartos traseros el garañón enfiló hacia la boca del desfiladero. Diana se hubiera quedado ahí observando el cuadro, pero Holt ya había saltado sobre su caballo.

-Vamos. Nunca llegaremos a estar más cerca que ahora -ordenó.



Su caballo avanzó hacia la tropilla que huía antes que los demás estuvieran montados. Con el peso del caballo de carga, Diana estaba destinada a morder el polvo que levantaba el galope de los perseguidores. Sus caballos eran veloces pero acababan de llenarse de agua y eso les aminoraba la marcha.

Tenía la tropilla a la vista. La yegua manchada iba a la cabeza, junto al garañón, llevando a las otras e impidiendo que aminoraran la marcha: El paso de él lo mostraba como deslizándose por el aire sin esfuerzo e incansablemente. Las sombras se alargaban mientras el sol iba poniéndose. A veces Diana perdía de vista a las yeguas, pero siempre divisaba la luz que irradiaba el caballo blanco, conduciéndolas como un faro. Por mucho que se empeñaban en apresurar sus caballos no parecía

Posible acortar la distancia entre ellos y la tropilla .

La yegua manchada parecía conocer perfectamente cada loma y cada hondonada. Con un rápido viraje se metió en una boca angosta y el padrillo llevó a las yeguas robadas detrás de ella. Rube y Holt fueron los primeros en penetrar por el lugar, seguidos por Guy. Diana quedó atrás. Oyó el relincho de los caballos y los gritos de los hombres. Antes que pudiera meter su caballo por la abertura, , Guy y su caballo salían..

-Están atrapados! -gritó consternado.

Casi instantáneamente, Rube y Holt salieron también de lugar. Holt desmontó antes que su caballo se detuviera por completo. No malgastaba su tiempo festejando ningún triunfo.

levantaremos una barricada -le gritó a Rube-. Guy, Diana, estén alerta en caso de que se les ocurra salir. Mientras trabajaba con celeridad y empeño, Diana hubiera quedado extasiada ante las maravillas del arroyo de no ser por la situación. Holt y Rube levantaron una barricada de ramas, troncos y piedras.

No me parece muy segura -jadeó Rube cuando la terminaron.

No lo es -reconoció Holt-, pero tiene apariencia de serlo. Esperemos que al padrillo no se le ocurra venir a comprobarlo.

--Bueno, no le va a hacer ninguna gracia verse acorralado, en esa garganta, de modo que bien puede ser que no embista contra la barricada.

-Espero que no lo haga.

-¿Estás seguro de que no hay ninguna forma de que salgan de ahí?

Ahora que no había más necesidad de hacer guardia, Diana desmontó.

-En alguna época debe haber habido una salida, de otro modo la yegua no los hubiera conducido ahí -insistió Rube-. Me pareció que podía encontrar una rendija, pero no, están atrapados. No podíamos haberlos metido en mejor lugar.

- ¿Entramos y enlazamos las yeguas? -Guy estaba todavía sobre su caballo, con el lazo en la mano.

-Se está poniendo muy oscuro para que podamos ver -dijo Holt. El sol estaba detrás del horizonte, haciendo que un reflejo rojizo encendiera el horizonte. Pronto eso se convertiría en púrpura y las escarpadas paredes del arroyo volverían el lugar más oscuro aun dentro de sus confines , Y nuestras yeguas son casi tan inexpertas como el padrillo ese. No pueden salir del arroyo; entonces, para qué arriesgarnos a su pánico, creo que deberíamos dejarlos que sequeden a pasar la noche. En la mañana, podemos atrapar nuestras yeguas y dejar que el garañón y la manchada se vayan.

-¿Quieres decir que acampemos aquí?.- pregunto Diana. Luego protestó .- pero todos nuestros víveres y elementos...

-Vamos a acampar aquí -especificó Holt en un tono neutro-, prenderemos un fuego justo frente a la barricada por si acaso el garañón decide investigar. El fuego debera mantenerlo a distancia. En cuanto a los víveres y las bolsas de dormir, sospecho que tendremos que aguantarnos el hambre y dormir apretados junto al fuego, para no enfriarnos.

-Yo podría cazar alguna liebre o un conejo -sugirió Rube-. No es cuestión de quedarse sin comer.

-Si puedes ver lo suficiente como para cazar, inténtalo -respondió Holt.

-Siempre tienes que salir con algo, ¿no? -masculó Rube-. No le puedes dar a uno satisfacción por aportar una idea. No, inmediatamente la bombardeas. Si tú puedes pasártela sin comer, yo también.-Le pasó las riendas a Holt.- Toma mi caballo. Voy a buscar un poco de leña. Sospecho que si no la busco yo, no tendremos fuego.

-Voy a ver si puedo cazar alguna liebre antes que esté demasiado oscuro =dijo Guy tomando la idea de Rube. Sacó el rifle del forro de la montura y desmontó.

-Los caballos necesitan andar un poco para refrescarse -dijo Holt cuando Guy le pasó las riendas de su caballo a Diana-. Están muy transpirados.

Sosteniendo las riendas de su caballo, las del potro de Guy y también las del caballo de carga, Diana comenzó a caminar detrás de los que conducía Holt. Recorrían

lentos y monótonos círculos frente al arroyo mientras Guy desaparecía en la oscuridad y Rube andaba por ahí cargándose los brazos con la leña.

Los sonidos dominantes venían del lecho del arroyo. Los chillidos de los caballos atrapados estaban puntuados por el paso de los que daban vuelta en torno de su jaula, natural. Su desesperación parecía llenar el aire hirviendo los nervios sensibilizados hasta que Diana hubiera querido tirar la barricada y dejarlos en libertad. El sentido común impedía que cediera al impulso y trató de parecer tan estoicamente indiferente a sus gritos como el propio Holt.

Desde algún lugar del oscuro desierto llegó la descarga de un rifle haciendo eco. Diana se detuvo a mirar en la dirección donde creía que había provenido el tiro, dejando que el morro de su caballo le golpeará la espalda. Sintió una sensación de vacío en el estómago que, por el momento, era llevadera, pero no lo sería por mucho tiempo.

Quizá Guy haya cazado algo -expresó en voz alta. Lo sabremos cuando regrese -fue la corta respuesta de Holt..

La fogata de Rube estaba ardiendo magníficamente cuando Guy volvió triunfante al campamento. Traía una liebre agarrada de las orejas y la mantenía en alto para que viera su éxito.

No es mucho, pero es mejor que nada -concedió Rube -- -. Una vez que esté pelada y limpia... Én una época yo también podía hacerlo, pero... -dejó el resto de la frase sin terminar. ,

-Nunca creí que una liebre pudiera parecer tan apetecible como un bistec. Eso demuestra el hambre que tengo señaló Diana riendo.

-Sé muy bien lo que quieres decir -asintió.

La mirada que le echó a Holt era amplia y arrogante. había hecho algo que su padre consideraba imposible de hacer. Pero Holt estaba asegurando los caballos y permanecía ignorante del comentario en torno al fuego, como si la jactancia de Guy le pasara inadvertida. Rube sacó su cuchillo de la vaina. La hoja brillaba ante el fuego. Guy le entregó la liebre y fue hasta su caballo para volver a colocar el rifle en su vaina. El orgullo de su acción había desaparecido al ver que Holt no daba muestras de enterarse. Gradualmente los ruidos del arroyo disminuyeron y se redujeron a enojosos soplos y pasos inquietos pues el pánico inicial de los caballos cautivos persistía.

-Esta noche va a ser helada -comentó Guy deteniéndose junto a Diana.

No era difícil ver la dirección que tomaban sus pensamientos, y Diana se propuso evitárselos.

-Pero el fuego nos mantendrá templados, y gracias a ti, tendremos comida en el estómago. De modo que no estará del todo mal.

Abrió la boca para responder pero al ver que Holt se aproximaba se interrumpió.

-Me llevaré los caballos -dijo Holt tomando las riendas que sostenía Diana.

Su presencia trajo otro escalofrío a los producidos por el aire de la noche. Diana le entregó las riendas y. evitó mirarlo, consciente del silencio de Guy. Cuando Holt se llevó los caballos al lugar donde había atado los otros, Diana se volvió de cara al fuego.

-Será mejor que le dé una mano a Rube con la liebre -dijo.

Guy la siguió como un guardaespaldas, sin querer que ella estuviera más de unos pasos alejada de él. El animal fue desollado y limpiado y Rube estaba usando una cierta cantidad de agua para quitarle la sangre. Después, clavó el animal en un palito.

-Está bien. Los pordioseros no pueden elegir demasiado --le recordó Diana tomando la liebre y manteniéndola sobre las llamas mientras Rube traía un par de palos en horqueta y los clavaba en la tierra para que sostuvieran el otro.

El bufido del caballo salvaje parecía venir directamente desde detrás de ella. Diana miró. por encima de su hombro con cierta alarma, fijándose en el bloqueo de la puerta. Se oyó un roce como de un cepillo que barrierá hojas secas y el apagado sonido de cascos sobre la arena.

-Está tanteando la barricada, échalo hacia adentro, Guy -le gritó Holt desde el cercado de los caballos.

Yendo a través del barranco, Guy golpeó las manos gritando en voz alta.

- ¡Hiyaaa! ¡Fuera, fuera!

sus gritos fueron respondidos por el ruido de algo que pr (lurrumbaba.

- ¡Cuidado! -gritó Holt.

El aviso llegó demasiado tarde, el caballo blanco ya había irrumpido a través de la barricada. Guy no tuvo opormniclad de hacerse a un lado y fue atropellado por la embestida del animal al que siguieron las yeguas.

Diana, al verlo, quedó petrificada. El garañón se le venía encima, ella era el segundo obstáculo en su huida. Traía, las orejas aplanadas contra la cabeza y amenazantes dientes de marfil. El odio le flameaba en los ojos.

- ¡Diana!

:Ella oyó el grito de Holt, pero estaba inerte, no podía moverse, paralizada por la furia tonante que se le venía encima. El caballo estaba a un paso de ella cuando un peso arrollador la golpeó de costado volteándola y devolviéndole la respiración. Fulminada por el mismo peso de lo que la había golpeado, Diana quedó inmobilizada.

Sus sentidos obnubilados percibían el ruido de los cascos implacables en la huida, pero le tomó un segundo más advertir que la fuerza que la había desplomado era Holt. De boca al suelo, con gusto a lo que parecía tierra en su boca, Diana estaba consciente de que el cuerpo duro de él se estiraba protectivamente sobre el suyo. Para entonces, los caballos habían pasado ya, pero la sensación de peligro aún le zumbaba en los oídos.

- ¿Estás bien? -preguntó Holt levantándose. Escupiendo la tierra de su boca entre bocanadas de aire, Diana sin aliento, consiguió decir que sí.

Holt no se detuvo a averiguar si su respuesta era palabra de valiente o verdad y se enderezó con una imprecación ahogada.

-Los caballos -dijo mascullando una explicación. Volviéndose boca arriba, Diana creyó primero que se estaba refiriendo al garañón y a las yeguas hasta que oyó el movimiento de pánico en los caballos atados al piquete. Sus propios potros se habían espantado. La perspectiva de hallarse a pie tan lejos del rancho hizo que Diana se lanzara y corriera detrás de Holt.

El caballo con los víveres ya se había perdido en la noche. Un segundo tiraba de las riendas para hacerlas saltar. Al no poder tomarle las riendas, Holt se puso delante para atajarlo. Diana corrió hacia los otros tres que aún estaban atados pero terriblemente inquietos y trató de apaciguarlos.

--Bueno, muchacho, tranquilo, tranquilo -la voz firme y apaciguadora de Diana surtía efecto.

Con el raballo del ojo, Diana vio a Holt lanzarse sobre las riendas mientras el caballo pasaba a su lado despavorido y se perdía. Los demás comenzaban a responder aquietándose, aunque aún piafaban y agitaban las cabezas, pero ya no tiraban de

las riendas. Holt se acercó rápidamente, pero con suavidad, al que tenía más cerca, desatándole las riendas.

- ¿No estarás por irte detrás de ellos en la oscuridad? -protestó Diana.

-Podría alcanzarlos. -De un salto estuvo montado. -Estarán a mitad camino del rancho en la mañana. No se largó inmediatamente detrás de los caballos disparados, sino que llevó el suyo hasta el límite del campamento. Diana sabía que un solo jinete podía traer un solo animal, pero que dos podrían alcanzar a ambos. Desató las riendas de su cabalgadura y montó.

-¿Cómo está Guy? -gritó Holt.

Del otro lado de la fogata, Diana vio a Rube inclinado sobre Guy, que estaba sentándose mientras se tenía la cabeza con las manos. Ella había olvidado que el garañón lo había atropellado y en su carrera lo había lanzado sobre el barranco.

-Se dio un buen golpe en la cabeza, pero no es nada -respondió Rube, volviéndose para ver a Holt montado en su caballo.

-¿Adónde diablos piensas ir?

-Dos de nuestros caballos se dispararon.

-No vas a salir a perseguirlos ahora. Te romperás el cuello. ¡Es lo único que falta!

Había aún más, pero Holt ya estaba haciendo girar a su caballo, lanzándose a galope entre las sombras de la noche, con Diana detrás. Ante el sonido de los cascos, Holt miró por encima del hombro. Antes que el ceño adusto ar le tradujera en palabras, Diana le gritó con determinación:

- ¡Yo también voy! ¡Me necesitarás! -Estaba segura porque no podía forzarla a volver sin retroceder él mismo. Galoparon. La luna plateada arrojaba una luz insuficiente para iluminar el suelo. Siguieron a ciegas. Solo un sexto sentido les advertía donde pisaban. Era una implacable carrera. Diana se prendía fuertemente a la montura sin saber si el próximo paso los hundiría en un pozo o los haría rodar por el suelo.

La silueta negra de un caballo a la carrera coronaba una cresta delante de ellos: iba con la cabeza a un costado para evitar enredarse con las riendas. F-labf:vrr avistado su primer

objetivo. Holt castigó su caballo con las riendas, Diana hizo lo mismo. El inicial paso desbocado se había reducido a un galope parejo. En pocos minutos lo alcanzaron.

De sus años de muchacha del rancho, Diana sabía de memoria cuál era la rutina. Se aproximaron a cada lado del caballo forzándolo a correr en línea recta sin poder

evadirse de sus captores. Holt iba del lado que colgaban las riendas. Ella lo vio inclinarse sobre la montura para tomarlas.

En una fracción de segundo el caballo de Diana cayó y ella salió despedida por encima de su cabeza al vacío de la noche. Un sorprendido grito ahogado salió de su garganta.

Voló por el aire durante lo que le pareció una eternidad, antes de dar en la tierra, pero todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos.

El impacto la dejó sin respiración. Quedó tirada; el dolor en su pecho era tan grande que no podía moverse. El caballo resbalaba a unos pocos pies de ella. Se levantaba sobre sus dos patas, temblando como un perro. •

Los cascos de más de un caballo hacían vibrar el terreno.

-¡Diana! -exclamó Holt.

-Por aquí -fue la débil respuesta de ella.

Sin embargo, él se las compuso para oírla. En pocos segundos estaba arrodillado junto a ella.

-¿Estás bien?

Diana ya había probado que podía mover los miembros y pudo contestarle con veracidad:

-No tengo nada roto. Solo me quedé sin aliento. ¿Pudiste agarrar el caballo? - preguntó con voz trémula.

-Sí -dijo Holt con una tensa respuesta que indicaba que eso no era importante-. ¿Qué sucedió?

-Mi caballo se cayó -dijo ella explicando lo obvio. Estiró los brazos hacia las manos de él-. Ayúdame.

Cuando él la ayudó a sentarse, Diana jadeó ante el profundo dolor de su codo izquierdo. Llevó su mano derecha a tantear la causa y la sacó mojada y pegajosa.

-¿Qué pasa?

-Me lastimé el codo al caer.

-Déjame ver. -Cuando él estiró el brazo para tomar el de ella y vérselo a la luz de la pálida luna, su antebrazo rozó las puntas de sus senos. Fue una fracción de segundos más que el tiempo necesario, lo suficiente como para que Diana tomara conciencia de su intimidad.

-Debes de habértelo raspado al caer. Tendremos que desinfectarlo cuando lleguemos al campamento -dijo Holt y se apartó un poco de ella.

Era peligroso jugar con fuego. Como una polilla, Diana se sentía atraída por las llamas pese a saber que se quemaría las alas. Pero la llama se había enfriado. Ella sofocó el impulso de avivarla.

Doblando las piernas debajo de su cuerpo comenzó a levantarse pero un vahído de debilidad le dobló las rodillas y tuvo que buscar la ayuda de Holt.

-Estoy más débil de lo que creía. -Trató de reír por su momentáneo mareo, minimizarlo de manera tal que ignorara la fuerza con que sus brazos la tomaban.

-Estaré bien en cuanto recuperé el aliento -se apoyó contra él dejando que le sostuviera el peso del cuerpo. -Volveremos al campamento.

-Aún no hemos encontrado el otro caballo -protestó Diana..

-No tenemos muchas probabilidades de encontrarlo en la oscuridad, además, una caída es suficiente. La próxima vez puedes romperte la cabeza -le dijo llanamente Holt.

Ella echó hacia atrás la cabeza para mirarlo .El ala del sombrero de paja le sornbreaba los ojos, no podía verle la mandíbula magra. El deseo le le atravesó el cuerpo.

-¿Te importaría, Holt? -pregunto con tono dolorido. La pregunta produjo un largo momentos de quietud durante el cual él la miró. Luego, con los dedos le quitó los granos de arena prendidos .a sus mejillas y sus cabellos. Su cabeza se inclinó hacia abajo.

-¿Qué crees? -dijo casi rozándola con los labios, Había resistencia en su beso como si le fastidiara el hecho de encontrarla físicamente deseable. No irnportaba, puesto que su beso daba el impulso para avivar las brasas de la pasión. Las llamas volvieron a encenderlos y a fundirlos. Era una urgencia impostergable de estar uno en los brazos del otro, una sed insaciable que trascendía los límites de lo físico.

Fue una unión salvaje. Después, Diana descansaba entre sus brazos saciada de los primitivos deleites que la inundaban en una enorme ola de pura pasión. La respiración

de Holt volvía lentamente a la normalidad, pero ella podía escuchar el alterado palpar de su corazón debajo de su cabeza. La excitaba saber que lo había enloquecido hasta igualarla en el deseo.



Y había sido en contra de su voluntad, también. Diana no era tonta y sabía por Guy que Holt deseaba verla en el otro confín de la tierra, pero la atracción entre ellos era tan potente que superaba toda posible negación de su parte.

Casi por sí misma, la mano de ella se deslizó lenta y suavemente por los aplanados músculos del estómago masculino hasta la endurecida pared de su pecho velludo; una caricia para la cual no habían tenido tiempo antes. Ella desplazó levemente la cabeza para mirar el juego de su propia mano por la piel curtida. Sin pensarlo, Diana le besó el cuello y aspiró el cálido olor masculino que emanaba de él. Era como una droga. Y ella se estaba volviendo adicta.

Ante el leve contacto de los labios de ella con la piel de él, la mano que le sostenía la cintura se apretó, para relajarse en un segundo y acariciarle las caderas. Con el brazo libre él le masajeó suavemente el hombro sin interferir con la mano de ella que le exploraba el pecho.

Era el estímulo que Diana necesitaba. Apretándose más fuertemente entre sus brazos comenzó a sentir con su lengua el gusto de su piel. Sus manos se cerraron sobre la cintura de ella para colocarla encima de él y hacer que los sensitivos pezones femeninos sintieran el roce del pelo en su pecho.

Unos ojos grises, oscuros como plata bruñida, la recorrían. Esa mirada tenía la experiencia de una vida funda mentalmente dura. Diana quería rogarle que no hablara para que no destruyera la maravilla que era hacerse el amor. Que no lo destruyera como había hecho la última vez con sus palabras crueles. Sus mandíbulas estaban apretadas en una línea impecable.

Cuando habló, las palabras salieron en un murmullo severo.

-Quiero poseerte de nuevo, Diana.

-Holt. -Ella pronunció su nombre en un suspiro que era el eco de sus requerimientos.

La levantó un poco mientras su boca buscaba la brecha entre sus pechos, lenta y sensualmente, investigando todas las zonas antes de seguir la suave curva de un seno hasta su oscuro pezón rosado. Los dedos de ella se apretaban en los hombros de él mientras la lengua de Holt exploraba sin descanso. Con igual lentitud, interés repitió su caricia en el otro seno.

Atrayéndola más abajo buscó su cuello y halló la zona erótica que le produjo temblores de deleite en la espina dorsal. Le mordisqueó el lóbulo de la oreja y con besos tentativos recorrió cada uno de los rasgos de su cara, dejando los labios para

el final. Luego los azuzó prometiéndoles un beso que no llegaba hasta que temblaron por la necesidad de recibirlo.

Cuando la besó, una misma llama los inflamó con mayor ardor que en la unión anterior. Esta vez todo fue con movimientos lentos, como si quisieran saborear cada precioso segundo empleado en la gratificación de sus deseos. Las palabras solo hubieran contribuido a arruinar la silenciosa adoración de sus cuerpos.

Las estrellas brillaban cristalinas en el cielo nocturno. El silencio mantenido mientras se hacían el amor tuvo su final. Ahora todo parecía mal. La mirada atribulada de Diana observaba la oscura forma de Holt andando en torno a los caballos. Cuando él se aproximó llevándolos, ella estaba tratando de ponerse la blusa dentro de los pantalones...

-Tu caballo está cojo -dijo Holt sin rodeos-. Tendrás que montar el de Guy.

Su expresión contrariada hizo temblar a Diana.

-¿Es serio? -Ella fue hasta su caballo y le rascó la frente.

-No creo. Parece que es un músculo, un esguince en la pata izquierda delantera. Se le ha hinchado muy poco y quiere afirmarla, aunque eso no le hace bien. -Después de darle esa explicación, Holt le entregó las riendas del tercer caballo.- Toma. Tendremos que ir despacio en el camino de vuelta, de modo que es mejor que salgamos.

No hubo referencia alguna a por qué habían andado durante la noche. Holt parecía pretender que nunca se habían hecho el amor. Diana tampoco podía aludir a ello.

Diana montó el tercer caballo y siguió al que rengueaba y que Holt conducía tomado de la rienda porque, según decía, el animal necesitaba ir a paso lento. Eso daba a Diana mucho tiempo para pensar, lo cual no era bueno. Sus pensamientos se centraban en la magra figura que iba adelante, un hombre tan indómito como la tierra por la cual cabalgaban.

Diana no sabía cuántos minutos habían pasado cuando un potro relinchó en la oscuridad. El caballo de Holt emitió una respuesta. Ambos se pusieron alerta ante el sonido de cascos que se aproximaban.

-Es el otro que perdimos -murmuró Diana cuando distinguió su forma.

-Debe de haberse sentido solo y volvió en busca de compañía de los de su propia clase -observó Holt-. Tómale las riendas.

Cuando Diana alcanzó las riendas caídas intentó retobarse pero luego, al acercarse el morro contra el caballo de ella se aquietó. Llevando los dos caballos que faltaban, iniciaron de nuevo la vuelta al campamento, una pequeña lucecita en la oscuridad de la noche.

La luz se hizo más grande y brillante. A lo lejos Diana podía distinguir dos figuras junto al fuego; una, doblada sobre sí misma muy cerca del fuego y la segunda, alta y espigada, mirando la oscuridad de la noche, impaciente, tensa su postura. ¿Cómo podía haber olvidado a Guy? Se fijó en los hombros anchos de Holt. Cabalgaba con soltura. No había tensión en sus hombros ni nada que indicara que mentalmente se disponía a encontrarse con su hijo. ¿Cuánto hacía que se habían ido? Bastante, estaba segura, como para que Guy desconfiara. Se sintió atrapada en la maraña de sus emociones.

A medida que se acercaban al campamento, el ruido de los caballos hizo que Guy les saliera al encuentro con expresión de desafío. Tomó la brida del caballo de Holt para detenerlo antes de la valla.

-¿Dónde se metieron? -preguntó.

-Dándoles caza a nuestros caballos. -Holt desmontó con una sangre fría envidiable para Diana.

- ¿Qué les tomó tanto tiempo? -Guy no estaba satisfecho con la respuesta, mientras estudiaba las facciones in- diferentes de Holt.

-Claro -acompañó Rube con su curiosidad, siguiendo a Guy con paso más lento-, casi lo tengo que atar para que no se fuera a buscarlos. Si no hubieran llegado yo también hubiera ido.

-El caballo de Diana se cayó -dijo Holt como si ésa hubiera sido la razón de la tardanza. Ante la cara de alarma que puso Guy, la boca de Holt hizo un gesto burlón-. No se hizo nada -agregó antes que Guy diera un paso hacia Diana-. Solo su caballo. ¿Quieres darle una mirada a la pata delantera izquierda, Rube? ¿A ver qué te parece?

Entregándole las riendas del caballo mancado a Rube, Holt retrocedió para tomar las del otro que conducía Diana. Guy ya estaba a su lado ayudándola a desmontar. No había forma de que ella pudiera rechazar su asistencia.

-¿Estás bien? -le preguntó.

-Sí, muy bien. -Diana sintió la inseguridad de su voz. La última cosa de que quería hablar en el mundo era de ella misma y de lo que les había sucedido.- ¿Pero y tú, cómo estás tú?

No era el momento oportuno para entregarle las riendas y la soga a Holt. Diana captó la expresión de desprecio en su rostro y palideció.

-Estoy muy bien. No fue más que un golpe en la cabeza y un machucón en el hombro. -Guy flexionó el brazo derecho e hizo un gesto de dolor.- Tienes aspecto de estar helada. Ven junto al fuego y caliéntate.

Aceptando que sentía frío, Diana dejó que Guy la condujera hasta la fogata. Ni Holt ni Rube los siguieron hasta no desensillar los caballos y alistarlos para pasar la noche. Hasta ese momento ella tuvo que escuchar el relato de las aprensiones que había sentido Guy cuando supo que había ido en procura de los caballos junto con Holt. También tuvo que ocultarle la verdad de que su alarma era justificada. En el momento en que Holt y Rube se les unieron, Guy se quedó en silencio.

-Ven aquí, Diana -ordenó Holt. Ella se puso en tensión al sentir la mirada acusadora de Guy que recuperaba todas sus dudas y 'sus temores.

-¿Para qué? -preguntó con cautela.

-Quiero verte ese brazo -le recordó secamente, con el botiquín de primeros auxilios en la mano.

- ¿Tu brazo? -repitió Guy-. ¿Qué le pasa a tu brazo? Creí que no te habías lastimado.

-Me raspé el codo. -Diana lo había olvidado pues carecía de importancia.- No es nada.

-Pero hay que limpiarlo y desinfectarlo -insistió Holt. No pudo negarse a su sentido común. Vaciló mientras él se sentaba junto a la fogata, luego caminó unos pasos para ir a arrodillarse a su lado ofreciéndole el codo izquierdo para que lo inspeccionara. Con un toque impersonal de sus dedos apartó los jirones de la blusa. Diana fijó la vista en el fuego evitando la cabeza que se inclinaba sobre su codo.

Holt abrió el botiquín.

-Saca el brazo de la manga -ordenó.

Era un pedido lógico ya que los fragmentos de aquella impedirían la buena limpieza. Guy amagó una protesta, pero Diana ya se estaba desabotonando y sacando el brazo.

Como concesión a la modestia de Guy se cubrió el pecho con la parte suelta de la blusa, cómo si Holt no conociera su cuerpo más íntimamente que Guy.

Holt no tomó en cuenta su gesto. Con eficacia limpió y aplicó desinfectante en la magulladura. Una vez concluida la operación volvió a colocar el botiquín en la bolsa de la montura. Diana quedó con la sensación de haber sido atendida por un extraño.

-Gracias. -En parte, su frialdad se reflejaba en la voz de ella.

Mientras Diana volvía a ponerse la blusa Rube observó: -Yo diría que tuvo mucha suerte de salir con una lastimadura solamente. Hubiera podido romperse el alma por andar por ahí en la oscuridad persiguiendo caballos. No creí nunca que los encontraran después que el garañón los dispersó. No podía creer que fueran ustedes cuando los vi aparecer con los caballos.

-Supongo que en realidad tuvimos suerte -concedió

Holt.

-Todos tuvimos suerte -reflexionó Rube-. Suerte de que nuestros caballos no se fueran a cualquier lado imposible de hallar. Cuando el padrillo se lanzó sobre nosotros yo creí que nos desharía.

-Nos tomó totalmente de sorpresa -recordó Guy-.

No puedo dejar de admirar su astucia. Fue hasta la barricada, la volteó sin dudar y después nos atacó. Cuando se me vino encima creí que me iba a matar. Incluso trató de dispersar nuestros caballos para que no pudiéramos salir a perseguirlo.

-No le estás atribuyendo inteligencia a algo que fue puramente instintivo -dijo Holt-. El garañón supo que estaba en un callejón sin salida y que la única posible era la boca por donde había entrado y se te fue encima porque lo mismo que la barricada estabas en su camino. Nuestros caballos entraron en pánico por la confusión. No hubo ningún ataque.

-Hay algo de verdad en lo que dices -admitió Rube-. Pero eso no quiere decir que el garañón no ataque; porque va a atacar. Se trata del diablo con cuatro patas. Ya vieron lo que hizo en la caballeriza del Mayor.

-Tan poderoso como es ese padrillo salvaje, ¿por qué no se metió con uno de los potros mestizos de su manada? ¿Por qué se le ocurrió incursionar en nuestro rancho? No entiendo, puesto que hay yeguas salvajes en estas montañas -dijo Guy.

-Bueno, podría haber una razón -Rube se acurrucó junto al fuego, hamacándose sobre los talones-. Cuando yo era muchacho y andaba con potros mestefios, algunos de los hombres más viejos me contaron que los mejores garañones que habían visto andaban sin yeguas a la cola: Recordaban cómo esos padrillos salvajes consideraban que ellos eran demasiado buenos para andar con yeguas ordinarias. A . lo mejor a éste le pasó lo mismo, hasta que le echó el ojo a las del Mayor, de pura sangre. No hay ningún padrillo salvaje al que no le guste robar del grupo doméstico si tiene la oportunidad.

-Es toda una teoría -dijo Holt con burlón escepticismo.

-Yo nunca dije que fuera un hecho -se defendió Rube-: Pero eso fue lo que a mí me dijeron. Acaso fueran historias no más. Como me lo contaron, lo cuento yo. Nunca dije que fuera sacrosanto.

-Sea verdad o mentira, lo cierto es que en cuanto amanezca saldremos en busca de nuestras yeguas. Ya hemos tenido bastante por .hoy -dijo Holt-. Es hora de que durmamos un poco.

Nadie discutió su sugerencia, y Diana, menos qué nadie. Se acomodaron las monturas en torno del fuego, a manera de almohadas. Diana se acercó al fuego todo lo que le fue posible, echándose la burda manta de ensillar por encima de los hombros. Dio las buenas noches a Guy y a Rube, pero no dijo nada a Holt, pues él permaneció en silencio.

Cerró los ojos y trató de dormir, pero no podía apartar los pensamientos que se le arremolinaban en la mente. Rube pronto estuvo roncando, y el lento y acompasado respirar de Guy indicaba que él también dormía. Durante largo rato ella permaneció quieta, sobre el suelo duro y el frío de la noche, en la piel. Tenía los ojos cerrados pero no podía dormir.

Hubo un movimiento y el ruido de alguien que se levantaba despacio. Ella entreabrió los párpados y vio que Holt agregaba más leña al fuego y luego se quedaba inmóvil ante las llamas. La luz titilante daba relieve a su figura. La actitud de profunda concentración endurecía las líneas de su rostro.

Muy despacio, Diana se incorporó sin hacer ruido, pero él volvió la cabeza hacia ella. Imperturbable, Diana se le acercó.

- ¿Tú tampoco puedes dormir? -le preguntó por lo ajo para no perturbar a los demás.

-Estaba agregando más leña al fuego -lo cual no respondía a su pregunta.

Arrebujiándose más la manta dura en torno de los hombros, Diana trató de ignorar el frío de la atmósfera. -No te he dado las gracias por salvarme la vida -dijo. Y ante su mirada en blanco, le explicó:

-Quiero decir, cuando me sacaste del camino del garañón. Olvidé agradeceréte.

-¿Ah, sí? -La insultante mirada de él sobre el cuerpo de ella parecía decir que ya le había dado las gracias con los hechos, no con las palabras. No pudo evitar el estremecimiento que la recorrió por el agravio.

-¿Frío? -le preguntó Holt con decidida indiferencia.

Por cierto --fue la abrupta respuesta, subrayada por el que la obligaba a no pedirle nada, ni siquiera solidaridad o simpatía.

Siempre puedes ir a acostarte junto a Guy. Esoy que estará encantado de mantenerte caliente.

Las lágrimas le asomaron a los ojos; la rabia y la humillación aumentaban juntas.

¿Cómo puedes sugerirme eso después que te he dejado hacerme el amor? ¿Qué clase de mujer crees que soy? le dijo con altanería.

Has puesto a mi hijo en contra de su padre. ¿Realmente quieres que te conteste esa pregunta, Diana? Entonces, ¿por qué... allá., nosotros... tú... ?

Holt sabía la confusión que ella estaba tratando de reducir en palabras, y se volvió para enfrentarla.

-¿Crees que no pienso ahora que cuando tu caballo cayó, yo tendría que haber puesto mi mano en ese lindo cuello tuyo? --Mientras hablaba, su mano llevaba a la práctica la acción que estaba describiendo. Su frío tacto paralizó a Diana.- ¿Y mi pulgar debajo de tu mentón? Un pequeño tirón y te lo podría haber roto y después, le hubiera echado la culpa a la caída. Contigo muerta, podría haber tenido la posibilidad de recuperar a mi hijo.

En cambio, él le había hecho el amor, y Diana podía ver hasta qué punto lo lamentaba. Mirando esos ojos duros, grises, sintió miedo. ¡El tenía tanto control y dominio de sus emociones!

-¿Por qué no lo haces ahora? --tuvo que desafiarlo. La presión en su mentón aumentó levemente, pero Diana no se movió ni permitió que se desviara su mirada. Algo vaciló en la de él. ¿Divertido cinismo? ¿Admiración involuntaria? Fue demasiado fugaz para reconocerlo. La presión aflojó un segundo antes que su mano le dejara la garganta.

-Le retorcerías la nariz al propio diablo si te dijera que no podías tener lo que quisieras -suspiró Holt cansado Vete a dormir, Diana.

El se volvió y fue hasta su lugar, dejándola con la única opción posible: irse ella también. Acurrucándose todo lo posible, Diana miraba las llamas. Su discusión con Holt podría

haberla hecho sentir muy segura de sí misma, pero paradójicamente, no se sentía así.

Una hora después de aparecer el sol, Rube estaba apagando las brasas de la fogata con arena. Los caballos ya habían sido ensillados. Puesto que el de Diana aún mostraba signos de aflojar su pata delantera izquierda, el único caballo que le quedaba para montar era el carguero. No era el que ella hubiera elegido, pero la otra alternativa era caminar o ir en ancas de algún otro. Diana optó, pues, por la relativa incomodidad del carguero.

- ¿Qué haremos? -preguntó Guy después de haber montado-. ¿Iremos de vuelta a la vertiente?

-No. El garañón está desbocado, de modo que lo mejor es hacerlo correr -dijo Holt-. Le seguiremos el rastro desde aquí.

-¿No volveremos a nuestro campamento? -protestó Guy.

-Nosotros no. Irá Rube -señaló a Rube y se dirigió a él:

-Toma el caballo de Diana y cárgalo con todo lo que te parezca que puede soportar, sin dañarlo... Te encontraremos...

- ¡Por el amor de Dios, Holt! -interrumpió Guy con enojo-. No hemos comido desde ayer al mediodía. No podemos perseguir a esos caballos sin comida en el estómago. Debemos ir de vuelta al campamento y comer.

Vacilando antes de responder, Holt los miró a los tres. Diana estaba de acuerdo con Guy. Ella comenzaba a sentirse levemente mareada de hambre,, pero no lo dijo.

-Bueno, muy bien -acordó él-. Ustedes vuelvan al campamento, coman y dividan todo lo que el caballo no pueda cargar, entre los tres. Aquí tienen los binoculares. - Holt le dio el estuche a Rube.- Yo seguiré el rastro del garañón. Busquen un lugar alto y observen. Seguramente, el animal debe andar en torno a la vertiente, de modo que estaré más o menos cerca de ustedes.



Con esto, se dividió el grupo. Tres cabalgaron hacia el desfiladero, varias millas más adelante, y Holt partía en busca del rastro del, garañón y sus yeguas. El caballo mancado los obligaba a marchar despacio.

-¿Por qué no se adelanten ustedes dos? -sugirió Rube después de haber andado casi un kilómetro y medio. Pueden tener preparado el desayuno cuando yo llegue.

-Es una buena idea, Rube -asintió Guy contento y taloneó a su caballo para salir al galope.

El carguero de Diana iba más pesadamente detrás; su , porte no contribuía a aminorar las exigencias de su estómago. La mitad del camino lo hicieron al paso y un poco al trote, lo cual también constituyó una desgraciada experiencia para Diana. Pero, la conversación fue mínima. Demorando el paso entraron al barrancón donde habían acampado. Los dos vieron la destrucción al mismo tiempo y frenaron sus caballos.

- ¡Mi Dios! ¿Qué sucedió? -Guy miró a su alrededor con azorada incredulidad.

-Quizá lo hicieron los coyotes... -sugirió Diana cuando desmontaron.

-No lo creo -dijo él, sacudiendo la cabeza-. Mira eso. Diana bajó del caballo para observar las huellas que él señalaba. Eran de caballos sin herrar, salvajes. Quedó asombrada.

-Esto lo hizo el garañón -declaró Guy. ' .

-¿Pero, por qué? -preguntó ella. Luego insistió:- Es imposible.

- ¿Te parece? -contestó él.

Diana sacudió la cabeza confundida. -Veamos qué podemos salvar.

Los daños no eran tan serios como habían parecido en un primer momento. Las bolsas de dormir habían sido desparramadas. Debían sacudirlas para quitarles la arena y volverlas a enrollar. Las provisiones parecían también esparcidas por un ventarrón. Fuera de algunas abolladuras, los utensilios de cocina estaban intactos.

Pero con las provisiones no habían sido tan afortunados. Diana estaba de rodillas tratando de salvar lo que se pudiera de la harina desparramada cuando Rube y Holt llegaron. A ella no le sorprendió ver a Holt ya que él andaba tras las huellas del garañón.

-El padrillo estuvo aquí --anuncio Guy-. Prácticamente lo destrozó todo. -Su actitud evidentemente desafiaba a Holt para que diera ahora una evplicación racional si podía.

-- ¿Se ha perdido mucho? -Holt dirigió la pregunta a Diana.

---Ya se había consumido bastante de todo, pero no es mucho lo que resta. Lo suficiente para dos comidas, quizá -respondió.

Holt se volvió a mirar en derredor como si esperara ver al garañón con templándolos y riéndose de ellos.

- ¿Va a preparar el desayuno? -quería saber Rube-. Ya me estaba saboreando el cereal. Supongo que el maldito garañón no dejó nada. ¿Se dan cuenta de que lo hace a propósito?

-El olor a hombre -dijo Holt-. Trajo las yeguas a beber-, probablemente sintió el olor de nuestras cosas y las relacionó con el mismo que lo había atrapado antes.

-Anoche trató de llevarse nuestros caballos -terció Guy-. Ahora prácticamente ha destruido nuestras provisiones. ¿Quieres decirme que el salvaje no sabía lo que estaba haciendo?

-La noche anterior nuestros caballos entraron en pánico -le recordó Holt-. \_Lo mismo les habría pasado si hubiera aparecido ganado en estampida. El garañón no eligió nuestras provisiones. Simplemente, era lo que se le ofrecía al paso. No fue astucia, Guy. Fue instinto. ' --Me parece que Holt tiene razón -dijo Rube, y Guy dio media vuelta disgustado-. He visto a un caballo salvaje hacer jirones un cuero de león. A1 potro no le importaba que fuera solo el cuero y no el animal mismo. Se diría que el maldito garañón ha hecho lo mismo aquí. -Rube desmontó sacudiendo la cabeza y miró a Holt con aire de indignación.- ¿Qué te parece? Guy únicamente sabe indignarse, pero nadie ha prendido el fuego. Parece que si no lo hago yo, nadie lo hace...

-¿Por qué no prendes el fuego y te callas, Rube? -murmuró Guy.

-No vengas a rezongarme a mí, cachorro -Rube se erizó-. Una cosa es que me mande tu padre. El es...

-Sí, ya sé -interrumpió Guy-. Es el gran jefe. -Basta, Guy -se hizo oír la voz de Holt. Diana miró aprensivamente a uno y a otro: Era la primera vez que la situación tirante entre padre e hijo se evidenciaba delante de alguien que no fuera ella. Sostuvo el aliento esperando ver si el asunto seguiría adelante. Pero Guy se volvió hacia Rube, mascullando:

-Te ayudaré a hacer el fuego, Rube.

-Tú quédate ahí un minuto -dijo Rube-. No hay necesidad de prender el fuego hasta que Diana nos diga si habrá o no desayuno. No lo voy a prender porque sí nomás.

-Creo que algo podré hacer, -respondió ella a la pregunta indirecta.

Holt desmontó y dijo a Guy:

-Deja que Rube prenda el fuego mientras tú y yo empacamos todo esto.

- ¿Ven? Eso es lo que yo digo, soy el único aquí que puede prender el maldito fuego -gruñó Rube a nadie en particular mientras iba al círculo negro donde lo había encendido antes.

Pese al hambre que tenía Diana, la comida le supo a tiza en la boca, pero se forzó a comerla pues sabía que, de no hacerlo, lo lamentaría durante el día. Miró el círculo a su alrededor; los demás comían tranquilamente. Como la noche pasada habían dejado todos los implementos de afeitar en el campamento, ni Guy ni Holt lo habían hecho esa mañana. Desde que volvieron no habían tenido tiempo. La sombra de la barba oscura acentuaba la cincelada cara de Holt, dándole un aspecto recio y curtido. En cambio, la barba rubia de Guy era menos notable. En cuanto a Rube, él no se había afeitado desde que salieron del rancho y se rascaba constantemente el salitroso rostro barbudo.

Constituían un grupo de desharrapados: demacrados, cubiertos de tierra. Diana se dio cuenta de lo que debía ser su propio aspecto: el cabello sin cepillar, nada de maquillaje, tan sucia de tierra como los demás, la manga de su blusa desgarrada en el codo. La otra blusa que tenía era la que Holt le había roto. Con un suspiro, Diana supo que era poco lo que podía hacer para modificar las cosas, aun cuando lo quisiera, sobre todo porque Holt estaba ansioso por seguir el rastro.

A1 concluir el desayuno terminaron de ordenar el resto de las cosas. Aunque el caballo árabe de Diana no parecía tan rengo, la carga que llevaba era ahora realmente liviana; el resto de los implementos se había dividido por igual entre los cuatro y Diana seguía montando el carguero.

Rube ya había dejado el barranco para continuar tras las huellas del garañón, cuando Holt entregó a Diana la soga del árabe.

---Cuando le demos alcance al salvaje trata de mantenerle junto a nosotros, como puedas -le ordenó-, no te pierdas porque no quiero tener que salir a buscarte.

Y yo quiero que lo hagas -le replicó, acentuando la doble significación de su respuesta.

- ¿Por qué tiene Diana que ir llevando al árabe? -dijo Guy dispuesto a discutir por cualquier cosa-. Que lo lleve Rube.

La boca de Holt se afinó.

--En primer lugar, el caballo de Diana es más lento que el nuestro, de modo que uno manco no la va a demorar demasiado. Segundo, esto podría transformarse en una desesperada carrera tras esos animales y no quiero que se caiga y se quiebre el espinazo.

-Nunca creí que eso pudiera molestarte -azuzó Diana-. Más bien, hubiera pensado que sería un alivio para ti quitarme del paso.

El le devolvió una fría mirada gris.

-No me gusta la idea de llevar tu cadáver al Mayor. -Ah. -Ella se sentó rígidamente en la montura.- No era por mí, sino por el Mayor.

-Ya lo sabes -replicó y montó a caballo.

- ¡Demonios, Holt! -imprecó Guy, pero Holt ya había partido en la dirección de Rube.

-Déjalo así, Guy. -Ahora que Holt había partido, todo su altanero orgullo desapareció en una ola de cansancio.

-Pero...

-No me importa quedar atrás. Después de la caída de anoche, lo último que quisiera hacer es salir a correr por las montañas. -No era la verdad pero sí, una buena excusa Guy la aceptó.

-No pensaba en eso -se disculpó.

-Está bien. -Tirando de la soga, Diana se aferró a su caballo y siguió tras Rube y Holt.

Iban a paso lento y Diana no tenía dificultad en seguirlos pues ellos no debían perder el rastro de los caballos. Poco antes de las diez divisaron un pequeño grupo pastando en una loma moteada de juníperos. Igual que la primera vez el garañón se mantenía apartado y alerta, pero distendido.

-Ahí está -murmuró Guy en un tono de ansiedad que condecía con su mirada extasiada.

-Si ese garañón responde a su natural -comenzó a decir Rube respondiendo a sus pensamientos e inclinando su caballo hacia Holt-, cuando caigas sobre él correrá hacia la izquierda y dará una vuelta circular para retornar al desfiladero. Podemos atrapar la t-ropilla en etapas. Más pronto o más tarde él abandonará a las yeguas y se quitará del medio, con la esperanza de despistarnos. En ese momento, podremos recuperarlas.

-Muy bien. -Holt asintió a la proposición.- Comenzaré haciéndolas correr hacia aquí. Tú y Guy se ubicarán a cinco o seis kilómetros de distancia a lo largo del camino

que creas que tomará el padrillo. Diana se quedará. Si Rube está en lo cierto, el garañón retornará hacia aquí. —Luego miró a los otros dos.- Aquél que conduzca la tropilla, cuando el garañón se aparte debe seguirlo, manteniéndolo en carrera, mientras los demás atrapan las yeguas.

El carguero de Diana quería correr tras los demás, pero ella lo retuvo. Rube y Guy se abrieron a la izquierda, mientras Holt iba en procura del enfrentamiento.

Desde su lugar ventajoso ella vio a Holt ir despacio por el gargantón seco, dejando que la arena suave amainara el ruido de los cascos del caballo. Casi no corría viento. A medida que él se acercaba a la loma ella advirtió que el garañón demostraba atención y luego, total alerta; las pequeñas orejas se irguieron en dirección a Holt.

Cuando el hombre estuvo a la vista del padrillo, el caballo blanco no relinchó alarmado para hacer huir a las yeguas. Con paso elegante fue altivamente al encuentro de su adversario.

-Dios mío -murmuró Diana acelerándosele el pulso de miedo-, va a atacarlo.

Holt tenía que estar consciente de la atípica reacción, pero siguió haciendo avanzar su caballo sin aflojarle la rienda. Estaban a unos treinta metros uno del otro, cuando el garañón viró en retirada obrando con mayor sensatez que valentía. Bufando y piafando a las yeguas, ellas reaccionaron al unísono. De nuevo, la manchada tomó la delantera mientras el garañón las dirigía desde la retaguardia.

Los animales huyeron de Holt poniendo tanta distancia como les fue posible: El caballo de Holt galopaba, pero él no lo urgía aunque le importaba no perder de vista al grupo.

Este subió la cuesta y luego los caballos desaparecieron de la vista. Parándose sobre los estribos, Diana se esforzó por divisarlos, a la expectativa de verlos aparecer por la izquierda, como había dicho IZube. En pocos minutos los vio, las yeguas a la carrera, el padrillo blanco detrás sin cansarse.

Pronto los perdió de vista. Solo la nube de polvo señalaba el camino. Diana esperó, sintiendo que su corazón latía con fuerza y deseando haber participado de la operación. Pasó un tiempo enorme, tanto, que comenzó a pensar que algo había pasado. De pronto, a su derecha, los vio atravesar una cima y enfilarse hacia ella. La manchada aún iba a la cabeza pero ya corría cansada. Obviamente agotadas, las otras dos yeguas eran brutalmente impelidas por el padrillo que mostraba los

dientes y pateaba salvajemente ante el menor signo de retardo. Rube venía galopando parejo detrás de ellos, más cerca ahora de lo que había estado Holt.

Las yeguas extenuadas y a todo galope pasaron cerca. El garañón aún parecía correr sin esforzarse para arrastrar su harén. Pero su cuero estaba mojado y cubierto de tierra, ya no se lo veía de un blanco impecable. Las fosas nasales, distendidas para aspirar enormes cantidades de aire. No podría seguir corriendo durante mucho tiempo.

Cerca de la cuesta a donde habían sido conducidos había una zanja que tenían que cruzar. Era la que había usado Holt. No parecía tener más de dos metros de ancho. La manchada disminuyó el paso, se aprestó y saltó. Las dos, de raza la siguieron. Pero la orilla cedió bajo las patas de una haciéndola caer al cañadón. Era la joven y premiada Cassie. Ella luchó para ponerse de pie. El garañón titubeó desde la otra orilla, luego miró a su perseguidor. Con un furioso sacudimiento de la cabeza dejó a la yegua caída y siguió tras los restantes miembros de su manada.

--- ¡Yo buscaré a la yegua! -le gritó Diana a Rube-. ¡Tú, sigue!

El agitó la mano en señal de haberla oído. No intentó hacer saltar su caballo por la zanja sino que se metió por el cañadon y apareció del lado opuesto.

Cuando Diana llegó al zanjón con el carguero y arrastrando al otro lesionado, la yegua ya había conseguido ponerse en pie. Estaba cansada pero no parecía haber sufrido lesión alguna. Tras un intento de eludir a Diana, se quedó quieta mientras Diana le pasaba una sogá por el cuello. Ahora, conducía los dos caballos de vuelta a su punto de guardia cuando oyó un grito. Mirando por encima del hombro, vio a Holt y a Guy que venían al galope hacia ella. Holt enfiló hacia la tropilla que huía, gritando algo que ella no pudo entender. Diana se alzó sobre los estribos. 'Tal como Rube lo había predicho, A padrillo blanco había abandonado a las yeguas. Desviándose de la línea recta viró hacia la derecha con Rube que corría detrás. La manchada continuaba su camino, pero la yegua árabe mas vieja, Nashira, ya iba aminorando la marcha. inmediatamente, Diana comprendió la señal de Holt, mientras él y Guy atajaban a la yegua. La tomaron con tanta facilidad como ella había atrapado la otra. Cuando Diana freno al lado de ellos, Holt había desmontado y estaba pasándole la sogá por la cabeza y haciéndole un freno improvisado. Lo mismo hizo con Nashira.

Alcancemos a Rube --dijo Holt.

El padrillo blanco había huido hacia la espesura y Rube no tenía ojos para los que venían en su busca porque estaba empeinado en la persecución del animal. A Diana le dolía el brazo de venir tirando a los dos caballos, pero no dijo nada.

Trepo una montaña escarpada y llegó arriba a una meseta. Guy y Holt no iban mucho más adelante que ella. Más allá podía ver a Rube y la forma blanca del garañón. Finalmente, Rube miró hacia atrás y se detuvo a esperarlos para marchar a la par. Cuando Holt y Guy lo alcanzaron hubo una conversación muy seria entre ellos. Diana frunció el ceño no entendiendo por qué, hasta que se les reunió.

-El garañón está atrapado -le dijo Guy-. No se puede salir de esta meseta excepto por el mismo camino.

Ella podía divisarlo yendo inquieto hacia adelante y retrocediendo. Entonces se volvió hacia Holt y le preguntó qué pensaban hacer.

-Dejarlo que se vaya -respondió él-. Lo hemos sacado de su medio. Quizá no vuelva más.

-Podríamos atraparlo -insistió Rube-. Está cansado, yo sé. Guy y yo podemos echarle una soga y tú, manejarlo. Es pan comido. Nunca se nos presentará otra ocasión igual.

.-¿Y qué quieres hacer con un padrillo salvaje, Rube? ---preguntó Holt, contrariado-. No nos sirve para nada. Tendrás que narrarlo para poder domarlo. Ya tenemos lo que vinimos a buscar. Ahora llevemos las yeguas de vuelta al rancho.

-Yo sé lo que digo...

- ¡Miren! -Guy señalaba al animal.- ¡Eso es suicida! El garañón desapareció por el borde de la meseta produciendo un ruido de desmoronamiento de piedras. Todos se apresuraron a llegar al lugar por donde había desaparecido el animal, frenando justo antes. A mitad de camino, por una cuesta casi perpendicular de roca calcárea estaba el garañón blanco sentado sobre sus cuartos traseros y resbalando. Una avalancha de piedras le hizo perder el poco equilibrio que mantenía y cayó rodando hasta abajo.

-Si sale con una pata rota -murmuró Rube-, será poco; qué lástima. yo...

El garañón quedó inmóvil.

-Está muerto -"dijo Guy emocionado, y Dkana tragó saliva con un nudo en la garganta.

Entonces, el caballo movió la cabeza, levantándola. Un segundo más tarde sus patas fuertes lo pusieron, coceando, nuevamente de pie. Con una vigorosa sacudida

se quitó el polvo de encima. Dio unos pocos pasos y recuperó su porte. Su andar era levemente vacilante pero el animal estaba entero.

-¿Has visto?- exclamó Guy-. ¡Mi Dios! ¡¿Cómo lo logro hacerlo?!

¡No se le veía un solo rasguño! -declaró Rube. Yo pensé que seguramente se habría roto el espinazo -.agregó Guy.

Lástima que no se lo rompió -dijo Holt cortante, y para nada impresionado por el milagro que habían presenciado.

- ¿Cómo puedes decir eso? -protestó Diana.

-Y lo repito. Tengo la intuición de que el garañón va a volver. -La forma en que Holt miraba al caballo blanco le recordaba a Diana un cazador que ve escapársele su presa.

Había una cierta desaprensión, en saber que él y el caballo salvaje volverían a encontrarse. Pero esa intuición era ridícula. Diana mentalmente descartó la idea. Holt no tenía interés en el animal. El había venido sólo por las yeguas.

-¿Por qué habrá hecho eso? -Guy aún estaba deslumbrado por lo que había visto.

-El garañón estaba atrapado y lo sabía -respondió Rube.

-Pero lanzarse al precipicio en esa forma... -Guy sacudió la cabeza.

-Los mestefños han hecho cosas increíbles para evitar que los atrapen. Han saltado acantilados y nadado por los ríos crecidos. Algunos hasta han preferido la muerte a la soga del vaquero.

Holt retiró su caballo del borde de la meseta y comenzó a volver por el camino por el que habían venido. Los demás venían con Rube que seguía contándoles anécdotas.

-Cuando yo andaba a la caza de caballos salvajes me contaron unos cuentos sobre animales que se negaban a comer y a beber después de haber sido atrapados.

Tenían

todo el heno y el agua del mundo y se dejaban morir. Un tipo me contó que una vez había enlazado uno y se lo estaba llevando a su establecimiento. En eso, tuvieron que cruzar un vado donde había una cuarta de agua. Y bueno, el animal metió la cabeza dentro y no la quiso sacar más y se ahogó, se ahogó en un vado. Y otro tipo me contó que el caballo salvaje se quedó encajado en un pantano. Y...

Diana no escuchaba todas esas historias. Estaba recordando el momento en que el padrillo se levantó, después que Guy lo había dado por muerto. Holt decía que el animal volvería. ¿Sería cierto?



El sol poniente estaba atravesado de tonos fucsia cuando ellos avistaron el rancho. Los caballos apresuraron el paso, alentados por la perspectiva de la avena, el agua y el descanso. Cansada y también con hambre, Diana dudaba que tuviera fuerzas para mantenerse una hora más sobre la montura.

Una junta de bienvenida los esperaba., saludando su retorno. Todos hacían preguntas y querían saber. Diana los ignoró dejando que los demás respondieran. Ella simplemente le dio cansadamente las gracias al hombre que le tomó el caballo.

-El Mayor dice que él sabe que usted querrá bañarse antes que nada, pero después todos son aguardados en la casa grande, Holt -dijo Floyd Hunt-. Y dice también que no se preocupen por comer que habrá toda la comida que quieran en la mesa.

-Gracias -asintió Holt-. Por la expresión de sus ojos parecía ahora mucho mayor. Miró a Diana y dijo:

-Dile al Mayor que estaremos ahí en menos de media hora. -Sí.

Con las piernas doloridas por la montura Diana fue caminando hasta su casa. El Mayor esperaba en la sala. levantó la vista y sonrió cuando la puerta abatible se cerró detrás de Diana.

- ¿Qué tal fue esa cacería de caballos? mientras le agregaba cubitos de hielo a su vaso. Diana dio un gran suspiro,- luego respondió mente:

-Un éxito.

-¿Quieres tomar un trago? --le ofreció él.

-Un chorro de wisky con hielo -le pidió sin vacilar. Tomando un botellón de cristal de una bandeja él le sirvió una medida del líquido ambarino sobre los cubos de hielo colocados en el vaso.

-Se te ve deshecha -dijo él, yendo a alcanzarle el vaso.

-Gracias. -Una sonrisa forzada le curvó la boca. -Cuando los muchachos me avisaron que venían, hice que Sophie te llenare la bañera con agua caliente, de modo que puedes bañarte.

-No me llama la atención que la gente diga que soy una mimada. -Diana rió y le besó la mejilla. Luego bebió y subió a su habitación desabotonándose la blusa en el camino.

-¿Quién dice que eres una mimada? -El Mayor la siguió.

Sosteniendo el vaso en una mano, ella luchaba por quitarse la blusa que arrojó al suelo de su dormitorio. Sin detenerse siguió hasta su cuarto de baño privado que humeaba y despedía perfume por el agua de la bañera.

-Holt es uno de ellos -respondió, colocando el vaso sobre el mármol del lavabo y quitándose el resto de la ropa.

- ¿Quieres tu bata? -le preguntó su padre desde el dormitorio.

-Sí. -Diana entró en la bañera llena de espuma.

- ¿De modo que Holt considera que te he malcriado? -comentó el Mayor mientras le alcanzaba la bata y se la dejaba colgada en un gancho de la puerta-. ¿Discutieron todo el tiempo ustedes dos?

Con burbujas hasta la garganta, Diana cerró los ojos –pregun tratando simplemente de borrar todos los recuerdos de lo que había sucedido entre ella y Holt.

.Me perdonas?, preferiría no hablar de él.

Demoraron más de lo que yo esperaba -dijo cambiando de tema.

- Sí -suspiró Diana, mientras el agua caliente le calmaba los musculos doloridos.

-¿las yeguas están bien?

-Cassie tiene un par de mordiscos feos sobre el anca.Las dos están un poco flacas; por lo demás, se las ve bien -respondio ella.

Me pareció ver que un caballo cojeaba.

Sí, el mío. Holt cree que es un esguince, nada serio. ¿Cómo fue? ¿Y cómo te magullaste el codo?

Tuve una caída. Mi caballo perdió pie y rodó. Yo hice un salto mortal glorioso por encima de su cabeza. Diana sonrió ante el ceño preocupado del rostro de su padre- No es la primera vez que tengo una caída, Mayor. -No. Evidentemente, no -asintió él.

\_¿Cómo anduvo todo en el rancho durante nuestra ausencia?

-Muy bien, no tuvimos problemas. -¿Y el padrillo, Fath?

-Se está recuperando, y por ahora anda muy bien. Es demasiado pronto para decir cómo le quedará la pata. Acaso quede lisiado, pero no se sabrá hasta más adelante. Ya hemos hablado bastante, relájate en la bañera durante un rato. Cuando termines, ven ai comedor. Sophie está preparando una montaña de emparedados.

-Olvidaba decirte -recordó Diana cuando él se volvía para irse- que Holt dijo que estaría aquí en media hora. El asintió con la cabeza y se fue. Diana se relajó en el

agua perfumada, cerrando la mente a todo pensamiento y dejándose estar en el placer sensual del baño.

Después, envolvió una toalla en torno de su cabello recién lavado. Deteniéndose ante el espejo se maquilló los ojos y se pintó los labios. Se puso la bata y fue descalza al comedor.

El Mayor la saludó con una sonrisa de aprobación. -Se te ve mucho mejor así.

-Me siento mucho mejor -pero su respuesta se perdió por el ruido de pasos en el porche.

Un instante después entraba Holt-, seguido de Guy y Rube. Los ojos se fijaron en ella antes que en su padre, y Diana sintió la tensión inmediata de sus nervios. Todos habían tenido tiempo de ducharse, cambiarse y afeitarse. Holt se veía fresco y vital, sin trazos de haber pasado la mayor parte de los últimos cuatro días a caballo. Pero Diana notó que la magulladura de su mandíbula había tomado un color azulado. El Mayor tendría que haber sido ciego para no. notarlo.

-¿Qué tal era el otro tipo, Holt? -le dijo el Mayor con un gesto. En ese momento, Guy se volvió y el Mayor le vio el labio partido y un moretón, en la mejilla. Su mirada se volvió a Holt con un agudo y silencioso interrogante.

-Tuvimos muchos contratiempos, Mayor -insertó Rube-. Guy se cayó. Holt se pegó con no sé qué. Diana se rompió la blusa con una rama. El padrillo blanco trató de robar nuestras yeguas, luego arrasó nuestro campamento y nos dejó casi sin provisiones. Así, fue todo el tiempo. -¿Es verdad? ¿Todo eso sucedió? -exclamó el Mayor cuando Rube relató las hazañas del padrillo salvaje.

-Algo embellecido.., -acotó Holt.

—¡Increíble... -quedó callado-. Bueno, las explicaciones pueden esperar. Sophie ha puesto la comida sobre la mesa. Vamos a comer.

Cuando Diana llegó a la mesa, Guy estaba ahí, aguardando para, colocarle la silla. Sus ojos la miraron con ardor y cuando le acomodó la silla se inclinó mucho sobre ella.

-Estás hermosa -le murmuró al oído-, como una reina.

-Gracias. -Diana evitó mirar en dirección a Holt cuando Guy se sentó al lado de ella.

A1 principio, nadie habló. Todos estaban ocupados en llenar sus estómagos vacíos.

El Mayor aguardó hasta que no pudo sopórtar más la curiosidad.

-Cuéntenme lo del garañón.

-Es totalmente blanco, bien formado y anda con una yegua salvaje manchada. Marca el paso al marchar –agregó como algo que se le había olvidado.

¿ Qué? —Diana comprendió la mirada incrédula de su padre?Ellos habían experimentado la misma sorpresa cuando lo vieron con sus propios ojos.

Así es -aseveró Rube-. Lo perseguimos durante más de cuatro horas hoy y nunca cambió de paso. Lo hubiera visto, Mayor, iba como hamacándose. Realmente era algo digno de admirar.

¿Estáis seguros de lo que dicen, ¿no es verdad? Perfectamente seguros -respondió Holt sirviéndose más ensalada de papas.

Es el propio Garañón Blanco que marcha, vuelto a la vida... eso es lo que es - declaró Rube-. ¿Usted ha escuchado las historias sobre él, no es verdad Mayor?

Sí, el Garañón Blanco que marcha. Sí, por cierto, ¿cómo no voy a haber oído...? -y se reclinó hacia atrás en su silla, aparentemente, considerando la información.

¿Realmente existió? -preguntó Guy con escepticismo-

-Sí, existió -respondió el Mayor-. Pero siempre tuve, la impresión de que había más de un Garañón que marchaba. Las crónicas del Oeste están llenas de referencias a ese Garañón Blanco. Es de comprender que los caballos blancos nunca fueran una rareza en el Viejo Oeste. -¿Pero un caballo salvaje que marca el paso?. -Guy sacudió la cabeza dudando.

-La mayoría de los caballos de Norte América vinieron de España. Los españoles tenían animales de esa calse. Los extintos Narragan.sett de la Costa Este se cree que descendían de un padrillo español. En efecto esa raza de caballos estuvo más preservada en Sud América, que aquí. He leído en algún lugar que esos caballos sudamericanos tenían generalmente el pelaje claro: acaso gris, o blanco... De modo que tu teoría, Holt, es que este garañón es un descendiente de aquel caballo español.

-No es la mía, es la de Rube -dijo Holt--, pero después de lo que usted ha dicho, parece razonable.

-Una teoría fascinante. Siquiera lo hubiera podido ver yo... -declaró el Mayor.

-Dudo que le sea posible. Lo perseguimos hasta Utah.

-Las palabras de Holt quedaron ahogadas por un bocado de comida.

-Llegamos hasta el límite. No sé si lo cruzamos. Holt no quiso que Rube exagerara la persecución.

-Pero Holt cree que el caballo va a volver. -Diana recordó a Holt el comentario que él había hecho.

Holt parecía reticente para responder, pero finalmente admitió mirando al Mayor:

-Sí, creo que volverá. Sería conveniente que mantuviéramos a las yeguas cerca del rancho durante las próximas semanas.

-Haz lo que tú creas necesario -dijo él.

-Con Shetan muerto y Fath lesionado, necesitaremos un nuevo padrillo. -Holt cambió de tema.- Mañana haré unas cuantas llamadas por teléfono para ver lo que puedo hallar. Dependerá de eso que alquile o compre un nuevo padrillo.

Diana observó que Holt no había consultado ni preguntado al Mayor acerca de su plan. Simplemente le había informado lo que haría. La discusión se centralizó en los méritos de varias razas. \_Diana no participó en ella. Se limitó a escuchar lo que Holt opinaba.

Disimuladamente estudiaba a su padre. La edad y la enfermedad habían dejado su rastro en él. El Mayor ya no era el hombre fuerte e indómito de su juventud. Su cabello oscuro iba agrisándose y su piel curtida, palideciendo. La mandíbula firme ahora estaba caída. Leves temblores le agitaban las manos.

De algún modo, ella pensó que se recuperaría. Ahora se daba cuenta de que no sería así, que nunca volvería a ser el hombre de antes. El Mayor ya no llevaba las riendas; era tan solo una figura decorativa. De pronto, parecía patético, y el corazón de ella se angustiaba por esa realidad: él era viejo, débil y enfermo. Sintió que ella debía ocultar ese hecho ante los ojos de los demás.

-Se está haciendo tarde, Mayor -dijo Diana interrumpiendo la conversación, e inmediatamente se sintió como una madre que está recordándole a un niño que es hora de irse a la cama.

- ¿Cómo? -preguntó mirándola como descolocado por un instante-. Ah, sí, sí, verdaderamente.

La comida había concluido y no había motivos para que los demás quedaran andando por ahí. Holt captó la sugerencia, apartó su silla y se puso de pie.

-Disculpemos, Mayor. Creo que hemos terminado, a menos que haya algo que usted quiera conversar conmigo. Diana se mortificó ante las palabras protectoras, que aparentaban que el Mayor aún era el que mandaba cuando Holt sabía que no era así. ¿A quién creía él que estaba engañando?

-No, creo que no -respondió su padre, demostrando su cansancio-. Floy puede informarte de cualquier cosa. Diana se levantó para apresurar la partida de todos. Guy estaba de pie junto a ella, preguntándole en voz baja: - ¿Diana...?

Ella no sabía lo que él iba a preguntar, pero lo cortó de plano, yendo hacia la silla de su padre y tomándose de los cabecales con actitud tan protectora como posesiva.

-Estoy cansada, Guy. Buenas noches. -Se dirigía a los tres hombres y recibía la misma respuesta mientras se iban. Rube rápidamente se envolvía dos emparedados en una servilleta para llevárselos.

Cuando quedaron solos, Diana dijo:

-No sé qué piensas hacer pero yo me secaré el cabello y luego, me iré a la cama. - Era una forma de estimular al Mayor para que fuera a procurarse el descanso que tanto necesitaba.

--Yo también estoy cansado -aceptó él-. Estos últimos días deben haber sido toda una aventura para ti. -Sí, lo fueron -respondió Diana ocultando el hecho de que habían sido algo más que eso-. Hasta mañana. -Hasta mañana.

El Mayor ya estaba sentado a la mesa del desayuno cuando Diana entró a la mañana siguiente. Se lo veía descansado, lo cual la tranquilizó bastante.

-Buen día, Mayor -lo saludó ella con alegría-. Buen día, Sophie -agregó cuando apareció el ama de llaves. Solo tostadas y jugo esta mañana, por favor.

-Sí, señora -respondió la mujer retirándose a la cocina.

-Es una mañana hermosa, ¿verdad? -Diana se servía una taza de la jarra.,

-Verdaderamente hermosa. -El Mayor la miró con indulgencia.-- Pero algo me dice que estás pensando en otra cosa que no es el tiempo.

-Es verdad. -Ella se alegró de no tener que buscar la forma de entrar en el tema.- Anoche estuve pensando antes de dormirme y decidí que debía tomar alguna de las responsabilidades del rancho mientras tú estás recuperándote.

-Holt está a cargo de todo -le recordó él. "Como si no lo supiera", pensó, pero dijo:

-Ya sé que has debido descansar mucho en él. Dadas las circunstancias no había nadie más en quien pudieras delegar la autoridad, pero ahora yo estoy en casa. No hay ninguna tarea del rancho que yo no conozca al dedillo, aprendida con el sudor de mi propia frente, podríamos decir -y rió tratando de colocar la conversación en un plano de levedad-. No hay ninguna razón para que no tome las responsabilidades. Holt ha hecho una buena labor, pero tú mismo has dicho que nadie cuida de la propiedad ajena con tanto cuidado como si fuera la suya.

-Es verdad -concedió él.

-Además de ser capaz y experimentada, quiero tener que ver con las cosas. Es natural, puesto que . soy tu hija -razonó-. Y ésta es también mi casa.

-Bueno, no es mucho lo que puedo decir a eso, ¿verdad? -El Mayor tenía una expresión de cierto agrado. -Esperaba que efectivamente no tuvieras mucho que decir. -No pudo evitar que sus labios se curvaran en una sonrisa triunfal.

-Conversaré de ello con Holt a la hora del almuerzo. Un vago ardor destelló en los ojos azules de Diana.. -¿Por qué necesitas conversarlo con él?

--No relevas a un hombre importante de su puesto sin tener una conversación privada con él primero, a menos que quieras producir una rebelión. Requiere tacto - explicó

con más de un signo de indulgencia. Sophie retornó con las tostadas de Diana y el jugo e inmediatamente desapareció en la cocina-. A mediodía hablaremos con Holt - dijo el Mayor . Cuando hayas terminado tu desayuno ve en su busca y pídele que venga temprano, si puede.

Muy bien -asintió ella bien dispuesta.

Había algo de saltarín en su paso cuando salió más tarde hacia las dependencias de los empleados. Los caballos y los jinetes estaban reunidos cerca del establo. Divisó a Guy, pero no podía reconocer a Holt. Separándose del resto de los jinetes, Guy vino a su encuentro.

¡Hola! -Se detuvo ante ella con una sonrisa luminosa en el rostro.- ¿Podrías decirle a Sophie que Holt no estará aquí para el almuerzo?

-- ¿Por qué? ¿Dónde está? -Un golpe de irritación se expresó en las preguntas corridas.

- Salió temprano esta mañana para buscar algunos padrillos. Dijo que no volvería hasta la noche -hizo una mueca amarga-. Un buen alivio diría yo.

Los labios de ella se afinaron en una línea.

-- Realmente no perdió ningún tiempo para salir en busca de caballos.

-Tenemos tres yeguas por entrar en celo y ningún caballo para servir las. --Guy no estaba defendiéndolo sino solo explicando su actitud.

-Sí, tienes razón. -Pero ello no disminuyó su frustración.

-Holt dejó la orden de conducir las yeguas y los potrillos a la dehesa de adentro. Ahora los estamos llevando ahí. ¿Por qué no vienes con nosotros?

-No —rechazó con la mente ausente.

-Lo único que sabes decir es no. --El interpretó la negativa implícita-. ;Por qué no me pides que ir.e pierda? Eso es lo que solías decirme.

Diana se volvió hacia él con la mano levantada para protestar, pero Guy se había lanzado al galope para ir a juntarse con los demás. Se marchaba con expresión malhumorada. Diana no lo llamó para que volviera.

Esa noche, cuando se acostó, Holt aún no había regresado, y, por lo tanto no había recibido el mensaje. A la mañana siguiente, después del desayuno, volvió a aventurarse en busca de él.

- ¿Dónde está Holt? -preguntó deteniendo a uno de los hombres.

-En el establo con las yeguas.

-Gracias. -Ella se puso inmediatamente en camino hacia allá, y lo encontró con Cassie, tratándole las mordeduras que le había causado el garañón blanco. Diana entró al espacioso lugar y dirigiéndose al hombre que le tenía la cabeza al animal, le dijo:

-Yo se la sostengo, puedes irte, Tom.

Antes de largarle la cabeza el hombre miró a Holt como buscando la confirmación de la orden, luego obedeció.- Antes que ella se casara y se fuera, nadie se hubiera atrevido a cuestionar una orden suya, la hija del Mayor. Era otro signo de los cambios sutiles que había habido en su ausencia.

Tomand+--; a la yegua fuertemente del cabestro, ella le habló persuasivamente dejando que Holt terminara su tarea, antes de explicarle por qué estaba ahí. El tapó la botella de antiséptico y se apartó del anca del animal.

-¿Encontraste un padrillo? --preguntó Diana, primero. -Quizá. -Por fin la miró recorriéndola con sus ojos grises.- Pero no es a eso que has venido. ¿Qué quieres?

-le preguntó, entrando de lleno en el asunto.

Ella sentía una revolución interior ante la fuerza viril de su presencia, una pura reacción física que no podía controlar. Holt parecía totalmente indiferente.

--El Mayor quiere hablar contigo. Debes venir a casa temprano, antes del almuerzo.

--Su voz se oía ligeramente trémula mientras transmitía el mensaje.

-No puedo. Al mediodía no estaré aquí. -Holt salió del establo al amplio corredor.-- Dile que estaré ahí esta noche.

Diana lo siguió tensionada por el enojo.



- ¡El Mayor dice "venga" y tú dices "espere"! ¡En una época hubieras salido al trote ante su llamado! . -Nunca he salido al trote -corrigió Holt-. He hecho lo que él me pedía y aún lo hago. Si él supiera que tengo comprometida una entrevista, sería el primero en postergar nuestro encuentro. Y si fuera urgente la necesidad de verme, diría "venga ya".

Cualquier respuesta que Diana hubiera querido dar fue interrumpida cuando al salir, vio una camioneta que llegaba al lugar con las insignias del gobierno en la puerta. Había pasado la irritación; Diana vaciló, mirando a Holt.

- ¿Qué supones que quieren? -masculló entre dientes. -Pronto lo sabremos.

La camioneta se detuvo ante la casa principal. Diana y Holt, juntos, fueron hacia ahí. Un hombre bajo, de más de cuarenta años, vestido con ropas típicas de trabajo: pantalones Levis y camisa, un sombrero de paja en la cabeza se dirigía hacia la casa, pero al ver que ellos se aproximaban, se detuvo.

-Buenos días.

-Buenos días. -Diana contestó a su saludo con la más conquistadora de las sonrisas.- ¿Podemos serle útil en algo? -Más bien, al contrario. -Su voz era áspera pero su expresión era agradable.- Mi nombre es Keith Jackson. Pertenezco a la Oficina de Dirección de Tierras, y he venido a ver al señor Somers.

-Soy Diana Somers, su hija. -Mientras ella respondía, el hombre cortésmente se quitaba el sombrero, dejando al descubierto una brillante calva.- Mi padre no está muy bien de salud. Quizá yo podría reemplazarlo.

El hombre miró vacilante a Holt como si sintiera resistencia a hablar con una mujer. Holt le extendió la mano para saludarlo:

-Soy Holt Mallory, el capataz del rancho del Mayor. -No es estrictamente necesario que hable con el Mayor en persona -admitió el hombre, dirigiéndose a Holt-. Estoy seguro de que usted puede darme la información que ando buscando.

-Lo intentaremos -dijo Holt, con un aire desenvuelto y agradable-. Veamos, ¿qué es lo que necesita saber? -En la Oficina se han recibido noticias de que ustedes han tenido dificultades con un potrero mestizo -dijo.

-¿Dónde escuchó eso? -había un leve tono burlón en su pregunta.

-Usted sabe cómo son estas cosas, -rió el hombre-Alguien le cuenta a alguien que a su vez se lo cuenta a alguien y más tarde o más temprano llega hasta nosotros.

- ¿Qué oyó decir? -preguntó Diana, reteniendo la respiración.

-Que un garrón les robó un par de yguas.

-A nosotros nos faltaron dos yeguas -admitió Holt-. Tuvimos que salir en su busca, pero cuando las encontramos no había ningún padrillo salvaje con ellas.

Los labios de Diana tuvieron un temblor de sonrisa ante la media mentira, media verdad. El padrillo no estaba con las yeguas cuando ellos las recuperaron.

-Oh, ya veo -titubeó el hombre-. También oímos rumores sobre una riña con el potro. ¿Hubo algo de eso? -Sí, desgraciadamente lo hubo -asintió Holt-. No sabemos cómo sucedió, ya que no había testigos. Quizá, alguien no aseguró bien el pestillo en uno de los compartimientos. Uno de nuestros padrillos está muerto y el otro lesionado -dijo, implicando que era a causa de la pelea entre los dos.

-Lo lamento -dijo el hombre solidarizándose.

-Fue una pérdida -asintió Holt-. El padrillo muerto era un semental de primera. No nos será fácil reemplazarlo. -Me imagino. He oído que el Mayor cría algunos caballos de mucho valor. Bueno -suspiró-. Aparentemente he venido hasta aquí para nada. Parece que ustedes no han tenido problemas con los caballos salvajes.

-Este año hay abundancia de agua y de forraje -dijo Holt, como si eso explicara la cosa.

-Así es, para variar. -El hombre volvió a colocarse el sombrero y se preparó para partir.- Si llegan a tener algún problema con los caballos salvajes, por favor, pónganse en contacto con nosotros.

- ¡Cómo no... ! -sonrió Holt brevemente-. Personalmente, creo que la actual ley que los protege no sirve para nada.

La mirada que le echó Diana era una mezcla de enojo y de alarma, pero el hombre no pareció molestarse ante la observación. Chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

-Es una opinión compartida por la mayoría de los rancheros -declaró el hombre-. Ya nos veremos. Buen día. -Lo mismo para usted -retribuyó Holt.

-Fue un placer conocerla, señorita Somers.

-Sí, adiós, señor Jackson. -Cuando el hombre puso en marcha la camioneta y estaba dando vuelta para salir del rancho, Diana se volvió hacia Holt, preguntándole: .

- ¿Por qué demonios tuviste que decirle algo semejante?

-Si me hubiera mostrado muy colaborador habría sospechado. De este modo, probablemente no le haya sonado distinto a cientos de otros rancheros con los cuales habrá hablado.

-Siempre creí que eras astuto, pero nunca me di cuenta de que fueras un mentiroso tan excelente -replicó Diana-. Tendré que recordarlo.

La expresión de cordialidad había abandonado sus facciones, y había sido reemplazada por una frialdad burlona. Simplemente sonrió y se fue.

-Dile al Mayor que lo veré hoy a las siete y media -le dijo por encima del hombro.

A las siete y media en punto, Holt llegó a la casa grande. Ante el sonido de sus pasos en el porche, Diana dejó el escritorio y fue a la sala de estar justo en el momento en que él entraba.

-El Mayor está en su escritorio. -Diana dio media vuelta para conducirlo por el mismo camino por el que ella había entrado.

El Mayor se levantó de su escritorio de roble cuando entraron.

-Holt -lo saludó él, estirándole la mano-, te he extrañado durante el almuerzo este par de días.

-He estado ocupado.

-Ya lo sé -asintió-. ¿Diana, por qué no nos traes un poco de café?

Ella volvió en pocos minutos trayendo un juego de porcelana china en una bandeja. El Mayor y Holt estaban embarcados en una conversación acerca de, un padrillo que había visto. Apoyó la bandeja en el escritorio y comenzó a servir. Cuando Holt tomó su pocillo advirtió que había un tercero. Su mirada gris se desplazó hacia ella al ver que se había incluido en la reunión.

Mientras él se reclinaba hacia atrás en su silla, Diana tomó su pocillo y se sentó en la silla de espaldas alto similar a la de él. Ella bebía su café, mientras el Mayor se explayaba

acerca de los motivos de la reunión. Ella no intentaba participar en la conversación sobre el padrillo y su raza.

Por fin Holt concluyó:

-Hay dos caballos más que quiero ver antes de tomar una decisión final.

-No sabía que la decisión final sería tuya -terció Diana con seca frialdad.

-Lo que digo no es para que sea tomado literalmente -replicó Holt.

-Holt tiene un ojo excelente para los caballos -terció el Mayor a modo de defensa-.

En efecto, Holt fue quien seleccionó a Fath.

Diana miraba la superficie espejeante de su café con una oleada de resentimiento.

-No lo sabía -acotó.

-Aún no hemos visto bastante sus animales para estar seguros de que mi elección es la correcta -dijo Holt.

-Lo suficiente como para decir que prometen -insistió el Mayor-. Pero esto nos está sacando del asunto. No te pedí que vinieras para hablar de padrillos, Holt.

-Lo supuse. -Holt vació su pocillo y lo dejó en la bandeja.- ¿Sobre qué quería hablarme, Mayor? -Su mirada abarcó a Diana, sabiendo que tenía que ver con ella.

-Diana me ha expresado su interés por supervisar las actividades del rancho -señaló el Mayor.

-Lo cual significa que quedo fuera, despedido -respondió Holt casi con indolencia, relajado y prescindente. -No significa eso en absoluto -aseguró el Mayor, tratando de aminorar el efecto-. Lo que quiere Diana es asumir mi papel, mientras yo me recupero. Tu posición continuaría siendo la misma. Tú tendrías distinta responsabilidad.

-Me temo que eso no funcionará -dijo levantando una ceja con expresión de descartar la cuestión.

- ¿Por qué? -exclamó Diana, desafiante-. ¿Te molestaría recibir órdenes de una mujer?

-No me molestaría recibir órdenes de una mujer -corrigió Holt, volviendo a mirarla con dureza-. Solo me molestaría recibir órdenes de ti. -El guante que ella le había arrojado le era devuelto a la cara.

-Sé que tú y Diana han tenido sus diferencias en el pasado pero... -Su padre intentó aminorar la tensión que de súbito se había producido entre ellos.

-Lo lamento, Mayor. -Pero en el tono de Holt no había un pedido de disculpa.- No trabajaré para usted, no trabajaré aquí de ningún modo. O las cosas quedan como estaban o usted accede a este capricho de su hija y yo me voy.

Diana se quedó helada, intuyendo lo que su padre diría antes que éste efectivamente lo hiciera:

-Por cierto que no quiero que te vayas, y tampoco lo quiere Diana.

Pero el brillo de los ojos de Holt parecía decir lo contrario. Lo que Diana había querido, era asumir el lugar que le correspondía como hija del Mayor.

-Mayor -su voz era trémula-, ¿te molesta que yo hable a solas con Holt?

Inicialmente su pedido halló tan solo el silencio. Luego, su padre se levantó de la silla. ,

-Sí, quizá sea mejor que ustedes dos discutan esto a solas.

Cuando el Mayor salió, Holt se levantó de su silla y fue hasta la chimenea, donde apoyó su mano sobre la repisa. El corazón de Diana parecía querer salirse del pecho, latía más fuertemente que el reloj de la chimenea. -Muy bien, Diana, ¿qué es lo que quieres decirme? ¿Qué es lo que te traes entre manos? ¿Quizá un chantaje? Supongo que me amenazarás con decirle al Mayor que te atacó, a menos que acepte quedarme.

Su sarcasmo la dejó sin aliento.

-¿Vas a negar que lo hiciste? -le reclamó finalmente. -Y que tú fuiste una víctima muy reacia, también -se burló.

Diana dejó su silla temblando.

- ¡No es justo! -declaró en forma estridente-. Soy su hija, de su propia carne y su propia sangre. ¡Única hija! ¡Yo debería estar a cargo, no tú!

Holt la increpó impasible, e inflexible. -Eso lo decidirá el Mayor.

-¿Por qué lo pusiste en el brete de tener que optar?

-gritó, sintiendo que sus sentimientos la dominaban-. Sabías que te iba a elegir a ti ¿no es verdad? -acusó Diana con los ojos llenos de lágrimas-. ¡Siempre te ha preferido a ti! ¡Siempre! -Las manos se le habían convertido en puños cerrados.

-Diana, no seas ridícula -dio un paso hacia ella. -¡No es justo! -El amplio pecho de él ofrecía un blanco para su vista obnubilada. Ella pegó con los puños cerrados y la respiración quebrándosele en sollozos. Holt la tomó de los puños, dándole un fuerte sacudón y echándole la cabeza hacia atrás.

-El Mayor hizo una opción comercial -insistió él-No había nada personal en ello.

El sacudón acalló sus sollozos. Ahora una risa histérica y burlona le hizo exclamar:

-¿Así que nada personal, eh? Nunca me ha necesitado. Naturalmente, para eso estás tú. -Las lágrimas comenzaron a correrle abundantemente por las mejillas.

-No sabes lo que estas diciendo -murmuró Holt. Diana ya no pudo ver la borroneada curva de las mejillas masculinas. Estaba en el círculo de sus brazos con la cabeza forzada a descansar sobre su hombro. Ella sintió la punta de su mentón sobre la frente y su mano que le acariciaba la negrura sedosa de su cabello.

-Es verdad, Holt -murmuraba ella contra su pecho-. Ha sido verdad desde que tú viniste aquí.

-No, Diana, no lo es -dijo él con firmeza.

Levantando su cabeza para mirarle el rostro, Diana se encontró cerca de la boca, tan nítida, tan fuerte y masculina. Estuvo a punto de decir algo, pero no le salieron

las palabras. La mano de él dejó de acariciarle el cabello para sostenerle la cabeza. Muy despacio la boca de él se acercaba a la de ella y su aliento se hacía sentir en todas sus facciones. El corazón de Diana comenzó a palpar anticipadamente. Sentía el masculino contorno de su cuerpo contra el de ella; su aliento finalmente se detuvo en su boca entreabierta. Su boca tocó apenas la de ella.

-Juré que nunca más me acercaría a ti. -Holt cortó la frase que murmuraba junto a los labios de ella y cedió a la compulsión más fuerte que su resistencia.

Diana tembló ante la presión fuerte y experta de su beso.

Cuando la primera respuesta se hizo sentir en ella, sintió en él un movimiento de recuperación y alerta. Entonces ella abrió los ojos para darse con ese perfil de intensa concentración.

Como sintiendo la mirada de ella, su voz profunda ordenó:

-Escucha. -La cabeza de ella negó en sorda protesta. Algo está pasando con los caballos -le explicó en el mismo tono de murmullo. Por encima de los latidos de su corazón, Diana finalmente escuchó el ruido perturbador, extraños y alarmados bufidos y relinchos, y movimientos inquietos. Sin embargo no había señales de pánico.

-¿El garañón? -Diana convirtió la sugerencia en una pregunta.

Una mueca de disgusto se instaló en la expresión de Holt.

Sí -dijo soltándola-, el garañón.

A grandes zancadas llegó a la puerta del escritorio de Diana. Diana lo siguió casi corriendo. No había señales del Mayor cuando pasaron por la sala y salieron por la puerta rebatible. Una vez afuera, la dirección de los sonidos se hizo discernible. Venían de la gran caballeriza donde habían sido

colocados los potrillos y las yeguas. La media luna brillaba con un blanco platinado en el

cielo nocturno y les alumbraba el paso. Holt saltó el primer cerco que encontraron, sin esperar a Diana que lo trepaba para pasar por arriba. Oyó a alguien detrás de ella y miró por encima del hombro descubriendo a Rube que venía apresurado hacia ella.

-Es el maldito garañón, ¿no es verdad? -Rube también trepó el cerco.- Oí que las yeguas estaban inquietas

y enseguida me di cuenta de lo que pasaba -y siguió diciendo una cantidad de cosas que Diana ignoró, mientras continuaba su marcha.

Holt llegó al cercado de madera de la caballeriza, antes que ellos; trepando a los tablones Diana se reunió con él, lo mismo que Rube.

- ¡Ahí está! -Diana señalaba el otro extremo de las caballerizas.

--Seguramente será así. -El Mayor los miró a los dos. ¿Ustedes dos ya...?

-No necesitas preocuparte por perder a Holt -interrumpió Diana-. Hemos llegado a un acuerdo. El continuará al frente de las cosas y yo me apartaré de su camino.

Seguiré trabajando con los caballos, amansando los nuevos potrillos y puedo ayudarte a ti a llevar los libros de contabilidad; pero eso es todo.

Diana ya estaba lamentando la escena temperamental con Holt en la casa. La había expuesto a debilidades. Aun cuando disfrutaban de una mutua y poderosa atracción sexual, había demasiado barro entre ellos: Guy, el Mayor, y la amarga rivalidad. En cierto sentido, Holt era aún su enemigo. Ella le concedía a él esta victoria.

-Entonces, todo está arreglado -dijo el Mayor. -Sí. -Esta vez fue Holt el que respondió. Su mirada se encontró brevemente con la de Diana, mesurada y firme. Luego dirigiéndose a su padre: -Discúlpeme, Mayor. Debo arreglar las guardias con los hombres.

-Sí, sí, adelante. Que te vaya bien mañana.

Cuando Holt se alejó en dirección a los hombres, el Mayor se volvió hacia Diana.

-¿Vamos ya de vuelta a casa?

-Sí. -Ella bajó del cercado.- ¿Adónde irá Holt mañana?

-Irá en avión a California para ver ahí un padrillo. Es para mí un alivio que tú y Holt hayan llegado a un acuerdo -dijo su padre mientras volvían.

-Sí.

-Siempre he deseado que ustedes dos se entendieran. Holt hubiera sido un buen marido para ti. Es trabajador, leal... pero... -El Mayor suspiró.- No debía ser. Menos mal que no intenté realizar un acuerdo casamentero.

Diana no podía creer lo que oía.

- ¿Por eso lo empleaste? ¿Como un marido en perspectiva para mí? -Ella podría haber agregado: "Por eso lo entrenaste y lo preparaste para que se hiciera cargo del rancho.

\_ ¡Santo cielo, no! -El rió ante su sugerencia.- Lo tomé porque era apto para ocupar la posición que yo tenía vacante en ese momento. Pasaron... tres o cuatro años antes que lo viera en relación contigo. Pero entonces ya había netre ustedes un

choque permanente. Esperaba que la fricción pudiera convertirse en otra cosa y cuando vi que no era así... bueno...

¿Y nunca comentaste nada?

No. Lo último que hubiera querido para ti era un ,matrimonio sin amor -dijo él.

-El amor a veces puede ser algo terrible.

Estas pensando en Rand y lo que sucedió entre ustedes :adivinó el Mayor-. Lo que él sintió por ti no fue amor de otro modo, no hubiera desparramado esas habladurías acerca de ti.

Diana se quedó helada. ¿Te llegaron?

Sí, me llegaron -admitió. Yo...

No es necesario que expliques nada -interrumpió el Mayor- Simplemente olvídale.

Y Diana sabía por su tono de voz que realmente no quería oír ninguna explicación. Deseaba que dejaran el tema y que fuera olvidado. Poniéndose las manos en los bolsillos de los pantalones ella dejó que la conversación tomara otro sesgo menos turbulento. Pero de algún modo, la intranquilizaba saber que el Mayor había oído esos chismes y había optado por ignorarlos.

El padrillo hizo una segunda visita a las yeguas durante la noche siguiente. El ruido despertó a Diana y luego le costó volver a dormirse. Cuando se levantó por la mañana era tarde. El Mayor ya había desayunado y estaba tomando su descanso matinal.

Finalmente, Diana salió de la casa y fue hacia los establos. El sol le daba fuerte sobre la piel. Después del mediodía haría mucho calor. Las montañas estaban cubiertas por una espesa niebla, y la sombra de una nube cruzaba los picos.

- ¡Diana!

Se volvió al escuchar su nombre, reconociendo la voz de Guy. No lo había visto durante los dos últimos días, desde que le, había dicho esas palabras amargadas y se había ido en procura de las yeguas.

Se quedó sin aliento al oír los pasos que traían a Guy hacia ella. ¿Cómo podía saber él hasta qué punto algunos de sus gestos le recordaban a Holt? Diana mentalmente rechazó la imagen y notó que él tenía flores en la mano. Cuando se detuvo frente a ella, su mirada, anhelante e insegura, buscó la de ella.

-Un ofrecimiento de paz.

-Flores silvestres -dijo ella tomándole el ramillete de sus manos-. ¡Son encantadoras, Guy!



Ante su respuesta la tensión de él desapareció.

-Lo hice a propósito; elegí flores silvestres, es decir -explicó con risa intencionada-, pensé en comprarte flores en el pueblo, pero éstas son tú misma. Eres una flor silvestre, Diana: delicada, indomable y 'vulnerable a la mano del hombre. El otro día yo estaba tratando de hacer que crecieras donde yo quería. A una flor silvestre no se le puede hacer eso. Lo siento. ¿Me disculparás?

¿Por qué tenía que ser tan sagaz y considerado? Estaba tan cansada de herir a la gente y luego dejarla. Habría sido mucho mejor si él hubiera quedado enojado con ella..., mejor

para él... Diana no podía permitir que Guy siguiera idealizándola.

-Estuve grosera al decirte que no de ese modo. La única justificación que tengo es que estaba muy

-Todos pasamos por momentos en que no queremos estar con la gente. -La miraba con adoración.

Diana miró las flores

-No deberías amarillas, dando un grán suspiro. Ni deberías ser tan comprensivo, Guy. Eso no es natural.

-Lo único natural para mí es amarte. -Su voz cambió, se hizo intensa vibrante.- Me parece que te he amado toda la vida, Diana.

-No digas eso. -Sus dedos apretaron los tallos, rompiendolos.

-Está bien, no voy decir nada más. -Pero los dos sabían que eso no cambiaría el hecho-- Venía a verte. Tengo que ir a Ely a traer una correspondencia. Pensé que tal vez quisieras venir conmigo.

Tal vez quisieras venir conmigo. Así sales un poco del rancho. Tal vez tengas que hacer algunas compras.

La idea le gustó. En lugar de rechazar la invitación tal como ella sabía que debería hacerlo, Diana la aceptó. ¿Ya te vas?

Más o menos dentro de una hora. Tengo que hacer un par de cosas primero, y... - echó una ojeada a sus ropas de trabajo, polvorientas, con pelos de caballo adheridos a la tela -quiero limpiarme un poco.

Bueno, está bien -respondió ella.

La hora de tiempo le permitía a Diana cambiarse y hablar con Sophie sobre compras por hacer. Vestida con una lalda de gitana y una blusa blanca fruncida en

el cuello, Diana se fue a buscar a Guy. No estaba en el patio central. Puesto que no mencionó en qué vehículo irían fue hasta las dependencias del personal.

Se detuvo ante la puerta rebatible de la unidad mayor de viviendas. Diana llamó una vez:

- ¿Guy?

Un ventilador estaba funcionando adentro y haciendo circular el aire caliente. Sin dudar, Diana entró. Con la cabeza hacia un costado, prestaba atención a los ruidos de los movimientos. Hacía varios años que no entraba a esas viviendas, La sala de estar, el comedor y la cocina formaban un solo ambiente y de él salían dos pequeños dormitorios y un baño. Todo estaba limpio y ordenado, casi impersonal. Luego Diana advirtió un par de trofeos sobre una repisa. Con curiosidad se acercó. Eran trofeos que llevaban el nombre de Guy en una plaqueta dorada. En la pared, por encima de ellos, había un bastidor de madera para encajar el rifle, pero estaba vacío.

La puerta del dormitorio se abrió y Diana se dio vuelta. Holt se quedó mirándola y dudó en el acto mismo de cerrarla de nuevo. Diana también se quedó inmóvil y con la garganta apretada, mientras su corazón palpitaba desaforadamente.

No había duda de que él acababa de salir de la ducha. El cabello mojado le brillaba con tonalidades más oscuras. Tenía el pecho desnudo. Su carne musculosa se veía húmeda. Los pantalones negros acentuaban la delgadez de sus caderas y la amplitud de sus hombros. Era primitivo y peligroso. Ella sintió un leve cosquilleo en el estómago.

Sus ojos la recorrieron despacio y con insolencia. Aceradas lenguas bífidas le recorrían los senos, que abultaban la tela blanca, y las caderas. Sus sentidos se revolucionaban ante el impacto sensual de su aspecto.

-¿Estás aquí para darme la bienvenida? -Su voz era insolente, burlona y cínica.

-Yo... no sabía que estabas de vuelta. -Maldición, ¿por qué tartamudeaba como una niña quinceañera? El la enervaba, ¿pero tenía que ponerse en evidencia de esa manera

-Volví hace unos veinte minutos. -El cerró la puerta del dormitorio. Continuaba mirándola, con los pies ligeramente separados en una posición que indicaba poder.

-Estaba en casa. No te oí.

El ventilador estaba sobre el mostrador de la cocina detrás de Holt. "Mi Dios", pensó Diana, "puedo olerlo el jabón, la colonia de afeitarse, el almizclado olor animal de él." Una oleada de calor la recorrió como un vino potente.

- ¿Estás haciendo una recorrida de inspección por las dependencias? -dijo Holt mirando alrededor.

-Me voy al pueblo con Guy. Se suponía que nos encontraríamos en una hora.

De súbito, la temperatura de la habitación pareció caer a bajo cero. Sus facciones se endurecieron. Se volvió distante y frío. Los mensajes silenciosos que le había estado enviando se interrumpieron.

-¿Qué estás haciendo aquí? -preguntó Holt con voz fría.-

Confundida, Diana pensó que la razón de que estuviera ahí era obvia, pero de todas maneras explicó:

-Como no vi a Guy afuera y dijo algo acerca de cambiarse, vine.

-No está aquí. -Ya lo veo...

-Quiero decir -interrumpió él riendo ante la respuesta defensiva de ella, pero con gesto amargo y cortante-, no vive más aquí.

Diana quedó demasiado sorprendida por su anuncio para responderle inmediatamente.

-¿Dónde...? ¿Por qué...? --Ella tartamudeó ante su silencio.

- ¿Crees que podría vivir bajo mi mismo techo con el odio entrañable que me tiene?

-No pensé -dijo Diana sintiendo que algo se le revolvía por dentro y no pudo terminar la frase.

-Durmió en el granero la noche que volvimos. Al día siguiente limpió el viejo furgón y se llevó sus cosas para allá. Me sorprende que no te haya dicho nada. -Holt tenía expresión sarcástica.- Con la reclusión y privacidad del furgón podría haberte recibido un par de horas todas las tardes. - ¿Casi no he visto a Guy desde que volvimos, y tampoco le he hablado! -exclamó indignada.

-Siempre le tuviste poca paciencia -dijo con desagrado.

- ¿Crees que no sé cómo lo traté en el pasado? ¿Crees que ahora no lo lamento? - La protesta de ella indicaba una dolorida comprensión.

-¿Estás tratando de compensarlo? ¿Eso es lo que quieres decir? -la desafió Holt. Luego, inmediatamente retrocedió mascullando:- Bueno, ¿qué importancia tiene

ahora? Ya lo has separado de mí, Diana. No hay nada que pueda hacer para detenerte. Ya es tuyo... puedes jugar con él... o destruirlo -y dio media vuelta para volverse al dormitorio.

-Yo no lo quiero -interrumpió ella mirándole las cicatrices que le marcaban la espalda. Sus dedos recuperaron la sensación que habían tenido al acariciarle la piel. Y su memoria se remontó a aquel lejano verano en que se las viera por primera vez. Diana repitió la pregunta que él había hecho entorces.- ¿Cómo te hiciste esas cicatrices...?

Observó la contracción de sus músculos cuando él se tersionó ante la pregunta de ella. Con pasos rígidos fue hasta el mostrador de la cocina y tomó un vaso del aparador.

-Ve a buscar a Guy -intencionadamente ignoró la pregunta.

Sosteniendo el vaso debajo del grifo abrió el agua fría.

Llevada por un impulso irreprimible, Diana lo siguió. Se detuvo un paso detrás de él con la atención puesta en las pálidas marcas doradas de su espalda bronceada.

-¿Alguien te azotó? -murmuró mientras su mano tocaba apenas las marcas que iban desapareciendo\_, ¿por qué?

Ante el tacto de sus dedos, el vaso se estrelló contra la piletta. Holt rápidamente se dio vuelta y le tomó la mano, apretándole como un garfio los pequeños huesos de los dedos. Una furia mortal se reflejó en sus ojos.

Ella echó la cabeza hacia atrás, y la cortina de su cabello negro le dejó el cuello al descubierto. En un esfuerzo por aminorar el dolor, Diana se acercó más a él. Podía sentir el cuerpo de él, sus músculos sólidos, a través de los pliegues de su falda. El contacto físico súbitamente le borró el temor. Los ojos de ella eran de un azul intenso y brillante como el zafiro que se desgrana, por el dolor que sentía y el deseo de sentirse de nuevo poseída por él.

Sus deseos eran innegables. Sintió que Holt la apretaba y le miraba fijamente los labios, húmedos e incitantes. La presión de su brazo aflojó levemente mientras la otra mano se deslizaba hasta su hombro. Tuvo la intuición inmediata de que iba a ser triturada entre sus brazos.

¿Diana? -afuera, la voz de Guy preguntaba por ella. Tan súbitamente como se había hecho escuchar, la voz del deseo se desvaneció. Parte de ella quería sentir su cuerpo más cerca del de Holt, hacerle sentir a él lo bien que sus curvas se

adaptaban a su contorno masculino, obligarlo a olvidar incluso que Guy estaba afuera, buscándola. Si hubiera intuido la más leve posibilidad de éxito Diana habría dejado de lado su orgullo y su dignidad para tornarse tan atrevida y desafiante como cualquier criatura enamorada. Pero Holt ya estaba rechazando su vacilante avance inicial con enojo, mientras sus ojos adquirían una expresión congelada por el desprecio.

No dijo una palabra. El ardor de ella se acalló dominado por él. Diana giró sobre sus pies, fue caminando con calma hasta la puerta rebatible y la abrió. Una sonrisa este-reotipada le curvó los labios cuando Guy se volvió a mirarla. -Te he estado buscando -dijo con voz sorprendentemente calma.

Guy miró la puerta que se cerraba. ¿Sabría que Holt estaba de vuelta? Diana lo dudó. Desde adentro no llegó sonido de movimiento alguno. La mano de él la tomó del brazo y la condujo a la camioneta del rancho estacionada cerca.

-Ya no vivo más aquí -dijo Guy-. Me mudé.

-No me dijiste nada -dijo Diana con fingida ignorancia enmascarada tras la media verdad.

-Duermo en aquel viejo furgón que está cerca de los tanques de gas. -Le abrió la portezuela y le dio la mano para que subiera.- No es mucho -dijo mirándola y evidenciando que nunca había dominado el arte de ocultar sus sentimientos-. Necesita el toque femenino, Diana.

Ella podía haber gritado ante ese mensaje ardiente, pero ahora prefería controlar sus reacciones.

-No será por cierto mío -dijo con vivacidad-. Ya he tenido mi parte de feliz ama de casa. Otra tendrá que convertirlo en un feliz nido de amor para ti: -Diana sonrió tratando de dulcificar el efecto que sabía que le habían producido sus palabras.

- ¡Qué cosa...! --su boca se curvó en una dolorosa sonrisa-, no se me ocurre buscar otra.

Diaria dejó de lado su máscara para rogar:

-No quiero que me ames, Guy. No quiero herirte. Su mirada se apartó de la de ella mientras cerraba la portezuela.

-No puedes hacer nada para que eso no sea así -murmuró Guy y dio la vuelta para tomar el sitio del volante. Durante los primeros kilómetros, ninguno de los dos habló. Guy fue el que rompió el silencio con un comentario tentativo sobre los caballos. Diana le respondió y la tensión comenzó a atenuarse. Pronto estaban conversando

con la naturalidad de una amistad largamente compartida, tal como aconteció los primeros días del retorno de Diana, antes que todo se volviera tan complicado.

Cuando se aproximaban a una zona sombreada, apta para descanso a la orilla de la ruta, Guy aminoró la marcha y miró a Diana con los ojos chispeantes.

-¿Qué te parece si hacemos un alto? Ahí atrás tengo una heladera con un par de latas de cerveza y gaseosas. -¿Estás preparado, eh? -bromeó ella.

-Es parte de mi botiquín de emergencia en caso de que deba cambiar una goma y tenga la boca seca y llena de polvo mientras lo estoy haciendo. -Casi había detenido la marcha.- Bueno, ¿qué hacemos? ¿Tienes sed? Yo no tengo apuro en llegar a la ciudad; depende de ti.

Su manera de sugerir el alto no predecía nada más serio que matizar el tiempo y Diana se encontró aceptando. -Bueno, detengámonos.

Guy metió la camioneta en el sendero y fue hasta una sombra con el terreno cubierto de pedregullo y estacionó bajo los árboles nudosos. Cortó el contacto del motor y saltó afuera.

-¿Qué quiere tomar, señorita?

Diana le respondió con la misma parodiada seriedad. -Una lata bien fría de gaseosa.

-Su tono la hacía parecer una jovencita quinceañera.

-¿Con gusto a qué? -¿Qué gustos hay?

Una expresión pícaro animó sus ojos, mientras reía bromeando sugerente:

-Bueno, ya que la señorita pregunta...

Diana levantó la mano riendo y deteniéndolo: --Que sea una sorpresa.

Suspirando como falsamente contrariado, Guy fue hasta la parte descubierta de la camioneta. Se oyó un ruido de latas de aluminio y de gaseosas cuando estuvo de vuelta pasó su lata de Coca-cola. Diana apoyó la cabeza contra el respaldo del asiento y se relajó.

-Mmm, está rica -murmuró.

-Nada mejor que una bebida fría en un día de calor. El tomaba una cerveza y se esparcía el aroma de la malta por el automóvil.

Ella miró al acaso por la ventanilla, notando los cestos llenos. Algunos trozos de papel y unos cuantos envases andaban por el suelo cerca de las mesas de acampar. Ella y Guy no eran los únicos que se habían detenido a disfrutar de la sombra y el silencio.

Mucha gente usa este lugar, ¿no? Algunos con menos consideración que otros hacia las próximas personas que vendrán – dijo Diana mirando los papeles en el suelo.

sí, se usa mucho -asintió él-. Es un lugar muy popular para acampar y tomar cerveza y... además, preferido por la parejas...

Dada la reciente camaradería, Diana pasó por alto cualquier alusión posible y bromeó:

-¿Está hablando la voz de la experiencia? ¿Cuántas veces lo has usado para estar con una chica?

Guy tomó un trago de cerveza y revolvió el resto en la lata:

-Si me dices cuántas veces has estado tú aquí, yo también te lo diré -la azuzó.

-Es muy fácil. Yo nunca estuve antes aquí. Los chicos con quienes yo salía en la escuela nunca tuvieron suficiente coraje como para venir aquí con la hija del Mayor. Cuando él levantó la cabeza tenía la expresión que ella temía.

-Me alegra que no hayas estado aquí con nadie más, Diana, porque yo tampoco lo he hecho. -Dejó la lata en la repisa del tablero del auto y se volvió en el asiento, de frente a Diana. De pronto, el lugar amplio se volvía sofocante.

--Entonces es la primera vez para los dos -dijo Diana vivaz, ignorando lo que él quería decir-. Hemos hecho un pic-nic de cerveza juntos. Por lo menos, tú has tomado cerveza -dijo indicando la lata-. Mejor, tómatela antes que se caliente.

-Diana, no me ignores. No me trates así...

-No te ignoro, Guy -y dejó de simular-, simplemente no quiero...

-No hables. -El se acercó más poniéndole el brazo en torno a los hombros. Lo único que podía hacer Diana era someterse al abrazo o incrustarse contra la puerta. Eligió lo primero, poniendo el brazo entre los dos y tratando de mantenerlo a distancia.- Eres tan hermosa, Diana. Ya sé que te lo he dicho antes, pero es verdad.

- ¡Guy, no empecemos! -Ella trató de ser paciente con él, firme, sin resultar grosera.

-Te lo digo en serio -insistió él-. Extendió la mano tornándole un mechón de cabellos y envolviéndoselo en un dedo, acariciándolo con el pulgar.

Con un leve movimiento de la cabeza de ella, el cabello se deslizó de entre sus dedos y fue a juntarse con el resto. Sin darse por vencido, Guy le tocó la cara.

-Y tus ojos, son tan azules que podría ahogarme en ellos -murmuró Guy.

Diana trató de detener sus dedos, le tomó fuertemente la muñeca y le retiró la mano de su cara.

-Y amo tu boca. Dios santo, cómo amo tu boca. Perturbada por sus esfuerzos para quitarse la mano de él, Diana no había advertido que la cabeza de Guy descendía. El calor de su aliento que olía a cerveza, le estaba dando aviso. Ella cometió el error de volver la cara y halló que el beso de él la aguardaba. Comenzó a retorcerse esquivándolo.

-No me vuelvas a decir que no -rogó él.

Su ruego le tocó directamente el corazón dejándola totalmente vulnerable. Lo dejó que la besara, quedando fría y sin respuesta ante su ardiente presión. Pero tenerle lástima no era lo que correspondía, ¿no lo había aprendido ya en su última experiencia?

Diana se zafó de su beso, pero a Guy no pareció importarle continuó acariciándole el cuello. Su intento de excitarla con sus labios húmedos y mordisqueantes, solo contribuyó a acentuar la culpabilidad de Diana. Un sollozo ahogado salió de su garganta, y Guy pensó que era un gemido de deseo.

-Te amo, Diana. -Su mano presionaba el elástico del cuello de la blusa tratando de descubrirle el hombro.- Amo todo lo tuyo. -Su boca no se despegaba de la piel mientras hablaba.

-Guy...

Pero él no parecía dispuesto a dejarla hablar hasta que hubiera concluido.

-Amo tu belleza, tu piel, tus huesos. -Ella luchaba por apartarlo, con amabilidad pero con tanta determinación como le era posible. Para Guy era como si ella estuviera tratando de hallar una posición más confortable, o tratando de ponerlo cómodo a él para que le hiciera el amor. La mano de él finalmente pudo introducirse por debajo de la blusa y tomarle un seno que sostenía como una obra de arte preciosa.

Y amo tus senos --su voz estaba ronca de deseo-. Son tan redondos y plenos, con oscuros centros rosados, mas hermosos que cualquier cosa que haya visto jamás.

- ¡No! -Sus manos le levantaron la cara, tratando de apartarlo del objeto de su deseo. La respiración se le entrecortaba en sollozos.

Guy parecía destinado a entender mal. Dejó que lo apartara, pero cuando levantó la cabeza fue para ir al encuentro de sus labios. Diana eludió la boca pero le dejó en cambio la mejilla. Él sintió el gusto salado en la piel; entonces, se apartó arrugando el entrecejo.



-Diana, ¿qué pasa? ¿Por qué estás llorando? -su voz sin aliento por la pasión era confusa y atribulada. Diana volvió a mirarlo, sabiendo que lloraba tanto por él como por ella.

Ella desvió la vista, secándose fastidiada las lágrimas.

-Quiero que acabes con esto -dijo evitando mirarlo de frente para no ver su reacción. Sentir pena por él no era razón suficiente para seguir haciendo concesiones a sus deseos. Ninguno era culpable de los errores anteriores. Diana se acomodó el cuello de la blusa y abrió su bolso para sacar el brillo labial.

--Lo lamento. -El estaba sentado en su lugar, con las manos tomadas del volante, la cabeza gacha.- Te amo tanto que me dejo llevar -exclamó.

Con el lápiz en la mano, Diana bajó el visor para mirarse en el espejo rectangular.

-Podrías tomarte unos minutos para saber si la muchacha está dispuesta.

¿La imagen en el espejo era la de ella? ¿Tan fresca y compuesta, y, sí, tan hermosa? Sus ojos azules eran tan brillantes como piedras preciosas pulidas. La alteración en el maquillaje solo parecía haber oscurecido el contorno de sus pestañas espesas. Tenía el pulso firme. Nada revelaba lo conmovida y mal que se sentía por haberse entrampado a sí misma.

-Cada vez que me acerco a ti, recuerdo la forma en que me sentí la primera vez. Incluso cuando no estoy contigo me acuerdo. Dios mío, estabas tan hermosa, Diana, con tu cuerpo... tu piel brillante por el agua. Estabas ahí y yo podía tocarte y besarte toda. Cuando te hice el amor fue como si nos convirtiéramos en una sola persona. Después de estar dentro de ti, recostado a tu lado, sabiendo que un niño podía comenzar a gestarse, yo...

-Ninguna posibilidad de niño, Guy. No fui tan estúpida -se sentía sofocada y revuelta-. Dame tu lata para tirarla.

Guy obedeció automáticamente su pedido, solo a medias consciente de lo que hacía. Cuando ella abrió la puerta y se bajó, él la siguió.

-Dijiste que te había complacido, que no lo lamentabas. Y no me estabas mintiendo, ¿no es verdad? ¿No lamentaste que hiciéramos el amor?

-No, en ese momento, no. -La amargura y la recapitación fueron posteriores. Colocó las latas en el papelerero y giró para volver a la camioneta. Guy le atajó el paso y la miró a los ojos.

-¿Entonces, por qué no quieres que te haga el amor ahora? Ya sé que no quieres asumir ningún compromiso con nadie, pero no puedo creer que sea por eso. Hay algo más, ¿no es verdad?

-Guy...

-Es porque Holt te violó, ¿no es cierto? El, él es el culpable de tu enfriamiento. ¡Tendría que haberlo matado! - ¡No! ¿Acabarás de verme como si fuera una santa incapaz de hacer nada malo? ¡No me violó!

Una mirada de incredulidad le dominó el rostro. -¿Tú quisiste hacerlo? ¿Tú, que siempre lo has odiado tanto como yo? No puedo creer que tú realmente hayas... querido que él...

-Primero no quise. -Ella buscaba desesperadamente una fonna de explicar algo de lo que no estaba segura.¿Cómo puedo hacértelo comprender? El sexo y el amor no van necesariamente juntos, ni siquiera para una mujer. -Diana apartó la vista, avergonzada por haber caído tan fácilmente en los brazos de un hombre que la despreciaba. Créeme que admitirlo no me hace sentir muy ufana.

-¿Lo lamentas?

-Sí, lo lamento. -Su respuesta fue acompañada por una breve y amarga risa.

Guy rehusaba creer lo peor de ella.

-De todos modos eso no cambia el hecho de que Holt te forzó cuando tú no estabas dispuesta. Yo te vi luchar contra él tratando de impedirselo. Nada de lo que tú puedas decir puede volver menos brutal lo que él hizo. Aquí tienes las consecuencias. Tendrá que pagarlo.

Su corazón gritaba: "Dios mío, ¿no crees que lo está pagando?"

¿No se daba cuenta Guy de que el odio que sentía por su padre era el peor castigo que podía inferirle? Le dolía la garganta. Diana dudaba de que las palabras pudieran penetrar la coraza del odio. ¿Acaso no le había enseñado ella a forjarse esa coraza?

-Trata de olvidarlo, Guy -su voz sonaba tan cansada como en realidad lo estaba-, ¿no crees que es hora de que continuemos nuestro camino?

El aceptó de mala gana. Diana se sentó bien junto ala puerta. Mientras iban por la carretera el viento entraba por la ventanilla abierta desordenándole el cabello y revolviénselo en ondas renegridas. Durante varios kilómetros solo se escuchó el ruido del motor y de las ruedas del coche. Esta vez fue Diana la que habló primero.

-¿Alguna vez le preguntaste a Holt de dónde provienen esas marcas que tiene en la espalda? -Hubo una pausa, pero Guy nunca apartó los ojos del camino.

-Sí, se lo he preguntado. -¿Y?

-Nunca me dio ninguna respuesta.

Casi no se volvieron a decir nada hasta llegar a la ciudad. Guy aminoró la velocidad hasta llegar a una parada en una de las intersecciones principales de calles y miró a Diana.

- ¿Dónde quieres que te deje?

-En cualquier lugar del centro. Voy a ver algunos escaparates solamente. ¿Cuánto piensas tardar?

-Más o menos una hora. -Las luces del semáforo les dieron paso y Guy introdujo la primera, luego apretó el acelerador.

- ¿Dónde nos encontraremos?

Guy consultó el reloj que tenía en la muñeca con una ancha pulsera de cuero.

-Digamos que a mediodía podemos almorzar antes de emprender la vuelta al rancho, si te parece bien. -Entonces nos encontramos en el hotel alrededor de las doce -asintió Diana.

-No estás enojada conmigo, ¿verdad? -su pregunta era vacilante, pidiendo que le asegurara que lo había perdonado.

-Nunca me enojé contigo, Guy. -¿Cómo habría de estarlo si nada de lo que pasaba era culpa de él? La culpa era de ella, ella misma se había embarullado en este desbarajuste sentimental.

Guy la dejó en una calle del centro. Diana anduvo mirando algunas tiendas, pero sin entusiasmo alguno. Veinte minutos más tarde se encaminó hacia el hotel. Un grupo de jugadores estaban entreteniéndose con los juegos colocados a la entrada. Había ruido de palancas que se levantaban y bajaban, de ruedas que giraban; de vez en cuando sonaba la campanilla indicadora de que alguien había acertado y nuevas monedas caían en la bandeja de metal. Los juegos de mesa eran demasiado conocidos para que Diana se detuviera a indagar. Siguió de largo, subió los escalones. Otras mesas de juego estaban prácticamente vacías. El encargado la miró y la saludó mientras Diana seguía camino a la cafetería del hotel.

La multitud del mediodía estaba comenzando a llenar el restaurante. Diana miró a su alrededor en procura de una mesa vacía para esperar a Guy. Una mano que se agitaba le interrumpió la investigación.

-Ven, siéntate con nosotros, Diana. -Peggy Thornton le hacía señas de que se aproximara al compartimiento de ellos.

-Me encantaría -dijo Diana cuando se arrimó a la mesa-. Pero he quedado en encontrarme con Guy aquí para almorzar. No esperaba encontrarlos a ustedes. ¿Dónde están los chicos?

-Siéntate y toma un té helado con nosotros mientras esperas a Guy -la invitó Peggy-. Dejamos a los chicos con marná. -Echó una mirada a su marido, sentado a su lado-alan decidió que necesitaba sacárrnelos de encima un poco, entonces me trajo a la ciudad para hacer algunas compras y me invitó a comer. ¿No es un encanto? Era obvio que se trataba de un programa nada frecuente para Peggy. Algo tan pequeño y tan fácil de hacer que Diana se fastidió con Alan por no sacarla más a menudo.

Peggy estaba sentada junto a él, casi radiante de felicidad. -Siéntate, Diana. -Alan Thornton reforzó la invitación de su esposa.- ¿Qué quieres tomar? ¿Quizá café en lugar de té?

-Té helado está bien.

Mientras Alan llamaba a la muchacha que servía, Diana se sentó en el banco del lado opuesto al de la pareja. Solo que el banco no estaba vacío. Holt estaba ya ahí, con una taza de café humeante delante de él. Ella no lo había visto, había dado por seguro que Peggy y Alan estaban solos. -No sabía que estabas aquí. -La frase parecía casi una acusación pronunciada mientras Diana algo vacilante, se sentaba en la punta del banco.

- ¿Quieres cambiar de idea con respecto al té? -dijo Holt.

- ¡Por cierto que no! -rió Peggy-. ¡Qué tontería! Siéntate, Diana. No le hagas caso. He estado pensando en llamarte, pero Amy ha estado enferma y no he tenido un momento libre.

Con cierta resistencia Diana se deslizó en el banco al lado de Holt. Todos sus músculos estaban en tensión, sus nervios a flor de piel, sus sentidos alertados por la proximidad de él. Sabía que estaba tensa pero no podía distenderse y comportarse con naturalidad.

- ¿Cómo está Amy? Espero que se encuentre mejor. -Las palabras salían impostadas, sin sinceridad, pero Peggy no parecía notarlo.

-Sí, está mejor, pero creo que ahora Sara caerá con sarampión. Y se pone tan molesta cuando está enferma que no quiero ni pensarlo porque tengo que cuidar a

los dos más pequeños también. Ah, la maternidad... -suspiró Peggy-. Es bueno disfrutar de unas horas de libertad. -Ella dice eso terció Alan-, pero es pura charla. Desde que dejamos a los niños con su madre esta mañana, ya habló dos veces para saber cómo están. Si dijera la verdad estoy seguro de que preferiría estar con ellos en este mismo instante.

-No es verdad. Me gusta tenerte para mí sola sin uno de ellos que me tire de la falda porque quiere esto o aquello -dijo apretándole el brazo.

- ¡Alan! ¡Qué tal muchacho! -Una voz masculina lo saludaba con deleite.- No te veo desde hace... ¡qué sé yo - cuánto tiempo hace!

Un hombre mayor se arrimó a palmear el hombro de Alan y a darle vigorosamente la mano. Diana tenía un vago recuerdo de él, había sido dueño de un rancho, luego lo vendió y se retiró. Tenía un alfiler de corbata con una turquesa y la hebilla de su cinturón era muy elaborada y adornada también con turquesas. Alan presentó al hombre como Ed Bennett.

-Usted es la hija del Mayor -su amplia sonrisa se volvió hacia Diana-. La última vez que la vi me llegaba a las rodillas. Señorita -llamó a una de las muchachas que servía-, tráigame café. -El hombre jovial dio por sentado que era lo natural sentarse con ellos. Cuando se acomodó junto a Diana, ella se vio forzada a correrse más junto a Holt para hacerle lugar.

-¿Cómo está su padre? Me dijeron que no andaba bien. ¿Problemas del corazón?

-Sí, pero ahora está mucho mejor

El pulso se le había desmandado. El muslo de Holt estaba pegado al de ella. El hombro de ella estaba incrustado en el brazo de él, hasta que Holt lo levantó para ponerlo en el respaldo. En lugar de dejar más espacio, su movimiento pareció anidar más a Diana contra él. Holt olía a limpio y fresco con ese leve aroma almizclado que la perturbaba tanto.

El ranchero volvió a depositar su atención en Alan y Peggy, haciendo sentir a Diana aun más aislada en el rincón con Holt.

- ¿Por qué estás en la ciudad? -le preguntó en voz baja y con cierto fastidio, y se volvió levemente para mirarlo, sin levantar la vista más allá de su afeitada mandíbula. El padrillo que compré llegará esta tarde. He venido a huscarlo para llevarlo -su respuesta fue también en voz baja, dejando que los otros tres continuaran su conversación. Holt siguió tomando su café aparentemente indiferente a la forzada cercanía de ella.

- ¿Por qué, aquí? -Diana escuchó una nota de altivez en su voz, como si hubiera estado intentando ponerlo en su lugar. Era puramente una actitud defensiva.- ¿Por qué no...?

-Traen el padriño por avión -la interrumpió-, el piloto me llamará aquí desde el aeropuerto cuando llegue. El asentó el pocillo y figurativamente también les puso punto final a las preguntas de Diana. Ella apretó el vaso fresco como para calmar sus ardores, pero el calor le corría por las venas.

Diana podía oír que los demás hablaban, pero las palabras parecían resbalarle. Santo Dios, ¿qué estarían diciendo? Trató de concentrarse. Todo fue inútil. Estaba demasiado consciente del ritmo del pecho de Holt contra el brazo de ella. El calor de su cuerpo le perturbaba la mente, pero debía mantener la cabeza fría.

Su respiración era tranquila. Temía moverse. En algunos momentos divisaba el rostro de él tan masculino y recio, pleno de un encanto viril y distante. Sus enmascarados ojos grises estudiaban la región sombreada entre sus senos que sólo él alcanzaba a ver ya que miraba desde arriba. Holt debió sentir el débil temblor que la recorrió de pies a cabeza porque su mirada se fijó en los labios de ella. Había una obnubilante sensación y posesión y su magnetismo animal la volvía débil.

Diana, ahí está Guy- la voz de Peggy emergió entre la niebla y su mensaje quebró el encantamiento-. ¡Guy!- Diana se volvió cuando Peggy le agitaba la mano a Guy que la buscaba en el salón.- 'Por aquí!

Hola, Peg, Alan.- Guy se aproximaba.- Estaba buscando a.....Diana. La pausa se hizo cuando la vio a ella y a se alargo aun más al ver a Holt.

Trae una silla y siéntate en el extremo- lo invitó Alan,

-Gracias, pero me parece que en este compartimento hay más gente de la que puedo manejar por el momento. Diana y yo encontraremos una mesa.-La expresión de la cara de Guy era la de un hombre que viniera en tren de rescate, pero lo peor del caso era que Diana no estaba para nada segura de que quisiera ser rescatada. En lo concerniente a Holt, ella parecía no tener dignidad.

-Que tengas éxito, Guy -Alan rió-. El lugar está repleto; no hay una mesa disponible. Además tenemos bastante espacio. Roba una silla de alguna parte y ven aquí.

-Bueno, es que... -Guy trataba de pensar una excusa. La muchacha que los atendía estaba en la mesa próxima y Alan le dijo:

-Alguien más se nos ha unido, ¿podría encontrarle una silla? Cuando usted pueda le haremos el pedido.

La decisión quedó fuera de las manos de Guy. Diana sintió acentuársele la culpabilidad especialmente cuando Guy quedaba como torpe e incommunicativo, respondiendo todo el tiempo con monosílabos, sin saber qué decir, como un niño, y mirándolos todo el tiempo. Diana tomó buen cuidado de ignorar a Holt pese a que literalmente estaban codo con codo.

La muchacha volvió para llenarles los pocillos y retirar los platos. Holt cubrió su taza con la mano.

-No más para mí -dijo. Su mirada se deslizó hacia el hombre que estaba sentado en el extremo del banco--. ¿Me permitiría pasar? Quiero ir hasta el mostrador para saber si no hay ninguna llamada para mí.

El ranchero retirado se puso de pie y Diana se apartó para que Holt pudiera salir. Ella se había acostumbrado tanto a estar apoyada en él que se sintió extraña al quedar sola.

-Parece que Holt no volverá -comentó Peggy cuando pasaron varios minutos.

-Probablemente, no -se lamentó Alan-. Lo vi pagar su consumición en la caja antes de salir del restaurante. -¿Y qué estaba haciendo aquí? -preguntó Guy con cierto tono beligerante.

Diana le explicó que había comprado un nuevo padrillo.

-Probablemente Holt recibió el mensaje de que el avión ha llegado.

-Ah, ya veo. -Pero de todos modos había irritación en el tono de Guy. Miró la hora en su reloj.- Es hora de que regresemos al rancho.

- ¡Todavía no! -protestó Peggy-. Diana y yo no hemos tenido tiempo de charlar. ¿No te puedes quedar un rato más?

-Lo haríamos con gusto, pero tengo que volver a trabajar. -Guy trató de que su rechazo fuera amable y firme a la vez.

-Diana no tiene que regresar, ¿verdad Diana? -Peggy se volvió hacia ella.- Alan y yo te podemos llevar luego a tu casa. Pasamos por tu rancho, de modo que no tenemos que apartarnos del camino. Podremos conversar un rato. Y además tengo algunas compras que hacer. Tú me puedes acompañar. Hace siglos que no salgo de compras con una amiga. De modo que, por favor, di que sí.

No era otra la respuesta que Diana quería dar. La perspectiva de hacer todo el trayecto de vuelta con Guy tal como estaban las cosas no le hacía ninguna gracia.

Además ella también quería pasar unas pocas horas con su amiga.

-Naturalmente que me quedaré. Me parece divertido. -Se volvió hacia Guy, ignorando su expresión resentida. Dile al Mayor que me quedé en la ciudad con Peggy y Alan.

Hubo una décima de segundo en que Diana pensó que él iba a insistir para que ella lo acompañara. Luego Guy saludó cortésmente a todos con la cabeza y dio media vuelta para salir.

El rancharo retirado Ed Bennett, había localizado otra vieja amistad y había ido a hablar con ella. Alan decidió que ya era hora de comenzar sus quehaceres. Cuando Peggy sugirió una visita al tocador del hotel, Diana estuvo de acuerdo.

Ella permaneció un rato delante del espejo desenredándose el cabello. Peggy se retocaba los labios y se ponía un poco de polvo en la cara pálida. Al encontrar la mirada de Diana en el espejo le comentó:

-Guy parecía celoso de ti y Holt.

-¿Qué estás diciendo? -dijo Diana dejando de cepillarse.

-Vamos, Diana, siempre ha estado loco por ti. Eres lo bastante mujer como para darte cuenta de ello. Lo que comenzó como adoración de niño parece haber crecido y convertido en algo real con la implicación de los celos y todo lo demás.

-Guy cree estar enamorado de mí -era inútil negarlo-. Pero estás equivocada si crees que entre Holt y yo hay algo. Nunca nos hemos podido soportar el uno al otro.

-Qué curioso, tuve la impresión... -Peggy se detuvo en medio de la frase y se encogió de hombros.- Alan siempre dice que tengo una imaginación enfervorizada. - Seguramente es así.

Peggy volvió a guardar el lápiz labial en su bolso y dio la espalda al espejo.

- ¿Lista?

Diana se detuvo todavía a esponjarse el cabello con las puntas de los dedos y luego asintió. El tocador estaba en el segundo piso del hotel. Al bajar las escaleras, Diana vio a Holt de pie detrás de uno de los jugadores del fútbol de mesa, casi al pie de la escalera. El corazón le palpitó más fuerte. Entonces, no se había ido.

Como consciente de su aproximación, Holt volvió la cabeza y sus ojos grises, metálicos la atraparon. Parecía que el piso giraba debajo de los pies de Diana, pero era solo el temblor de sus rodillas. El se adelantó para interceptarle el paso.

-Holt --dijo Peggy algo sorprendida-, creíamos que te habías ido.



- ¿No ha llegado todavía el avión? -preguntó Diana aprovechando el comentario de su amiga.-

No, aún no. ¿Dónde está Guy?

-Se fue de vuelta al rancho. Yo iré con Peggy y Alan. -Sí, vamos a hacer algunas compras. Para Diana será una novedad puesto que la voy a llevar por todas las secciones para niños. Se volverá experta en ositos y demás.

-.Puesto que te quedarás en la ciudad, podrías volver conmigo. Será una parada menos para Alan. -El destello de sus ojos le hacía imposible decir que no

Para nosotros es lo mismo---insistió Peggy.

Además – agrego Diana- --, ustedes no saben a qué hora volverán.

Según el informe del piloto, no estará aquí hasta dentro de un par de horas. Podrías darme una mano con el padrillo.

¿ Por qué él de pronto buscaba su compañía? Diana. no podía dejar de ser escéptica. Ella quería la de él pero dudaba que lo contrario fuera cierto. Entonces, ¿por qué se lo estaba pidiendo? No, la causa no era el nuevo padrillo.

Digamos que fue la curiosidad lo que le hizo decir: -Hemos quedado en encontrarnos con Alan aquí en el hotel cuando terminemos las compras. Si para ese momento has ido a buscar el padrillo, iré de vuelta contigo. -Diana quiso mostrar bien a las claras que no estaba ansiosa por la compañía de él.

-Muy bien.

-Quizá te veré más tarde -dijo Peggy y dio media vuelta para salir.

Diana se dispuso a seguirla, pero Holt le tomó la mano. Ella se detuvo sintiendo algo duro y metálico en la palma. Había un brillo frío y desafiante en su mirada en el momento en que le soltó la mano. Los dedos de ella se cerraron en torno del objeto. El calor le subió a las mejillas al reconocer que el objeto era una llave, la llave de una habitación. Se la hubiera arrojado a la cara, pero Peggy se dio vuelta.

- ¿Vienes, Diana?

Ella le sostuvo la mirada por otro segundo, sintiéndose insultada e iracunda, pero disimulándolo respondió:

-Sí, te sigo.

La llave parecía agregarle un, peso enorme a su bolso. Diana sintió que se volvía más y más pesada a medida que pasaban los minutos y se acercaba la hora en que debían retornar al hotel.

Como le había advertido Peggy la visita a las tiendas se limitaba al departamento para niños. Diana, que anteriormente no había tenido ningún interés en las cosas para niños, se vio de pronto rodeada de todos los objetos en miniatura que se pudieran pensar.

-Sara maltrata tanto la ropa que cuando le llega a Amy ya no sirve para nada. Brian, por cierto, hereda lo que puede de ambas. Y yo nunca me había dado cuenta hasta qué punto las ropas de las niñas tienen frunces, lazos y voladitos, lo que pone los nervios de punta a Alan cuando ve a Brian con ellas. -Peggy seguía mirando las ropitas colgadas en pequeñas perchas en los colgadores. Sosteniendo en alto un diminuto trajecito de tela rústica preguntó:

- ¿No es precioso?

-Realmente lo es -asintió Diana.

- ¡Oh! -Peggy miró el precio y revoleó los ojos.¡ Es un crimen! No se puede pagar tanto por ropa que

en pocos meses les quedará chica. Simplemente voy a tener que aprender a coser.

-¿En qué momento vas a coser? -Por lo que Diana había visto Peggy estaba ocupada las veinticuatro horas del día.

-Por la noche, cuando todos duermen. -Peggy parecía considerar la idea.- Creo que voy a hablar con Alan para que compremos una buena máquina de coser de segunda mano. Sería práctico puesto que ahora llevo todo, lo que tengo que emparchar a casa de mamá y lo hago ahí, en la máquina de ella.

Peggy revisó todo lo que había y por último compró algunas camisitas baratas y pantalones cortos. Al salir del departamento para niños pasaron por el de vestidos para señoras. Uno de jersey estampado con verdes y dorados llamó la atención de Diana.

-Mira, Peggy. Con tu color de piel ese vestido te quedaría monísimo. -Diana instintivamente sabía que estaba en lo cierto. El tejido dulcificaría la delgadez huesuda de la figura de Peggy, y los colores harían resaltar los matices de su cabello castaño rojizo.

-Es muy bonito, ¿no es verdad? -Pruébatelo -insistió Diana.

-No. -Su risa era levemente una toma de conciencia.Los chicos son los que necesitan ropa. Yo no. Tengo el armario lleno de faldas y vestidos del tiempo en que enseñaba en la escuela.

Es decir, hace casi diez años. Ahora están fuera de Moda. - Ea color que subió a las mejillas de Peggy hizo que Diana quisiera morderse la lengua.

-Ahora se volverán a poner de moda. En un par de años seré la mujer mejor vestida del lugar.

-Todas las mujeres necesitan algo nuevo de vez en cuando. Les gratifica el ego. \_

-Es posible, pero, por ahora, lo dejaremos. Diana, de pronto se obstinaba en que su amiga, que tenía tan poco, poseyera ese vestido.

-Está hecho para ti, Peggy. Si lo que te hace dudar es el dinero, te lo compro como adelanto de regalo de Navidad.

-Sé que lo haces de corazón, pero no puedo permitirte. Alan lo advertiría y se sentiría menoscabado. Además, ¿dónde voy a usar un vestido así? Con los chicos, apenas

salimos. Y ese vestido es demasiado llamativo para ir a la iglesia los domingos. Te lo agradezco igual, Diana.

"Maldito Alan y su orgullo", pensaba Diana cuando salían de la tienda con Peggy. Maldito por ponerla a Peggy en situación de tener que llevar una vida de mezquindades en ese pequeño rancho. No estaban en condiciones de tener el primer niño, pero el maldito la había dejado embarazada dos veces más. Su mano se cerraba contra el bolso, apretando la llave que tenía dentro. ¡Malditos todos los hombres!

-Probablemente Alan nos esté esperando ya en el hotel. -Peggy no advertía el fastidio que hacía empalidecer el rostro de Diana.- ¿Emprendemos la vuelta?

"Claro, no se puede hacer esperar a Alan", dijo Diana para sus adentros.

-Sí, podríamos volver -aceptó con calma mortal. En el cruce de la calle frente al hotel una sonrisa iluminó la cara de Peggy.

- ¿Viste? ¿Te dije que me estaría esperando?

Alan Thornton estaba de pie ante la puerta del hotel. El ceño fruncido volvió a su expresión habitual cuando las vio a punto de cruzar.

- ¿Terminaste con las compras? -Tomó los paquetes que Peggy cargaba y los llevó él.

-Todo listo. ¿Tuviste que esperarnos mucho?

-No, no mucho -dijo, luego se volvió hacia Diana: Vi a Holt en el hotel hará unos veinte minutos. Dijo que tú irías a tu casa con él:

-Sí, será mejor que vaya a preguntarle si ya está listo para salir.

-Me alegro de que te quedaras, Diana. Lo pasamos bien. Ven a verme pronto al rancho, ¿sí?

-Iré pronto, Peggy -le prometió Diana.

Haciéndoles adiós con la mano, Diana entró en, el hotel. No encontró a Holt en el casino ni en el restaurante: No esperaba tampoco hacerlo. Ella sabía dónde estaría esperándola.

El enojo hervíale dentro como la lava de un volcán antes de desbordarse en la erupción. Abriendo su bolso, sus dedos se cerraron en torno de la llave de la habitación. Furtivamente echó una mirada al número antes de esconderla en el puño cerrado.

Subió por las escaleras hasta el segundo piso, pasó por los cuartos de baño para damas y se internó en el corredor al que daban las habitaciones. Gracias a Dios no había nadie, de modo que no la verían buscando la habitación que coincidía con la llave.

Cuando halló el número golpeó suavemente. Nada se hizo oír desde adentro. Diana vaciló solo un momento antes de introducir la llave en la cerradura y girarla. Al abrirse vio a Holt ante la ventana, mirando por detrás de los visillos hacia la calle en medio de una nube de humo proveniente de su propio cigarrillo. Entró con furia contenida. La falda se le abanicaba en las piernas.

Cuando se oyó el ruido de la puerta que se cerraba, Holt le echó una mirada oblicua sin apartarse de la ventana. -Algo me decía que no ibas a aparecer.

-Ah, ¿sí? -dijo. con sorna-. ¿Qué te creíste que iba a hacer?

-Es mejor que bajes la voz si no quieres que alguien se queje al gerente. -Fue tranquilamente hasta un cenicero y aplastó la colilla.

--¿Qué crees que es- pensando el gerente ahora?. -susurró Diana-. ¿Crees que no están haciendo hipótesis sobre por qué alquilaste la habitación?

-Saben por qué -sonrió Holt sin humor-. En realidad he tomado tres habitaciones: una para el piloto, una para el copiloto y otra para el tipo que trae el animal. Ellos pasarán la noche aquí y volarán de vuelta a California por la mañana.

-¿Y ésta a quién pertenece?

-¿Qué importancia tiene? La estoy usando temporariamente hasta que se reciba el mensaje telefónico diciendo que el avión ha llegado. Es mejor estar aquí, que abajo aguardando la llamada.

Cautelosa. Sin creer por completo en lo que él decía y con el fastidio reflejado en la mirada, Diana preguntó: - ¿Cuánto hay que esperar hasta que llegue?

-Un par de horas.

-Eso fue lo que dijiste la última vez.

-Así es. -La miraba desaprensivamente a través de su máscara neutra y la actitud alerta, tras su aparente indolencia.- Las condiciones del tiempo demoraron la salida.

- ¿Y tú crees que yo voy a estar aquí esperando durante dos horas?

-Es menos aburrido que estar abajo.

-Tú estás aburrido, ¿no es así? -Diana estaba tan furiosa que temblaba.- ¿Se supone que debo entretenerte? ¿Qué quieres que haga? ¿Que me saque la ropa y me meta en la cama como una prostituta? ¡Aquí está la llave! -dijo arrojándosela-. Ya sabes lo que puedes hacer con ella. Me voy.

La llave le dio en el pecho y cayó al suelo. -Alan y Peggy ya se han ido.

-Y ¿qué importancia tiene? Hay más de un modo de llegar al rancho. -Ella vaciló, sabiendo dónde era vulnerable y pegando ahí.- Por ejemplo, puedo llamar a Guy y pedirle que me venga a buscar. -Sus ojos parecían lanzar fuego antes de achicarse de manera peligrosa.- Se pondrá contento de poder venir a rescatarme de tus garras. -Luego, con maligna satisfacción se aprestó a salir.

Había dado un paso cuando Holt la tomó del cabello desde atrás.

- ¡Al demonio! -exclamó él haciéndola retroceder y apretándola entre sus brazos.

El tirón de cabellos arrancó un leve grito de Diana, pero Holt lo ignoró. Ella se llevó una mano a la parte de atrás de la cabeza para calmar el dolor y se halló atrapada en la trampa de acero de sus brazos.

Forzándole la cabeza hacia atrás, Holt la miró fijamente a los ojos durante un largo minuto, hasta que le faltó el aliento por el miedo y algo más. Hasta que quedó sin habla ni de protesta ni de dolor.

-Maldita seas -masculló él.

La boca de él 'se posó con ansiedad sobre la de ella dando contra sus dientes. Diana sentía sollozos ahogados en su garganta. El círculo cada vez más prieto de sus brazos le aplastaba los senos contra el pecho de él; los botones de la camisa se le incrustaban en la carne. Todo se oscurecía en su mente.

La presión de la boca de él cambió sutilmente, la crueldad se volvió exigencia. Diana respondía. Sus sentidos la traicionaban dando rienda suelta a la pasión. Las manos de él le frotaban ahora la dolorida 'cabeza. Sus dedos se - hundían en su

marañada cabellera. Los «brazos de ella le rodeaban el cuello haciéndola ponerse en puntas de pie para alcanzar la boca de él. Un cinturón de acero le rodeaba la cintura levantándola en vilo y recorriendo de esa manera los pocos pasos que los separaban de la cama; cayeron juntos en ella.

El volcán de rabia que había estado pronto a la erupción se convirtió en explosión de deseo. Su tacto, sus besos, sentir el cuerpo de él junto al de ella la excitaba, como siempre, haciéndole poner por encima de todo las primitivas demandas animales de la carne. El ardor crecía y crecía a medida que él la acariciaba con astucia y le besaba el cuello. El la llevaba al paroxismo del deseo hasta que el cuerpo se le retorció dolorosamente en la necesidad y sus caderas se movían con automatismo espasmódico por las caricias de su mano.

-¿Quieres que me detenga, Diana? -su voz murmuraba contra la curva de su cuello-. ¿Quieres?

Un suave gemido de protesta salía de su garganta, sabiendo cuál era su respuesta y odiándolo por llevarla a pedírselo. ¿Por qué no la poseía de una vez? Así quedarían satisfechas las necesidades de los dos.

Holt se apartó un momento para volver a preguntarle: - ¿Quieres que te deje?

Ella cerró los ojos contra la mirada abrasante de él. -No -dijo apenas en un susurro. Pero no recibió el estímulo de su ardiente beso. En cambio, Holt se apartó de la cama.

-Quítate la ropa. -Ante la insinuación de protesta, Holt comenzó a desabotonarse la camisa con salvaje impaciencia.- No quiero tener que explicar desgarrones cuando salgamos del hotel, y tal como me siento ahora... -El resto de lo que dijo se perdió al darse vuelta.

Con manos temblorosas, Diana se quitó la blusa por la cabeza y se desabrochó el cierre de la falda. Se la quitó saliendo temblorosa de la cama, temblando de vergüenza y con un deseo que no podía controlar. Se quitó las sandalias y las medias, primero sosteniéndose sobre un pie luego sobre el otro, y consciente al mismo tiempo de que Holt se desvestía a sus espaldas. Cuando toda su ropa quedó en un montón se hizo el silencio. Diana se volvió quitándose el cabello de la cara.

La mirada de él la recorrió lentamente: sus piernas largas, sus caderas delgadas, sus senos redondos, hasta detenerse en la cara. Por primera vez en su vida Diana estaba consciente de su desnudez, y también de la de él. Una palabra torpe por parte de él y ella hubiera huido antes que enfrentar la humillación del sometimiento.

En la expresión de sus recias y magras facciones se leía el conflicto. Por fin levantó la mano y tocándole apenas la mejilla, siguiéndole el contorno de la mandíbula susurró:

- ¿Por qué tienes que ser tan condenadamente hermosa?

Diana supo, en ese instante, lo supo cabalmente que Holt la necesitaba más de lo que la despreciaba. No podía controlar lo que sentía, tal como ella tampoco podía hacerlo. El también estaba atrapado en el remolino de la pasión que los arrastraba a los dos. Con la desesperación de dos amantes que se buscan en la muerte se unieron y dejaron que el remolino los arrastrara hasta donde quisiera.

Luego, debilitada y exhausta, Diana yacía en el hueco de su brazo. Cerró los ojos, temerosa de hablar y de que las palabras disminuyeran la maravilla de lo que había experimentado. Holt delicadamente limpió las lágrimas de sus mejillas y cubrió sus cuerpos con la ropa de cama. Dejándose llevar por la mullida sensación de sus brazos Diana se sumió en una nube que esquivaba la realidad.

En un momento dado algo perturbó su sueño y una voz apacible acerca de su oído murmuró:

-Ssh, duerme, chiquita -y Diana obedeció esa orden amable.

Más tarde el frío se hizo sentir en su piel, entonces se acurriló más cerca de Holt, pero al no encontrar inmediatamente su forma sólida, sus manos tantearon debajo de las mantas. Semidormida advirtió que él no estaba ahí. Un instante después abrió los ojos, su razón emergía a la plena conciencia. La habitación estaba vacía. Las ropas de él habían desaparecido. Un largo rectángulo de sol amarillo entraba por la ventana. Era tarde. Se estaba poniendo el sol.

Diana se sentó en la cama. Con un bostezo sepultó la cara entre sus rllanos. ¿Por qué tenía que despertarse sola? Hubiera sido tanto más hermoso si se hubiera despertado `entre los brazos de Holt. Diana se mordió el labio inferior para sofocar un sollozo.

Con un movimiento brusco se quitó la sábana de encima y salió de la cama. Fue hasta el baño y se detuvo ante el reflejo de su cara adormilada, y la expresión de su mirada perdida en el espejo. Dándose vuelta abrió el grifo de la lluvia. Se envolvió el cabello con una toalla para irnpedir que se le rnojara y se metió en la bañera corriendo la cortina. La fuerza de la lluvia la hería como agujas sobre la piel, quitándole la pereza. Con los brazos levantados, los ojos cerrados, dejó que el agua

le corriera por el rostro y el cuerpo. Abrió las palmas de las manos en silenciosa alabanza del agua purificadora.

Por un momento el ruido del agua la ensordecía para otro ruido posible. Cuando, de súbito, se corrió la grito sobresaltado. Holt estaba ahí, impasible.. Recuperó entonces el aliento mientras retrocedía contra la pared embaldosada, haciendo que la lluvia actuara como un escudo entre ellos.

- ¿Dónde has estado? -su pregunta era una acusación y un temblor.

-Llegó el avión. -El continuó manteniendo apartada la cortina y observándola, sin despegar la vista del rostro de ella que brillaba por el agua que lo empapaba. - Tuve que hacer cargar el padriilo en el camión y luego traer a la tripulación aquí.

-La tripulación. -Diana recordó que esa habitación del hotel pertenecía a uno de sus componentes.- Tenderé la cama en cuanto termine de bañarme. Supongo que estarán esperando abajo.

-El piloto y el copiloto ocupan la misma habitación, de modo que no hay apuro en dejar ésta. -Holt soltó la cortina y se dio vuelta. Diana alcanzó a ver que se desvestía. -¿Qué estás haciendo? -Ella pareció quedar sin aliento.

Los ojos de Diana se abrieron redondos cuando vio que Holt entraba a la bañera. Parecía más alto, sus hombros más anchos, volviéndola a ella más pequeña. Sus hombros y espalda la protegían del golpe de la lluvia. Ella lo miraba a los ojos que se le oscurecían como el carbón de leña. Su figura delgada, musculosa parecía más enorme que la vida, su musculatura se perfilaba dibujada por la fuerza del agua.

Diana sintió que renacía el ardor en sus venas, pero no se movió mientras Holt tomaba el jabón y se jabonaba las manos. Pero sus ojos parpadearon ante el toque sensual de las manos de él en su garganta, y se producía una música alocada en sus oídos cuando él jabonaba cada pedacito de su cuerpo lenta y acariciadoramente. Los dedos, las palmas, los senos, las piernas, el ombligo, todo su cuerpo temblaba ante el tacto erótico de sus manos. Diana se aferró a sus hombros cuando sus miembros debilitados por la pasión ya se negaban a sostenerla. Entonces, la boca de él se cerró sobre la de ella en un beso enibriagador.

El agua les corría por la cara y por sus cuerpos entrelazados. Y la calidez del agua no era nada en comparación con la temperatura que los fundía. El agua se enfrió



antes que ellos. Durante largos minutos Holt la sostuvo entre sus brazos, aguardando que los espasmos pasaran en su propio cuerpo y en el de ella.

Luego la alzó y la envolvió en una toalla. La que Diana tenía en la cabelza estaba empapada y su cabello totalmente mojado cuando se quitó aquélla. Vio el movimiento de su cabello renegrido en el espejo y se vio a sí misma, muy distinta de como se había visto antes. Sin vanidad, Diana admitió que tenía una belleza radiante lo cual la aterrizaba un poco.

El reflejo de la imagen de Holt se unió a la de ella, recio, espigado, y muy masculino. De pie detrás de ella lo vio agachar su oscura cabeza hasta la curva de su cuello y oyó el gemido de la respiración antes de darse cuenta de que era ella la que había suspirado. Las manos de él descendieron por los brazos de ella explorándole el cuerpo, luego la volvió de frente hacia él, la levantó en sus brazos y la llevó al dormitorio que ahora estaba sumiéndose en la oscuridad de la noche.

Estaban uno al lado del otro, besándose ocasionalmente, pero sobre todo disfrutando de la posibilidad de tocarse. Ella le ponía la mano en el hombro y le recorría la espalda. Diana volvió a tantear las cicatrices de su espaldamusculosa.

- ¿Cómo fue? -Ella corrió la cabeza fuera de la almohada para mirarle la cara.

- ¿Cómo fue, qué? -El le pasaba un dedo detrás de la oreja.

-Esas cicatrices.

-No lo recuerdo. -Y Holt se inclinó para besarla, pero Diana no quería que la sacaran del tema.

-Eso es lo mismo que me contestaste hace mucho tiempo cuando te lo pregunté -y retiró apenas la cabeza para evitar que la besara.

- ¿Te sorprende que mi historia no haya cambiado después de tanto tiempo? -Y pasando por alto el interés de ella le tomó la cabeza con la mano de modo que no pudiera eludir el beso.

-¿Alguien te azotó? ¿Por qué? -Su respuesta fue un largo beso silenciador y Diana se rindió a él, pero en el instante en que la soltó y en medio de la confusión de los sentidos volvió al tópico.

-Dime qué sucedió, Holt.

La impaciencia se le reflejó en la tensión de los músculos de sus mejillas.

-No es momento de recordar cosas desagradables. Los dedos de ella recorrieron las leves marcas de la espalda.

- ¿Debe haber sido muy doloroso, verdad?

Como lo había --hecho aquella mañana le retiró la mano de la espalda. Se la fijó a un costado, mirándola desde arriba de ella con reflejos de enojo atravesándole el rostro. Pero la expresión se disipó al recorrerla con la mirada.

-Nunca me he encontrado con una mujer como tú-era un cumplido y a la vez un reproche dicho casi con irritación-. Llegas a perturbar la cabeza de un hombre hasta que éste no puede pensar como debe.

-¿En serio? -Diana sentía una sensación maravillosa de poder ante esa confesión de él.

-Sabías que me estabas alterando hoy cuando te refregabas contra mí en el banco del restaurante -la acusó-. Lo único que faltaba era que te sentaras en mi regazo.

-No lo hice a propósito. -Ella le tocó la mejilla con la mano hasta un pequeño hoyuelo en la mandíbula.No podía evitarlo. El banco era para dos, de modo que debía elegir entre tu regazo o el del hombre ese.

-Hasta llegué a convencerme de que no te había dado la llave de la habitación para esto.

- ¿Entonces para qué querías que viniera? -interrogó Diana frunciendo el ceño.

-No tiene importancia. Lo real es que te quería toda para mí. Por eso viniste tú también. ¿No es así?

-Sí -admitió ella sin vacilación. El enojo había sido una mera excusa. Ella quería que Holt le hiciera el amor. -Entonces los dos tenemos lo que queríamos.

El bajó la cabeza y le besó la garganta desnuda. El peso de su cuerpo se apoyó sobre el colchón y su mano se curvó para abarcar uno de sus senos llevándose el pezón a la boca. Este creció hasta convertirse en un endurecido botón bajo el manipuleo de su lengua. La piel de ella se estremecía mientras él hacía lo mismo con su otro pezón. Satisfecho por el éxito, Holt dejó vagar sus caricias por las diferentes zonas de su pecho. Los músculos del estómago se le contraían espasmódicamente mientras él le exploraba los repliegues del ombligo. Pero cuando su cabeza continuó descendiendo, Diana se tensionó.

-Holt, no -protestó con un murmullo de aprensión. El rió suavemente, sin malicia, con el aliento cálido sobre su piel hipersensitiva.

-¿Quieres decir que aún te quedan algunas inhibiciones, o quieres que te diga "puedo" primero?

Ella ya estaba sintiendo temblores incontrolables en sus miembros.

-Holt, por favor, Rand nunca... él lo consideraba... Diana nunca pudo decir el resto de la frase porque la poseyó un gemido abrasador.

Ronroneando como un gato, Diana se acurrucó junto a él. Trató de no examinar demasiado las arrolladoras y dulces emociones que estaba sintiendo. Solo quería sentir y no pensar adónde podía conducirla todo eso. Lo tocó levemente en el hombro y en el brazo. Aun cuando estaba distendido su carne era dura y musculosa. Era increíble la forma en que nunca parecía agotarse su necesidad de tocarlo.

- ¿Tienes alguna familia? -preguntó Diana en voz alta pero, a la vez, en un murmullo-. No recuerdo que nunca hayas salido del rancho. ¿Te criaste en Arizona? -preguntó dejando que el vello de su pecho le hiciera cosquillas en la nariz mientras se dejaba penetrar por el olor de su piel. Ante su silencio, sus pensamientos vagaron-. Tu esposa, la madre de Guy... sé que la dejaste cuando él era pequeño, pero alguna vez debes de haberla amado. ¿No es verdad?

-Es típico. Un hombre se lleva una mujer a la cama y ella cree que tiene derecho a conocer la historia de su vida.

Pese a su tono divertido y burlón había una expresión cariñosa en él cuando Diana echó la cabeza hacia atrás para verle la cara y reír para sus adentros.

-Quisieras decirme que me callara la boca, ¿no es así? Lo mismo que te pasa con Rube. Pero- no surtirá efecto con migo. -Su mano se deslizó por la tostada línea de su cuello donde la punta de su dedo comenzó a trazar círculos cerca de la oreja- Tendrás que buscar otra manera de hacerme callar.

- ¿Así? -y sus dedos se cerraron en torno a la garganta de ella ejerciendo un poco de presión y levantándole la cara al encuentro de la suya. Exigente, Holt le tapó los labios, besándola hasta acallarla antes de comenzar a recorrerle la curva del cuello.

- ¡Dios mío! -Diana sintió su aliento tenso contra su piel sensibilizada y su boca que la mordisqueaba aquí y allá.- Ya estoy comenzando a memorizar tu olor. Podría hallarte en plena oscuridad.

Diana se arqueó junto a su cuerpo, enardecida. Creía que su pasión se había consumido, pero en cuanto él la tocaba, la besaba o se le aproximaba ella volvía a templarse.

Ante su progresivo enardecimiento, Holt la acusó:

-Eres una hembra insaciable.

Pero Diana sentía su virilidad erecta contra su piel.

Una sonrisa felina le curvó los labios:

-¿Y a ti, qué te provoca eso?

Con un rápido apretón Holt la hizo girar boca arriba con los hombros contra el colchón. Luego descendió con su cuerpo mientras su boca encontraba la de ella en un enardecido beso enfervorizado que los descontroló.

Por segunda vez, Diana cayó en el sueño, exhausta entre sus brazos. Se sentía durmiendo más cómoda que en su propia cama. Le parecía que ése era el lugar del mundo más natural para ella. Aun dormida se le dibujaba una sonrisa en los labios.

Una mano le sacudió levemente el hombro.

-Despiértate, Diana. -Moviendo negativamente la cabeza ella se reacomodó contra el pecho de él que se había convertido en su almohada.- Vamos despierta -la voz de Holt se volvió firme-. Es casi medianoche.

Mascullando una protesta, Diana se forzó a abrir los ojos. Holt sacó el brazo que la sostenía contra él y retiró las sábanas. Ella se incorporó, cubriéndose los ojos cuando él prendió la luz. El colchón cedió cuando Holt saltó de la cama para ir al cuarto de baño donde había dejado su ropa.

-Vístete -le ordenó él.

Diana obedeció. Se estaba ajustando las sandalias cuando él salió del baño. Salvo por la sombra de la barba, se lo veía vital y fresco, con el pelo castaño-tabaco brillante en la luz artificial. -Traeré el camión y el acoplado y te esperaré frente al hotel.

Antes de salir dejó la llave sobre el tocador para no tener que ir al mostrador del recepcionista. La puerta se cerró cuando Diana sacaba el cepillo del cabello de su bolso.

La imagen de su rostro suavizado. por el amor la fascinaba.

Cualquiera que la mirara hubiera advertido que había hecho el amor y que lo había disfrutado cabalmente. No había trazos de altivez ni de orgullo arrogante. Diana supo, en ese momento, que era vulnerable, muy vulnerable.

El recuerdo de que Holt la aguardaba la impulsó a peinarse. Se puso un toque de brillo labial y estuvo lista.

Oyó voces afuera, y el primer contacto con la realidad comenzó a tensionarla. Esperó hasta que oyó que una puerta se cerraba y se lanzó casi corriendo a las escaleras.

Mientras descendía Diana sintió como si todo el mundo estuviera mirándola. En la planta baja nadie pareció prestarle atención, al menos no más de la que podía prestar a una mujer atractiva, a esa hora de la noche. Sin embargo, Diana temía que alguien pudiera reconocerla.

¿En ese caso, se preguntarían dónde había estado? ¿Se darían cuenta de que había permanecido en una de las habitaciones del hotel con su amante? ¿Los chismes acerca de su divorcio alimentarían la imaginación? ¿Los rumores llegarían ¡al Mayor?

Diana casi se lanzó afuera, alejándose de la sofocante atmosfera del hotel al aire fresco y al silencio de la noche. El camión estaba en la calle del otro lado de los autos estacionados frente al hotel. Diana corrió hasta el lado del pasajero y subió. El corazón le palpitaba con fuerza. Holt puso el motor en marcha y partió despacio. Diana podía oír el movimiento de los cascos del caballo en el acoplado, detrás del camión.

-Espero que el Mayor no esté preocupado por mí.

-Era un intento que hacía Diana por comunicar las puntas de remordimiento ante su conducta inmoral.

-El sabe que ya eres una muchacha grande. No te va a estar esperando.

La respuesta indiferente no era la que ella había esperadó oír.

-Espero que no

Cuando llegaron al velocidad, pero manteniéndose puesto que el acoplado padrillo árabe de pura sangre. Diana dejó descansar la cabeza contra el respaldo fresco que penetraba por la ventanilla le diera sobre la cara.

Cerró los ojos.

Holt parecía tan distante, y ella se preguntaba el porqué. ¿También él iba pensando en el Mayor y preguntándose cuál sería su reacción si se enterara? Volvió la cabeza para mirar su perfil aguileño delineado por la luz de la luna.

-;Te molestaría si el Mayor se enterara?

Hubo un instante de vacilación antes que él respondiera simplemente:

-No -dijo con la atención siempre fija sobre el camino.

Ella hubiera querido poder decir lo mismo, pero los viejos hábitos y maneras de pensar eran persistentes.

- ¿No crees que se fastidiaría si lo descubriera?

-Es muy improbable que eso ocurra a menos que tú intentes hacer una plena confesión y decirle cómo pasamos la tarde haciendo el amor loca y apasionadamente. -Había un dejo de cinismo en su voz que tenía vinculación con alguna herida abierta.- ¿Y si se enterara, ¿cuál crees que sería su reacción? ¿Asumir la posición de padre ultrajado? Una vez me casé apuntado por una pistola. No me sucederá dos veces.

-Podría despedirte.

-Somos dos adultos -la estocada no surtió efectoY tu padre es un hombre. De estar en la misma circunstancia se hubiera conducido en la misma forma que nosotros. - No, no te despediría -podía escuchar la acritud de su tono, pero no podía evitarlo-, te necesita. Depende de ti. Y tú hiciste lo que cualquier hombre normal, con sangre en las venas de macho americano hubiera hecho en tu lugar.

¡Dios santo! Diana deseaba no haber tocado ese tema, ¿por qué tenía que hacerlo? Volvió la cabeza hacia la ventanilla, mirando las oscuras montañas que surgían a lo largo del camino: Las gomas se hacían oír en el silencio. Diana volvió a cerrar los ojos, sin dormirse pero dejándose obnubilar por el ruido del motor.

Más adelante, se alteró el ritmo porque el camión disminuyó la velocidad. Diana abrió los ojos y miró a Holt esperando ver las luces del rancho. El captó su expresión y señaló con la cabeza hacia la derecha.

' - ¿Quisieras detenerte aquí un rato?

Diana miró en la dirección que él le indicaba, y reconoció el descanso donde ella y Guy se habían detenido esa mañana. Su mirada volvió a Holt con sobresalto y poniéndose en guardia.

- ¿Por qué?

-Te pareció que era un lugar idílico antes. Pensé que quizá aún te durara la disposición.

-De modo que nos viste. -Quería saltarle a la cara y arrancarle los ojos.

-Salí poco después que tú y Guy lo hicieron esta mañana. Cuando vi la camioneta del rancho estacionada aquí, naturalmente disminuí la velocidad. Era muy posible que ustedes tuvieran un desperfecto mecánico. -Holt comenzó hablando con un

tono neutro y frío pero ella podía notar la indignación que pujaba por debajo.- Eso fue un momento antes que alcanzara a ver lo que sucedía dentro del automóvil. Tú eres una perfecta pequeña actriz, Diana. Si yo mismo no te hubiera visto con Guy esta mañana, podría haberte creído... -sus labios se afinaban hasta formar una línea dura.

- ¿Esa fue la motivación para hacer esto?... ¿el cuarto del hotel... y todo lo demás? - El dolor le arañaba los nervios.- Una lógica morbosa que te decía, "si está conmigo no está con Guy"? Además, era más barato que la visita a cualquier gallinero del rancho.

Fríos e indómitos los grises ojos acerados cayeron sobre ella.

-Posiblemente ésa sea la solución: hacerte el amor hasta que estés tan exhausta que no puedas buscar el sexo con otro hombre, y menos con Guy.

Diana se dio vuelta reteniendo las lágrimas; se sentía descompuesta, enferma. Lo único que le faltaba a Holt era tratarla de ramera, tal como lo había hecho ya una vez. Y en ese momento, Diana se sentía como si lo fuera. Le parecía que no llegarían nunca al rancho. Sentía que el camión se aceleraba y que Holt compartía con ella el deseo de llegar de una buena vez.

El silencio entre ellos era enervante. Le pareció una eternidad hasta ver aparecer las luces del rancho parpadeando a través del montecito. Holt llevó el camión hasta el establo. Saltó fuera de su asiento antes que parara por completo el ruido del motor. Los pies pesados de Diana fueron más lentos. Cuando ella llegó a la parte de atrás del acoplado, él ya había bajado la rampa y estaba conduciendo el padrillo a su casilla.

Diana miró distraídamente la última adquisición del programa de la cría de caballos. El nuevo padrillo tenía manchas grises con terminales negros. Su color gris acero llegaba al plateado. Tenía una hermosa conformación y estupendos músculos. Morro pequeño y orejas pequeñas y puntiagudas, el cuello arqueado y el temperamento vivaz. Es decir, reunía todas las características de la buena raza árabe. El padrillo hizo unas cabriolas, resoplando y relinchando cuando llegó a destino. Estaba reconociendo los extraños olores de su contorno nuevo. Su cabeza cóncava se volvió hacia el distante establo donde estaban las yeguas de cría. Distinguió el olor de su futuro harén y le envió un sonoro y profundo relincho a modo de llamada.

-Tranquilo, amigo -Holt le palmeaba el esbelto cuello-, pronto te reunirás con ellas. Una erupción de sonidos llegó del establo y luego gritos y el disparo de un rifle, seguido de varios asustados relinchos y piafar de cascos y resoplidos. Diana corrió hasta el corral trepándose al vallado sin tomar en cuenta la falda que se le volaba. A lo lejos, vio una fantasmal sombra blanca que flotaba en dirección al desierto, llegando cada vez más cerca de los sombreados escondrijos de las montañas. El retorno de ellos dos había coincidido con la visita nocturna del padrillo salvaje. La conmoción volvió rebelde al nuevo potro. Holt estaba totalmente ocupado tratando de retenerlo y mantenerlo en calma.

-Abre la puerta del establo y la de su box -le ordenó a Diana.

Consideraciones de orden práctico le indicaron que lo mejor era obedecer. Bajó de la valla y corrió al establo, abrió la puerta y fue al corral grande que había sido de Shetan. Luego se apartó del camino de Holt y salió del establo. Una vez afuera se apresuró a volver a su casa. El camino a través del gran patio abierto del rancho le trajo el sonido de pasos sobre la grava. Diana se sobresaltó.

-Lamento haberla despertado -dijo Rube emergiendo en la oscuridad. El caño del rifle relumbraba en el haz de luz que le caía-. Apareció de nuevo el maldito garañón.

-Ya me di cuenta -lo dejó suponer que había dormido en la casa.

El advirtió la mirada de reojo que echó al rifle. -Parece que lo único que respeta es oír tiros. -No le habrás tirado al cuerpo...

- ¡Nooooo! ¿Usted cree que soy tan estúpido? No voy a correr el riesgo de pegarle a una de las yeguas del Mayor. El me arrancaría la piel si yo llegara a hacer eso. Además

Holt nunca dio orden de matarlo, solo de ahuyentarlo. -Disculpa Rube, no tendría que habértelo preguntado, ya sé que eres muy responsable. Hasta mañana.

-Hasta mañana -y siguió mascullando cosas mientras la veía alejarse.

En el dormitorio de su padre había luz y la puerta estaba abierta.

- ¿Eres tú, Diana? -preguntó él cuando ella entraba. -Sí, Mayor. -Ella se detuvo en el vano de la puerta con el corazón en la boca, preguntándose qué contestaría si le preguntaba dónde había estado.

-Supongo que todo ese barullo se debe al garañón

¿no? -Vestido con pijama, parecía semidormido y extremadamente cansado.

-Sí, era él.

El Mayor suspiró con resignación para apagar la luz de su velador.



-Debí haberlo supuesto. Hasta mañana.

La mañana solo trajo preguntas sobre el nuevo padrillo de parte del Mayor y un comentario al pasar:

-Debe haber sido tarde anoche cuando volvieron. Espero que no hayan tenido inconvenientes con el padrillo. -No -respondió inmediatamente Diana-. Algún inconveniente con el tiempo demoró un par de horas la partida del avión desde California.

Puesto que él no preguntó nada, no tuvo que hallar una respuesta para la forma en que ella y Holt se habían entretenido y pasado el tiempo de espera. Casi se atraganta con la tostada: "entretenido". ¡Santo Dios!, ésa era la palabra correcta. Holt se había entretenido con ella mientras disfrutaba de una salvaje venganza.

Puso la excusa de un verdadero dolor de cabeza para no acompañar al Mayor a las caballerizas a ver al nuevo padrillo, y también le sirvió para no estar en el almuerzo evitando ;así encontrarse con Holt durante todo el día. Paso la mayor parte de la tarde en la cama. Diana sentía como un gran que la abarcaba, un dolor tanto físico como moral y sinceramente deseaba que Holt se sintiera tan mal como ella. Después de la la cena, dos píldoras para dormir le aseguraron el sueño profundo. Nada la perturbó:

¿Como te sientes esta mañana? -la saludó el Mayor cuando llegó a la mesa del desayuno.

Mucho mejor. -Sentía la cabeza levemente esponjosa, pero Diaria lo atribuyó a los efectos residuales del somnífero.

--El descanso es una cura maravillosa, especialmente cuando no hay nada que perturbe la noche. -Le pasó una jarra de jugo de naranja.

-Así es. -Ella no captó el significado de su observación.

-No recibimos la visita del padrillo salvaje.

-Quizá se haya dado por vencido -dijo Diana levantando la cabeza.

-Así lo espero.

Después del desayuno, Diana retornó a su ritual de salir a caballo. Cabalgó lejos, internándose en el monte, donde ya no había ningún signo de civilización. Corrió una liebre silvestre hasta que dio un viraje y se perdió en la espesura. Se detuvo a mirar una bandada de azulejos que revoloteaban por encima de la salvia. Pero, inevitablemente, debía retornar al rancho.

Parecía no haber nadie a la vista. Todos los vehículos, excepto uno, habían partido. Puesto que era demasiado temprano para el almuerzo, Diana fue a ver los caballos, sobre todo para conocer al nuevo padrillo a la luz del día.

Cuando vio a Guy en el establo con el padrillo gris, Diana vaciló, luego siguió avanzando. El le daba la espalda cuando ella trepó el cercado para sentarse en el tablón de arriba. El dio la vuelta con el caballo hasta quedar de frente. Diana habló primero:

—¿Es hermoso, verdad? -El animal era aun más bello en la luz del día.

-Es dinamita. -Detuvo al caballo y se adelantó diciéndole:- Por hoy ya es bastante, mi amigo. -El padrillo agitó la cabeza y se alejó al trote apacible. Guy se aproximó y saltó también a la valla desde donde contempló al padrillo.- No estuviste en el almuerzo ayer.

-Me dolía mucho la cabeza. Sophie me subió un poco de sopa.

-Nunca supe que tuvieras dolores de cabeza. En realidad, no recuerdo que nunca hayas estado enferma.

-Es verdad. Pero este año pasado, con el asunto de Rand y mi divorcio he tenido muchos dolores de cabeza. El médico dice que son de origen nervioso. Pero nunca me duran mucho tiempo. -Bueno, se estaba convirtiendo en una excelente mentirosa.

-¿Lo pasaste bien con Peggy la otra tarde? -Muy bien.

-Dijiste que ellos té iban a traer a casa.

-Sí, ya lo sé. - ¡Por fin había salido el tema! Era casi un alivio.

-Pero no volviste con ellos. -No, vine de vuelta con Holt.

-Y llegaron muy tarde. Lo sé porque estuve levantado hasta las doce y ustedes aún no habían vuelto.

-El avión que traía al padrillo fue demorado por las condiciones del tiempo.

- ¿Y ustedes qué hicieron mientras tanto?

El tono de patrón con que le hablaba la irritó. Un relámpago de frialdad le atravesó la mirada en el momento en que se dirigió a él.

-Sabes que no tienes ningún derecho a pedirme cuentas de esa forma.

El no pudo sostenerle la mirada. -Sí, Diana, yo...

Un grito de dolor atravesó el aire. Diana se fijó inmediatamente en el corral de las yeguas. Se apretujaban unas contra otras con ansiedad y los potrillos gemían con

un miedo desconocido. En medio de los pelajes predominantemente oscuros y la polvareda levantada por los cascos, Diana alcanzó a ver un reflejo blanco.

-Mi Dios, el garañón ha entrado al corral -dijo suspirando como con incredulidad.

-¿Cómo supo que durante el día no había nadie cuidándolas? -Por un instante los dos quedaron paralizados sin poderlo creer. Luego Guy se largó del cercado. Voy a correr al gris para que entre. Tú ve a buscar un rifle y ven a la dehesa.

Diana corrió hasta la casa grande, al lugar donde ella sabía con seguridad que se guardaban los rifles. Su carrera la detuvo ante el gabinete sobre el cual estaba la llave. Tras el portazo de la entrada el Mayor apareció en el vano de la puerta del escritorio.

- ¿Qué sucede, Diana?

-El garañón blanco se ha metido en el corral con las yeguas. -Abrió la puerta, tomó un rifle y una caja de cartuchos, deteniéndose tan solo para asegurarse que eran los del calibre correspondiente.

- ¿Ahora?

-Sí. -Diana salió a la carrera de nuevo.

El pecho le quemaba cuando llegó a campo traviesa hasta la dehesa. Le temblaban los músculos de las piernas al forzarlos a atravesar la defensa. Se detuvo un momento a tomar aliento y ver dónde estaba Guy. Este se encontraba en el medio y encaminándose al otro extremo donde estaban los caballos. Pudo oír un chasquido y se dio cuenta de que tenía un látigo que había tomado del establo.

Diana corrió detrás de él a los tropezones. Ahora podía ver el padrillo salvaje con toda nitidez. Había logrado apartar a dos yeguas de la manada: Nashira y Cassie; las mismas que ya había robado antes. Las llevó hasta una abertura en la defensa, donde había dos tablones caídos. Pero, el garañón blanco no se contentaba con las yeguas que ya había conquistado. Una vez que las sacó a las dos volvió al grupo sin dejar de estar atento al hombre que se aproximaba velozmente.

Eligió una yegua baya que tenía un potrillito a su lado. La yegua trataba frenéticamente de eludirlo y volver al lugar seguro, junto a los demás, pero con amenazas de mordeduras y piafando él la atajaba. Finalmente, la yegua y el potrillo saltaron la valla y se unieron a las otras dos que obedientemente aguardaban al padrillo.

Cuando el caballo volvía en busca de una cuarta, Diana cayó sobre sus rodillas doblándose un pie. Guy estaba aún a unos cincuenta metros de distancia. Ella no tenía ni fuerzas ni aliento para llamarlo. Y ya no había tiempo que perder.

Apoyando el rifle sobre el muslo, abrió una caja de cartuchos y comenzó a cargar la cámara. Levantó la vista. Esta vez el garañón había elegido una yegua gris, también con un potrillo. Aquélla había comenzado a echarse en un esfuerzo por resistir los intentos del padrillo, pero un tremendo mordisco en su flanco la hizo poner inmediatamente de pie.

Con mano temblorosa, Diana solo pudo insertar cuatro cartuchos. Inclino el rifle con la esperanza de que esos tiros fueran suficientes. Disparó al aire. La explosión la dejó sorda. La yegua y el potrillo corrían hacia el cercado roto con el garañón detrás pisándoles los talones. Diana disparó de nuevo, y de nuevo, y de nuevo. Luego el gatillo hizo un ruido seco. Tras bajar el rifle, Diana se quitó el cabello de los ojos.

Las cuatro yeguas, los dos potrillos y el garañón estaban ganando las montañas. Dos de las yeguas ya conocían el camino. Las dos con cría comenzaban a aprenderlo. Y el padrillo, blanco como la nieve, con la piel como lustrada, era amo exigente.

¡Dios mío! ¿Viste eso? -Guy cayó sobre sus rodillas junto a ella sacudiendo la cabeza asombrado viendo cómo los caballos desaparecían rápidamente.- Y esta vez se llevó cuatro, tranquilamente, delante de nuestras narices.

Cuatro yeguas y dos potrillos -lo corrigió Diana sin aliento. Detrás, se escuchaban pasos entre el pasto alto. Ella dio la vuelta mientras el Mayor se aproximaba a grandes zancadas le faltaba el aire, y sin embargo estaba alborozado.

—¿No había nadie por aquí? ¿Nadie vio al garañón antes que llegara hasta las yeguas? ¿Nadie estaba montando guardia?

-No. --Guy se ponía de pie-¿Quién podía imaginarse que el caballo sería tan atrevido como para hacer una incursión durante el día? -Sí, lo sé. Yo lo vi.

- ¿No sería mejor que saliéramos a perseguirlos ahora? Habría que tratar de alcanzarlos antes que lleguen a las montañas.

-No. -El Mayor sacudía la cabeza.- A la velocidad que llevan llegarán a las montañas antes que ustedes monten y salgan del corral. En cambio, haz que arreglen la valla porque se irán por ahí otros animales.

-Inmediatamente. -Guy le entregó el látigo a Diana y se apresuró a levantar las tablas del cerco.

Ahora la respiración de Diana era normal y se puso de pie con el rifle encajado debajo del brazo y el caño apuntando al suelo. Miró a su padre y no le gustó nada la palidez de su cara.

-No tendrías que haber venido.

-Probablemente sea la única vez que pueda ver a ese garañón blanco tan de cerca.

-El seguía con la vista fija en las montañas como si estuviera viendo todo de nuevo. En esa manera de mirar se adivinaba un conflicto. La admiración por ese magnífico animal estaba contrarrestada por la amenaza que el caballo representaba.

- Vayamos de vuelta a casa, Mayor. -Diana no estaba segura de que él la hubiera escuchado, pero finalmente, él emprendió la vuelta.

-En el Viejo Oeste había muchas supersticiones sobre los caballos blancos. Algunas llegan incluso hasta nuestros propios días. -Parecía estar pensando en voz alta sabiendo que en su auditorio solo había una persona, pero a la vez ignorante de ello.- Se creía que los caballos blancos eran flojos y poco aguantadores. Durante las campañas de Crook contra los indios sioux en el 76 un contingente de su caballería iba montado en caballos blancos, pero no les fue mejor que a los demás. Los indios no querían montar un caballo blanco porque de noche se distinguían con mucha facilidad. Probablemente fuera la misma razón que tuvieron más tarde los hombres de las montañas, y más tarde aun, los vaqueros y otros hombres del Oeste,' para no querer montar caballos blancos. Sin embargo, pese a este prejuicio, el caballo blanco es aún el símbolo del orgullo, el poder y la suprenacía. ¿Cuántos grandes hombres y conquistadores no cabalgaron en caballos blancos? La lista es probablemente interminable. Una extraña contradicción -murmuró para sí mismo-. Una extraña contradicción.

Sentada a la mesa durante el almuerzo, Diana estudiaba a Holt a través de sus pestañas. El la había mirado solamente una vez; fue cuando entró y al verla la saludó con una leve inclinación de cabeza. Su expresión era severa, enojosamente severa. A Diana le recordaba uno de esos gatos monteses que ante una provocación finge ignorar el objeto de su canjeo mientras su cola bate el aire con cólera creciente. Sintió un estremecimiento y dejó que su mirada se deslizara a las manos de él; las manos que poseían un conocimiento tan íntimo de su cuerpo.

Sentía oleadas de calor, el calor del deseo. Fijó la vista en su plato tratando de rechazar el recuerdo, e intentó concentrarse en las palabras que él estaba diciendo en lugar de prestar atención al dolor que tenía en la boca del estomago.

--toma varios caballos para relevo y abastecimiento suficiente para una semana, por si acaso. Saldremos mañana al amanecer.

El Mayor asentía a los planes y preguntaba: ¿A quiénes llevarás contigo?

A Rube, Guy, y probablemente, a Don.

Esta vez Diana-no se invitó a sí misma. Guy le envió una mirada cargada de expectativa. Parecía extremadamente tenso, profundamente perturbado y contrariado por algo.

Le ehco una mirada fulminante a Holt, pero no dijo una palabra.

Diana pasó la tarde con la contabilidad del rancho. Para la hora de la cena estaba lista y dispuesta a escapar a los límites de la casa, pero no pasó del porche. Utilizando un poste para descansar la espalda se sentó en el tablón de la baranda de la galería con las piernas estiradas. Contemplaba el atardecer que ponía pinceladas de amarillo y naranja sobre las faldas de las montañas.

Por entre las alargadas sombras de los árboles vio que Guy se aproximaba a la casa; en lugar de dirigirse al porche, llegó hasta donde estaba sentada Diana. Levantó la cara hacia ella con expresión confundida y tensa.

- ¿Podrías caminar conmigo? Tengo algo que hablar contigo.

Estuvo a punto de decirle que estaba cansada, pero, la expresión de urgencia en el tono la decidió a acompañarlo. No le estaba sugiriendo un paseo romántico tomados de la mano en el atardecer. Había algo serio que lo pertubaba, y que no estaba vinculado con ella.

-Muy bien.

Bajó las piernas de la baranda para saltar al suelo. Las manos de Guy la tomaron de la cintura para ayudarla, luego se retiraron a sus bolsillos, comenzaron a caminar entre los árboles. El paso de él era largo y revelaba cierta agitación interior. Cuando estuvieron alejados de la casa, Diana le puso la mano sobre el brazo para evitar que caminara tan rapido.

- ¿Qué sucede?

Guy la miró auscultándole las facciones con tal intensidad que ella frunció el entrecejo.

-- ¿El Mayor te ha dicho lo que piensa hacer con el garañon ?

No. -En el entrecejo se le intensificaron los pliegues. - ¿No has hablado con Holt acerca de este asunto? Todo lo que han tratado se refiere a traer las yeguas de vuelta. ¿Por qué?

Porque creo -se pasó la mano con los dedos entrealocrtos por su pelo color arena- ...creo que Holt lo va a matar.

-¿El dijo eso?

-No -apretó el puño alzando la mano como para tomar algún hilo invisible y sostenerlo -Es una intuucción que tengo. Pero sé que no rne equivoco.

-No. -Diana no quería creerlo.

-Tú sabes cuál es su opinión acerca del padrillo -argumentó Guy-. Lo considera una peste, algo insoportable. No le importará matarlo como si fuera una mosca. ¿No te das cuenta? Probablemente no le haya dicho nada al Mayor, porque no creo que él quiera que lo eliminen.

-Creo que estás dramatizando demasiado. -Se apartó para escapar al clima de pánico que Guy estaba tratando de insuflarle. El la tomó de los brazos y la forzó a mirarlo de frente.

-¿Y qué dirás si tengo razón? ¿Qué pasará si mañana por la mañana Holt sale de aquí con la intención volver hasta haber matado al caballo?

-Si eso es lo que intenta hacer, tendra que impedirselo.

-¿Yo? ¿Quién me va a escuchar a mí? ¿Holt? ¿Rube? ¿Don? Todos ellos creen que siempre soy un niño al que llevan de la nariz. Además, él es capaz de convencerlos de cualquier cosa. Don hará lo que le diga sin chistar. Yo no podría detenerlos. El es el patrón. Pero tú eres la hija del mayor, tú sí que podrías.

Holt nunca me prestaria atención -argumento Diana.

Sí, como un padre y un hijo debería ser- asintió-. Esta en tus manos Diana, ¿ Quiers que maten al padrillo blanco?.

- ¡No!

Entonces, haz algo. -El ahuecó la mano en su mejilla y la forzó a mirarlo.- ¿Has visto alguna vez en tu vida un ,animal más hermoso que ese padrillo? Salvaje, orgulloso y libre. Imagínatelo con una bala en la frente y con sus sesos, desparramados en la tierra. ¡Eso es lo que va a suceder, Diana!

- ¡No! -Ella cerró los ojos, pero solo consiguió que la imaggen se hiciera más nítida.

-Tienes que venir con nosotros. -Holt se va a oponer.

-¿Y qué hay con ello? No te lo pudo impedir la vez pasada, y no va a poder impedírtelo ahora. Tienes que venir. Diana vaciló. Había bastante lógica en el planteo de Guy como para pasar por verdadero. ¿Acaso ella no sabía bien lo cruel que podía ser Holt? ¿No había dado señales antes, de que en su opinión, el padrillo debía ser aniquilado? ¿Acaso no había visto ella el encarnizamiento en sus ojos?

-Iré -dijo por fin.

-Sabía que podía contar contigo -exclamó con expresión de alivio en el rostro-. Sabía que en esto estarías de mi lado. Cómo me gustará verle la cara cuando se lo diga -rió triunfante-. Están preparando todo para salir en la mañana. Iré ahora y les diré que tú vienes para que lleven provisiones para ti también.

-Muy bien. -La decisión tomada no la entusiasmaba tanto, pero una vez hecha Diana no hubiera retrocedido. Entonces, prepararé mis cosas.

Silenciosamente iba naciendo el nuevo día. Hubo poca conversación entre el grupo de jinetes, y lo que se decía era en tono apagado. El Mayor no se sorprendió por la decisión de Diana. Dijo que la esperaba. Rube y Don le dieron la bienvenida como miembro de la partida. Holt no la saludó.

Cruzaron el valle hacia las montañas yendo siempre al trote. Don estaba encargado de los caballos de relevo y Rube de los dos cargueros. Guy iba al lado de Diana mientras Holt encabezaba la marcha. Su destino era la vertiente del desfiladero de la montaña. Ocasionalmente, Holt

verificaba el rastro del garañón para asegurarse de que iban en la misma dirección.

Tras andar una hora por la montaña, Diana advirtió un par de objetos oscuros que circunscribían círculos en el cielo.

-Mira -señaló.

-Sí, los veo. Esos cuervos carnívoros se están haciendo un festín con algo -comentó Guy con amarga aceptación de las leyes de la naturaleza.

Cuanto más se alejaban del rancho más se acercaban a la zona donde las aves carnívoras se juntaban y aterrizaban. El animal muerto debía estar muy cerca de la ruta que ellos estaban tomando. La lluvia había producido unas hondonadas en la falda de la montaña. Ya las habían cruzado la primera vez que salieron a perseguir al garañón. Entonces, era una hondonada escarpada pero plausible de ser abordada por los jinetes.

Holt detuvo su caballo en la orilla, hizo una pausa, luego lo condujo por la hondonada. Su descenso estuvo seguido por un batir de alas, mientras las aves



carniceras huían alarmadas. Cuando Diana y Guy llegaron a la hondonada, Holt estaba desmontando. Abajo estaba el cuerpo de uno de los potrillos. Holt se hincó sobre una de sus rodillas junto a la forma inerte. Diana al verlo sintió que se le hacía un nudo en la garganta, mientras Rube y Don se acercaban.

-Se le quebró el cuello. -Holt se enderezó. La boca se le había endurecido y afinado.

-Probablemente haya tropezado al bajar esa hondonada. Pobrecito, probablemente estaría ya cansado después de andar tanto. Es una lástima, una verdadera lástima - murmuró Rube.

-Tomen una pala de uno de los cargueros para que podamos enterrarlo. -El caballo de Holt estaba nervioso, tiraba de las riendas y se lo veía inquieto ante el olor de la sangre y de la muerte.

Cuando el potrillo fue enterrado, siguieron camino. Era un grupo solemne. Al llegar a la vertiente, vieron huellas frescas y abundantes. Se notaba que el padrillo había traído a las yeguas aquí y que se habían ido ya. Diana tenía la vista fija en la tierra removida.

-El estuvo entrenando a las yeguas nuevas -dijo Rube detrás de ella al advertir la expresión de su cara y adivinando lo que estaba pensando-. Un padrillo salvaje siempre debe enseñar a las nuevas yeguas a obedecer sus órdenes. A veces pasa horas enteras agrupándolas o dispersándolas. Incluso les impide tomar agua hasta que él decide que están comportándose bien. Probablemente haya tenido dificultades con la yegua esa que perdió su cría.

-Sí, supongo que sí. -Diana se protegió los ojos del sol de la tarde y contempló de nuevo la vertiente donde los demás habían llevado sus caballos a beber.- ¿Dónde crees que estarán ahora?

-En ningún lugar cerca de aquí, seguramente. Vayamos con ellos y veamos qué es lo que Holt prepone. ¿No crees?

Retornaron juntos a la vertiente; Diana fue a tomar su caballo y Rube se aproximó a Holt. Este le aflojaba la cincha al suyo. Miró de costado a Rube y continuó su trabajo.

-Vamos a ensillar los caballos de relevo. Don, Guy y yo vamos a dar una vuelta para ver si podemos localizar la tropilla. Tú puedes armar el campamento aquí.

-¿Aquí? -preguntó Diana-. Pero, si acamparnos aquí los caballos no regresarán a tomar agua.

-El garañón no volverá. Si las yeguas tienen mucha sed probablemente lo hagan. - Quitó la montura de su caballo, luego la manta húmeda y la dejó que se secase. En ningún momento la miró, solo la pasó por alto para dirigirse a los demás.- Estaremos de vuelta en unas tres horas. Veinte minutos más tarde los tres hombres habían cambiado de caballos y salían del desfiladero. Rube y Diana se pusieron a trabajar armando el campamento. Rube eligió un lugar a prudente distancia del agua para posibilitar a los animales silvestres el tomar agua sin sentirse amenazados por la presencia humana.

Pasadas las tres horas, cuando los hombres retornaron, todo estaba organizado. Los caballos habían sido ubicados en lugares aptos para pastar. El fuego estaba prendido. Lo había hecho Rube mascullando que para eso lo habían traído. Diana había preparado la comida y estaba todo listo para cocinarse en el fuego. El café ya estaba hecho.

- ¿y? ¿Lo vieron? -Rube aguardaba para que le entregaran las riendas una vez que desmontaran.

\_Ni su sombra hemos visto -respondió Guy mientras Holt se aproximaba al fuego y se servía una taza de café sin mirar siquiera a Diana que estaba a su lado.

-;No le encontraron el rastro?

-Lo perdimos en un lugar pedregoso; investigamos un poco, pero no pudimos volver a descubrirlo. -Don fue hasta el fuego. Era un hombre sumamente delgado y menudo con una calva incipiente y una sonrisa constante dibujada en el rostro. Se sonrojaba con mucha facilidad –

Diablos, ese café huele muy bien, ¿dónde están las tazas? Guy y Holt juntos desensillaron los caballos, los cepillaron y los fijaron junto con los demás en un piquete para pastar. Diana cocinaba el alimento y sentía el silencio de Holt como algo que la oprimía. Don tampoco era muy locuaz, o quizá estuviera influido por la reticencia de Holt para dirigirle la palabra a la hija del Mayor.

Todos estaban sentados en torno al fuego, con las piernas entrecruzadas y los platos en la falda, comiendo.

-Esta vez no será fácil acercarse al maldito caballo -dijo Rube, masticando al hablar. Sospecho que debe desconfiar de su propia sombra. Lo más probable es que él nos vea a nosotros antes que nosotros lo veamos a él, y entonces espante a las yeguas. Esta vez sí que tenemos un trabajito especialmente hecho a nuestra medida. Lo que necesitaríamos es un avión.

-En un terreno como éste necesitamos más bien un helicóptero. Pero tendríamos que dar miles de explicaciones para alquilarlo.

Holt barrió con el último resto de comida de su plato y lo dejó a su lado. Poniéndose de pie tomó su taza y se aproximó al fuego para volver a servirse café. Sin decir una palabra, dejó el campamento y se fue a dar una vuelta por las sombras.

- ¿Qué mosca le ha picado? -masculló Rube, pero nadie le respondió.

Cuando los demás terminaron, Diana limpió los platos y los guardó de nuevo. La cafetera estaba prácticamente vacía. La sacudió en el aire.

-Iré a buscar un poco de agua para el café de mañana. -Dame, yo voy -se ofreció Guy poniéndose de pie. -No, gracias. De todos modos tengo que darme una vuelta por ahí.

Caminó el tramo que la separaba de la vertiente. Matas de árboles y arbustos crecían en las cercanías del agua. A través de sus ramas reflejadas en el agua, veía también el reflejo de la luna, como un faro que la guiaba.

Se arrodilló en la orilla y dejó que entrara el agua a la cafetera, la sacudió y la volcó en la tierra, luego sumergió más la cafetera y la llenó. Una lucecita roja brilló unos pasos más allá, era la punta de un cigarrillo encendido, el cigarrillo de Holt. La había visto venir y no había dicho una palabra.

-El no dirigirme la palabra no va a dar resultado conmigo -dijo Diana irritada-. Si crees que esquivándome voy a sentirme herida y regresaré al rancho, estás muy equivocado.

- ¿Por qué viniste? -Su voz le llegaba baja e impersonal en la quietud de la noche.- ¿No podías soportar la idea de estar separada de Guy una semana? -Ella se puso de pie rígida

y enojada porque él pudiera acusarla de querer a otro. -No tiene nada que ver con eso.

-,Ah, no? -Salió de las sombras que lo ocultaban, apareciendo enorme ante ella. El ala del sombrero de paja le cubría las facciones.

-No. Nada que ver con eso.

- ¿Tu súbita decisión no se relaciona con el paseíto furtivo de anoche entre los árboles donde nadie podía verlos?

-Para tu información, todo lo que hicimos fue hablar, y ¡no me importa un rábano si lo crees o no! -"Mentirosa", le decía una vocecita en su interior.

-¿Hablar? -se burló Holt-. Pasaron un largo rato hablando.

-Teníamos un tema muy fascinante que tratar: a saber, tú. -Ella vio que echaba atrás la cabeza sorprendido y supo que había dado en el blanco.- Guy cree que te has propuesto matar al padrillo. Trata de impedírtelo. - ¿Y tú?

-No quiero que lo maten. Estoy segura de que el Mayor tampoco quiere -podía sentir cómo se espesaba el aire, por lo fastidiado que estaba.

-Han muerto dos caballos, el padrillo y ahora el potrillo, y todo por ese garañón salvaje. Si un coyote se llevara los polluelos, tú lo bajarías de un tiro. Si un león bajara de la montaña y atacara el ganado, le seguirías la pista y lo matarías. Si un perro ovejero comenzara a comerse las ovejas lo harías sacrificar -hablaba con voz increíblemente baja y ahogada por la indignación-. ¿Qué les hace falta a ustedes dos para entender que este caballo es solo un animal que se ha vuelto salvaje?

-Lo vas a matar.

-No. Hemos venido a buscar las yeguas. -Holt...

- ¿Diana? -Guy la estaba llamando.

-Vete. El doncel te aguarda. -Holt se fue. Diana vaciló, pero no quería que Guy la encontrara con Holt y luego tener que soportar todas sus preguntas dictadas por los celos. Tomó la cafetera y emprendió la vuelta al campamento.

-Estaba empezando a preguntarme qué te había pasado -dijo Guy viniendo a su encuentro.

-Estoy crecidita -y rió para minimizar su preocupación-, puedo cuidarme sola. Y si no pudiera, tengo buenos pulmones para gritar.

Pasaron quince minutos antes que Holt regresara al campamento y lo hizo desde otra dirección: Diana se dio cuenta de que él no había querido que Guy sospechara que

se habían encontrado o hablado cuando ella fue a la vertiente.

Una hora más tarde estaban todos en sus bolsas de dormir. Cuando Diana se durmió soñó con los momentos que había pasado con Holt en la habitación del hotel. Era un sueño amable, maravilloso, donde todo era perfecto, salvo el doloroso final.

Una mano le tocó el hombro y una voz familiar le dijo que se levantara. Ella abrió los ojos y encontró el rostro de Holt. De pronto, todo parecía parte de su sueño. Le sonrió amorosa y suavemente.

-Despiértate -volvió a decirle endureciendo la quijada.

-Buen día -era casi un ronroneo.

Sus brazos se entrelazaron en torno al cuello de él y se desprendió como un gato. Diana vio que él fruncía el ceño, pero ella sabía como hacerle desaparecer esa expresión. Levantando la cabeza le apretó los labios contra la boca, conmovedora y persuasiva. Su momentánea resistencia cedió y se convirtió en demanda. El beso de él la volvió a poner en contacto con el suelo duro. Su mano se ahuecaba para contenerle un seno. Ella entreabrió la boca para gustar a fondo de su beso posesivo.

De súbito, se borró todo, Holt abruptamente se incorporó, maldiciendo silenciosamente para sus adentros. Los ojos grises estaban fríos y enojados cuando miraron su cara asombrada y confundida.

-Prepara el café, mientras despierto a los demás. El sueño se desvaneció cuando Diana se dio cuenta de dónde estaba ...~ Recorrió con la mirada el semicírculo de figuras dormidas. Reaccionando con un temblor, se sentó y tomó las botas.

Preparó apresuradamente un desayuno, con el que no se lució, pero nadie pareció notarlo, o al menos fueron lo suficientemente corteses como para no hacer ningún comentario al respecto. Don estaba ensillando los caballos, mientras Diana terminaba de limpiar y ordenar. Ella advirtió que no le habían ensillado ninguno de los dos caballos.

Holt le alcanzó su taza vacía y Diana le reclamó: -¿Por qué no se ensilla mi caballo?

-Cuando en lugar de responderle, él le envió una de sus miradas fulminantes ella se salió de las casillas.- Si crees que me voy a quedar aquí como una india mientras ustedes van en busca de las yeguas, estás muy equivocado.

-Tú...

-No recibo órdenes de ti -y sin darle tiempo a respuesta alguna 'continuó-: Don, ¡ensilla mi caballo! -le gritó al asistente-, iré junto con ustedes. -Y dio media vuelta dejando que Holt reaccionara como le pareciera.

-El cuello es tuyo -y Holt con un implícito encogimiento de hombros le volvió la espalda.

Durante toda la mañana buscaron al garañón y a las yeguas; solo volvieron a mediodía para cambiar de caballos y comer. En dos oportunidades tuvieron un atisbo de la tropilla a muchos kilómetros de distancia. Al caer la noche retornaron al campamento, acalorados, cansados y hambrientos.

Durante el segundo día no tuvieron mejor suerte y tampoco, el tercero.

Cuando los caballos entraron en el desfiladero a un trote cansado y desordenado, Diana sintió que toda la tierra de Nevada estaba en su piel tapándole los poros. Al desmontar le entregó las riendas a Guy.

-¿Te harías cargo de mi caballo? Voy a tratar de lavarme un poco antes de ponerme a preparar la comida. -Eso es lo mejor que he oído en todo el día. -Guy tomó las riendas con una sonrisa de cansancio en la cara. Déjame un poco de agua para mí.

Diana se detuvo un instante a tomar un recipiente que sirviera tanto para recoger el agua como para calentarla y partió hacia la vertiente. Cuando se iba vio a Rube acercándose al ámbito del campamento.

-Cuando tengas listo el fuego, Rube, pon a calentar el café que quedó de hoy, ¿quieres? -Diana le mandó esa sugerencia por encima del hombro, sin aminorar el paso.

Pudo oírlo hablando consigo mismo mientras ella se alejaba:

-Prende el fuego, Rube, pon el café, Rube, esto, Rube aquello -el resto se lo llevó el viento.

Bajo la sombra de los álamos, Diana se quitó el sombrero y lo dejó caer sobre su espalda suspendido por la cinta que le rodeaba el cuello. inclinándose en la orilla metió la cabeza en el agua. La sentía fresca en sus manos pero intensificaba la sensación de estar cubierta de tierra. Sacando el pañuelo de su bolsillo lo humedeció y se lo pasó por las líneas de transpiración que le circundaban la garganta. Volvió a mojarlo y comenzó a limpiarse las mejillas y la frente; era un prelavado antes del que se haría con agua caliente y jabón al regresar al campamento. Sintió pasos entre los árboles, pero no se molestó en prestar atención, y ver si había gente a su alrededor.

-¿No te gustaría nadar hasta el centro, Guy? ¡Lo que no daría yo por un lindo baño refrescante! -y suspiró con añoranza.

-Y luego hacer el amor. ¿Eso es lo que quisieras? La frase chocante de Holt la hizo poner de pie. La helada expresión controlada de su rostro hizo que sintiera el palpar de su corazón contra las costillas. El estaba de pie muy cerca, al alcance de su brazo, y su modo era amenazante. Tenía el agua a sus pies. No podía retroceder.

- ¿Por qué retuerces un comentario inocente en algo sugestivo? Eso no fue lo que dije ni lo que quise decir -se defendía, atacando.

- ¿Ah, sí? -replicó, restañando los dientes-. Olvidas que te conozco bien. -Avanzó un paso hacia Diana que trató de esquivarlo, pero él la tomó fácilmente. El contacto con él concluyó toda su resistencia. La mano de él le tomó la cabeza, forzándola a mirarlo de frente.--- Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad?

El cuerpo de ella se estremecía, no importaba ;a que se estaba refiriendo Holt. Su piel sabía cuanto extrañaba sus caricias y el fuego de sus besos. Diana que comtempló sus potentes facciones masculinas, sus sentidos clamaban respuesta a su abrazo latigante y duro.

Como sintiendo su llamado, Holt comenzó a cubrir sus mejillas, sus ojos y su boca con besos ásperos.

-Querías sumergirte en la vertiente y nadar desnuda en el agua -gruñía su acusación contra la piel-, y luego salir, a la orilla y hacer el arnor. Eso es lo que tú y Guy hicieron la otra vez.

Diana se retorció apartando la cabeza, odiándolo por recordarle su mal momento con Guy.

-Sí -su voz era ronca y resentida-, así tú podrías mirar, y seguramente derivarías algún morboso placer conteplándonos, ¿no es cierto? -La mano que la retenía le apretó tan fuerte el brazo que elle creyó que lo quebraría. No sabía cuál sería la venganza que él se tomaría, cuando la voz de Guy rompió la situación.

- ¡Suéltala!

La alarma le recorrió el cuerpo consciente de que la escena bordeaba la violencia. Hizo fuerza contra el apretón de Holt. El la miró de arriba abajo con una fría sonrisa en los ojos.

-Sí, naturalmente, pero hay que refrescarla antes. Al soltarla, Holt le dio un empujón. Ella trastabilló y cayó de espaldas en el agua. Una exclamación se le ahogó en la garganta al perder pie entre las piedras resbaladizas y caer produciendo un gran chasquido en el agua. Sorprendida y agraviada no quería moverse.

-Te advertí que la dejaras tranquila. Si se ha lastimado...

-Sálvala -la voz de Holt esquivó la amenaza de Guy-. Creo que tu divina dama necesita que la rescaten. Tironeado por el deseo de acudir en ayuda de Diana y de enfrentar a su padre, Guy no hacía ninguna de las dos cosas mientras Holt se perdía entre los álamos. Eliminada así su segunda opción, Guy se metió en el agua.

-¿Estás bien? -decía tomando la mano que ella le extendía y, dándole un tirón, la impulsaba, sobre sus pies.

Sus .Levis estaban empapados. Las botas se le habían llenado de agua, la blusa, donde no estaba empapada, se veía salpicada. Su espalda se había resentido por la caída, pero, de no ser por eso, estaba ilesa.

-Sí, estoy perfecta.

-Yo tendría que... -Guy lanzó una mirada asesina por encima de su hombro.

-Olvídalo. -Diana se echó la culpa a sí misma. Yo lo provoqué y no pudo dejar de indignarse.

-¿Qué sucedió? ¿Qué le dijiste? -El la sostenía del brazo mientras iban saliendo del agua a la tierra firme. - ¡Qué importancia tiene! -Ella se encogió de hombros dando por terminado el asunto.- Con estos tres últimos días todos estamos cansados e irritables. A Holt no se lo puede ni mirar fuerte que estalla. Demos por terminada la cosa.

-Supongo que no -masculló malhumorado-... Pero y tráeme alguna ropa seca. Y no te vayas a pelear con Holt -añadió con impaciencia-. No vale la pena.

-Uno de estos días, lo voy a matar -aspiró profundamente el aire, luego asintió con desgano y se fue a cumplir su pedido. Algunos escalofríos recorrieron la piel de Diana.

-¿Me haces un favor, Guy? Ve hasta el campamento

En la mañana del cuarto día dieron con la tropilla y comenzó la cacería. Tal como habían hecho la vez pasada, perseguían los caballos por etapas, cada jinete tornaba un flanco, incluyendo a Diana. Esta vez el garañón se rehusó a dejar las yeguas, conduciéndolas imperturbable; esporádicamente las espantaba en un esfuerzo de espaciar la persecución.

El sol había pasado el punto alto del mediodía e indicaba la tarde, y Diana se asombraba de la fortaleza que desplegaba la tropilla ante el liderazgo del padrillo. El parecía andar cuatro veces más que las yeguas pues avanzaba y retrocedía en un esfuerzo por impedir que se le dispersaran. Yendo a más de media milla detrás del grupo, Diana vio que de pronto, el garañón aceleraba introduciéndose en el medio y forzando a la yegua manchada que iba al frente a virar en la dirección que él quería. Una vez satisfecho, volvía a la retaguardia para seguir arreándolas. Diana advertía que su dominio era total.



Ello se evidenció más tarde, cuando el potrillito ya no podía seguirlos y se iba retrasando. Su madre trataba desesperadamente de quedarse con él, pero el padrillo inmisericorde la forzó a seguir a fuerza de coces y de dentelladas.

Cuando Diana alcanzó al potrillito, éste aún trataba de seguir a la tropilla. Sus plañidos en procura de su madre eran patéticos. Asustado y exhausto a la vez, temblaba ante la proximidad de Diana.

Ella sabía que un kilómetro más adelante otro jinete estaba apostado para continuar con la persecución. No podía abandonar al potrillito. Al primer contacto de su mano éste apartó la cabeza, pero luego se entregó.

Diana trató de levantarlo sobre su montura, pero era un peso muerto entre sus brazos y no tenía fuerzas como para hacerlo sola. Dejándolo en el suelo trató de pensar en otra solución.

Detrás de ella se oían los cascos al galope de varios caballos. Con las manos en la cintura, Diana se volvió cuando Holt venía hacia ella con dos caballos de relevo. Los detuvo al verla.

- ¿Cuál es el problema? -Solo después de hacer la pregunta vio al potrillo.- ¿Está herido?

-Exhausto.

Advirtiendo el problema, Holt desmontó.

-Te lo alcanzaré. -Diana volvió a montar y esperó mientras Holt alzaba al potrillo y se lo cruzaba delante de la montura.- Llévalo de vuelta al campamento. Probablemente esté muerto de hambre también. Si tienes leche en polvo, disuélvele un poco, si no, dale un poco de agua con azúcar. ¿Quién está adelante?

-Creo que Don. Debería estar apostado más o menos un kilómetro más allá.

El potrillo luchó un poco, luego se aquietó al contacto de la mano de Diana.

-Vamos a seguir persiguiendo al padrillo hasta la puesta del sol. -Holt volvió a montar.- Cuida del potrillo. Me gustaría poder llevarle uno vivo al Mayor. -Partió y Diana emprendió la vuelta al campamento yendo al paso.

Ya era oscuro cuando los cuatro hombres llegaron. La comida de la noche se mantenía al rescoldo; Diana estaba sentada cerca del calor. El potrillito zaino estaba hecho un ovillo junto a ella, como un perrito faldero, con su hermosa cabeza apoyada en su falda y profundamente dormido. - ¿Cómo está el potrillo? -Holt vino hasta ella para examinarlo.

-No parece acusar el impacto de la experiencia. quialDiana trató de igualar su tono impersonal, pero colo.

-Creo que ha decidido que no necesita a su madre ahora que te tiene a ti -observó Guy.

-Es notable cómo todo parece plegarse entre tus manos -el cáustico mensaje era apenas audible, pero Diana lo oyó.

-Tuvo suerte de no quebrarse una de esas patitas endebles pese al suelo áspero por el que ha tenido que andar -dijo Don tomando uno de los platos que Diana mantenía apoximados al fuego-. ¿Está bien que comarnos?

-Sírvanse solos -insistió Diana-. Yo ya comí mi parte.

-El cachorro ese tiene suerte de estar vivo. -Rube se reunía con ellos en torno al fuego.- Un tipo que sabe mucho de esto me dijo una vez que algunos garañones matan a los potrillos antes de dejarlos que se vuelvan a su tropilla. No siempre es así, naturalmente, pero, se sabe que ha sucedido. Y a mí nada que pueda hacer este garañón me podría sorprender.

-Mañana tenemos que darle remate -dijo Don-. Si seguimos como hoy, le sacamos las yeguas.

-Para mañana, pueden estar muy lejos. -Diana los observaba mientras comían.

-No es muy probable. A lo mejor, el padrillo no está cansado pero las yeguas están rendidas, demasiado rendidas para comer, y hasta para descansar. No deben estar a más de un par de kilómetros de donde las dejamos -predijo Rube. Tenía razón. Aproximadamente a dos kilómetros de donde habían abandonado la caza el día anterior, encontraron al padrillo y las yeguas. Sin mostrar signo alguno de cansancio, el garañón blanco las tenía juntas y huyó pocos segundos después de avistarlos.

Parecía que se iniciaba la repetición de lo sucedido el día anterior. Luego Diana comenzó a advertir que cada jinete de relevo iba siguiendo más de cerca a la tropilla. En lugar de colocarse a un kilómetro de distancia estaban ahora a medio y a un cuarto. Las yeguas estaban muy cansadas. Solo la tiranía del amo las mantenía andando. Pero el garañón aún se rehusaba a dejarlas. Era como si supiera que los jinetes iban en pos de las yeguas que él había robado. El sol era una bola blanca, ardiente, situada directamente sobre sus cabezas. Diana estaba en el tercer puesto de relevo, conduciendo la tropilla por un largo valle de la montaña. Se aproximaban a un área donde un valle más pequeño intersectaba al principal. La yegua

manchada siempre había tratado de virar hacia ahí, llevando así al grupo hacia donde el terreno era más rústico y la persecución se hacía más difícil. Rube estaba detenido para hacer que la caballada siguiera por el valle principal y relevar a Diana en la persecución.

Diana llevó el paso de su caballo a un galope más lento a medida que la yegua manchada enfilaba hacia la boca del valle menor. Casi inmediatamente, Rube apareció en el centro de un claro para avanzar hacia el centro del valle principal. La yegua manchada viró de súbito, las demás la siguieron, hallando reservas suficientes como para irrumpir en un galope desbocado. Rube apresuró su caballo al galope para interceptarles el paso y relevar a Diana.

El caballo de ella sumisamente obedeció a la presión de la rienda en el freno y aminoró la marcha a un trote cortado, sacudiendo la cabeza mientras le transpiraba todo el cuello. Cuando Diana vio que Rube iba hacia la tropilla observó que el garañón blanco advertía la presencia de su segundo perseguidor. Con un gran sacudón de su blanca melena cambió de dirección. Dio un gran relincho, sus ojos se abrieron desorbitados y el animal cargó contra su enemigo bajando la cabeza, con las orejas pegadas al cráneo. - ¡Rube! -gritó Diana poniéndolo en guardia.

Pero Rube ya había advertido el ataque y retrocedía. Su caballo intuyó el peligro y reaccionó con miedo tratando de desasirse de las manos que le tiraban de la rienda. Diana podía ver a Rube que agitaba los brazos y gritaba para tratar de asustar al garañón. Ella taloneó su caballo para ir en su defensa.

Convertido en una furia blanca, el padrillo se lanzó contra el caballo y el jinete. Rube trató de evitar a aquél haciendo girar su cabalgadura. Este entró en pánico. Y reculó. Rube se le abrazó al cuello como un mono pero el caballo encabritado perdió el equilibrio y cayó hacia atrás sobre su jinete.

El padrillo blanco no se conformó con ello. Con la cabeza gacha, la boca abierta y las orejas pegadas a la cabeza volvió de nuevo al ataque. El caballo de Rube logró afirmarse sobre sus cuatro patas y apartarse del camino. Rube trató de hacer lo mismo, pero el padrillo blanco estaba encima de él, pateándolo con sus cascos de acero.

El caballo cansado de Diana salió a la carrera sobre la salvia y el pasto, castigado en los flancos con las riendas. El garañón giró de inmediato para enfrentar su nueva amenaza. Diana se aterrorizó pensando que se le venía encima. Pero los ojos enloquecidos del animal se fijaron en las yeguas que se desbandaban al carecer de

su imponente presencia. En un relámpago, con su particular manera de marchar salió en persecución de su harén.

Cuando se acercaba al hombre que yacía en el suelo, Diana dio un fuerte tirón a las riendas. Su caballo se deslizó hasta detenerse perdiendo momentáneamente el equilibrio y doblándose sobre sus patas delanteras antes de recuperarse. En su apuro, Diana saltó y cayó fuera de la montura sin tener conciencia de los sollozos que la dominaban. Vio que Rube se movía cuando ella corría hacia él con las piernas temblorosas por la impresión de lo que había presenciado. El yacía sobre un costado, gimiendo, cuando ella lo alcanzó.

- ¿Rube? -Diana, cuidadosamente, lo puso de espalda. -No me mueva -gimió, luego tosió y comenzó a escupir sangre. Tomando el rifle de su montura, Diana lanzó tres tiros seguidos al aire, luego corrió de vuelta a su lado, dejando el rifle en el suelo.

-Maldito garañón -tosió Rube.

-Quédese, quieto, Rube, por favor, quédese quieto. Los demás ya llegan.

Pareció caer en la inconsciencia. No sabiendo qué hacer Diana corrió hacia su caballo en busca de la cantimplora. Mojando el pañuelo comenzó a limpiarle la sangre de la boca. La camisa estaba desgarrada y se veían en el pecho las marcas de los cascos del garañón.

Era como si hubiera pasado una eternidad hasta que oyó el galope de los caballos que se aproximaban. Los tres: Holt, Don y Guy llegaron con diferencia de segundos. Diana se levantó con las rodillas temblando para ir al encuentro de ellos.

- ¿Qué sucedió? -preguntó Holt cuando pasó junto a ella y fue a arrodillarse al lado de Rube.

Diana no estaba segura de que él la había oído cuando ella se lo dijo. Estaba sorprendida de lo firme que sonaba su - voz aunque se hallaba tan perturbada por dentro. Se le llenaban los ojos de lágrimas, pero había dejado de llorar. Estaba parcialmente enterada de que Holt trataba de determinar la gravedad de lo que Rube padecía, tomándole el pulso. Estaba vivo. Diana vio que Holt se hamacaba sobre los talones, con los puños apretados mientras miraba al hombre tendido en el suelo.

-Maldición, Rube -masculló por lo bajo, pero la maldición parecía dirigida a su propia impotencia y la frustración que ello le traía.

- ¿Me hice sonar, verdad, Holt? -con los ojos aún cerrados, la boca de Rube se retorció en una mueca de sonrisa dolorosa. Comenzó a toser de nuevo y a escupir más sangre.

-Saldrás a flote. Aguarda tranquilo. -Era una orden, impaciente y con enojo. Los dos sentimientos estaban en su expresión cuando se volvió para decirles a Guy y a Don Toma el caballo de Rube y ve hasta el rancho en procura de socorro. Tú, Guy, ve de vuelta al campamento y trae algunas mantas. Tú ve con él, Diana.

- ¡No! -Ella tenía la horrible sensación de que la estaba sacando del paso para que no estuviera ahí cuando Rube... Diana se negó a concluir ese pensamiento. Don ya estaba sobre el caballo, taloneándolo para llegar rápido al rancho.

-Déjala que se quede, Holt -la voz enronquecida de Rube, inesperadamente intercedía por ella. Su mano derecha hizo un débil ademán por ir hacia la mano de ella y Diana se arrodilló junto a él torhándosela y sosteniéndola entre las de ella, porque sentía que eso era lo que él quería. Abrir los ojos parecía un gran esfuerzo para él. Estaban nublados por el dolor cuando alcanzó a mirarla-. Tus ojos son tan celestes como el cielo -dijo, tuteándola por primera vez-. Siempre te lo estuve por decir, desde que eras pequeñita. Sí, señor, como el cielo. -Comenzó a toser de nuevo. Ella buscó su pañuelo y le limpió el hilo de sangre del mentón. Las lágrimas le brotaban de nuevo.- Posiblemente no haya ángeles aguardándome a donde voy a ir, de modo que es mejor que tenga uno sentado a mi lado en esta parte del más allá.

, - ¡Vamos, Guy! Apúrate -ordenó Holt.

Diana levantó la vista cuando Guy se alejaba. Holt estaba quitando las monturas de los caballos y dejándolas en el suelo. Sacó las mantas de las monturas y con ello tapó a Rube para darle calor.

-Pierdes el tiempo, Holt. -Un espasmo de dolor le cotorcionó las facciones que se volvían correosas y grises por debajo de la piel tostada.

- ¡Ssh! -Diana le puso el dedo sobre los labios. Cuando lo quitó estaba tibio y rojo de sangre.- No hables, Rube, tienes que ahorrar tus fuerzas.

-No me digas que me calle. Todo el mundo siempre me está diciendo que me calle - estaba indignado y herido-. Cuando un hombre se está muriendo tiene derecho a hablar, y la gente tiene que escucharlo en lugar de ignorarlo.

-Bueno, Rube, te escuchamos -dijo Diana mientras una lágrima le corría por la mejilla-. Pero tú no te estás muriendo.

De nuevo se le curvó la boca en una sonrisa, pero Rube no le corrigió esa última afirmación. Cerró los ojos y pareció descansar un momento, como si el último esfuerzo lo hubiera abatido. Holt estaba arrodillado del otro lado, junto a él con la expresión insoportablemente amarga. Diana sabía que le temblaba el mentón pero no podía dominarlo.

-Por suerte, nunca me casé. -Rube comenzó a hablar de nuevo.- Ninguna hija mía hubiera sido tan querida como tú. Yo solía pretender que tú eras mi hija. ¿No es gracioso?

-trató de reír y comenzó a ahogarse de nuevo en su propia sangre, pero consiguió agregar:- Imagínate, yo pensando que era el Mayor. -

Diana cerró los ojos apretándolos fuerte; y sintió que las lágrimas le corrían por las mejillas. Ella nunca había notado, nunca había sospechado que Rube la hubiera considerado de esa forma. ¿Por qué la gente se enteraba de esas cosas cuando era demasiado tarde?

-Eres un gran tipo, Rube -su voz era pequeña y firme-, leal y de confiar. El Mayor siempre lo dice. -Diablos, eres una maldita mentirosa -sonrió y parecía satisfecho pese al dolor que le descomponía las facciones.

¿Por qué no descansas un poco, Rube? Después podremos conversar -sugirió Holt.

-Sí, después -asintió y pareció viera muy, muy cansado. Sus dedos apretando la mano de Diana, y ella Cuando pasaron varios le levantó un párpado. - ¿Está muerto? a Holt.

-No, está inconsciente. Diana tragó para deshacer garganta.

-Tiene hemorragias internas, ¿verdad? -Sí. -Holt se puso de pie.

- ¿No hay nada que podamos hacer?

-No. -Holt se dio vuelta, bajando la cabeza para frotarse la nuca. -

Diana mantenía su vigilia junto a Rube, sosteniéndole la mano, casi sin cambiar de posición. Le dolían la espalda y los hombros y tenía las piernas dormidas. Cuando Guy retornó con las bolsas de dormir del campamento las abrieron y lo cubrieron con ellas.

Rube se movió y tosió.

-Hace frío. Nadie va a prender un maldito fuego... -su voz parecía gorgotear cuando hablaba.

-Guy lo va a prender ésta vez -le dijo Diana, pero él parecía perdido. Ella no podía saber si la escuchaba. No hacía falta fuego para tener calor, pero Guy lo prendió igual solo por tener algo que hacer y no quedarse de brazos cruzados.

Dos horas más tarde, Rube murió, tranquilamente, suspirar, como si estunudosos continuaron rió intentó quitársela. minutos sin que se moviera, Holt

-Ella le apretaba la mano mirando el nudo que tenía en la sin luchar. Diana retiró su mano del puño flojo; sus ojos estaban secos cuando Holt le tapó la cara con una manta. Rígida y silenciosa, fue hasta el fuego. Sentía frío y malestar. Alguien le puso una manta en torno a los hombros. No supo quién ni le iniportó.

Casi una hora después, se escuchó el motor de un helicóptero que rompía el silencio extraterreno. Diana fue de vuelta al rancho con el cuerpo de Rube y nadie preguntó por qué.

En la parte de afuera de la puerta del pequeño apartamento había una bolsa de ropa destinada al Ejército de Salvación. Diana puso la última lata de carne envasada en otra bolsa y la llevó afuera también Volvió a entrar en la unidad de dos habitaciones y media. Revisó de nuevo el cuarto de baño para estar segura de que nada se le había pasado por alto.

En el dormitorio, se detuvo a mirar el traje marrón prolijamente puesto sobre la cama, y la camisa blanca. La única que tenía Rube. Una corbata rayada con el dibujo de

un dolar con la cabeza de la libertad, estaba sobre el traje, y un par de botines se encontraban en el suelo, junto a la cama. El lustre no les había quitado las grietas del uso. Todo lo que había ahí estaba destinado a la funeraria.

El armario y la córnoda estaban vacíos. Diana advirtió el pequeño cajón de la rmesita de luz y fue a abrirlo. Lo único que había era una Biblia. Arrugó el entrecejo. Nunca se había enterado de que Rube fuera un hombre religioso. No recordaba que jamás hubiera ido a la iglesia. La abrió y halló un nombre garabateado en el interior de la cubierta: Anne May Carter Spencer. ¿Su madre?

Suspirando, Diana se volvió para llevarla a la mesa de la cocina donde el resto de sus magras pertenencias estaban reunidas en una canasta. Algo se deslizó fuera de

las páginas de la Biblia y fue revoloteando al suelo. Era una vieja fotografía, una fotografía de ella cuando tenía ocho o nueve años. Diana apretó las mandíbulas al volver a colocarla dentro de la Biblia y la dejó sobre la mesa en lugar de colocarla en la canasta...

Intentó recordar cómo trataba a Rube cuando iba creciendo, pero no tenía recuerdos. Evidentemente había considerado su existencia como un hecho natural, sin que se preocupara por saber cuáles podrían ser sus sueños. En todo caso, probablemente lo veía como un viejo tonto, aunque sin tomárselo en serio. -Todo el mundo tenía sueños...

Oyó pasos y la puerta rebatible de la última unidad del complejo se abrió y cerró. Diana miró a su alrededor en la pequeña habitación vacía y levantó la canasta con las pertenencias de Rube. La llevó afuera y fue hasta la última unidad.

Golpeó a la puerta y oyó la respuesta de Holt. -Adelante. -Se estaba secando las manos con una toalla. La vio y su cara se cubrió de irritación. Sus ojos grises parecían muy viejos y muy cansados.- ¿Qué pasa? -Colgó la toalla en un gancho.

Diana estaba demasiado golpeada para alterarse por su tono malhumorado.

-He estado limpiando la casa de Rube. Había unas cuantas cosas personales y no sé qué hacer con ellas. -Puso la canasta sobre la mesa.- No es mucho: su máquina de afeitar, un cortaplumas; su reloj, una radio, y un par de otras cosas... nada de valor, pero pensé... -Ella se puso las manos en los bolsillos del pantalón mientras Holt iba hasta la mesa- ...Quizá la raya algo aquí que alguno de los muchachos quisiera tener. Pensé que tú los conoces mejor y podrías disponer de esto.

-Sí, yo me encargaré.

Ella continuó contemplando lo que había en la canasta. -También hay una bolsa de comida enlatada. La harina estaba amoscada. Ese tipo de cosas tuve que tirarlas. Hay un poco de cerveza en la heladera y manteca y huevos. Eso lo dejé donde estaba por ahora. ¿No es mucho, verdad? -Su voz se quebró al decir esto último.

-Tendrías que haber dejado que otra persona se encargara de estas cosas. [Holt parecía contrariado, fastidiado con ella.

-Es que yo quería hacerlo personalmente. -Diana levantó la cabeza hacia él. Sabes, yo nunca supe... Rube era simplemente... - Un estremecimiento le recorrió el cuerpo. Ella vio el ademán que hizo Holt para reconfortarla. Un frío helado le corría por el cuerpo, entonces le rogó:

-Por favor, sostéme.



Hubo un segundo de vacilación antes que la tomara entre sus brazos y la balanceara suavemente. El calor del cuerpo de él comenzó a animarla. Diana comenzó a sentir de nuevo, con su corazón y sus pensamientos y sus sentidos. Sintió dolor y culpa y pesar..., pesar por un hombre a quien nunca había realmente conocido. Se abrazó a la cintura de Holt. Comenzaron a llenarse los ojos de lágrimas, eran las primeras lágrimas que derramaba desde el accidente del día anterior.

Ahora el golpe por la muerte de Rube había pasado y Diana comenzó a temblar como reacción mientras derramaba abundantes lágrimas. Su cara estaba hundida en la camisa de Holt y la humedad de su llanto le mojaba la tela. El latir acompasado de su corazón era reconfortante, lo mismo que la mano que le palmeaba la cabeza.

Poniéndole los dedos sobre los hombros Diana levantó la cabeza para rozar su frente contra la mandíbula y el mentón de él, como un gato que quiere que lo acaricien y lo mimen. Ella sintió la cálida presión de la boca de él contra su oreja y sus caricias continuaron; él le besó los ojos y las lágrimas que le corrían por las mejillas. Sus manos le recorrían el cuerpo, buscando y masajeadole la herida hasta que no parecía haber lugar que no hubiera recibido la caricia de las manos de él. Su abrazo era cordial y suavizante. Diana se estremeció con alivio.

-Es una injusticia - dijo refiriéndose a la muerte de Rube, sin aliento mientras la boca de Holt pasaba por su cabello negro, cerca de la oreja.

-Nada es justo -- su respuesta quedó ahogada por la mata de cabello renegrido--. lo que estoy sintiendo ahora tampoco es justo, pero ¿qué diablos importa?

Con arrebatadora maestría, su boca se cerró sobre la de ella y le entreabrió los labios. Diana quedó abarcada por la llama de su pasión. El fuego se animó y ella respondió con el abandono de las veces anteriores.

Alzándola en vilo, Holt la llevó hasta una de las habitaciones y la depositó en una cama que estaba sin hacer, la desvistió y la acostó. Las sábanas estaban tibias con el olor de él. El elástico crujía al sentarse. Un segundo después Diana se complacía al tener el torso desnudo de él contra el de ella; el quemante fuego del deseo los fusionaba en una explosión de maravillosas sensaciones. Su fuerza los encendía por encima de los encuentros anteriores. Les tomó mucho tiempo apaciguarse. ,

Incluso, una vez calmados, ninguno de los dos quería llegar a una finalización total. La cabeza de ella descansaba en el hueco del brazo de él. Diana fumaba un cigarrillo que él le había encendido. El cenicero que compartían descansaba en el estómago masculino. De pronto, a ella le fue más fácil hablar de Rube.

-Todo sucedió tan rápido. Vi que el garañón se le iba encima y que su caballo se encabritaba y retrocedía cayendo encima de él. No parecía que yo estuviera tan lejos. Si hubiera llegado antes junto a él, antes que el caballo lo pisara, acaso ahora no estaría muerto.

-Si lo hubieras alcanzado antes, acaso los dos estarían muertos. No puedes pensar así Diana. No había forma de predecir lo que sucedió. Lo único que podría haberlo salvado hubiera sido tener atención médica inmediata. Estábamos demasiado lejos.

-He conocido a Rube toda mi vida, y sin embargo, en todos estos años, nunca me di cuenta de que pensara en mí de una manera especial. Simplemente daba por sentado que estaba ahí, lo mismo que me ha pasado con Guy. Estaban ahí, a mano siempre que... --la frase quedó inconclusa en la medida en que Diana intuyó la súbita tensión que se apoderaba de Holt. Miraba el humo que subía en espirales de su cigarrillo y la ceniza compacta que se le formaba en la punta. Habían estado tan cerca. Y ahora Holt se apartaba--. Quisiera no haber mencionado a Guy -murmuró.

-No importa ---apreto su cigarrillo y le paso el cenicero a ella.

- ¡Por cierto que importa! 'Tú me acusas a mí de tener una vinculación sexual con él y de continuar con un asunto que no existe.

-No importa replico Holt con un tono terminante. Las lágrimas afluyeron a sus ojos cuando apagaba la colilla del cigarrillo.

-Por favor. Se le cerraba la garganta, enronqueciéndole la voz.- No quiero discutir contigo por Guy, por favor. Hubo una pausa mientras él aspiraba hondo y soltaba el aire en un largo suspiro que orillaba la reconsideración.

-Yo tampoco Diana. Holt se volvió en la cama, le tomó la barbilla y la besó, pero no dejó que la situación se intensificara en la pasión. Quito el brazo de debajo de ella y se sentó en la orilla de la cama.

El amor mamaba de la eterna Fuente del corazón de Diana y, levantándose, fue a ubicarse detrás de él, poniéndole las manos sobre los hombros y abrazándole el pecho. Se apretó muy fuerte a él y le besó las blancas cicatrices que entramaban su espalda. Fue una explosión emocional antes que deseo de hacer nuevamente el

amnor. Suavemente, Holt le quito los brazos de su cuerpo y en parte la alejó, concluyendo el abrazo sin rechazarlo.

-Ya es casi mediodía – dijo.

Asintiendo, ella no intento alcanzarlo cuando él se levanto. Diana permaneció en la cama viendo cómo el se vestía, sintiendo que tenía derecho a esa intimidad. Su mirada seguía atraída por esas cicatrices, sus ojos azules se anegaban de interrogación. Holt se dio la vuelta y captó su expresión. Vaciló, luego alzo la camisa y se la puso, ocultando así las viejas marcas de su vista.

\_.Mi padre me castigaba cuando yo era chico. -Holt se abotonaba la camisa, aparentemente indiferente a las palabras que acababa de decir.- Era una especie de exhibicionista de los rodeos, una suerte de payaso. Mi madre me mostraba fotografías de él. Estaba poco en casa.. Cada vez que lo hacía, por una razón u otra me daba una tunda, y una vez que se ponía a pegarme no podía parar.

Mi madre lloraba y le pedía que se fuera, pero generalmente cuando dejaba de pegarme yo ya estaba inconsciente.

¡Oh!, Dios mio, Holt, no!.- exclamaba ella en señal de protesta.

Yo tenía once años cuando un toro lo estampó contra la valla y le rompió una pierna. Cuando salió del hospital vino a casa por una semana. Traía un latigo de lonjas de cuero y en lugar de pegarme con la mano me pegaba con él.

-Pero no había alguien....tu maestra, un vecino....

Esto era antes de que los adultos entendieran que existe algo que se llama maltratar a los menores. Lo que un padre hiciera con su hijo era asunto de él. Apañado por la excusa de que acaso el chico probablemente lo mereciera.

Su boca se retorció con expresión cínica.

Pero seguramente había alguna forma....¿no? Su pensamiento rechazaba la idea de que la criatura estuviera atrapada en una situación sin salida.

Holt no respondió inmediatamente, tomándose una enorme cantidad de tiempo para acomodarse la camisa dentro del pantalón

-Unos pocos meses después que me había azotado, mi madre me dijo que vendría a casa para el fin de semana. Cuando ella se fue a hacer las compras, me escapé. Juré que él nunca más me iba a pegar. Dos días más tarde la policía me encontró y me trajo de vuelta. Mi madre estaba sola en casa. Dijo que él se había ido a buscarme y que había prometido no volver a pegarme. Pero cuando volvió a casa y le vi la mirada, supe que eso era mentira. Comenzó a gritarme por afligir a mi madre

y volverla loca. Cuando vi el látigo en su mano corrí al dormitorio de mi madre. El había insistido para que ella tuviera una escopeta puesto que estaba mucho tiempo sola. Recuerdo que una vez él dijo que para tirarle a algo de cerca una escopeta era mejor que un revólver. No sé si habré pensado en asustarlo, o en matarlo. Me la acomodé y apunté a la puerta. Cuando él entró yo apreté los dos gatillos.

Diana sintió que iba a descomponerse. Sabía que había palidecido. La cara de Holt permanecía impasible, no registraba ninguna emoción. Se ajustó el cinturón y se agachó para acomodarse las botas.

-Nunca me prontosaron, a causa de las circunstancias y por el hecho de ser menor de edad. Pero me pusieron en un hogar durante algunos meses y luego me entregaron de nuevo a mi madre. Entonces nos fuimos a... Arizona. tan insustancial decir eso. vivir, volvería a hacerlo.

-Lo... lo siento -parecía -Si tuviera que volver a -Holt salió de la habitación.

Pasaron varios minutos antes que Diana se recuperara lo suficiente como para levantarse de la cama y vestirse. Parecía que ya no quedaba nada por decir cuando se reunieron en la habitación central.

-Tengo que revisar uno de los caballos. Te veré en el almuerzo. -Le sostuvo la puerta abierta para que ella pasara.

-Sí. -Palabras de práctica que evitaban decirse la cruda verdad que los dos conocían. El hijo que odia al padre... en el pasado y en el presente.

Salir a cabalgar en la calurosa mañana de sol no le había quietado la conciencia. El funeral de Rube sería al día siguiente. Pero la depresión y la culpa que Diana sentía no tenía nada que ver con la muerte de él. Lentamente, llevaba el caballo a los establos bordeando las dependencias en un esfuerzo por evitar encuentros. Observaba que el potro meneaba la cabeza de lado a lado cuando caminaba.

¡Diana! ¡Hey! ¡Ven! -Una voz irrumpió en la niebla de su mente.- ¿Por qué no me dijiste que salías a caballo? Te hubiera acompañado:

Al oír su nombre, Diana automáticamente detuvo el caballo. A su izquierda estaban los tanques de gasolina sobre bases de acero. Y más allá, el viejo furgón que Guy había encontrado

de sombra que proyectaba el furgón.

- ¡Ven a conversar conmigo! -la anormal en su voz y en sus maneras.

Diana tuvo la tentación de seguir de largo, como si no hubiera oído, pero era casi imposible ahora que se había detenido y miraba en su dirección. Dando un suspiro

ubico su caballo en un angosto claro entre los soportes de los tanques y la sombra que arrojaba el furgón

en

—Está muy calurosa la mañana, ¿verdad? —Guy sonrió sin moverse de su posición repantigada cuando ella estuvo ante el furgón.

-No demasiado.

-Desmonta, desmonta. -Le hacía un ademán de incitación con la mano.- Siéntate conmigo y habla. -- Ella se levantó de la silla de montar vacilando por un instante. - Puedes sentarte aquí. Iré a buscar otra silla adentro. Mientras Diana desmontaba, Guy fue caminando con el cuerpo muy erguido al furgón y salió con otra reposera, en tan malas condiciones como la que le había cedido a ella, y la ubicó al lado de la anterior.

- ¿Tomas una cerveza fría? -dijo como farfullando un poco.

-No, gracias.

-Yo, en cambio, me voy a tomar una. Ya vuelvo -y volvió a entrar una vez más en el furgón.

Alrededor de la reposera había una media docena de latas de cerveza vacías que aún despedían olor. Diana advirtió que Guy había estado bebiendo y no era siquiera mediodía; se sentó con cuidado en la reposera y la tela resistió.

- ¿Seguro que no quieres una cerveza? -Guy salía con una en la mano.

-No, no, no quiero.

El se sentó en la reposera junto a ella, volviendo a repantigarse. Tomó un sorbo de la lata, luego se quedó mirándola; algún pensamiento le rondaba en la mente y su cara expresiva lo denotaba.

-Es la cerveza de Rube -dijo-. Los muchachos me la dieron cuando se repartieron las cosas. Floyd tomó su reloj. Yo me iba a quedar con la radio, pero la maldita no funcionaba. -Al decir eso Guy rió y miró a Diana.- ¿Estás segura de que no quieres tomar una cerveza por el viejo Rube? -No creo que quede más -dijo Diana con parquedad. --Aún quedan un par de latas -le aseguró él.

-Paso.

-Sabes -inclinó su cabeza hacia atrás para contemplar el cielo-, tendríamos que hacerle un velorio a Rube. A él le hubiera gustado eso. Un verdadero velorio con abundante cerveza y ruido. Quizá con algunos cohetes. A él le encantaba jugar a los dados. ¡Cómo les hablaba! También era un terrible jugador de póker. Pero jugaba

muy mal. Le encantaba jugar, pero temía arriesgar un dólar. ¿Te conté alguna vez cómo me enseñó a jugar?

-No, nunca me lo contaste.

-:Era un maestro espantoso. -Guy suspiró y siguió bebiendo cerveza.- No tenía familia, ¿verdad?

-Por lo menos nunca habló de ella. El Mayor creía que tenía una hermana en algún lado, pero Floyd pensaba que había inuerto hace algunos años. Están tratando de averiguar.

-No creo que haya mucha gente en el funeral de mañana; solo nosotros, los del rancho. Rube, en realidad, no tenía amigos, salvo nosotros. Acaso un par de tipos de otros ranchos que hayan trabajado aquí en algún momento. -Sus dedos apretaron la lata que se abolló produciendo el sonido particular del aluminio.- ¿Te dije que Holt se quedó con la montura? ¡El hijo de mala madre!

Diana palideció ante la violencia de su voz. -No digas eso.

- ¿Por qué no? -El tono de Guy era levemente beligerante.-- Es la verdad. Eso es lo que es y lo que siempre ha sido. Tu lo sabes, Diana. Tú sientes lo mismo que yo acerca de él. Además -agregó sin darle tiempo a refutar su afirmación última-, si no hubiera sido por él, Rube estaría vivo. - Eso no es verdad. No puedes echarle la culpa a Holt. Fue un accidente. Yo estuve ahí. Si a alguien debe culparse es a mí por no haber llegado antes junto a él.

No, no es culpa tuya. Tú no podías hacer nada. No, fue culpa de Holt -repitió Guy-. Y él le echa la culpa al garañón blanco.

-- El garañón lo pisoteó, no Holt -le recordó ella con acritud.

-Pero fue Holt el que nos llevó ahí. Todo fue obra de él y su maldito plan. Tendría que pagar por lo que ha hecho. Primero, tú; luego, Rube. Odio a ese hijo de mala madre.

Estas hablando por efecto de la cerveza, Guy. Me rehúso a creer que realmente sepas lo que estás diciendo.

-Diana se estremeció, en parte por fastidio y en parte horrorizada.

- ¿Cómo puedes defenderlo después de lo que te hizo a ti? -Se incorporó en la reposera y la miró furibundo. - ¡ ¡ ¿Qué puedo hacer o decir para que se te meta en la cabeza que yo quise que me hiciera el amor?!! -Exclamó con frustrado enojo Diana.

--No te creo. Lo dices por decir. ¿Cómo ibas a quererlo, si tú lo odias tanto como yo? Tú siempre lo has odiado. -Ya no lo odio más... -Diana pensó que era mejor no seguir adelante, aunque tenía más cosas por decir. -El hijo de mala madre...

-No digas eso -le advirtió ella. Era inútil tratar de razonar con Guy, al menos en su actual condición-. Si vas a seguir- hablando así, me voy.

- ¡No! --esclantó con tal exaltación que denuncia la falta de control de sus reflejos a causa del alcohol; se puso de pie y le tomó un brazo antes que Diana pudiera dar un paso hacia su caballo-. Por favor, no te vayas. Quédate conmigo un ratito. --Sus ojos azules tenían una expresión arrepentida e implorante.- Lamento haberme expresado con torpeza delante de ti. Simplemente se me escapó.

Parecía un niño tan pequeño, pese a la fuerza con que le apretaba el brazo, que Diana le resultaba difícil permanecer enojada con él.lo mismo que sucedía años atrás cuando la miraba con sus ojos de ternero.

No es la torpeza de tu expresión lo que me molesta, Guy, sino tu actitud hacia Holt.¿No te acuerdas de que él ha querido hacer un hogar para ti, que se ha preocupado porque tengas educación?.¿Nunca te ha maltratado, ¿no es verdad ?.

Por sus comentarios solo consiguieron hacer que él arrugara el ceño.

Es de piedra .Uno tiene más sentimientos en la punta de un uña que él en todo su cuerpo.Yo no le importo nada.

Acaso en su interior no es así, solo que no sabe como expresarlo.Tú le importas.Por eso me ha prevenido que me mantenga alejada de ti, no quiere que sufras por mi.

¿Te ha prevenido ?.- Su rostro se esombreció,.¿ Por eso estás rechazándome todo el tiempo? Le tienes miedo. Tienes miedo de lo que pueda hacerte. -Ignorando la negativa de ella con la cabeza, la tomó entre sus brazos y hundió su cabeza entre la espesura de su cabello renegrido.- No voy a permitir que él te haga sufrir a ti, Diana. ¿No lo sabes, acaso?

Diana cerró los ojos, dándose cuenta de que Cuy se imaginaba que tenía que tratar al dragón para salvarla. -No le tengo miedo a Holt -dijo tratando de poner distancia para recuperar el aliento-. No necesito que me protejas de él. No quiero ninguna protección.

-Durante todo este tiempo me has venido diciendo que no querías tener ningún compromiso serio, que no estabas en disposición mental. -Guy solo había escuchado una palabra.- Y resulta que él te estaba amenazando. Por eso no quisiste que yo

saliera contigo esta mañana. -No. Quería estar sola y pensar. No quería que nadie me acompañara --insistió Diana.

-Cuando él te violó, yo tendría que haberlo.,.

-No fue una violación. ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo? -Diana insistió con frustración-. Si yo no hubiera querido, ¿no crees que le hubiera arañado los ojos? Además, soy la hija del Mayor. Ya sabes la relación estrecha que mantienen los dos. ¿Crees que Holt se hubiera arriesgado a perder el respeto del Mayor y también su trabajo? No seas tonto, Guy. Abre los ojos y enfrenta la verdad.

-Tú le tienes miedo. -El le deslizaba la mano por la espalda en un conato de lo que pretendía ser una caricia erótica. Empezó a besarle el pelo, buscándole la cara, pero Diana dio vuelta la cabeza esquivándolo.- Nos fugaremos, lejos de aquí, tú y yo, donde las amenazas de Holt no puedan intimidarte.

-Yo no quiero fugarme. Esta es mi casa. --No era posible hacerle entender nada a través de la niebla del alcohol. -Muy bien, nos quedaremos aquí. Donde tú quieras estar... ahí quiero estar yo. Haré lo que tú quieras -prometió con voz enronquecida-. Voy a ensillar un caballo y vamos a salir juntos. Cuando tengamos mucho calor nos detendremos ante un estanque y nadaremos como lo hacíamos antes.

-No. -Su negativa ahogada caía en oídos sordos.

-Te quiero tanto, Diana. Solo quiero estar contigo. Vayamos al estanque va a ser tan perfecto

Tenerte entre mis brazos. Besarte. -gimoteó Guy-; te prometo que va a ser como la vez pasada:

- ¡No! -Juntando todas sus fuerzas, Diana se arrancó de su abrazo, dio un paso atrás y le echó una mirada fulminante que materializaba lo que sentía.- Lamento haber ido contigo alguna vez ahí.

-No estás diciendo la verdad. -Estaba paralizado por el golpe y la incredulidad.- Dijiste que no lo lamentabas. -En ese momento no, pero ahora sí lo lamento. Oh, Dios, ¿no lo ves? -Con los dedos entreabiertos se peinaba el cabello mientras buscaba con impaciencia una forma de hacérselo entender.- Eramos amigos. Cometí el error de permitirte demasiada intimidad y se ha arruinado la relación entre nosotros. Ahora, cada vez que te aproximas quieres volver a hacerlo. Y yo no quiero que vuelvas a hacerme el amor.

-Pero... -su boca se contrajo con dolor-. Pero tú dijiste que me querías.



-Y es verdad que te tengo cariño, pero no te amo. -Diana no tenía la seguridad de que nada de lo que le dijera le penetraría.- Guy, no quiero herirte.

-Estás tratando de protegerme, ¿no es verdad? Le tienes miedo a Holt, y tienes miedo de que yo pueda hacer algo para detenerlo. Es eso. ¿No es verdad? Estás tratando de protegerme.

No había nada que hacer.

-Estás borracho, Guy. Cuando vuelvas a estar sobrio, quizá algunas de las cosas que te he dicho te penetren. Es inútil que trate de hacerte entender cuando no quieres atender y todo lo vuelves al revés y tratas de hallar motivos que no existen. - Ella fue hasta su caballo y montó.

-No estoy borracho -fue su indignada reacción-. He tomado unas pocas cervezas, pero...

Diana taloneó a su caballo y éste salió con un animado trote hacia los establos.

Diana estaba ojeando una revista, pero el contenido no le interesaba. Estaba inquieta, ansiosa; sus pensamientos constantemente volvían a la discusión de esa mañana con Guy. Y además, Holt y el funeral del día siguiente; todas esas cosas le presionaban la mente. Con un movimiento de evidenciada agitación, dejó la revista de lado.

- ¿Por qué no te das una vuelta por la ciudad esta tarde, Diana? -le sugirió amablemente el Mayor-. Necesitas alejarte un poco de la casa, me parece. Todos estos preparativos para el entierro de Rube te están haciendo mal. -No es eso --dijo levantándose del sofá y yendo hasta la ventana-. Por otra parte, si fuera a la ciudad iría hasta la funeraria.

-Pese a todo, creo que necesitas un cambio de atmósfera por unas cuantas horas. No te he visto sonreír en estos últimos dos días. Ve a ver a Peggy. La sonrisa de esa mujer siempre ha sido contagiosa.

-Sí -suspiró-. Quizá tengas razón. Iré a ver a Peggy. Pero no me quedará mucho. - Diana se encaminó hacia la puerta.- Pero no te olvides de descansar un poco esta tarde.

-Yo me puedo cuidar solo. Tú vete tranquila -insistió el Mayor.

Tomó la camioneta y condujo hasta el rancho vecino.

El patio de tierra estaba vacío, no había ningún vehículo, pero los ruidos provenientes de la casa le indicaban que Peggy se encontraba adentro. Golpeó a la puerta abatible y entró.

- ¿Peggy?

-Sí -le llegó la respuesta desde otro lugar de la casa y unos pocos segundos después, Peggy venía a la cocina acunando un niño que alborotaba entre sus brazos. Tenía puestos los rizadores y su blusa blanca estaba manchada con saliva del niño--. Hola, Diana. -Su saludo parecía apresurado. Estaba acostado a los chicos para que durmieran la siesta. Ven, pasa y siéntate. ¿Qué te parece si te doy un té helado? Yo tengo ganas de tomar un vaso.

Los ojos de Peggy se veían ojerosos. Diana pensó que realmente era ella la que necesitaba una siesta. Se la notaba realmente extenuada.

-Tú siéntate y yo serviré el té.

-No vamos a discutir por eso. --Peggy rió con cansancio.-- Hay una jarra de té en el refrigerador y vasos en el armario a la izquierda de la piletta. -Ella se sentó ante la mesa de la cocina, mientras Diana preparaba los refrescos.

El chupete cayó de la mano del niño y éste se largó a llorar hasta que Peggy se lo restituyó.

-Sentí tanto cuando me enteré lo de Rube. Llamé esta mañana y hablé con el Mayor. Qué accidente tan terrible. -Sí, lo fue. -Diana llevó los dos vasos a la mesa y tomó una silla.

-Alan me dijo que te vio anoche en la funeraria. ¿Has concluido con los arreglos para los servicios?

Probablemente no vayan muchas personas, de modo que hemos pedido un servicio chico en la misma funeraria, y en el camposanto naturalmente.

-Supongo que los muchachos del rancho llevarán el ajón.

-Sí -asintió Diana, luego advirtió que en la arcada que conducía de la cocina al resto de la casa se encontraba la mayor de las mimas haciendo un gesto de llanto con la boca y aún había rastros de lágrimas en sus mejillas.

-Mami, quiero tomar algo -pidió.

- ¡No, no es hora de tomar nada! -rezongó Peggy al ver a la niña-. ¡Te vas directamente de vuelta a la cama! ¿Entendido?

-No quiero ir a dormir, mami -y comenzó a llorar derramando abundantes lágrimas.

-Sara Kay Thornton, te vas a esa habitación antes que tome la paleta y te dé una buena para que tengas por qué lloiar -amenazó Peggy.

- ¡No, mami, no! -En lugar de obedecer, la pequeña comenzó a brincar con el berrinche desatado y llorando más fuerte.

Peggy reacomodó al niño entre sus brazos y se levantó de la silla. El niño perdió el chupete y empezó a llorar. Mientras Peggy tomaba la paleta redonda que estaba sobre la mesada, la pequeña empezó a gritar que no quería que le pegara. Por unos minutos aquello fue una Babel.. Peggy corrió a la niña hasta su habitación dándole tinos paletazos por el camino.

- ¡Déjate de llorar! -se oía la voz de Peggy que llegaba a la cocina-. ¡Y no te levantes de la cama de nuevo hasta que yo no te lo diga! -y retornó tratando de calmar al niño que no quería hacerlo mientras no le dieran su chupete. Peggy hizo un gesto de cansancio mientras se sentaba en su silla-. Bueno, otra rebelión sofocada. Espero no volver a tener otra semana semejante. Sara está saliendo de una gripe, Brian está cortando los dientes y Anry no está recibiendo la atención que necesita.

-Se te ve extenuada.

-Lo estoy -sonrió-. Pero estoy aprendiendo a dormir ratitos. Mami vendrá mañana a quedarse con los chicos para que Alan, y yo podamos ir al funeral.

Diana olió algo en el aire. -¿Se está quemando algo?

Una expresión de horror se expandió por la cara ¡Oh, mi Dios! ¡La torta! ¡La olvidé completamente! Dejo al niño en el suelo y corrió a la cocina y abrió el horno. ¡ Está arruinada! -se quejó mientras la sacaba del horno. ¡Maldito horno! ¡Mira! Un lado está quemado y el otro lado está medio crudo. La parte de atrás del horno quema más que la parte de adelante, de modo que hay que estar dando vuelta la tortera. - Peggy pinchó el contenido del molde.- Me olvidé completamente y ahora tendré que tirarla. -El niño venía gateando y lloriqueando. Diana sacudió la cabeza, hallando que la situación de Peggy era absolutamente intolerable.

-¿Cómo puedes soportarlo? Es decir, ¿cómo puedes trantear con todo esto? Quiero decir, no solo los niños que lloran, sino el horno que no calienta en forma pareja, la heladera que no enfría, y un marido que no levanta un dedo para ayudar; que te tiene descalza y embarazada, que no puede siquiera comprarte un vestido nuevo. - Todo esto le brotó a Diana antes que pudiera detenerse a considerar lo que estaba diciendo.

Peggy se quedó mirándola azorada un minuto, luego dio rienda suelta a sus pensamientos.

-¡ ¿Cómo puedes decir que no tengo nada que valga la pena en mi vida?! Tú tienes una cama de bronce muy bonita, pero cuando te metes debajo de las cobijas está vacía. Cuando yo me voy a la cama, Alan está ahí para recibirme con amor y para compartir sus sueños conmigo. Es posible que tú comas bistec todas las noches, mientras que nosotros comemos hamburguesas. Pero en mi mesa están sentados mi marido y mis tres hermosos niños. ¿Quién está sentado a tu mesa? Esta casa no es mucho. No es tan linda como la del Mayor, pero está llena de amor. ¡Yo soy la rica, y tú eres la pobre, Diana! ¡Si no puedes advertirlo lo lamento\_ por ti!

-Peggy, yo...

El enojo en la voz de la madre hizo que el niño se pusiera a llorar en serio. Peggy lo tomó entre sus brazos y lo alzó.

-Creo que es mejor que te vayas, Diana. ---Su mirada era de orgullo.

Diana no sabía cómo hacer para compensar el daño que había causado su atropello. Levantándose de la silla fue lentamente a la puerta y se volvió. El niño tenía los dedos metidos en la boca de Peggy. Diana observó que Peggy se los retiraba y lo apretaba fuerte. Mientras cerraba despacio la puerta detrás de sí, Diana se iba con un nudo en la garganta.

El trayecto hasta su casa fue largo y lento. Detuvo la camioneta al frente y fijó una sonrisa en el rostro para que la viera el Mayor antes que llegara al porche. Al abrir la puerta rebatible oyó que sonaba el teléfono.

-Rancho Somers -respondió.

-¿Diana? Soy yo, Peggy. Olvidé decirte que hay algo más que poseo y quiero, eso es tu amistad. ¿Puedes perdonarme porque se me hayan volado los pájaros de esa manera?

-Después de lo que yo te dije, no veo cómo harás para perdonarme -declaró Diana cori asombro y la voz vacilante.

-Las dos hemos estado en tensión estos últimos días. Perdonémonos y olvidémoslo.

¿Sí?

Fue difícil pasar el nudo que tenía en la garganta, pero Diana finalmente se las compuso para decir:

-De acuerdo.

-Bueno, te veré mañana. -Sí, hasta mañana.

El servicio fúnebre fue simple y los que acudieron, eran pocos. En el cementerio había viento y éste levantaba la tierra. Diana estaba junto al Mayor. Una banda negra le atravesaba la manga del traje oscuro. Guy y Holt estaban entre los que llevaban el féretro, distantes el uno del otro. Con los ojos inyectados y pálido el rostro, Guy parecía haber seguido bebiendo después que Diana lo dejó. Holt parecía distante de lo que estaba haciendo, indiferente a la monótona voz del sacerdote y al viento que le arremolinaba.

Cuando el servicio concluyó, el grupo de acompañantes se reunió unos pocos minutos. Alan y Peggy Thornton se aproximaron a presentar sus condolencias al Mayor, que era lo más próximo a una familia que había poseído Rube. Peggy, ácerca de ayer... -Diana empezó vacilante. Esta olvidado, ¿no? -ella le dio un apretón afectuoso y sin afectación.

Te veré en el rancho.

Otros aguardaban para hablar con el Mayor y los Thornton se apartaron. Todos estaban invitados al rancho para tomar un café y también algún bocado después del funeral. Los que vivían cerca aceptaron. El resto partió de vuelta. El ministro y su esposa aceptaron la invitación del Mayor para ir en la camioneta con él mismo y Diana. El angosto sendero que conducía hasta los vehículos estacionados obligó a Diana a ir detrás, hasta llegar al auto.

Estaban casi ahí cuando una Tnana le toro el codo, sin impedir que siguieran caminando. Asombrada, halló que Holt iba junto a ella. Diana no lo había visto durante los últimos minutos y tenía la impresión de que se había ido del cementerio. Sus miradas se encontraron brevemente, los pensamientos de él escondidos tras un muro de cemento, y continuó a su lado hasta el automóvil.

Su contacto cálido la estremeció. Diana hubiera querido echarse en sus brazos y que su cuerpo sólido le borrara toda las conversaciones sobre polvo y cenizas, muerte y tumbas. Al llegar al vehículo Holt dejó que su mano cayera y Diana sintió que el sistema de respaldo de su vida había desaparecido. Tembló.

-¿Estas bien? -la pregunta fue hecha en voz baja y no llegó a los oídos de los demás que estaban cerca.

Ella levantó la cabeza. Su cabello negro estaba recogido en un severo rodete sobre la nuca. El simple traje sastre negro hacía resaltar aún más la palidez de su piel blanca intensificando el color celeste de sus ojos.

-Estoy muy bien -para sus adentros, agregó: "mientras tú estés a mi lado".

Mirar sus facciones delgadas y curtidas acrecentaba su deseo de ser estrechada entre sus brazos y sentir la presión de sus labios sobre los de ella. Sus ojos debían haber revelado esa necesidad, porque sintió que él rápidamente aspiraba aire y vio que de súbito se le oscurecían los ojos claros. Automáticamente se arrimó a él y Holt giró sobre sus pies para dar la cara al Mayor.

-Quisiera hablar una' pocas palabras con usted, Mayor, más tarde, cuando le resulte conveniente.

-Cuando tu quieras, Holt. ,

Con una breve inclinación de cabeza al ministro y a su esposa, Holt se retiró, sin mirar en dirección a Diana. Ella tuvo como un estremecimiento de temor. ¿Por qué quería hablar con el Mayor? ¿Y por qué el saberlo la perturbaba? Su mirada se alejó a las montañas del este y tuvo que reprimir un estremecimiento.

Una vez llegados al rancho todos vincularon su pasividad y preocupación con la muerte de Rube. Nadie pareció haber notado que su mirada rara vez se apartaba de Holt. Pese a ello no dejó de cumplir como dueña de casa. Cuando vio que el ministro y su mujer estaban solos, Diana fue a hablar con ellos, sugiriéndoles que tomaran algo y se sirvieran, pero ellos se rehusaron.

-Ha sido un buen sepelio -comentó el clérigo.

Diana miró en torno de la habitación, sabiendo que si se hubiera tratado de su padre la gente no cabría y estaría en la galería.

-Hay poca gente.

-Sí, pero los que están sinceramente sienten la desaparición del señor Spencer y se han reunido por eso y no por un sentido de las obligaciones sociales.

El señor Spencer, sonaba raro. Siempre había sido Rube. Su apellido estaba probablemente olvidado por más de la mitad de los que estaban ahí, pensó Diana sin decirlo. -Lo vamos a extrañar -admitió en cambio.

-¿Entiendo que el señor Spencer trabajó durante muchos años para su padre?

-Desde que tengo uso de razón estaba aquí. Lo he conocido toda mi vida. -No se dio cuenta de que no había usado el pretérito imperfecto pero sabía que en realidad nunca lo había conocido.

-Fue un accidente tan desafortunado -murmuró la señora del ministro- ser aplastado y pisoteado por el propio caballo de él.

¿Esa era la explicación que se había dado? Diana no lo sabía. Nadie fuera del rancho le había preguntado nada. La participación del garañón blanco había sido ocultada. Cuán fácilmente ella hubiera podido mencionarla.

-Fue muy desgraciado.

- ¿Tengo entendido que usted estuvo ahí cuando sucedió? -preguntó la mujer con una sonrisa de solidaridad.

-Sí -asintió Diana.

-¿Pudo hablar antes de morir? Espero que haya tenido tiempo de ponerse en paz con Dios. La única observación hecha por la mujer del clérigo fue casi una ferviente plegaria.

-Rube estaba terriblemente dolorido. Sabía que se estaba muriendo, y... sí, habló del cielo. --Ella pensó que Rube no se molestaría porque ella estirara un poco la verdad para apaciguar la conciencia de la mujer.

-Me alegro tanto.

--Me disculpan -dijo Diana ante la necesidad de concluir con esta conversación-; voy a ver si Sophie necesita ayuda en la cocina.

De nuevo la pareja pronunció palabras de pésame antes que ella se retirara. Cumpliendo con su palabra, Diana se dirigió a la cocina segura de que la competente Sophie no

la necesitaba. La mujer estaba lavando y apilando los platos que se habían usado.

¿Todo está bien Sophie? ¿Necesita algo? -Una mirada en torno a la cocina le indicaba que todo se hallaba bajo control.

Todo está bien, señorita -fue la blanda respuesta. Cuando Diana salía de la cocina, la mujer se volvió, vacilante.- Es algo muy bien hecho esto que usted y el Mayor están realizando.-Ante la mirada asombrada de Diana ella continuó explicando un tanto nerviosamente:- Me refiero al funeral, la lápida, y la reunión de gente aquí.

.-Gracias, Sophie. -Ella no podía pensar en otra cosa hoy.

Rube siempre sintió... mucho cariño por usted, señorita. -La mujer parecía dudar, como temerosa de estar hablando de más.- Holt, me dijo que usted estuvo a su lado hasta último momento.

-Bueno... gracias. -Diana no recordaba que Sophie nunca hubiera hablado tanto, salvo que se tratara de asuntos domésticos. Era evidente que la muerte de Rube los había conmovido a todos de una u otra manera.

El ama de llaves siguió con el lavado. Su espalda comenzaba a encorvarse con los años. El rodete trenzado que le coronaba la cabeza revelaba la escasez de su pelo grisáceo. -Yo no estaba segura de que usted nunca hubiera caído en cuenta a Rube. Usted siempre estaba tan pendiente de su padre y su padre de usted que nunca parecía haber lugar para nadie más en sus vidas. Yo sé que Rube puede ver lo que usted está haciendo por él, y sé que eso lo hará feliz.

Y Diana se dio cuenta de que Sophie monologaba, revelando cómo se había sentido ella durante todos estos años. Le puso la mano en el hombro un momento.

-Gracias, Sophie -y ella sabía que era la primera vez que había tocado a la mujer con algo de afecto.

Diana dejó la cocina en silencio y regresó a la sala automáticamente comenzó a buscar a Holt con la vista y lo vio acercarse al Mayor, decirle algo que recibió la aceptación de su padre y los dos se encaminaron al estudio. La audiencia que Holt le había pedido iba a tener lugar ahora, advirtió Diana.

Se desplazó rápidamente a través de la habitación hacia el escritorio, respondiendo con un movimiento de cabeza a los que le hablaban pero sin dejar que la detuvieran con conversación. Ella abrió la puerta segundos después que él la había cerrado. La impaciencia se reflejó en el rostro de Holt al verla entrar.

-- ¿Cómo te sientes, Mayor? -Diana fue a ubicarse ,junto a su padre.- ¿No estás demasiado cansado, verdad? -No, estoy muy bien, gracias. -Se sentó en la silla tapizada de cuero ante su escritorio.- Holt simplemente quería hablarme en privado algunos minutos.

—Ah, bueno. ¿No les importa si me quedo, verdad? -Ya estaba bien instalada en un sillón cuando hizo la pregunta. La voz de Holt fue seca, su irritación contenida: - Dudo que mi objeción sirviera de nada.

El no tomó asiento, permaneció de pie delante del escritorio indicando con su actitud que lo que venía a decir no le tomaría mucho tiempo.

Saldré en procura de las yeguas mañana por la mañana.....- agregando tras una pausa- y del garañón.

¡No! -Todo el tiempo Diana tenía la premonición de que la conversación giraría en torno a eso.

Me temo que estaré de acuerdo con Diana -dijo el Mayor con sobriedad-. Me parece que es hora que dejemos el asunto del padrillo salvaje a la oficina.



-- Están atados de pies y manos..La ley les prohíbe matar ningún potro salvaje. Si ellos tratan de apresar ese padrillo alguien más puede resultar muerto o malherido.

-Deja tranquilo al garañón. Que se quede con las cuatro yeguas -afirmó Diana.

-Si yo creyera que las cuatro yeguas lo iban a tranquilizar, podría estar de acuerdo, pero no será así. -Aunque respondía a las argumentaciones de Diana se dirigía directamente al Mayor.- El salvaje volverá en busca de más. ¿Por qué no habría de hacerlo?\_ Ellas están prácticamente a mano. No tiene que combatir con ningún otro padrillo para eso. El miedo que podría haberle inspirado el hombre parece estar desvaneciéndose. Ya no es tan solo una molestia. Se está convirtiendo en una amenaza. -Holt presentó su argumento en voz normal y con frialdad.- El animal debe ser destruido.`

- -No!

-Lo que tú dices tiene lógica, Holt, pero...

-No le estoy pidiendo su permiso, Mayor -interrompió-. Hubiera preferido salir en la mañana sin decirle mis intenciones porque no quiero que usted esté participando de ellas. La responsabilidad es totalmente mía. Cualquier repercusión de mis actos quiero que corra solo por mi cuenta.

-¿No vas solo? --había preocupación en la voz del Mayor al aceptar la decisión de Holt.

-No. Don me ha pedido ir conmigo -vaciló-, y creo que Guy vendrá conmigo.

-¿El no lo sabe aún? -Diana contuvo el aliento. -No, aún no.

-Hará todo lo posible por detenerte. -Será un intento.

-No lo hagas, Holt.

Pero él ya la estaba ignorando de nuevo. -Probablemente no lo veré hasta que esté de vuelta, Mayor.

-Ten cuidado. -Lo tendré. Girando sobre sus talones, Holt se encaminó a la puerta.

Diana lo siguió con la mirada, después de buscar un argumento para hacerle cambiar de idea sin poder encontrarlo. La puerta se cerró y ella se volvió hacia el Mayor que era el único a quien Holt escucharía.

-Tienes que detenerlo.

¿Corno? -Su aspecto era cansado e indulgente.- No puedo parar a Holt. Es un hombre. No puedo impedirle que haga lo que él cree que tiene que hacer.

Pero trabaja para ti. Si tú...

¿Estás sugiriendo que lo amenace con despedirlo, Diana? No serviría. Se daría cuenta de que es una falsa amenaza. Y si realmente lo despidiera, ello no le impediría ir en persecución del garañón. Ya lo oíste. No me estaba pidiendo, permiso porque sabía que no se lo daría.

Ella sabía todo eso pero se rehusaba a aceptarlo. ¡No puedes dejar que haga eso!

El Mayor inclino su cabeza hacia un costado con actitud de considerar la actitud de Diana.

¿Te preocupas por el caballo o por Holt?

Holt es un ser humano. El garañón no es más que un animal. Por cierto que me preocupa Holt. -Diana se levanto con ansiedad.

¿Y ésa es tu única razón? -tanteó él.

Tendría que haber una manera de detenerlo. Tú también lo quieres -protestó ella sin importarle lo que estaba admitiendo— Tú lo has tratado como a, tu propio hijo casi desde el día en que vino aquí. Holt ha sido para ti todo lo que yo nunca podría haber sido. ¿Cómo puedes dejarlo hacer esto cuando a ti te importa tanto como a mí?

Es verdad. En más de una forma, he tratado a Holt como a un hijo. Pero no me gusta lo que estás queriendo decir --arrugó el entrecejo-. Mi afecto por él nunca ha estado por encima de mi amor por ti, mi propia hija. Si hubiera tenido que optar cuando tú naciste, nunca te hubiera cambiado por diez hijos como Holt.

¡Entonces no lo dejes ir, hazlo por mí!

Yo haría cualquier cosa humanamente posible por ti. Se reflejaba dolor en su rostro que se envejecía al decir esto.-- Te daría la luna si pudiera, Diana. Pero lo que me pides escapa a mi control. No puedo detener a Holt, ni siquiera por ti.

-Tiene que haber una forma de hacerlo. -Ella se aferraba desesperadamente a la esperanza.

-No hay nada que pueda hacer desviar de su camino a un hombre como Holt una vez que lo ha emprendido -dijo sacudiendo con tristeza la cabeza.

-Si tú no lo haces, voy a intentarlo yo. -Diana se fue hacia la puerta, luego vaciló.- Si no puedo persuadirlo que cambie de idea iré con él mañana.

Una severa negativa atravesó el rostro de su padre hasta que éste se dio cuenta de que ella, al igual que Holt, no le estaba pidiendo permiso. La expresión entonces se desvaneció.

-Tampoco puedo detenerte a ti -admitió.

-Gracias. -Las lágrimas le nublaban la vista, pero Diana se las secó rápidamente con un leve parpadeo.-,No me hubiera gustado desobedecer una orden tuya, Mayor. -Espera -la detuvo cuando estaba por irse-. ¿Por qué no me das unos pocos minutos para volver a reunirme con los invitados y tú puedes escapar por la puerta de atrás sin que la gente se pregunte qué pasó con los dueños de casa?. -Su padre sonrió con indulgencia.- Supongo que vas a hablar con Holt, ¿no es verdad? -Sí. Así es -dijo luchando contra la premonición de que todo era una pérdida de tiempo.

Levantándose de su silla, bordeó el escritorio yendo hasta donde ella se encontraba. -Dame cinco minutos. -En un espontáneo e inesperado despliegue de afecto, se inclinó y le besó la mejilla. Buena suerte, querida mía.

Cinco minutos más tarde Diana salía por la puerta del costado y yendo por entre los árboles llegaba hasta el complejo de viviendas. Golpeó en la casa de Holt y no obtuvo respuesta. Entró, llamándolo por su nombre, pero las habitaciones estaban vacías.

Ella dudó. ¿Dónde podría estar Holt? Quizá en los establos, comenzando los preparativos para el viaje de mañana, decidió. Se apresuró entonces a correr hacia allí, pero los tacos finos de sus zapatos le hacían difícil caminar sobre el pedregullo. Abrió la puerta corrediza del establo y se detuvo para dejar que sus ojos se acostumbraran a la relativa oscuridad del lugar. Un caballo resoplaba en su compartimiento, el de caballos y avena penetraba el aire. No había movimiento en torno a las caballerizas, en consecuencia fue hasta el galpón.

En ese momento se oyó la voz de Holt. Estoy aquí, Don.

Cuando ella entró, él estaba de espaldas a la puerta,. No se había cambiado de ropa, aunque el saco y la corbata estaban sobre un banco. El estaba inclinado sobre las monturas de los cargueros.

Tenemos una cincha floja que habrá que cambiar. Alcánzame una nueva.

Cuando ningún sonido indicaba que su orden se cumpliría, Holt miró por encima del hombro. Un músculo se le contrajo en la mejilla al volver la cara hacia Diana. Su camisa blanca desabotonada en el cuello, le acentuaba el aspecto recio. Ella sintió una sensación en la boca del estómago, pues su magnetismo animal se hacía sentir inmediatamente sobre ella.

-Tú sabes por qué estoy aquí.

-Puedo adivinarlo. -Su voz era seca como el viento del desierto. Miró hacia otra parte pues iba a la pared opuesta en busca de las diferentes medidas de cinchas que estaban colgadas. Holt eligió una y la trajo para colocar a la montura de las provisiones. Diana se dio cuenta de que él iba a continuar ignorándola todo el tiempo que ella se lo permitiera. En consecuencia se aproximó a donde él trabajaba para reemplazar la cincha vieja por la nueva.

-Holt, mírame -le ordenó Diana con impaciencia. Los ojos de él la recorrieron antes de volver a lo suyo. -No estás precisamente vestida para el establo, ¿verdad? No andes merodeando por las caballerizas o terminarás con los zapatos sucios de guano.

-Tú tampoco- te cambiaste -señaló ella e inmediatamente se irritó por dejar que él la sacara del tema que venía a tratar.

-Vine a controlar el equipo que necesitaremos mañana por la mañana.

Ella no levantaba la vista. La transpiración comenzaba a pegarle la camisa al cuerpo, la tela blanca le rodeaba los pronunciados músculos de los hombros y la espalda. Su atracción física comenzaba nuevamente a presionarla. Ella cerró los ojos en un esfuerzo por ignorarlo.

-No vayas, Holt.

-Es inútil, Diana. Estás perdiendo el tiempo.

Su respuesta fue cortante, desalentando toda posible discusión.

-¿Qué crees que vas a realizar?

-Dos cosas. Voy a traer de vuelta las yeguas y a librarme del garañón, es decir, a eliminar un problema potencialmente peligroso.

- ¿Es tan simple la cosa?

-Sí.

¿Estás seguro? -insistió Diana-. ¿O te has propuesto vengar la muerte de Rube? ¿Crees que matando al padrillo vas a compensar de algún modo la muerte de Rube?

-¡Al Diablo, Diana! -y largó la montura y la cincha en un arranque de malhumor mientras se enfrentaba con ella fulminándola con su ira-, ¿acaso la muerte de Rube no es prueba suficiente de que el garañón debe ser destruido? ¡No, no lo es! Porque lo estás usando simplemente como una excusa. Has estado obsesionado con el caballo desde el comienzo. Has querido verlo muerto desde que supiste de su

existencia. Primero fue porque mató a nuestro padrillo, luego por el potrillo que se quebró el pescuezo. Ahora por la nruerte de Rube. Todo eso te hace sentir justificado para ir a la caza del animal escondiendo tu obsesión tras la cortina de la venganza. No lo hagas, Holt. No salgas a perseguirlo.

Si alguien por aquí está obsesionado con ese caballo son tú y Guy. Han prestado oído a todas esas leyendas que Rube y el Mayor les han contado sobre el otro padrillo blanco y se han convencido de que éste es una reencarnación. ¡Es un caballo salvaje, un intruso nada más!

No, no estoy obsesionada con él. -Diana negó la acuación, poniéndose de súbito más calma.- Yo sé lo que es estar obsesionada con algo. Durante años estuve locamente celosa de ti, sin razón evidentemente.

.-¿Celosa?

-Sí celosa -afirmó-. Desde el primer momento que te vi con el Mayor te odié. Nunca entendí bien por qué hasta hace poco. Pero cuando te vi, supe instintivamente que tú eras todas las cosas que el Mayor hubiera querido ver en un hijo. Te odié por eso. -Pero tú eres su hija, su única hija. Te adora. -Con el ceño arrugado buscó la expresión de Diana.

-¿No te das cuenta? Ese era el problema. Yo era su hija -incluso ahora había una leve amargura en la risa que acompañó la observación-. El Mayor nunca dijo que le hubiera gustado tener un varón en lugar de mí. Pero éste es un ambiente natural de machos, suena bastante natural que un hombre quiera tener un hijo antes que una hija.

. De modo que en algún momento concebí la idea de que el Mayor hubiera preferido que yo fuese varón. Traté de ser lo que creía que él quería que fuese: andaba a caballo y me encontraba más cómoda con pantalones que con faldas. Cuando tú viniste lo cambiaste todo. Primero no tuve que cuidar más de los padrillos, después no tuve que ir a los rodeos porque yo era buena niña. De pronto, el Mayor quiso que fuera una señorita, Ya no quería que fuera como había sido, y yo creí que todo era culpa tuya, porque tú te habías convertido en el hijo que yo había intentado tan arduamente ser. Quise librarme de ti. Incluso usé a Guy para hacerte la vida imposible aquí y que tuvieras que irte.

Holt se volvía de lado pasándose salvajemente los dedos entre el cabello- Ella podía oír sus imprecaciones por lo bajo. Diana quería tocarlo, pero sabía que cualquier intento le valdría un recha-zo. El estaba enojado y ella no podía culparlo.

-Pasados un par de años, finalmente me di cuenta que nada podría hacerte ir de aquí -continuó ella-, de modo que comencé a ser lo que el Mayor quería que fuese. Sentí que tenía que ser la mejor en todo para que él me quisiera. Cuando tuvo el primer ataque, quise cuidarlo. Pero él se negó. Te tenía a tí y no quería que yo estuviese atada al rancho. Quería que yo me casara. Dios mío. Me temo que incluso me casé con Rand porque creí que era el tipo de yerno que el Mayor le gustaba tener. ¿Y sabes lo que me dijo el Mayor hace unas pocas semanas? -Diana hizo una pausa mientras Holt la miraba de nuevo.- Que él hubiera querido que me casara. De haberlo sabido entonces, probablemente me hubiera casado contigo para complacerlo pese a lo mucho, que me disgustabas y que yo te despreciaba. Dios santo, hubiera querido que Holt dijera algo. Que diera rienda suelta a su furia contenida, en lugar de quedarse ahí con su masculinidad y su fuerza concentradas. Ella le estaba abriendo su alma. ¿No se daba cuenta él de que le estaba entregando un arma? El podía destruirla. ¿O quizá fuera eso lo que él estaba esperando?

-Ya ves, Holt, que sé muy bien lo que es tener una obsesión. Todo fue producto de mi imaginación. -Diana estaba prácticamente rogándole que comprendiera.- Yo no estoy obsesionada con el garañón blanco, pero tú sí lo estás. No creo que sea tan solo por los caballos que hemos perdido, o por la muerte de Rube. En cierto modo, creo que culpas al garañón por haberme hecho el amor la primera vez. Algo así como: si no hubiéramos estado persiguiendo al padrillo blanco eso no hubiera pasado, y Guy no nos hubiera visto y no hubiera empezado a, odiarte al punto de querer matarte. Y no es así, Holt. Esa posibilidad entre nosotros siempre estuvo dada; el garañón sólo sirvió de catalizador.

Las aletas de la nariz se le dilataron mientras inhalaba el aire; los músculos de las mandíbulas continuaban tensos. El brillo acerado de sus ojos era terrible. ¿Nada de lo que ella le había dicho penetraba en ese exterior de piedra? -No estoy obsesionado con el garañón, simplemente hay que eliminarlo -estableció Holt.

-- No vayas tras él. -Diana no podía explicar el terrible presentimiento que abrigaba en su interior.- Haré lo que tú quieras con tal de que prometas dejar en paz a ese animal. ¿Quieres que me vaya del rancho y no vuelva nunca más? ¿Que me vaya a un lugar donde Guy no pueda encontrarme? Dime lo que quieres que haga y lo haré. Pero no vayas a perseguir a ese caballo.

- ¡Deja de ser tan dramática! Es un trabajo, es algo que hay que hacer. ¡Eso es todo! -remató.

--Quizá sea verdad. -Se alzó y encogió de hombros confundida.- Yo... -Diana no pudo seguir hablando porque se le cerró la garganta.

Era inútil. hablar con él. No quería escuchar. El Mayor no había podido disuadirlo. ¿Por qué pensó que ella sí podría? Toda la necesidad de pelear pareció agotársele. El permanecía tan cerrado, tan indómito. Era fácil borrar el espacio entre los dos, abrazarlo y dejar descansar la cabeza en la sólida pared de su pecho.

No vayas -se oyó a sí misma murmurar.

Ante el contacto inicial, a él se le tensionaron los músculos, oponiéndole resistencia a su avance impensado.

- Diana, por amor de Dios... -Holt comenzó alterado, pero en el momento en que sus manos la tocaron para apartarlo, sus dedos se cerraron para retenerla. Diana sintió el roce de su boca contra la sien y levantó la cabeza buscando con avidez su beso. Lo único que podía oír eran sus descontroladas pulsaciones. La boca de él devoraba la de ella. Sus dedos comenzaron a quitarle las horquillas que le sostenían el rodete. Cuando quedó en libertad, Holt hundió los dedos en la mata de cabellos negros que le caían sobre los hombros.

-Hubiera querido hacer esto en el cementerio -murmuró contra su garganta.

Los sentidos de Diana se acaloraban ante el apasionamiento de su tacto. Esa sensación de querer estar más cerca de él la apesaba. Sentía los muslos de él contra su cuerpo y sus caderas se arqueaban para irle al encuentro queriendo sentir la estremecida presión de cada músculo y cada nervio del cuerpo de él.

Todo se hubiera resuelto como se resolvía usualmente entre ellos, si no hubiera sido porque una voz dijo:

- ¿Holt?, ¿andas por aquí? -era la voz de Don. Un segundo más tarde se hizo el silencio. Holt levantó la cabeza manteniendo sus brazos protectoramente en torno a Diana e impidiendo que el hombre de pie en el vano 'de la puerta le viera la cara. Don se sonrojó-. Oh, disculpa, lo lamento, no pensé... disculpa -las palabras se le atropellaban unas contra otras.

La voz contundente de Holt lo interrumpió.

-Busca los caballos que utilizaremos y tráelos a los establo.

-Sí, señor -fue la aliviada respuesta de Don antes de desaparecer.

Solo entonces Holt apartó a Diana de sí mismo. Dio un paso, tomó la cincha y continuó acomodándola. Diana lo observaba aún bajo la influencia de su caluroso abrazo.

- ¿No puedo hacerte cambiar de idea sobre tu ida de mañana?  
-. Había algo de burla en la mirada que él le envió de costado. . -Estoy tentado a dejar que pruebes, pero, no -sacudió la cabeza con decisión-. No puedes hacerme cambiar de opinión.

-Entonces, voy contigo -afirmó Diana.

-Creo que eso también lo sabía -señaló Holt sin oponerle resistencia.

Diana aguardó esperando que dijera algo más, pero él continuó su tarea de reemplazar la vieja cincha. Sin decir más, ella salió del galpón y recorrió el camino de vuelta a su casa.

Diana se acomodó en el caballo Incómodamente consciente de que tenía los ojos de Guy clavados en la espalda. Ella miraba a Don que iba adelante de ella en la marcha que iniciaban a las montañas. Se decía para sí misma que había que aceptar que todos estaban un tanto nerviosos. La inmediatez de la muerte de Rube los había vuelto excepcionalmente silenciosos. Todos extrañaban la charla incesante de Rube que antes llenaba tantos silencios. La noche anterior ,al ver a Don haciendo la fogata del campamento Diana sintió un angustiante nudo en la garganta.

Hacía una hora que habían localizado a la tropilla de padrillos salvajes. Holt estaba fijando los puestos de acecho de cada uno. Pronto comenzaría el proceso de persecución, era la misma táctica que había costado la vida de Rube, pero era también la única posible. La primera misión que cumplir era recuperar las yeguas. Luego, se dispondría del garañón.

Al frente iba Holt y le indicaba a Guy dónde debía apostarse. Guy quedó en el lugar y los demás continuaron. Uno a uno tomaron posición y luego Holt comenzó la caza. Durante tres días fueron siguiendo el rastro del pequeño grupo, siempre manteniéndose distantes, respetando la salvaje erbestida que el garañón podía lanzar a un jinete si éste le significaba una amenaza.

Al tercer día, y tras casi seis días completos sobre la montura, los músculos doloridos de Diana le comunicaban malestar a todo su cuerpo. Estaba con una pierna enhorquetada en el apoyo de la montura y un codo apoyado sobre la rodilla mientras su cara se apoyaba sobre la mano. Su caballo estaba a la sombra de un nudoso pino, pegando en el suelo con su pata delantera. Cansada como estaba,



Diana temía oír el andar de caballos. Cuando así sucediera quería decir que era su turno de comenzar la persecución. No creía que pudiera moverse.

Un ruido seco hendió el aire y la hizo sobresaltar. Un frío le corrió por la espalda ante la inmediata repetición. Era el disparo de un rifle. Una señal. Diana desenganchó la pierna del apoyo de la montura y sin conciencia de dolor alguno deslizó el pie de la bota en el estribo. Aguardó un tercer disparo, señal de que las cosas no andaban bien.

Se produjo una larga pausa, luego dos tiros en rápida sucesión. Comenzaron a temblarle las rodillas de alivio. Dos disparos significaban que el caballo se había separado de las yeguas. Diana ubicó al suyo en la dirección de los disparos y salió. Ella fue la última en llegar al lugar. Las extenuadas yeguas ya estaban atadas y les habían colocado un cabestro. Estaban en condiciones lamentables; se les podían contar las costillas, evidentemente, deshidratadas. Guy y Don estaban usando el agua de sus cantimploras para paliar la sed de los animales. Ella colocó su caballo al lado del de Holt. El también se veía cansado pero dejaba traslucir un cierto empecinamiento que le hacía otear las lejanías a no dudar en la dirección que había tomado el garañón.

-Tenemos las yeguas -dijo Diana pausadamente, como un ruego para que cambiara la dirección de sus pensamientos-. Ahora podemos regresar.

Su mirada acerada y oscura volvió lentamente a ella. Con un leve movimiento de cabeza y un gesto de obstinación en la boca dijo:

-No. Las yeguas no pueden andar más. Necesitan un día de descanso, alimento y agua antes que puedan moverse. - ¿Y el garañón? -Diana miró en la misma dirección que Holt había estado mirando. No había señal alguna de él. -Está cansado, tiene que estarlo. -La segunda parte de la oración arrojaba dudas sobre la primera.

-Holt, déjalo ir -repitió Diana con obstinación.

-Ella tiene razón, Holt. -La mirada de Guy tenía algo de desafiante al dirigirse a la figura delgada de su padre.- Ya tienes las yeguas de vuelta. ¿No te basta con eso? - No, no basta -replicó con una arista de impaciencia en la voz-. Don -se volvió al otro jinete que estaba desmontado y se hallaba con las yeguas-, puesto que perderé el tiempo ordenándole a cualquiera de estos dos que se queden con las yeguas, quédate tú. Dales de beber cada media hora más o menos. Hazlas descansar luego una hora. La vertiente está a unos cinco kilómetros de aquí.

Para entonces tendrías que poder llevarlas hasta ahí y atarlas a una astaca. Nosotros iremos en procura del garañón.

Sin aguardar argumentaciones ni protestas o asentimientos, Holt estimuló su caballo al galope. Imprecando, Guy montó para salir tras Diana que iba detrás de Holt. El terreno era pedregoso. Resultaba difícil para cualquiera de ellos alcanzar a Holt que ya les llevaba varios cuerpos de ventaja.

Cinco kilómetros más adelante, Holt se detuvo en la cima de una loma. Cuando Diana y Guy se le unieron, vieron que el padrillo blanco estaba a un kilómetro y medio, más o menos de distancia, detenido a la sombra de algunas rocas. Su pelo blanco tiza era claramente visible contra el fondo más oscuro. Descansaba. Constituía un blanco perfecto. Diana advirtió con alivio que estaba fuera del alcance. - ¿Tú realmente lo vas a matar?, ¿no es así? -lo acusó Guy de súbito-. Así lo has dicho todo el tiempo, pero yo... -su voz se quebró en una nota de desesperación airada. Nada indicó que Holt hubiera oído una palabra de lo que había dicho.

-Tú, Guy quiero que espantes al caballo de las rocas. Si puedes enfilalo hacia aquel claro, es la vía obvia para huir, de manera que probablemente vaya solo. Diana, ¿ves aquel claro que desemboca en ese valle? -señalaba con el índice-. Quiero que tú aguardes en el bosquecillo. Asegúrate que el caballo esté bien lejos de ti antes de mostrarte. Mantente a distancia. El tendría que salir hacia el valle más pequeño, más allá de aquella montaña. Déjalo ir. Ahí estaré esperándolo.

No hacía falta que especificara para qué estaría ahí. Desde aquella montaña, Holt podía cómodamente hacer puntería cualquiera fuese la dirección que tomara el animal.

Diana trató de no pensar qué sucedería después de eso. Yo no voy -dijo Guy-, no voy a ir a apostarme ahí y ayudarte a matar, al garañón. No vas a lograr hacerme cómplice en esto. Diana tampoco te ayudará. Y sin nosotros, no puedes hacerlo.

-¿Diana? -La mirada acerada de Holt se posó sobre ella. Ella sacudió la cabeza en señal de protesta muda. Hay que hacerlo. El Mayor lo sabe y tú también.

-No le prestes atención, Diana -le ordenó Guy-. No puede obligarte a hacerlo y solo no tiene ninguna posibilidad.

Confusa y destrozada, Diana miraba a uno y a otro, padre e hijo. Su amor por Holt y el temor por lo que pudiera pasarle la tironeaban de un lado, mientras que el argumento de Guy para proteger al garañón y su propia premonición sobre el peligro

que significaba perseguirlo, la tironeaba hacia el lado opuesto. Vio que Holt tomaba las riendas y se alistaba para salir.

-Decídete, Diana -dijo con toda tranquilidad.

-Ella no va a ayudarte -declaró Cuy con una leve expresión de triunfo y una sonrisa que le curvaba la boca. Pero Diana sabía que él estaba equivocado. Pegándole al caballo con las riendas, se dispuso a bajar por la lomada haciendo oídos sordos al grito enojado de Guy. Ella no miró hacia atrás y aminoró la marcha de su caballo al trote una vez que llegaron al terreno bajo y rocoso. Diana ya no podía ver al caballo blanco, solo las rocas salientes que él había estado utilizando para guarecerse del sol. Hacia ellas se encaminó y se rehusó a pensar en la responsabilidad que estaba asumiendo y en cuáles serían los resultados finales.

Cuando el garañón volvió a aparecer a la vista, aún estaba a la sombra, con su porte altivo y mirando en dirección a ella. Diana no siguió avanzando consciente de la adnición de Holt, que era por otro lado innecesaria, de mantenerse a prudente distancia. Su caballo se inquietó un poco al sentir la rienda muy tirante. El garañón movía de lado a lado la cabeza como desafiándola para que avanzara. Pasados varios segundos, él abandonó la sombra. y salió, tal como había anticipado Holt, por la desembocadura de un arroyo seco hacia el valle. Diana lo siguió al trote, y al galope, cuando la distancia entre ellos aumentaba.

El garañón no estaba tan cansado como Diana hubiera esperado. Mantuvo su inicial velocidad durante más de, un kilómetro, forzándola de ese modo a acelerar su marcha para mantener la presión sobre el caballo. Sin que Guy ni la relevara, el calor comenzaba a pesar y su caballo a aflojar la velocidad. Aún faltaba mucho antes de que llegaran a la montaña.

Saliendo del lecho del arroyo seco vio un lugar con un macizo de árboles. Por alguna razón, Diana esperó ver aparecer a Guy. Quizá pensando que su decisión podría haber influido sobre la de él. Pero no había nadie entre los árboles. Estaba sola. Haciendo caso omiso de sus huesos doloridos Diana llevó a su caballo al galope antes que el garañón se le perdiera entre los distintos vericuetos del valle.

La montaña se hacía cada vez más grande. Ella trataba de concentrar su atención en el garañón y no presentir el reflejo del sol sobre el caño de un rifle. El potro iba aproximándose a la montaña. Hasta aquí no había dado muestras de querer enfilear

al valle grande, ni tampoco a valle más pequeño. Pero lo tenía a tiro. De pensarlo, su estómago comenzó a sentir náuseas, y a la vez aguardaba la explosión que lo derribaría. Cerró los ojos, sin querer ver al padrillo cayéndose.

De súbito su caballo dio una costalada, Diana perdió el control de las riendas y la estabilidad sobre la montura, yéndose hacia un costado. Se tomó del apoyo de la montura a medias consciente de que un conejo saltaba con pánico para ir a esconderse en la espesura. No pudo recuperar la estabilidad, pues el caballo asustado dio un pequeño salto hacia adelante sacándola totalmente de la silla de montar. Diana sintió que el suelo se le aproximaba, estiró inmediatamente los brazos para paliar la caída. Sintió un buen golpe mientras rodaba, luego nada. Todo se volvió negro.

Cuando volvió en sí estaba boca abajo. Era consciente de que un viento caliente le soplabla sobre el brazo. Algo resopló, y sintió húmeda la piel. Agitó los párpados. Vio un manchón blanco ante sus ojos.

Tuvo una fuertísima impresión cuando advirtió que el garañón estaba ahí, parado cerca de ella, investigando al perseguidor caído. El instinto le advirtió que no se moviera. Pero. fue el horror lo que la inmovilizó.

A través del velo de sus pestañas, vio que el padrillo subía y bajaba la cabeza mientras pateaba el suelo a pocos metros de donde ella se encontraba. Era como si estuviera desafiando a su enemigo para que se levantara y peleara. Con las aletas de la nariz abiertas y enrojecidas, la cabeza se estiraba hacia ella. El espeso flequillo le cubría los ojos. El pelo blanco estaba embarrado y sucio, pero eso no empequeñecía su aspecto de bruto potente. Visto desde el suelo, como lo veía Diana, era aterrante. Ya sabía ella lo que esos dientes de marfil y esos cascos de hierro podían llegar a hacer. Un sudor frío le cubría la piel; la sangre se le helaba en las venas.

Casi simultáneamente se oyó el sonido de un disparo de rifle y se levantó tierra en el aire a la derecha del padrillo y más allá de él. Venía de la montaña, donde se suponía que debía estar Holt-. El garañón dio un respingo pero permaneció en su lugar. Un segundo disparo le pegó más cerca. Girando sus patas traseras, el animal salió y simultáneamente se oyó un tercer disparo y una línea roja se dibujó en el nacimiento de la cola. Diana oyó un relincho de dolor y de furia antes de que su andar tomara velocidad.

La parálisis la abandonó y estremecimientos de alivio le recorrieron el cuerpo. Sus primeros suspiros fueron entrecortados por el terror. Poco a poco sus músculos recuperaron las fuerzas perdidas. Se incorporó sobre las rodillas, se apartó el cabello de la cara y esperó a que se le aplacaran los temblores.

Un caballo al galope se aproximaba. Al darse vuelta Diana vio a Holt que se largaba dé la montura, rifle en mano, mientras su caballo iba parando. Se puso vacilante de pie, pero antes de que pudiera dar un paso, él estaba ahí, tomándola en sus brazos. El frío caño de la escopeta sobre la espalda de ella.

- ¿Estás bien? -su tono de inquietud fue lo más bello que Diana había escuchado jamás.

Se apretó a él dejando que la solidez de su cuerpo absorbiera los temblores de ella. Con la mano, él le apartó el cabello de la cara y se la levantó hacia él para inspeccionarla. -Estoy bien -insistió Diana temblorosa.

La mirada de él ardía con un brillo de acero que la fascinaba.

-No me hagas esto nunca más -exclamó Holt-. Tuve visiones de... --no concluyó. No tuvo que hacerlo pues Diana había tenido sus propias visiones de terminar como IRube o pisoteada y pateada hasta morir como el padrillo árabe-. Por el amor de Dios. -Qué sucedió?

---Un conejo espantó a mi caballo y... bueno... me caí. Debo haberme desvanecido un par de minutos. Cuando recuperé el conocimiento, el garañón estaba ahí parado. Diana cerró los ojos, sin querer recordar el temor que la inmsurnió en ese momento.

La boca de él cubrió la de ella, con fuerza y amor a la vez. Todo era tan loco. Diana se sentía deshecha y a la vez prote, a salvo del mal y a la vez avasallada. A todas las ,sensaciones respondía con igual fervor.

Tenía la intuición vívida de que minutos antes podría haberse muerto y no haber sentido nunca su. abrazo. Quería sentir esa sensación y que le quedara para siempre grabada en la carne. Quedaron así abrazados por segundos eternos, cada uno más precioso que el otro. Los besos de él le cubrían la cara y el cuello.

puvll~~,

-Es un milagro que el garañón no te -haya herido -murmuró por fin Holt, apretándole la cabeza contra el pecho y pasando su mejilla, por el cabello y la cara de ella. -No creo que él supiera si yo estaba viva o no -dijo Diana apretándose y reconfortándose contra el pecho de él con los ojos cerrados.

-Gracias a Dios que tuviste bastante sangre fría como para no moverte.

- ¿Sangre fría? -su risa era débil y entrecortada. Estaba petrificada! -Sintió que él sonreía contra su pelo. -¿Estás segura de que no te hiciste nada al caer? -El la mantenía apartada, con expresión severa.- ¿No te golpeaste la cabeza?

-Diana se tateó la cabeza en busca de alguna herida.

-No seguirás persiguiendo al caballo. -No era una orden ni un comentario, sino una afirmación dicha con voz neutra y definitiva.- No vas a seguir corriendo riesgos de hacerte daño.

- ¿Y tú? ¿Tú vas a Seguir persiguiéndolo? --- sí.

- ¿Quién te va a ayudar?

-Está Don -le recordó Holt: los dos conscientes de la rebelión de Guy-. Vayamos de vuelta al campamento. -¿Dónde está mi caballo? -Diana miró a su alrededor. La mayor parte de su campo visual estaba bloqueado por los amplios hombros de Holt.

-Debe haberse largado hacia la casa... -El ruido de cascos de caballo los hizo volver la cabeza. Ahí estaba Guy trayendo a tiro el caballo de Diana. El brazo de Holt permaneció en torno de los hombros de Diana, aunque ambos se apartaron, dejando que hubiera más espacio entre ellos. -Oí los disparos -dijo Guy frenando su caballo-. No sabía si había pasado algo o si tú... --pero no terminó la frase-. Encontré tu caballo suelto, Diana. :Qué sucedió? --Se espantó por un conejo y se cayó.

- ¡ El precioso caballo ese que estás tan ansioso por salvar, casi se cobra una nueva víctima! Irrumpio Guy.

-Holt lo espantó -agregó Diana cuando vio que él palidecía.

-¿Te hiciste daño?

-Es un poco tarde para preocuparse ahora, ¿no?.

Cuando no estuviste para prestar ayuda en el momento oportuno... -lo reprendió Holt.

-Ni un raspón -le aseguró ella a Guy-. Me golpeé un poco al caer, eso fue todo.

-¿No se te ha ocurrido pensar que si no te hubieras propuesto salir a perseguir al padrillo no hubiera habido oportunidad de que a ella le pasara nada? -respondió Guy

inmediatamente como oponiendo desafío con desafío. -Sí. Se me ocurrió. -Su mano se apretó en el codo de Diana y la impulsó hacia el caballo que Guy traía. La firme-

za de su control se transmitió a través de su tacto. Tras darle a ella una ayuda para montar, Holt tomó las riendas que tenía Guy y se las entregó a ella, luego fue a su propio caballo.

-Supongo que ahora saldrás a perseguir al garañón dijo Guy.

Antes de responderle, Holt montó a caballo y se adelantó hacia los dos. Sus ojos eran color gris borrasca. -Mañana, no. Vamos a buscarlo ya. -Y arrancó mientras ellos lo seguían.

- ¡Maldito sea, Holt! ¡No tienes necesidad de matarlo! dijo Guy yendo a ponerse a la par, y enfrentándolo. Hemos concluido con este asunto, Guy.

--No tienes por qué matarlo -repitió él-. Puedes apresarlo. Y si no puede ser domado, entonces lo puedes transportar a kilómetros de aquí y largarlo.

Eso no resuelve el problema. Lo único que hacemos es endilgárselo a otro. -Holt taloneó su caballo, salió al galope y concluyó abruptamente la discusión.

Guy quedó atrás para cabalgar junto a Diana.

¡Maldito sea! ---dijo mirando con furia a la figura que les sacaba ventaja.

Esta convencido de estar haciendo lo que hay que hacer, no lo puedes hacer retroceder, Guy.

¿ Y tú? -Sus furibundos ojos azules se volvieron hacia ella- ¿Estás convencida de que tiene razón? ¿Ahora te has pasado de su lado?

¿Por qué hay que estar de un lado? -esquivó Diaria

Sabes muy bien a qué me estoy refiriendo. ¿Por qué lo ayudaste? ¿Por qué saliste a perseguir al padrillo cuando él te dijo? Tenía las manos atadas. Sin nosotros no podía hacer nada. ¿Por qué no te quedaste conmigo?

Diana trató de evitar una respuesta directa. - ¿Y eso qué importancia tiene?

- ¡Tiene mucha importancia! Y dicho sea de paso, ¿podrías tratar de explicar por qué los dos estaban tan abrazados antes que me vieran? Tú te le pegabas como una sanguijuela.

-Hacia unos minutos había perdido el sentido -se, defendió ella con enojo-. ¿Crees que me sentía muy bien?

- ¿Y eso era todo? -preguntó burlón y escéptico-. Si estabas tan asustada, ¿por qué no viniste a mi lado cuando me viste aparecer? Sabes muy bien cuánto me preocupo por ti y cuánto te amo. Pero seguiste pegada a su lado. ¿Por qué?

-No tienes derecho a interrogarme -le advirtió Diana. Guy extendió la mano, le tomó las riendas y la obligó a detenerse.

-Quiero saber qué está sucediendo -exigió-. Ultimamente sales en su defensa cada vez que se presenta la oportunidad, y nunca me das una respuesta de frente. Yo te amo; y eso me da derechos para saber en qué estás.

-Suelta mi caballo -le ordenó y echó una mirada hacia Holt, pero él ya iba lejos sin darse cuenta de que ellos habían quedado atrás.

-No lo soltaré hasta que no aclaremos esto. ¿Estás conmigo o con él?

En un arranque temperamental Diana replicó: - ¡Con él!

La actitud posesiva de Guy era más de lo que ella podía soportar después de todo lo que había sucedido. - ¡Lo amo!

El retrocedió como si hubiera recibido una bofetada, poniéndose pálido por debajo de su piel tostada.

- ¡Estás mintiendo!

Diana inmediatamente lamentó su explosión. Sabía cómo se sentía él. ¿Por qué no se lo había dicho con más bondad, con algo de compasión? El enojo desapareció de su rostro y fue reemplazado por un inmenso pesar que le oscurecía los ojos celestes,

-Lo lamento, Guy. Verdaderamente no es mi intención herirte.

- ¡Estás mintiendo! -Volvió a negar él, sin importarle las palabras.- ¡No puedes estar enamorada de él! ¡Mi Dios, es mi padre! Tú no puedes... -Parecía atragantarse con su propia rabia, las lágrimas se le saltaban de los ojos.

- ¿Crees que no lo sé? ¿No crees que cambiaría las cosas si pudiera? -Diana escuchaba el temblor de su propia voz.- Enamorarme de Holt estaba totalmente fuera de mis planes.

-No te creo -sacudía la cabeza rechinando los dientes mientras le subían oleadas de dolor a la cara-. No puede ser verdad. Siempre lo has odiado. Ni siquiera el Mayor... -Guy la miraba-. El Mayor -.repitió-, ésa es la razón ¿no es verdad? Estás diciendo esto porque eso es lo que el Mayor quiere. El siempre ha tratado a Holt como un hijo. Ahora quiere que tú lo legalices. ¿No es así?

-No -negó ella-. Lo que el Mayor quiere no tiene nada que ver con lo que yo siento. Esta vez no.

- ¡Estás mintiendo! -La verdad era demasiado dolorosa y Guy la rechazaba.

-Por tu bien, quisiera que así fuera.



Entonces él se quedó mirándola durante otro minuto luego largó las riendas y se apartó. Clavándole las espuelas a su caballo iba atravesando el valle en dirección opuesta a la que había tomado Holt. Holt se había detenido a esperar a Diana.

¿Adónde va Guy? -le preguntó cuando ella lo alcanzó.

Creo... -Diana vaciló, nada segura de cuánto era lo que quería decirle-, creo que quería estar un rato solo. Ella sintió su mirada penetrante, pero Holt no le preguntó las razones que tenía Guy para querer estar a solas.

De vuelta al campamento, el atardecer estaba oscureciendo el púrpura del cielo hacia el anochecer. Holt estaba sentado junto al fuego aparentemente sin preocuparse por la ausencia de su hijo. Sin embargo, Diana veía cómo su mirada indagaba cualquier ruido proveniente de las sombras. Don se enderezó y miró hacia la oscuridad.

-Quizá deberíamos salir a buscarlo, podría haberle pasado algo.

-En la oscuridad no tendríamos muchas posibilidades de encontrarlo. -Holt no se movió de su posición aparentemente de descanso.-- Lleva el rifle consigo, de modo que ante cualquier inconveniente puede mandarnos una señal. Probablemente se alejó más de lo previsto tras el garañón. Acaso haya acampado por ahí a pasar la noche. Es lo suficientemente grande como para cuidarse solo. Si al llegar la mañana no ha aparecido, saldremos a buscarlo.

-Supongo que tendrás razón -suspiró Don asintiendo-. Las distancias aquí son muy engañosas. Probable mente no se dio bastante tiempo para estar de regreso antes que se pusiera el sol,

-Sea como fuere, no hay nada que podamos hacer durante la noche. Lo mejor es que durmamos un poco. -Muy bien --Don fue en procura de su bolsa de dormir.

Lo mismo que Holt, Diana estaba sentada sobre su bolsa de dormir pero no hizo ningún movimiento para acostarse. No tenía sueño. Y no iba a simular que lo tenía. ha cambio, Diana se puso de pie y fue a echar más leña al fuego ,y se quedó cerca de las llamas. El calor de la fogata no parecía poder quitarle los estremecimientos de aprensión que la recorrían de pies a cabeza.

-¿Frío? -Holt estaba a su lado poniéndole una manta en torno a los hombros,

---Asustada -murmuró Diana.

Sus manos permanecieron sobre sus hombros, masajeándola amablemente; A través de la hoguera, Don estaba en su bolsa de dormir con la espalda

discretamente vuelta hacia ellos. Con los cariñosos cuidados de Holt?, Diana se relajó y se apoyó en su pecho. Sin quererlo tiritaba y sus manos se apretaban tensas contra su carne.

-Sentémonos. -La presión de su mano la ayudó y a la vez la forzó a sentarse en el suelo junto al fuego. Holt trajo su bolsa y la de él y las acomodó para apoyar la espada mientras ella se mantenía apoyada en posición confortable y familiar. Diana inclinó levemente la cabeza sobre el brazo y lo miró a la cara.

-¿Tuviste miedo? -le preguntó. Sus ojos se veían perturbadoramente oscuros, los músculos de sus mejillas contraídos, luego él también se relajó.

-Sabes que sí, tuve mucho miedo – fue su respuesta simple y en voz baja.

Diana no continuó el comentario. Aún no estaba en condiciones de hacerlo. Dejó que se apaciguaran las palpitations de su corazón y hundió la mirada en el cielo que se oscurecía.

- ¿Dónde supones que está?

Holt no tuvo que preguntar quién.

-Andará por ahí. Está bien. Encaprichado, sin duda. \_¿Encaprichado? -,Diana pensó que era una palabra muy peculiar la que había elegido.

-Sí, se encapricha. -La mano de él le suavizó el cabello en la parte alta de la cabeza.- Cuando uno no hacía lo que Guy quería, solía encapricharse durante horas... se iba a su habitación, o al granero o a cualquier lugar donde estuviera solo. Cuando se le pasaba el enojo, salía. Y hoy estaba enojado porque tú me ayudaste a perseguir al garañón.

-Sí, en parte -admitió Diana, y levantó un brazo para apoyarse sobre el codo y mirarlo de frente, con expresión preocupada-. Holt, estuve con Guy solamente una vez. Yo sé que tú piensas que hubo otras, pero fue solamente esa vez.

-No, no.., Diana. -El entrecejo arrugado con irritación le oscureció el rostro.- Deja eso en el pasado, al que pertenece.

-No, quisiera hacerte comprender antes que andes imaginando cosas -ella se apresuró a seguir antes que él pudiera detenerla-, cuando volví aquí, había todos esos rumores sobre mi divorcio. Creí que iba a escapar a todo eso, pero no. Y me parecía que todos me miraban como si... bueno, entonces ahí estaba Guy, siempre bueno y considerado y cariñoso y atento... y yo recordaba la forma en que solía tratarlo y utilizarlo para molestarte a ti. No era precisamente un buen recuerdo. 'Pero ahí estaba él diciéndome que era la mujer más hermosa del mundo.

Y yo necesitaba eso. Lo necesitaba enormemente. Traté de recompensarlo por lo que me daba. Después, cuando me dijo que me amaba y comenzó a hablarme de casamiento.., me di cuenta de que había empeorado las cosas y que yo no lo amaba, pero él insistía en que llegaría a amarlo. Y hoy tampoco quiso creerme.

-¿Sobre eso discutían?

Diana no contestó de inmediato pues se corrió para volver a acomodarse sobre su pecho. Él volvió a abrigoarla con la manta.

-Le dije... que estaba enamorada de ti. Todo pareció tornarse inmóvil y silencioso. -

¿Lo estás?

-Sí -su voz era notablemente firme. -¿Y Guy no te creyó?

-No, me acusó de estar mintiéndole, de simular que te quería para agradar al Mayor. Pero eso no es verdad, Holt. Por primera vez en mi vida, no me importa lo que el Mayor quiera o lo que podría hacerlo feliz. Solo sé que te amo. -Diana vaciló.- Sé que tú sólo me quieres sexualmente y yo... Sus dedos le apretaron cruelmente el cabello obligándola a darse vuelta.

-Te quiero sexualmente y de todas las demás malditas maneras --murmuró Holt devorándole con los ojos su cara de asombro-. Sabe Dios, que he tratado de odiarte. Incluso he tratado de simular que el desearte era una manera de vengarme por todo lo que habías hecho. Pero no es simplemente deseo sexual. Te amo, Diana.

Ella lanzó una pequeña exclamación de ilimitada alegría antes que la boca de él la acallara con un beso. Estaban plenos de amor. Diana rebosaba felicidad cuando concluyeron el beso y las manos de él le recorrían las facciones.. --Quiero que nos casemos, Diana -le dijo con parquedad-. Cuando volvamos le pediremos la bendición al Mayor y tendremos una pequeña y tranquila ceremonia.

-Sí. -Ella le besó la piel de su mano áspera por el trabajo.

-Habrá comentarios, debes saberlo -la preparó Holt-. No faltará el que diga que me caso contigo para hundir la mano en el rancho del Mayor. Dirán que me casé contigo por tu dinero.

-¿Y es verdad?, ¿no es cierto? -bromeó ella, luego suspiró lánguidamente-. No me importa lo que digan. No me importa lo que diga nadie -e inmediatamente supo que eso era verdad. Diana se estremeció-. ¿Y qué vanos a hacer con Guy?

Su cara volvió a oscurecerse.

-No es mucho lo que podemos hacer. Correrá por cuenta de él.

-Holt no vayas a perseguir al garañón mañana. Tenernos las yeguas. Deja en libertad al padrillo.

-Tú sabes que no puedo. -Ella sintió la impaciencia en su voz.- Si no es mañana tendrá que ser la seniana próxima.

-No tienes por qué destruirlo -argumentó ella-. Por el bien de Guy, no podrías... apresarlo y llevarlo a algún otro lado del país y largarlo. ¿Que ande a sus anchas? - Eso no resolvería...

-Lo sé. No resolvería el problema -interrumpió Diana-. Pero sería un gesto. ¿Te das cuenta? Guy se daría cuenta de que le salvaste la vida al padrillo porque eso era lo que él quería. No sería una compensación por todo... pero sería algo. Y no es demasiado pedir, ¿no te parece? -No -Holt dio un gran suspiro y soltó el aire despacio, luego agregó con la voz extraña-, no es demasiado pedir. - ¿Lo harás?

-Sí. Lo haré -asintió.

-Gracias. -Diana apretó la boca contra la palma de la mano de él y se la besó, apretándosela luego entre sus dedos. -Sólo espero que Guy me dé las gracias por ello -murmuró él.

--Lo hará. --Pero no tenía ningún convencimiento de que así sería. Cualquier gratitud que Guy pudiera sentir nunca sería suficiente para compensarlo por el daño que le hacía el amor de ellos. Ambos lo sabían.

Los brazos de Holt se apretaron en torno de ella. Por el momento, Diana se dejó estar disfrutando del hecho de que él correspondía a su amor. Ya pronto vendría la mañana y traería sus problemas. Pero al menos los enfrentarían juntos. Ella dejó descansar su cabeza en la almohada del hombro de él y cerró los ojos.

La hoguera comenzó a apagarse. Solo quedaban unas pocas brasas cuando se oyeron pasos apagados que la despertaron. Comenzaba a abrir los ojos pero incluso esa mínima luz quedaba tapada por algo alto y oscuro. El brazo en torno a su cintura se apretó poniéndola sobre aviso. Aunque el ritmo de la respiración de Holt no se alteró en lo más mínimo, él también había oído y la estaba alertando para que no se moviera.

Guy estaba ahí, de pie, mirándolos. La tensión parecía cortar el aire. La furia, el odio, los celos eran los componentes de esas corrientes encontradas. Él parecía dominar sobre ellos por una eternidad. Diana se preguntaba si le resultarían audibles las atemorizadas palpitaciones de su corazón. --Has vuelto. -La voz de Holt parecía vibrar en el aire sobrecargado.

-Sí -la afirmación -Diana está dormida.

-Ya lo veo. -El sarcasmo en la voz de Guy hizo encoger a Diana.

-És mejor que tú también trates de dormir un poco. -La voz de Holt era muy calma.-

Saldremos tras el garañón mañana temprano. No iremos muy lejos.

Por un largo minuto no hubo respuesta alguna. Luego Guy fue a su bolsa de dormir.

Una estrella fugaz atravesó el cielo. Un caballo relinchó suavemente.. Diana permaneció por largo tiempo escuchando todos los sonidos de la noche, temiendo que llegara la mañana, porque sabía que las problemas no habían concluido.

--Encontraste el camino de vuelta en la oscuridad, ¿eh? --comentó Don cuando Guy se reunió con ellos para tomar el desayuno—. Debes tener ojos de gato.

Guy pasó la broma por alto y llenó su jarro con café. La amargura parecía haberse instalado en su expresión. Deliberadamente evitaba mirar a Diana o a Holt, mostrándoles con su reconcentrado silencio que nada había sido perdonado.

El sol venía anunciándose como una pelota amarilla enceguedora. Diana calentaba un pastel preguntándose si alguien fuera de Don tendría ganas de probar bocado.

.- Una de las yeguas atadas resopló suavemente.

-¿Diste de conrer a los caballos esta mañana? -preguntó Holt a. Don.

-A las yeguas, no. Les di a los caballos que vamos a usar antes que los ensillara.

Holt guardó la máquina de afeitar en su caja y limpió el exceso de jabón en su cara afeitada. Miró hacia el lugar donde estaban atados los caballos.

-Déjale tu rifle a Diana -le dijo a Don-. Puesto que se quedará a cuidar a las yeguas podría necesitarlo. -Muy bien -dijo Don y comenzó a levantarse. -Hazlo después que comas.

-Diana le pasó un plato con pastelillos humeantes y comenzó a poner más manteca en la plancha.- ¿Cuántos pastelillos quieres, Guy? -Su mirada se encontró con la furibunda de Guy, quien con un violento movimiento de la muñeca tiró el resto de café sobre el fuego, diciendo con reconcentrado fastidio:

-Puedes guardarte tus pasteles.

- ¡Guy! Basta. -La orden dada en voz baja por Holt hizo dar media vuelta a Guy.

-Y en cuanto a ti... -Guy parecía no encontrar palabras lo suficientemente viles como para describir a Holt. Otra yegua dejó oír su casi relincho. El sonido estuvo seguido de ruido de cascos y un segundo relincho.

- ¡Mi Dios! -Diana escuchó la exclamación de Don, se dio vuelta y vio al padrillo blanco flotando por la cuesta del desfiladero hacia la pradera donde estaban las yeguas atadas.

- ¡Ha venido a buscarlas otra vez! -Antes que terminara de decirlo el animal estaba junto a la primera y trataba de llevársela. La cuerda la sostenía y contradecía sus deseos de obedecer al macho que se había convertido en su amo. Con esos dientes puede cortar la sogas de una sola dentellada. -No es astuto, de modo que no lo sabe. -Holt salió para la línea de piquetes donde aguardaban los caballos de silla. Ellos, caballos capados, estaban tranquilos, advirtiendo la llegada del intruso pero olvidados de su propia impotencia.

- ¡ Eh! Guy, dame tu rifle -Don señaló el Winchester junto a la bolsa de dormir de Guy-. Desde aquí lo tengo bien a tiro.

Diana miró inmediatamente a Holt, quien vaciló, luego a Guy. Lo que Don acababa de decir había quebrado su fascinación ante la vista del garañón. Sus facciones endurecidas, pero expresivas parecían esperar la reacción de Holt. -Que no haya disparos, Don. Vamos a apresarlo, - ¡ ¿Qué?! -Don azorado, se volvió para- mirar a Holt , Estaba. desatando su caballo. Pero la expresión de Guy permaneció igualmente reconcentrada y llena de amargura. Pero tú dijiste... -Don comenzó a protestar yendo hacía su caballo ensillado.

-No hemos intentado usar las yeguas como carnada -Holt salto sobre su caballo--, pero en eso se han convertido. Vamos a tener mejores posibilidades de enlazar al padrillo blanco.

Se oyó un relincho avirado reberberando a través de las paredes del desfiladero. Diana se dio vuelta y vio que el padrillo blanco castigaba con, sus patas traseras a la yegua que estaba atada. Ella alcanzó a esquivarlo en su lucha por desatarse. En el tirón, la sogas se le enredó entre las patas y la tumbó al suelo.

Las dentelladas y patadas del garañón impedían que la yegua se pudiera parar. Relinchando el animal encaró a otra yegua y la llevó galopando hasta el final de la cuerda.

La terrible conmoción había excitado a todos los caballos. El de Holt casi no podía estarse en su lugar, mordía el freno y arqueaba aun más el pescuezo. Fuera ya del

perímetro del campamento, aguardaba a Don que tenía dificultad para montar su caballo. Holt desató el lazo de su montura y comenzó a blandirlo,

- ¿Vienes? -La pregunta era paraa Guy.

Después de un silencio empeciinado soltó la fría respuesta condenatoria.

-Tú no me necesitas,para qué .

--Tú eres mi hijo. Siempre te he necesitado. -En el instante en que acababa de decirlo miró por sobre el hombro para saber qué demoraba a Don. No hizo ningún otro intento para persuadir a Guy que los ayudara.

Diana quería gritarle a Guy que fuera con Holt. Podía ser esencial tener tres hombres para enlazar al padrillo blanco. Pero el tiempo en que ella podía convencer a Guy había pasado. Quedaba una sola alternativa.

-Iré con ustedes. -Y se encaminó al piquete.

- ¡Por Dios, no! -Fuei un rechazo explosivo que la detuvo de inmediato.- Quédate aquí --agregó Holt en un tono memos violento-. Donde yo sé que estás a salvo.

Los argumentos que estaba inclinada a ofrecer murieron en sus labios. Hacía años que no practicaba con el lazo.Diana se dio cuenta de que su ineptitud podía convertirla más en una molestia que en una ayuda. Se volvió pues en muda aceptación de lo que Holt había decidido.

Don finalmente montó y fue a unirse a Holt. Su caballo estaba muy ansioso inquieto.El también sacó su lazo y estaba de lleno en la tarea. Cualquier duda expresada ante el anuncio de Holt se había desvanecido. Toda su concentración estaba en la tarea que tenía entre manos.

¿Cómo quieres que lo hagamos? -le preguntó a Holt. -El garañón lo determinará. Seguramente querrá embestir a uno de nosotros cuando nos aproximemos. Si se viene hacia mí, tú tiras el lazo. Vamos a tratar de mantenerlo entre los dos. No vayas a errarle -le advirtió Holt-.

¿Listo? -Don asintió, hundiéndose el sombrero en la frente y probando la montura para asegurarse de que la cincha estaba bien ajustada. Mantengámonos a distancia de modo que el caballo tenga que elegir.

Con las riendas más flojas los caballos avanzaron juntos. Se produjo un caos en la pradera. La furia del garañón ante la incapacidad de la yegua para obedecerle hacía temblar a Diana. Le echó una desesperante mirada a Guy que, parado a unos pocos pies, como un observador, no demostraba ninguna emoción.

Se amplió el espacio entre los dos jinetes y se ampliaba más a medida que iban aproximándose a la zona de pastos. Se mantenían en el espacio abierto porque no querían en algún momento crítico llegar a enredarse con las sogas que sostenían a las yeguas. El animal los vio venir, y sacudió su larga melena con un temblor nervioso. Diana contuvo el aliento, sabiendo que en cualquier momento el padrillo salvaje dejaría de amenazar para salirle al encuentro a sus enemigos.

Su agudo grito de desafío hizo eco en sus nervios. Lanzándose como despedido por una catapulta el animal avanzó. El corazón de Diana se desmandó por el miedo. La imagen del caballo de Rube cayendo sobre él le atravesaba la mente. Rápido como un relámpago el animal fue hacia Don. Con el rabo del ajo Diana vio que Holt lanzaba el lazo. Su pulso certero le puso la soga en torno al pescuezo, fijó la soga a la montura sabiendo que vendría el gran tirón con la fuerza de setenta y cinco kilos de dinamita. Don, también estaba esperando el tirón y tenía el lazo listo girando sobre su cabeza, al parecer olvidado de la Peligrosidad del animal que embestía.

El momento nunca llegó. Cuando el garañón sintió la soga en torno al cuello cambió la dirección sobre la marcha. Giró y la furia blanca se fue sobre Holt, con el pescuezo tendido, la boca abierta. Un grito de alarma partió de Diana ahogando el grito de Holt en los oídos de Don.

Azuzando su caballo, Don se lanzó a correr al caballo con el lazo en ristre y lo largó, y ya se lo ubicaba en la cabeza cuando el animal se movió exactamente lo necesario para esquivar la soga. Mientras Don recogía rápidamente la soga, Holt trataba de aflojar la de él y mantener su caballo fuera del camino del animal enfurecido.

Diana quería cerrar los ojos. Aquello se estaba convirtiendo en una pesadilla. Se había clavado las uñas en las palmas de las manos hasta hacérselas sangrar. Las lágrimas le colmaban los ojos pero no las dejaba caer para seguir lo que pasaba ante su vista.

El garañón daba vueltas y serpenteaba persiguiendo a Holt. Una coz le dio al caballo de Holt pero éste seguía eludiendo las dentelladas lo cual impedía que Don hallara el momento propicio para lanzar el lazo.

En un momento dado el garañón con un mordisco arrancó un pedazo de carne del anca del caballo de Holt y el relincho de dolor fue tal que a Diana se le heló la sangre en las venas. Don trataba de maniobrar y colocarse en mejor posición



desplazándose en torno del caballo y del jinete. Una yegua irrumpió de pronto, desbocada.

- ¡Cuidado! -gritó Diana, pero era demasiado tarde. Don sin querer se había aproximado demasiado. Las patas de su caballo se enredaron en la soga de una de las yeguas y cayó, atrapando a Don debajo. El caballo luchaba por volver a pararse y Don por librar la pierna que le había quedado atrapada. Holt estaba solo. Ahora no tendría ayuda de Don. Diana vio que sujetaba la soga de la montura y la largaba. Dejó de tratar de eludir al garañón e intentó cruzársele para concluir la lucha. Antes que su caballo pudiera arrancar, el padrillo salvaje se le vino encima y arrolló a su caballo, volteándolo. Holt salió despedido, rodó y se levantó sobre las rodillas. El garañón ignoró el caballo derribado, tal como había hecho con Rube, y la emprendió con el hombre que se hallaba en el suelo.

.- ¡Ayúdalo! -Diana le gritó a Guy-llorando. Su mirada se fijó en el rifle que tenía cerca de los pies-. ¡El garañón va a matar a Holt! ¡Tienes que evitarlo!

Holt esquivó la primera embestida del animal. No hubo un gesto de emoción en la cara de Guy cuando se inclinó y levantó el rifle. Simplemente lo sostenía en la mano y miraba. Holt esquivaba ahora las coces y las patas que trataban de fijarlo en el suelo.

- ¡Por el amor de Dios, ayúdalo, Guy!

Guy acomodó el rifle, pero aún no se lo llevó al hombro. De pronto, una patada derribó a Holt al suelo y mientras el animal piafaba Holt lo esquivaba como podía. Pero el horror de Diana llegó al colmo cuando vio que Holt se tomaba la parte de arriba del brazo izquierdo mientras trataba de espantar inútilmente al animal.

- ¡Guy, tienes que disparar! -le pedía, le imploraba. Diana podía ver lo que él pensaba. Si Holt estuviera muerto, ella se volvería hacia él, en su opinión, ya no más sujeta a los deseos del Mayor.

- ¡No puedes dejarlo morir! -murmuró mientras movía la cabeza de lado a lado en impotente negativa-. Guy, es tu padre. No puedes dejarlo morir.

Durante lo que pareció una eternidad, Guy la miró. ¿Acaso no podía ver que también la estaba matando a ella? Diana lloraba en silencio. Con un sollozo apagado se dio vuelta. Holt de algún modo había perdido el equilibrio y caía sobre sus rodillas imposibilitado de amortiguar su caída por el brazo herido. Diana lo vio tratando de arrastrarse fuera del camino del caballo con el único brazo que le servía.

- ¡Holt! -Fue un grito desgarrado y salió corriendo hacia él.

Junto con su primer paso se oyó un estampido detrás de ella. El garañón blanco vaciló sobre sus patas, pero con la boca abierta iba hacia Holt. Un segundo disparo y el animal quedó hecho un ovillo blanco sobre el suelo.

Diana corrió con el corazón saliéndosele del pecho por el dolor y el temor. Las lágrimas eran tan abundantes que apenas podía ver hacia dónde caminaba. Tenía una vaga imagen de Holt tratando de incorporarse sobre sus rodillas.

- ¡Dame una mano! ---le gritó una voz-. ¡No puedo alcanzar la soga para cortarla!

Reconoció a Don aún atrapado por su caballo caído. Dudó, luego corrió y tomó el cuchillo que tenía en la mano. Mientras Diana trataba de cortar la soga que apesaba las patas del caballo, tenía idea de que, Don imprecaba su frustración.

-El maldito caballo no solo cayó sobre mi pierna, sino también sobre mi rifle. No podía hacer nada para ayudar a Holt.

- ¿Estás herido? -era la voz de ella, pero no tenía noción de estar haciendo esa pregunta.

-No tengo nada roto.

Diana retrocedió en cuanto cortó la soga y automáticamente clavó el cuchillo en la tierra arenosa. Corría hacia Holt cuando agitando las patas, el caballo se puso de pie.

Don la seguía mucho más lentarrrente, pues iba arrastrando su pierna.

Holt estaba sobre sus rodillas, con la mano derecha se tomaba el hombro izquierdo. Tenía la cabeza echada hacia atrás y la cara blanca por el dolor.

- ¡Estás vivo! ¡Gracias a Dios, estás vivo! -su trémulo murmullo era una plegaria mientras sus dedos temblorosos le tocaban las mejillas y la boca-. Tu brazo... -

El intentó sonreír mirándola.

-Mi hombro está roto, pero eso es todo. -Holt trató de moverse pero dio un respingo de dolor.- Ayúdame a levantarme. -Lirniándose las lágrimas de los ojos y la cara, Diana le colocó el brazo derecho sobre su cuello y trató de cargar con todo el peso de él que le fue posible. Le miraba la cara y veía que el dolor lo atormentaba. De pronto él fijó la vista en el caballo que estaba sólo a pocos pasos.El garañón está muerto.

-Sí. -Por primera vez Diana se fijó en la forma del equino. La pelambre blanca como la leche estaba cubierta de tierra y manchada de sangre. Muerto, el garañón blanco no parecía el caballo mítico, de forma y belleza clásicas... Su pescuezo era

demasiado grueso y musculoso, su cuerpo demasiado largo, su pecho demasiado estrecho. Era un caballo que no poseía cualidades que lo hicieran distinto de cualquier otro caballo salvaje, salvo su tamaño y el hecho de que marcara el paso al marchar, pero ya no lo haría nunca más.

-Guy lo mató -murmuró Diana. El primer tiro le había dado en el pecho y el segundo en la cabeza, ocasionándole inmediatamente la muerte. Se le llenaron los ojos de lágrimas cuando pensó en la importancia de lo que Guy había hecho. Miró a Holt. El te salvó la vida, Holt. El mató al garañón para salvarte a ti.

Holt dirigió la vista al campamento. Diana se dio vuelta y vio a Guy ahí- de pie, donde había estado, con el caño del rifle mirando hacia abajo. Aunque no podía verle la cara, Diana sabía que los estaba mirando. Lentamente, Guy se dio vuelta, fue hasta el piquete. Puso el rifle en la funda de la montura y montó. Con una última mirada hacia ellos, Guy hizo una pausa, luego taloneó su caballo y partió al galope.

-Se va. No volverá.

Ante esa aseveración, Diana miró de frente a la cara de Holt. Sus facciones estaban esculpidas en piedra y no revelaba más que lo que revelaba su voz, pero había un fulgor acerado en sus ojos.

-Quizá vuelva... algún día -dijo ella mirando la nubecita de polvo que señalaba el camino por donde se iba Guy.